

Jorge Jácome Clavijo

TRAS LAS HUELLAS  
DE MONTALVO

(Edición póstuma)

Tomo I

ENSAYOS



2007

Jorge Jácome Clavijo  
**TRAS LAS HUELLAS DE MONTALVO**  
(Edición póstuma)  
Tomo I

Jorge Jácome Clavijo  
**TRAS LAS HUELLAS DE MONTALVO**  
(Edición póstuma)  
Tomo I  
**ENSAYOS**

TRAS LAS HUELLAS DE MONTALVO Tomo I  
ENSAYOS

(Edición póstuma)

© 2007 Jorge Jácome Clavijo

Primera edición

1000 Ejemplares

Derechos de Autor No. 026593

ISBN-978-9978-60-068-9 del título

ISBN-978-9978-60-067-2 obra completa

Revisión de textos: Fernando Jácome

Diseño y diagramación: Manuel Chávez G.

Impresión: Fabián Vallejos

Instituto Iberoamericano de Patrimonio Natural y Cultural  
del Convenio Andrés Bello

IPANC

Diego de Atienza Oe3-174 y Av. América

( (593 2) 2553684

Fax: (593 2) 2563096

Apartados postales: 17-07-9184 / 17-01-555

[www.ipanc.org](http://www.ipanc.org)

E-mail: [eliadap@andinanet.net](mailto:eliadap@andinanet.net) / [info@latinculture.com](mailto:info@latinculture.com)

Quito- Ecuador

Impreso en Ecuador

Printed in Ecuador

## INTRODUCCIÓN

El Hombre Imaginario. Así es como Montalvo llamó en El Buscapié a Don Quijote, el célebre personaje novelesco de Don Miguel de Cervantes. Y así es como parecemos percibirlo nosotros, como un hombre imaginario, como un hombre que no se ha repetido en la historia del Ecuador.

El Dr. Jorge Jácome Clavijo realizó estudios e investigaciones sobre diversos aspectos de la vida y la obra de Don Juan Montalvo. Escribió algunos prólogos a sus obras, como “Geometría Moral”, “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” y “Joya Literaria”.

Como parte del Consejo Editorial de “Letras de Tungurahua”, se preocupó muy especialmente porque se divulgara toda la obra montalvina que, para la época en que fue Director de la Casa de Montalvo, aún no se había publicado en su totalidad. Tal es el caso de “Los Epistolarios”, que revelan muchos aspectos de la interioridad del escritor; “Cuadernos de Apuntes”, llamado también el “Taller de Montalvo” por Oswaldo Barrera Valverde, de donde se desprende que don Juan planeaba escribir un Tratado sobre Cicerón, personaje histórico que le interesó mucho; y “Capítulos que se le olvidaron a Montalvo”, obra que recoge algunos capítulos escritos por Montalvo pero que por decisión suya no se incluyeron en su obra “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”.

Otros estudios están dedicados a sus cartas: “Montalvo en Colombia a través de sus Cartas” y “Montalvo y Lida en Niza”, estudio este último que le permitió concluir que Lida no fue el amor francés de Montalvo como se había pensado, ya que ella fue de nacionalidad alemana.

Resulta interesante conocer más acerca de las relaciones entre Montalvo y Mera, o lo que pensaba Don Juan sobre la participación de varios familiares suyos en el famoso “Escuadrón Sagrado”, formado para combatir militarmente a la dictadura de Ignacio de Veintemilla. Así como también la actitud de Montalvo frente a la muerte en “Montalvo y la dignidad de morir”.

La polémica sobre si Montalvo escribió cinco o siete dramas quedó definitivamente aclarada al poner en conocimiento del público la

documentación que al respecto se encontraba en poder del Dr. Plutarco Naranjo, que permitió conocer sobre dos comedias que no corresponden al estilo de Montalvo y que se encuentran a disposición del público en la Casa de Montalvo.

La presente publicación recoge todos los trabajos del Dr. Jácome Clavijo sobre Don Juan Montalvo. La instauración de la Cátedra de Montalvo en los establecimientos de educación secundaria del país es una ocasión ideal para ponerlos a consideración del público, especialmente de los estudiantes que encontrarán aquí diversos temas relacionados con la vida y obra de El Cosmopolita.

Fernando Jácome

## PRESENTACIÓN

Dentro del marco de fortalecer la identidad y las corrientes de pensamiento latinoamericanas para el Instituto Iberoamericano de Patrimonio Natural y Cultural (IPANC) de la Organización del Convenio Andrés Bello (CAB) es una brillante oportunidad poder contribuir con la difusión y apropiación del pensamiento de Juan Montalvo y más aún a las puertas de las celebraciones de los bicentenarios de nuestras independencias, palabra muy usada en los discursos políticos, históricos y protocolares, pero casi siempre vedada en la práctica de las acciones a nuestras naciones, si bien miles de personas que sufrieron y murieron por la independencia, por la libertad, contados son los que dejaron una huella indeleble para la construcción de nuestra autodeterminación, como es el caso de Juan Montalvo.

Al leer la obra de Jorge Jácome Clavijo, que aquí presentamos o repasar su gestión al frente de la Casa Juan Montalvo, me quedo admirada de cómo pudo salvarse tanta información, siendo que Juan Montalvo habitó en tantas circunstancias tan diversos espacios y en momentos convulsionados, del Ecuador y de nuestra América, es para creer en los milagros y que los ángeles protegieron sus manuscritos, inclusive sus cartas, magníficamente editadas en el Epistolario de Juan Montalvo.

La obra que nos brinda Jorge Jácome Clavijo es un minucioso y paciente recorrido **Tras las huellas de Montalvo**, que nos ofrece una compilación recogida a lo largo de su vida y su gestión, que afortunadamente no fue guardada en el baúl. Jorge Jácome Clavijo, paciente, perseverante y apasionado investigador, logró dar a luz gran parte de la obra inédita de Juan Montalvo, avivando el fuego del recuerdo y el pensamiento de Montalvo.

No queda más que felicitar la atinada perseverancia de los herederos de Jorge Jácome Clavijo, Santiago, María del Carmen, su esposa Carmen Ordoñez de Jácome y en especial a su hijo Juan Fernando por dar a luz los escritos de su padre que contribuirán a conocer y comprender la grandeza y la vigencia del pensamiento de Montalvo.

Al leer las páginas de los dos tomos del libro **Tras huellas de Montalvo** del ambateño, Jorge Jácome Clavijo, que siguió la obra de Montalvo y que en vida fuera Director de la Casa Juan Montalvo, revela el espíritu inquieto

y comprometido con la comunidad y el país que lo albergó, no podía ser mejor discípulo de Montalvo al tratar de asumir responsabilidades en la construcción de la historia del siglo XX. Estos dos tomos ya sea para un joven o para alguien que no conoció a Montalvo son suficientes para valorar la obra y vida de este Cervantes de América.

Leo las páginas de Montalvo, sus logros y en especial sus destierros y considero que lo ayudaron a crecer más, ha crear mejor, que alimentaron y enriquecieron su pluma, pudiendo sentir el pulso del mundo de aquel momento.

Pido disculpas al creador de estas páginas y a sus herederos, por robarle un pequeño espacio para revelar el dolor de mi alma, como paraguaya, pues repasando los momentos históricos entre el Ecuador y el Paraguay, entre el norte y el sur de América del Sur, no existe relación, la historia no nos permitió conocer a un Montalvo, pero hoy al conocerlo será para fortalecer la integración de nuestra América.

Si bien a pocos días de vivir en el Ecuador llamó mi atención la figura de Juan Montalvo, en la medida que lo fui conociendo, fue despertando mayor interés y admiración, no sólo por lo que fue, sino por la vigencia de su pensamiento, al leer sus pensamientos, el repasar su vida, en la Casa Juan Montalvo, varias lágrimas corrieron por mis mejillas, de alegría y tristeza al mismo tiempo; alegría, por conocer a un ecuatoriano, a un americano, que fue grande, no sólo en su tiempo, sino que sigue vivo y vigente más allá de un siglo; y triste, porque haciendo un paralelismo con mi país, el Paraguay en el mismo tiempo, era destruido por ser independiente, autónomo y promover la equidad y la inclusión social, por erradicar el analfabetismo y desarrollar la industria nacional sin la intervención de otras potencias.

Mientras el pensamiento de Montalvo recorría América y Europa, al Paraguay trataban de hacerlo desaparecer del mapa, por la guerra impulsada principalmente por el imperio inglés y ejecutada por Argentina, Brasil y Uruguay, por miedo a que el ejemplo paraguayo fuera copiado por otras naciones, por lo que dos gobiernos de la naciente independencia altamente nacionalistas y autónomos lograron para su nación el alto desarrollo económico y cultural, con ingresos propios y sin tener minas de oro, ni plata, ni cobre, ni costa sobre el mar, tal fue su esplendor que llegaron a



denominarlo la Suiza Americana. Y luego de la hecatombe, del genocidio había que resucitar de las cenizas y poco tiempo había para la lectura y la escritura. Disculpen lectores, pero no puedo dejar de llorar por mi patria, el Paraguay y por mi patria, nuestra América, regada por tanta sangre inocente en busca de su autonomía y libertad.

Doy gracias a la vida por darme la oportunidad de conocer a los grandes constructores de nuestra América en sus dos formas, una en la grandeza de Montalvo y la otra representada en el silencio, en la cotidianeidad, en la perseverancia, como lo demuestra la obra de Jorge Jácome que fue reconstruyendo la historia no escrita, recogiendo los hilos cortados, las horas olvidadas de nuestra historia americana.

Rindo homenaje al más grande escritor ecuatoriano, en su querida tierra y en su templo en el que flotan musas que evocan su presencia, quiero formular a los ambateños y a los ecuatorianos mi indeclinable compromiso de trabajar con ahínco por la integración latinoamericana en mi calidad de Directora Ejecutiva del Instituto Iberoamericano de Patrimonio Natural y Cultural del Convenio Andrés Bello, para que, por fin, un día no lejano, nuestros hijos vivan, habiten y tengan como propia a la Patria Grande, la América Latina Unida que tanto soñamos tenerla nuestras generaciones y las que nos antecedieron y cuyo sueño lo encontramos cerca de cumplirse.

Margarita Miró Ibars

# ENSAYOS

## DON QUIJOTE EN AMÉRICA

“Estamos hablando de 47 toneladas y media de barras de plata, de 160 lingotes de oro y cobre y de cubos llenos de monedas preciosas y joyas raras que los españoles habían requisado a los pueblos conquistados” (Tesoro encontrado en el galeón español “Nuestra Señora de Atocha” hundido en el siglo XVII, año 1622. Cayo Hueso, Florida, 25-VII-85).

“Busque por acá en que se le haga merced” contestará seco y majestuoso el Rey de España a Don Miguel de Cervantes, cuando éste le solicitara un empleo en las Indias. Empero, aún sin la merced de Felipe II y la del héroe de Lepanto, en la primera carabela que llegó a América un día 12 de Octubre de 1492, Don Quijote y Sancho Panza habían arribado a las costas del Caribe, en busca de nuevas aventuras, más allá de lo que nunca se alejaron de la Mancha,

Siglos más tarde, en 1832 exactamente, y cuando algunos galeones españoles yacían en el fondo del mar con su carga de doblones de oro víctimas de temporales, de corsarios; y filibusteros y de un desangre de tanto fundar, poblar y conquistar naciones, un atrevido americano extraería de la tercera dimensión del tiempo y del océano, el tesoro de la lengua y de la literatura, para deslumbrarnos con el siglo de oro español. Pero ese tesoro rescatado de los tibios y transparentes mares de América hispana, como que trajo adherido esa lujuria de sonidos y aire de la tierra nueva. Y es que el triunfo del castellano se produce en América, no sólo sobre las lenguas autóctonas sino sobre las formas idiomáticas y dialectales de la península.

Dice A. Rosemblat: “Hay en la prosa de Montalvo en la base de materiales lingüísticos entresacados de la tradición hispánica del “buen decir” un “tropicalismo verbal”, “una superabundancia vegetal de las oraciones y los vocablos, una pujanza del ritmo, una acumulación de las galas y la riqueza del lenguaje que lo hacen muy americano dentro de su culto a la Lengua madre”.

Mas que tropical, diríamos tropandino, y a modo de muestra he aquí la descripción de nuestro continente en la pluma de Don Juan: “El espectáculo de las montañas que corren a lo largo del horizonte y oscurecen la bóveda celeste haciendo sombras para arriba, los nevados estupendos

que se levantan en la Cordillera, de trecho en trecho, cual fortificaciones inquebrantables erigidas allí por el Omnipotente contra los asaltos de algunos gigantes de otros mundos enemigos de la tierra: el firmamento en cuyo centro resplandece el sol desembozado, majestuoso, grande como el rey de los astros: las estrellas encendidas en medio de esa profunda pero amable obscuridad que sirve de libro donde se estampa en numerosos caracteres la poesía de la noche: los páramos altísimos donde arrecian los vientos gimiendo entre la paja cual demonios enfurecidos: los ríos que se abren paso entre rocas zahareñas y despedazándose en los infiernos de sus cauces, rugen y crujen y hacen temblar los montes; estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor que endiose las razas que nacen para lo grande. El pecho del bárbaro dotado de inteligencia inculta, pero fuerte de sensibilidad tempestuosa es como el océano en cuyas entrañas se mueve descompasadamente y se agitan en desorden esos monstruos que temen al sol y huyen de él, porque su elemento es oscuro y frío”.

Por eso comenta el hispanista francés Noel Salomon:

“En realidad lo que se define en él como “casticismo” fue una reivindicación de los valores culturales atesorados por la clase dominante de la época colonial como si fuera su propiedad exclusiva. El escritor ambateño nacido en la “clase media” se los apropió literalmente. Al “escribir bien” el zambo Montalvo demostró que podía hacerse dueño de un modelo cultural que hasta la fecha había sido de los amos blancos, y que incluso podía el, superarlos por el refinamiento”.

El escritor uruguayo José Enrique Rodó, refiriéndose al Ecuador de la segunda mitad del siglo XIX con su fardo semifeudal y semicolonial a cuestas, confirma este criterio:

“Allí la pulcritud del lenguaje escrito ha sido estimada como pudiera serlo una nota de limpieza de sangre”.

Y el argentino Ánderson Imbert:

“La prosa de Montalvo es una de las más ricas del siglo XIX español.

Acaso la mayor y más asombrosa expresión de energía de Montalvo, haya sido el haberse inventado en un rinconcito de América una lengua propia, lengua amasada con el barro de muchos siglos de literatura y alentada por el amor. Tenía un extraordinario don de acuñar frases, de desviarse del camino trillado y encontrar una salida portentosa, de evocar una realidad con mínimos toques de prosa imaginativa. Por ese interés en retorcer y complicar la expresión logró, con más frecuencia que sus contemporáneos de lengua española fragmentos estilísticos de primer orden”.

Según Susana Cordero de Espinoza, hay en la prosa de Montalvo, nacido y educado en un pueblo pequeño, algo que trasciende lo provinciano de su actitud de superioridad.

La crítica tradicional montalvina, frondosa y apasionada, oscilando entre la deificación y el anatema, lo había mitificado es cierto, pero algunos creyeron que la fórmula para humanizarlo estaba en una suerte de Metanoia, que lo aplaudiera y castigara.

Aquellas corrientes críticas debidamente analizadas y evaluadas, han revelado subjetividad y parcialidad. Desde el romanticismo de Rodó, centrado en el sentimiento, siguiendo por las que han sido calificadas de anestésicas e idealistas, como la de Gonzalo Zaldumbide hasta llegar a las más actuales como el formalismo de Ánderson Imlert que lo destaca como prosador insigne pero se hace cargo de una presunta caducidad, y otras que pecan de dogmáticas y desenfocadas porque no toman en cuenta el entorno y el contexto de las obras estudiadas.

Ventajosamente como ocurre siempre con el corazón humano, moldeable al paso del tiempo, las pasiones han ido aquietándose y en la actualidad toda interpretación de Montalvo, se aparta de los extremos, rechaza el dogma y el partidismo sectario.

La crítica moderna dotada de métodos, teorías e instrumentos de análisis, sin caer en tecnicismos antipáticos y truculencias, bucea en las palabras, los tiempos verbales, la organización lingüística dentro del contexto histórico, geográfico y cultural en el que se inserta el autor. El resultado es un producto

objetivo, serio y calificado, que luego de apartar el espléndido follaje verbal del Cosmopolita y desbrozar la selva de trabajos alrededor de su obra, nos devuelve un Montalvo histórico y político, un ser de carne y hueso y sorprendentemente con plena vigencia en nuestros días.

Enmarcada dentro de esta nueva concepción y práctica de la crítica, lo trabajos del Departamento de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Besancon, que escogió a Juan Montalvo considerando que era uno de los escritores mas notables del siglo XIX en español y estrechamente ligado a Francia, marca un verdadero hito. Sin ánimo de parangonear hay que reconocer que las Jornadas del Sesquicentenario de su nacimiento organizadas por el Municipio de Ambato en la Alcaldía de Luis Pachano Carrión y brillantemente conducidas por Oswaldo Barrera Valverde, produjo una extraordinaria cosecha de libros, conferencias, artículos y toda suerte de trabajos, que han contribuido al esclarecimiento y revalorización de la volcánica personalidad del escritor tungurahuese.

Pero más que profundas y perspicaces críticas, más que sesudos comentarios, nada hay para conocer a un autor como la lectura directa de sus textos. De aquí la necesidad de reeditar las obras del escritor superbo, como lo llama Agramonte, tarea que se cumple en los volúmenes de “Letras de Tungurahua”, dedicados a Montalvo.

Por mi parte he querido incursionar más que en su imitación de Cervantes, en su pasión quijotesca que encuentra su máxima expresión en el tratado VII, titulado El Buscapié y en Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

¿Cuál la razón por la que Montalvo decidió imitar a Cervantes cuando él mismo reconoce que es un libro inimitable, empresa en la que además habían fracasado autores de primera línea como Guillén de Castro, Pedro Calderón de la Barca, Gómez Labrador, Meléndez Valdez y otros que constituyen legión?

Parece que hay una cuestión de forma y otra de fondo. Lo primero ha quedado planteado cuando varios autores se refieren a la actitud orgullosa, casi desafiante de nuestro coterráneo, que yendo mas allá de una autoafirmación, aspiró a superar a sus maestros peninsulares. Montalvo

demuestra que la misma obra de Cervantes nada tiene de original en cuanto a libro de Caballerías; hace una exposición erudita de lo que la historia ofrece sobre la imitación de las obras de arte que son consideradas como modelos. Así nos dice, Virgilio imita a Homero, el Tasso a Virgilio, Milton a Tasso, mientras que Cervantes no había encontrado hasta entonces quién hiciera lo mismo, con igual calidad se entiende. Consciente de la audacia de su empresa sólo quiere que no le tomen por sandio ni por mal intencionado, aunque admite que le den del atrevido y hasta del loco.

Pero hay un asunto de fondo decíamos y este es el quijotismo de Montalvo. No hay duda que el espíritu y la efigie del caballeresco personaje están metidos en el fondo de su ser. Como que al asomarse a un espejo ve surgir de su luna, la imagen ascética, vigilante y desquiciada del campeón de la lucha contra la injusticia, la inmoralidad y tiranía. Y al observar cómo se vienen y campean en Ecuador y América, malandrines y jayanes, auxiliados de gigantes y hechiceros, siente llenarse de coraje, por lo que fervorosa y apasionadamente, toma sus armas que son la pluma y los libros y arremete contra seres reales o figuraciones, sin que le importe ir más de una vez a molerse en molinos de viento de la cotidiana y vulgar realidad. Identificación total con el personaje de Cervantes, éste es el punto de partida: con razón se dice que más que cervantista es quijotista.

Roberto Agramonte, el insigne cubano que se cuenta como hijo espiritual de Ambato, comenta de este modo:

“La locura de ambos quijotes consiste en poner un repertorio de principios ideales, racionalmente perfectos, indemnes, inmutables, como las ideas platónicas; pero reaccionan dislocadamente, en lo cual ponen énfasis consciente sus creadores, al concepto perceptual de las situaciones que comportan, al mundo de la percepción.

Se diría que rompiese lanzas esta filosofía en escorzo de humor, en pro de un idealismo subjetivista: son las cosas que rigen por las ideas, y no las ideas por las cosas”.

Según el mismo escritor, el más consciente y decidido mantenedor de la tesis de que Montalvo fue filósofo, la realidad desde el ángulo del Quijote

se caracteriza por su inconsistencia lógica: “él ve más allá de lo que la pura y muda realidad ante sus ojos y reprochará a Sancho su imposibilidad de ver más allá de lo real”. Empero Don Quijote es el héroe de la existencia auténtica, mientras Sancho arrastra ingenuamente la carga de su inautenticidad. Por eso que Sancho para salvarse necesita acercarse a su amo, a sus extraños y opuestos valores, que paradójicamente le atraen.

Así coincide Agramonte con otros autores españoles que sostienen que la antinomia no es Don Quijote-Sancho Panza, como se creía, prototipos de idealismo y materialismo, porque a lo largo de sus aventuras, el escudero transcurre en un vaivén entre un Sancho Panza del mundo real y del utilitarismo y un Sancho Quijote que se deja arrastrar por los ideales etéreos del caballero andante. Los verdaderos materialistas están representados en la obra por el Bachiller Sansón Carrasco, el Cura y el Barbero, que se mueven exclusivamente en el mundo de los intereses materiales, del de la realidad, del poderoso Don Dinero que son la negación de los ideales.

Hay que insistir en este punto en el sentimiento de honor medieval predominante en la personalidad de Montalvo para entender su afán de resucitar a los héroes de Cervantes. Le indignaba como es sabido todo lo que consideraba injusto o inmoral.

El mismo Cosmopolita nos cuenta que el génesis de Capítulos fue una escena burlesca ocurrida en una cresta de los Andes entre un cura ignorantón y aquíjotado empeñado en desarrollar una devoción a la Virgen y un matasiete que arremetió contra ellos, causando gran risa entre los espectadores. Es decir que si Cervantes escribió su obra como una sátira contra los libros de caballerías que infestaban Europa, a la manera supongo de las telenovelas de hoy, Montalvo en su imitación, reproduce la sátira enfilándola contra el clericalismo de la época y su afición a los placeres mundanos; más adelante ahorca en sus páginas simbólicamente a Veintemilla en un árbol por fuerte necesidad de justicia. Ahórquelo en cuerpo fantástico nos dice, pero sepa el delincuente que fue ahorcado.

Viene a cuento su referencia a Miguel Ángel el terrible y genial pintor florentino que al igual que su paisano Dante Alighieri, ponía orejas de burro y sumergía en el lugar de las penas eternas a sus malquerientes. Cuando los



afectados fueron a quejarse a su Santidad, la sabia respuesta que les dio, fue: “Si Miguel Ángel te pusiera en el purgatorio, de allí te sacara yo a fuerza de sufragios, pero del infierno, caro mío, nulla est redemptio”.

De otro lado, y esto es propio del quijotismo, hay una desproporción entre sus ideas y la propia realidad vivida. Se desarrolló Montalvo en un mundo lejano y distinto a aquel que intentaba modificar, al punto que cuando fuera electo diputado por Esmeraldas, renunció a esa trinchera de acción política.

Ánderson Imbert distingue también entre la conducta y el pensamiento de Montalvo, advirtiéndole su falta de coherencia, y la ausencia de una ligazón que dé sentido a su obra y a su vida. Formalista como es y proveniente del rostro europeo de América, el crítico argentino se queda subyugado por la belleza formal de la prosa y parece no alcanzar a percibir los matices de pueblos y culturas mestizas como son las del resto del continente. Reprocha a Montalvo su desinterés por las nuevas ideas y corrientes del pensamiento que habían hecho irrupción en Europa, sin valorar como otros críticos lo hacen, que en el mundo de las ideas conservadoras en que se desarrolló el ecuatoriano, cualquier idea nueva y son algunas las que propugnó, tenían un sello insurgente y revolucionario.

No podemos pues sacar la conclusión de que El Buscapié o los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, son solamente obras de ficción, inocuas, de puro arte literario y nada más. Su mismo autor nos advierte que sus escenas no son ficticias sino acontecimientos extraídos de la realidad.

Y aquí otra coincidencia entre Cervantes y Montalvo. El realismo literario del Quijote proviene de la más pura cepa literaria española, que arranca desde el Cid Campeador, se anuncia en el Lazarillo de Tormes, está en la Celestina y se universaliza en el héroe manchego. Montalvo desde suelo americano lo proyecta en la misma línea realista y satírica y pone nuevamente en marcha a sus personajes, combatiendo el libertinaje, la hipocresía, la dictadura, confirmando en América su inmortalidad y eternidad.

Seguiremos ahora este ensayo de interpretación del Quijote americano, con alguna nota sobre la fisonomía del célebre aventurero.

La iconografía del Caballero de la Triste Figura, motivo de especulaciones psicossomáticas, nos lo presenta enjuto y alargado, tanto que asume las proporciones exageradas, etéreas y próximas a la levitación de los santos de El Greco.

Sobre un rostro moreno, algunos artistas suelen concebirlo con unos bigotes negros, grandes y caídos, aunque otros lo dibujan retorcido, y con puntanas guías.

Montalvo por su parte conservando eso del rostro flaco y alargado encuentra que su bigote consistía en ocho pelos de longitud más que mediana, pero por lo demás es la virtud en forma de caricatura, razón por la que su persona es bienvenida a donde llega.

A su vez las líneas físicas del escritor americano analizadas a través de sus retratos y restos momificados corresponden también a una estructura leptosomática y a un temperamento asténico, caracterizados por la delgadez de sus formas con predominio del eje vertical y un pecho en quilla. El rostro moreno, marcadamente anguloso, típicamente varonil, bigote negro, rasgos que se aproximan a los de Don Quijote, con excepción de su cabello, pues mientras Unamuno le asigna una calvicie incipiente, Montalvo mismo se nos retrata con un magnífico desorden de sortijas y tirabuzones negros y abundantes, en indignada réplica a los que malignamente le dijeron que tenía cabello etíope.

Y ambos quijotes apasionados, coléricos, melancólicos, soñadores y por supuesto de escaso pragmatismo. Sabemos bien como el de la Mancha, tan sabio en eso de las armas y las letras, se equivoca en una simple multiplicación al sacar cuentas del criado de Juan Haldudo.

¿Conflictos neuróticos? No hay por qué admirarse. Tanto personajes de la literatura universal como escritores consagrados fueron psicópatas declarados y muchos practican la escritura como una terapia.

Se cuenta que Hipócrates al ir a curar a un loco se encontró con la sorpresa de que era el hombre más sabio que había en el mundo que por más señas

se llamó Demócrito Abderita, con lo que los locos y desatinados resultaron ser los que fueron a curarle.

La moraleja es clara: no hay que tratar de quitar ni a Don Quijote ni a los quijotistas, los síntomas de su patología sublime.

Para Unamuno hay personajes novelescos que no pasan de homúnculos por brotar de la fantasía virgen de sus autores, pero Don Quijote procede, -dice-, de una generación sexuada, porque la fantasía de Cervantes ha sido fecundada y hecha madre por el alma de un pueblo. Y a este ser así alumbrado, auténtico y viril, cuya tristeza se mimetiza con los severos páramos de la Mancha, lo resucita Juan Montalvo para unimismarlo con los altos y fríos páramos andinos, con nombres autóctonos como Huagrahuasi, y Montugtusa. Sólo que la tristeza del americano, tristeza que no es la mía diría el castellano, es más profunda, como que fue acrecentada por los rigores de la vida.

El mismo escritor español al que nos venimos refiriendo, en su vida de Don Quijote y Sancho, hace un llamamiento para intentar una cruzada que vaya a la reconquista del sepulcro del caballero de la locura, que se encuentra en poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos, “hidalgos de la razón y campeones del sentido común”.

Montalvo parece haber escuchado el canglor de esa llamada y lo saca de su reposo para que como el Cid Campeador gane otra batalla “siendo ya pasado” en un nuevo continente y siglo.

Dexarás este mundo, yrás a otro más alto, / De bien para los buenos,  
de mal para los malos / Des oy en treinta días tu fin será contado. /  
Merced por tus servicios el Padre ha te otorgado, / Que venza e desbarate  
tu gente al Africano. / Por honra de tu cuerpo, tú, siendo ya pasado  
/ Vencerás la batalla en pro de mis cristianos, / Será eso con ayuda del  
Apóstol Santiago.

(Poema del Cid)

Y por eso adoptó la heráldica de la lengua, solamente como mote de su empresa caballeresca.

Hay quienes encuentran los Capítulos montalvinos desfasados en el tiempo y en el espacio e insinúan que como que se cubrió con el sudario que abrigaba los huesos quijotescos. Cuando la verdad es que Montalvo como Cervantes como Unamuno y todos los quijotistas, creyeron en un personaje real y combativo, actual y universal; hasta el punto de suponerse su brazo armado para conseguir el bien y la justicia en todos los rincones del planeta.

Aquella lucha contra la injusticia social, dice un autor, es la que obligó a Cristo a empuñar el látigo, a Marx la hoz y el martillo, a Don Quijote su lanza enmohecida. Hay que completar: a Cervantes y a Montalvo sus péñolas empapadas en tinta de cautiverio y de destierro y que al uno le costó un brazo y al otro, el regresar tullido a sus nopales según el soneto garciano y en su tercera salida, morir lejos de su pueblo.

La forma estética de Montalvo no fue ciertamente para la frialdad y eternidad de mármoles y bronces y por eso contradiciéndose, J. I. Cazorla admite que “tomó el lenguaje como antorcha, arado y látigo, mas nunca como joya ociosa y adorable”.

Sobre la interpretación que de Don Quijote hace Montalvo también cabe ahondar aquella reflexión de si el autor de un libro es el que mejor penetra en el alma de su personaje y puede fijarle su ciclo vital, encerrándole como en un paréntesis, lo que ha de ir de su nacimiento a su muerte. Porque aún cuando Cervantes creyó haber matado a Don Quijote, para preservarlo de falsarios como Avellaneda, la verdad es que sigue viviendo por su cuenta. Y por eso Montalvo afirma: “El que no tiene algo de Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes”.

Noel Salomon asevera que la imitación cervantina de Montalvo se inscribe en la línea del “quijotismo liberal” que caracterizó a la España del siglo XIX. Pone como pruebas el episodio de Altisidora (Capítulo LVIII, 2da parte), que fue interpretado como una graciosa parodia de la justicia inquisitorial y la versión de que existió un manuscrito de Cervantes, apócrifo desde luego, titulado no en vano El Buscapié, en la que confesaba que la intención

encubierta del Quijote fue ridiculizar al Emperador Carlos V por su afición a la lectura de desafinados libros de caballerías.

Al utilizar Montalvo el mismo nombre de El Buscapié para su prólogo tomándolo del que Adolfo de Castro publicó en 1848, se comprende que aquel conoció de la segunda intención que se decía animó a su modelo, y por eso afirma sin ambages que su triunfo fue la sátira boyante.<sup>1</sup>

En el Capítulo VI de Montalvo podemos leer: “El gran Carlos V dijo Don Quijote, era lector infatigable de libros andantescos y pudo renunciar a la corona imperial, mas no prescindir de esas historias”.

“El emperador había prohibido, arguyó el fraile; si él, por lo que tocaba a él, no hizo caso de su prohibición, lo hemos de atribuir a la flaqueza, y como hombre no le podían faltar”.

Y más adelante:

“Luego vuesa merced no aprueba el modo de proceder de Carlos V, que deja a un lado el cetro del mundo, y se humilla a evangelizar hasta el extremo de pasar a un monasterio a llamarse fray Carlos simplemente”.

A la debilidad del rey de España habrá que añadir la de Íñigo de Loyola, amigo también de leer profanos libros de caballerías antes de sus aventuras en Cristo y que se han parangonado también con las de Don Quijote.

En consecuencia lo que se suponía sólo un ejercicio de la lengua, resulta ser una crítica contra determinados personajes de la política ecuatoriana, contra la envidia, los criticastros, hipocresías y otros vicios, al paso que oculta bajo

---

1 Avellaneda, cuyo trabajo es calificado como “similar a la de cualquier pirata del mar Caribe haciendo de comerciante en una plaza de Nueva Granada (F.S.R.), trata a Cervantes de viejo descontentadizo, con más lengua que manos y otras donosuras muy de su gusto. Y de perseguir a un sacerdote del Santo Oficio que ha entretenido honestísima y fecundamente durante años en los teatros de España (alusión a Lope de Vega). Cervantes protesta y aparentemente lo niega: “...que de tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa”. Por lo que Martín de Riquer hace notar: Hay en estas seis últimas palabras, una reticencia llena de intención, ya que era pública y notoria la vida desordenada que, a pesar de los hábitos, llevaba Lope” (Aproximación al Quijote).

De modo que cuando Montalvo hace cosa parecida, recobra vigencia aquello de Chateaubriand: “La historia no es más que la repetición de los mismos hechos aplicados a nombres y épocas diferentes”.

aquel ropaje arcaizante y afanes puristas, el venablo de otra Catilinaria.

Como prueba de que los Capítulos encierran alusiones, sátiras, parodias, que lo vuelven un texto de combate, he aquí algunas de ellas. En el Capítulo IV se puede ya encontrar la sátira contra unos romeriantes que se desplazaban “no de pies como los racionales sino a modo de cuadrúpedos”. Contra tales santos gateadores Montalvo hace arremeter a Don Quijote y uno de los vencidos que ya se dio por muerto se expresa así: “Tengan piedad hermanos, dijo el difunto: no somos pícaros ni inválidos de industria, sino gente de bien y católicos que hemos hecho voto de ir a un santuario a cinco leguas de aquí”. A lo que Don Quijote o Montalvo, que es lo mismo, replica: “un fanático menguado que imagina ponerse a derechas con el Todopoderoso, si se vuelven jumentos, no son personajes de un poema”.

Refiriéndose al espíritu religioso de la época, podemos leer en un escrito: “Ser católico en el Ecuador era la salmodia rutinaria, las procesiones, la ignorancia y de allí el fanatismo, la intransigencia, creyentes plegariantes que en opinión de Tolstoi “harían cualquier cosa por los pobres, excepto dejar de aplastarlos” (J. I. Cazorla, *Metanoia* de J. Montalvo).

En este mismo camino Montalvo en su Quijote ataca eso de la milagrería, el abuso de las indulgencias, el vicio de la bebida, el castigo del opresor o acreedor y ejercita la justicia en beneficio del explotado o deudor, aunque al desaparecer del escenario su lanza enderezadora de entuertos, la crudeza de la realidad, restablece el desorden establecido. En el capítulo XI más allá del dominio del idioma, del artificio de las palabras, surge la alegoría de la tiranía. Allí están 103 luchadores y los esbirros, los Quijotes y sus escuderos. La encadenada, recurre al caballero andante para que la libere y castigue a los verdugos. Y en aquel proscenio donde el crimen oculta su rostro bajo la máscara de la virtud, aparece el tirano. Rezaba y ayunaba 360 días al año, informa su esposa, la condesa Remigia Guardainfante. Y el tirano no por casualidad es el conde (Ga) Briel de Gariza (García) y Huagrahuasi, por otro nombre conocido como el cruel Moureno (Moreno); es decir, Don Gabriel García Moreno.<sup>2</sup>

---

2 La alegoría alcanza toda su dimensión si se recuerda que García Moreno contrajo matrimonio con la dama de la nobleza quiteña, doña Rosa Ascázubi, que le llevaba algunos años (Guardainfante); que fue acusado de haberla recluido (la encadenada) y de uxoricidio (es un fantasma). Además ella y su marido García Moreno fueron propietarios de la llamada Casa del Toro (Huagrahuasi) y a los pocos meses de fallecida aquella se casó en segundas nupcias con la sobrina carnal de su esposa Doña Mariana Alcázar Ascá-

El panfletario que hay en él no se anda con chiquitas y dice que no debería llamarse el Cruel sino el Bellaco y alude al casamiento de aquel con su sobrina, la bella Jipijapa.

Como para darle carta de naturalización a este conjunto alegórico Montalvo recurre a dos topónimos ecuatorianísimos: “Huagrahuasi, en lengua quichua, Casa del Toro, ubicado en una zona muy conocida de Píllaro, en su provincia de Tungurahua, y Jipijapa, cantón de la provincia de Manabí.

En el Capítulo XIX, los clérigos viciosos que allí aparecen, sin duda son también personajes reales contra cuyas desviaciones y defectos arremete la lanza del Quijote Montalvo. Allí quedan para la historia fray Emerencio Caspicada, que suena a Caspicara, el imaginero indio (cara delgada o flaca), el padre Frollo y fray Damián Arévalo, “Filósofo, humanista, crítico sin par. Corrige las pes y las tes mal hechas con erudición y desesnfado”.

El padre Deidacio llamado el “invisible” en razón de sus cualidades para colarse sin que lo vean. Pepe Castañas, “el argonauta” porque se anda por los aires del covento a la calle y de la calle al convento, esto es, saltándose las paredes, y el hermano Valentín, ya en olor de santidad.

En el Capítulo XXI se encuentran otros personajes, cuyos nombres parecen también haber sido escritos en clave para lanzar sus saetas contra un hipócrita. Un mancebo dirá: “ese asno bayo, de cara bonachona que parece estar meditando en su canonización: es un tartufo llamado Pinipín de la Gerga, hombre que tiene de perverso cuanto quiere mostrar de santo”.

A continuación habla de la fada bienhechora Felicia Propicia que ha encantado a algunos personajes convirtiéndolos en animales, entre los que se divisa, “ese rucio gordo, maduro, perezoso, de aspecto bonancible? Es

---

zubi (Jipi Japa). “...y vean todos como un solo caballero andante saca de las mazmorras presos envejecidos en ellas; de la sepultura, difuntos de veinte años: deshace matrimonios contrahechos, descubre fechorías, levanta caídos, da en el rostro con sus secretos a los malvados omnipotentes, endereza entuertos y pone todas las cosas en su punto”.

En su pieza teatral El Dictador Montalvo emplea para su personaje símbolo, el nombre de Maunero. El Dr. Ricardo Descalzi dice al respecto: “...apellido que pronunciado en francés, idioma que Montalvo conocía a la perfección, se lo llamaría Monero, segundo apellido de su enemigo político” (Montalvo y la teatralidad, revista de la Casa de Montalvo, No. 75).

un sabio historiador, señor caballero: se sabe la de su país como el Avemaría pero no dice la verdad sino cuando le conviene a su negocio;...”. El nombre del personaje es Remingo o Vulgo Remingo, tras cuyos anagramas y estudios se puede identificar una sátira cruel contra el historiador Pedro Fermín (Remingo) Cevallos, con quien El Cosmopolita tuvo sus diferencias y le dirigió una carta censurando acremente su conducta política.<sup>3</sup>

También se encuentran otras reminiscencias americanas en el Capítulo XXIV como Don Alejo de Mayorga, simpático calavera y libertino, que con alguna vanidad dice Montalvo, hubiera podido titularse conde de Archidona y su hermano Zoilo de Mayorga que no hubiera visto con indiferencia el título de Marqués de Huagrahuigsa (estómago o panza de toro).

Julio Castro, compañero de Veintemilla, para el que Montalvo utiliza en sus cartas el peyorativo de Castrato, aparece en el capítulo XXXVI, que trata de un torneo en burla, como el andantesco Castrato Plomatto Misolonghi, archipámpano del Jura.

Hasta que el temperamento volcánico del escritor ecuatoriano, ese Tungurahua que llevaba adentro, hace explosión en el capítulo XLVI en que nos narra el episodio de un ahorcado, el mismo que lleva tatuado en su piel, el nombre de Ignacio Jarrín. Y para que no quede ninguna duda, comenta en boca de su Don Quijote:

“El pobre hombre dijo Don Quijote, muere como ha vivido. ¿Piensas buen Sancho, que ese miserable habrá sido el espejo de las virtudes? Los vicios, los crímenes hicieron en su alma los mismos estragos que los gallinazos han hecho en su cuerpo. Asesinato, robo, traición, atentados contra el pudor son bestias feroces que devoran interiormente a los perversos. Ignacio Jarrín... O yo sé poco, o este es aquel famoso ladrón que dio en llamarse Ignacio de Veintemilla. En el primer lugar a donde lleguemos nos darán noticia de ese ajusticiado”. Y en un comentario adicional, saliéndose del

3 Las copias de Minge Repulgo, sátira contra las costumbres de la época son ya mencionadas por Cervantes en su Prólogo; Montalvo modifica el nombre para dirigirlo contra Cevallos.

“En el capítulo XXI de los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, un personaje docto –desde luego Montalvo mismo hablando- diserta con elocuencia acerca de las cualidades que debe tener un historiador, y acerca de la ligereza de éste. Andrade afirma que se trata de una alusión a Cevallos”. (Agramonte, Montalvo en su Eistolario, Carta 10).



todo de su papel de narrador y de protagonista y de imitador de Cervantes, Montalvo justifica “la aplicación de las leyes inmortales de la moral y la justicia”.

En el capítulo XLVIII describe un Alcalde, un notario, jurisconsultos y peritos de “esos que no rebuznan en balde”, sino que reciben regalos de las dos partes en litigio y todo lo sujetan a la ley del encaje. ¿Sus nombres?: Absalón Mostaza que sugiere a su adversario de la vida real Mariano Mestanza; luego sigue una sátira a unos leguleyos y poetas como el escribano Casimiro Estraús, Estradibaús o Estrafeliz (Estraús = Suárez. ¿Federico González Suárez?).<sup>4</sup> No es difícil que con este o algún otro nombre, Montalvo haya querido aludir a su coterráneo y adversario político Juan León Mera. Y algo más cerca o más lejos no puede haberlo olvidado, debería encontrarse el general José María Urbina y el Arzobispo Ordóñez. A menos que dichos personajes hayan estado en los capítulos que eliminó. (Está suprimida casi la tercera parte. No queda sino lo bueno y original”. Cartas de Montalvo a su sobrino).

También hay que pensar que algo quiere decir en el capítulo L, con aquella compañía de ganapanes medio artistas, con el tuerto Tío Peluca a la cabeza

---

4 El que suministra una prueba complementaria e irrefutable de que Capítulos es una obra de militancia quijotesca y política; en la que pretende castigar a sus adversarios, es el mismo Montalvo:

“Esta nota de El Combate (a mi nadie me manda por cierto) está muy confusa; no se entiende quién dice de mi esas cosas, si el mudo Mera, o el clérigo González de Ibarra. Tú sabrás que el Ronzalitos de Guayaquil ha pedido perdón por consiguiente, hay una horca vacante en el Quijote: ¿quién le reemplaza? ¿el mudo Mera o Pedro González?

.....  
.....

“El que me ha llamado conjunto abominable de cinismo e impureza, debe tener su corona, me parece, en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes (Cartas de Montalvo a su sobrino, París, Septiembre 29 de 1884).

Recordemos de paso que González Suárez firma en su calidad de Secretario, la Carta Pastoral que condenó los Siete Tratados. Pero también se puede leer en otra carta donde reaparece el Montalvo caballeresco: “La muerte de Zaldumbide, por otra parte, inutiliza muchos capítulos del Quijote; pues ya comprendes que la sátira a la tumba no cabe en un corazón bien formado y una naturaleza como la mía; tanto más cuanto me ha dolido vivamente la temprana desaparición de ese antiguo amigo mío, el más querido de mi juventud. Los odios están muertos, las disensiones concluidas: no quiero hacer recuerdos que aflijan a los que lloran, ni que me apoquen a mis propios ojos. Quema pues todo eso; y si yo no alcanzo a volver a mi país, te enviaré, como queda dicho, mis obras depuradas y corrientes”. (Cartas de Montalvo a su Sobrino. París, Sep. 20 de 1887).

y que la integran el gigantón Pedro Topo, que por su tamaño hace juego con el elefante Chilintomo, el homúnculo Pepe Cuajo y la Munchirita.

Suceso que inspira al caballero Don Quijote derribado por la fuerza del animal, esta copla:

No me pesa la mi muerte  
Porque yo morir tenía  
Pésame de vos, señora  
Que perdéis mi compañía.

Chilintomo, es una hacienda cacaotera de la provincia de Los Ríos en la Costa ecuatoriana y la Munchirita, una posible derivación de mucha, esto es, beso; de donde la Munchirita podría interpretarse como la Besadorita. En quichua mucharina es besarse; muchachita, hacer besarse y chirimucha, se traduce literalmente como beso frío o besarse sin ganas.<sup>5</sup>

En cuanto al tuerto Tío Peluca, que en el capítulo LII hace una representación teatral con sus títeres, parece que encarna a José Modesto Espinosa, otro adversario del Cosmopolita.<sup>6</sup>

Por otra parte, el uso de la germanía muquir o la muquicio en boca de Sancho, por comer al apuro y otras expresiones como el mar de Zabache, la laguna Meotide o la señora Chimbusa, confirman lo aseverado por Juan Valdano de que la actitud de Montalvo frente al habla popular no fue la de un fanático purista.

---

5 "Escribiré los caracteres sin valerme como el otro, de nombres griegos para ocultar los infames, viles o ridículos personajes que intentas escarnecer; yo seré más claro y humilde, y me contentaré con apelativos quichuas. El autor del Capítulo que se le olvidó a Cervantes puede muy bien escribir así mismo una Galería de Ecuatorianos famosos que guste en América". (E.C.)

6 "por esta cruz, yo no leo esos papeles; pero aún a pesar mío, no falta quien me de noticias de ellos. Amigo modesto, cuidado con el retablo. Quitate el parche del ojo y ponte a la capa; ese que tú llamas el Cervantes moderno, tiene su Don Quijote, que salta, menea la tizona y descabeza títeres y titireteos en un abrir y cerrar de ojos. Don Ginesillo de Parapillo, Don bachiller Sansón Carrasco, o Don como te llames, volvemos a las andadas". (El Cosmopolita).

En el capítulo LII se puede leer otra toponimia, ubicada en el cantón Pillaro, cuando habla del castillo del señor de Montugtusa (elevación cubierta de plantas espinosas) y de la bella Sebondoya.

Finalmente en el capítulo LVIII el quijote americanizado por Montalvo y su fiel escudero Sancho continúan sus combativas aventuras políticas cuando dan con los cuerpos de dos ahorcados por libelo y difamación. El uno se trata de un poetaastro miembro de la cofradía de Monipodio; el otro, de un viejo beato lleno de hipocresía y perversidad.

Sus Capítulos llenos de claves, alusiones e ironías, siguen este camino hasta la última página (Capítulo LX), en la que nuevamente José Modesto Espinosa, es incluido en este infierno con algo de dantesco:

“En el ínterin se les metió en el cuarto un fraile husmeador, que así de vana y baja curiosidad, como de malicia, todo inquiría y requería por si algo sacaba en su provecho, siendo como era el más ruin y malintencionado, no solamente de esa sino de todas las comunidades. Era este fraile el hermano José Modesto. Embaidor y socarrón cuando no tenía entre manos una picardía no le faltaba una burla que hacer a sus hermanos y superiores. Con esconder el brazo desde luego, y negar si era descubierto y jurar por Dios Nuestro Señor, todo estaba hecho para él. Arrugado, amarillo, sus ojos triangulares y vidriosos no miran jamás en línea recta. Malo como feo, este santo hombre no carece de ingenio, y se aprovecha de él cuanto puede en daño de sus semejantes”.<sup>7</sup>

Hay capítulos que si no se le olvidaron a Cervantes, merecerían que se los profundizara o insistiera. Tales, unas reflexiones sobre la pobreza, el que vendría a ser la continuación de su tratado sobre la belleza, disquisiciones morales y filosóficas, el baile y donosas galanterías con las damas.

A pretexto de los vestidos da rienda suelta a su conocimiento y admiración

7 Sobre esta quijotesca faena podemos también leer: “Pero cuando pensamos en que el tético Espectador de la Gran Bretaña, el triste y apasionado Larreta tenía tiempo y humor para desollar a los polizontes, a los ridículos personajes, no dejamos de recelarnos que usted, aunque no con tanto ingenio como ellos, nos ponga por ahí en alguna aventura tenebrosa, o a horcajadas sobre Rocinante tirando amo y escudero por los campos de Montiel”. Imbroglío de las Tripas (El Cosmopolita).

por las virtudes y costumbres de los romanos. Y no falta la poesía opura: “Recién nacida la luna, apenas sí hacían figura en el cielo con sus curnecillos untados de luz, visible como el recorte de uña, descendiendo al horizonte”. (Cap. XLVI).

Alguno de ellos tan original como su apasionada defensa del entorno natural y de unos árboles que la insaciable voracidad del hombre quiere talar, cuando “ricos y hermosos como están valen más que las pirámides de Egipto”. Este capítulo sólo puede servir para considerar a Montalvo sin hacer fuerza alguna, como el primer ecologista del Ecuador y uno de los pioneros en el mundo, puesto que las preocupaciones de esos quijotes o locos que para el caso es lo mismo de la conservación de los recursos naturales todavía no nacían ni se había suscrito el manifiesto de Morges ni construido Parques Nacionales ni santuarios de la naturaleza cuando Montalvo escribió páginas tan futuristas.

Este mismo episodio le lleva a considerar esa desafortunada ambición de lucro de hacer dinero aunque honradamente que caracteriza a la sociedad capitalista. “Hay quienes destruyen en un instante la obra de doscientos años para aprovecharse de la mezquina circunferencia que un árbol inutiliza con su sombra: para la codicia nada es sagrado: si el ave Fénix cayera en sus manos se la comiera o la vendiera. Cosas que no produzcan, no quiere el especulador; para el alma ruin la belleza es una quimera”.

Caben ahora algunas consideraciones acerca de lo que es Don Quijote para los estudiosos y lo que de una manera particular es para Juan Montalvo.

Don Quijote es una dualidad: uno de los elementos, visible, tiene el propósito de combatir los libros de caballerías; el otro, es el emblema de un misterio que hay que descubrir.

Para Montalvo Don Quijote con su idealismo es un discípulo de Platón con una capa de sandez. Quitémosle, nos dice, su vestidura de caballero andante y queda el filósofo. Se debería preguntar a quienes afirman que España y América española carecen de filosofía y de filósofos, si lo del quijotismo no les dice nada. Porque la de Don Quijote es una filosofía vital que en Alonso Quijano, el bueno, adquiere perfume de santidad.

“Los mejores filósofos son los que practican sin saberlo esta noble ciencia; y los aciertos de la filosofía no pueden ir nunca fuera de la grandeza del alma y la bondad del corazón”, argumenta el ilustre ambateño.

De otro lado la espuma de la risa que utilizó Montalvo, al igual que Cervantes, no está reñida con las grandes virtudes ni malquista con los héroes. Por eso nos explica que Licurgo, el adusto legislador lacedemonio, mandó colocar la estatua de la risa en todos los festines. No obstante nos recuerda que en su obra hay una intención superior al del fácil deleite: “nuestro ánimo ha sido disponer un libro de moral, no un Panatagruel para la risa ni Le Moyen de porvenir para la gula de los sentidos”.

Así como Prometeo se apropió del fuego de los dioses para llevárselos a sus semejantes, pero aceptó dignamente el castigo, Montalvo hace algo parecido para escenificar a Don Quijote en América, consciente también de sus riesgos.

No tan expresamente en aquello de las influencias recíprocas de Quijote-Sancho y viceversa, tampoco dejó de intuirlos: “Si los vicios se pegan, se han de pegar así mismo las virtudes; y si hay en mi alma viscosidad, en Dios confío que se me han de pegar las de mi señor Don Quijote”, dice Sancho.

Idea que ratifica el Obispo; “Hay en todo corazón bien formado una pringosidad fecunda que hace fructificar generosamente cuanta buena semilla se ha hecho en él; y como el vuestro no es de los estériles, no será imposible os dejéis influir por las cualidades de vuestro amo y señor Don Quijote”. (Cap. XVIII).

Para Unamuno, Sancho Panza es un héroe auténtico. Y su mayor heroicidad está en que él, un cuerdo, se va tras de un loco como lo es su señor. Y es que en Sancho, remarca, hay mucho de Don Quijote.

Sobre el estilo que Montalvo emplea en su imitación ya sabemos que Juan de Valera piensa que “el turbulento hijo de América” carece de esa ataraxia de los antiguos y de allí su falta de espontaneidad que sí la tiene el original; así insinúa que la obra de Montalvo es más producto de laboratorio, estudio y reflexión.

Ciro Alegría censura el bizantinismo de los Capítulos y el mismo Unamuno, tan quijotista, le critica por creer ingenuamente que en España todavía se habla en cervantino, cuando el ecuatoriano compuso su obra.

Puede ser. Pero ya se dijo lo mismo de Homero, el modelo y de su imitador, Virgilio. Y cuando el héroe de Lepanto, ubicado entre el Renacimiento y el Barroco, dio a luz su genial novela, también fue acusado de artificialidad y de utilizar la lengua de otros siglos, casualmente a los que Don Quijote dice que los antiguos le dieron el nombre de dorados.<sup>8</sup>

Noel Salomon aporta con más pistas para el descubrimiento del Quijote montalvino.

Según él, la obra se mueve en dos capas geológicas: la primera, una indignación andina expresada mediante un material del Siglo de Oro y la Edad Media; la segunda, un esfuerzo minucioso y paciente, propio de un artesano, empeñado en perfeccionar el lenguaje.

Indignación y artesanía, estas serían otras claves. Y algo más a tono con el personaje, locura o imitación de la locura, aparecida por obra de determinadas circunstancias históricas, dentro de un medio tropical y andino y un sedimento intelectual propio de la cultura occidental con la que los españoles universalizaron a América.

---

8 Mientras Juan Pérez publica *La Curarina*, antídoto contra el montalvismo, Rafael María Merchán dice que Castelar “se arrojó en brazos de Montalvo como si viera en él a Cervantes resucitado” (Montalvo ante sus admiradores extranjeros. Imp. Nac., Quito, 1911. Reproducido por Agramante en su *Epistolario*, p. 310).

Y la condesa Emilia Pardo Bazán: “Usted procede con desenfado y señorío hasta se descuida, si ocurre; la vida, que al estilo le está chorreando, hierva y remoja las sabrosas antiguallas, entreveradas con arte. Lo que en otras flores de trapo exhumadas de algún cofre donde roe la dormilona polilla, son en usted carmesíes, abiertas, húmedas y fragantes”.

Y Montalvo: “¿Olvidaré la lengua castellana que me he empeñado en aprender hasta hacerme llamar español y de los mejores tiempos por insignes literatos?”

¡No quiero! Hablen allá su lengua, que yo hablaré castizo. No me entiende, porque no prohijo ese idioma triorquida, ese monstruo nacido de tres padres de diferente naturaleza, esa jerga americana compuesta de castellano, francés y quichua”. (El *Cosmopolita*, Estilo familiar).

La ideología montalvina, profundamente espiritualista, si bien no creó un conjunto organizado de ideas originales, consistió en sostener y luchar con profundo convencimiento por un conjunto de verdades ético-metafísicas que son la que unifican su vida y su persona.

El imperativo ético, fundamental en Montalvo, consiste en vivir para el semejante, para el hermano, eso que hoy llamamos humanismo; las virtudes son la sabiduría, la justicia, la veracidad, la caridad, el pudor, el pundonor, mientras que los valores negativos son el mal, la ignorancia, el error. La economía no tiene para Montalvo valor intrínseco, es solamente un instrumento. Con lo que su filosofía se enmarca en la doctrina de Cristo.

Cervantes, su maestro, vivió en la misma ley y murió cristianamente como el Campeador. La historia ha recogido su adiós en una impresionante carta, en la que dedica su obra Los trabajos de Persiles y Segismundo. En ella, entre la ampulosa dedicatoria al poderoso señor del mundo de los vivos y los simples versos de quien ya estaba en la otra orilla, hay un contraste dramático.

“Al conde de Lemos, de Andrade, de Villalva, marqués de Soria, gentil hombre de la Cámara de su Majestad, Presidente del Congreso Supremo de Italia, comendador de la Encomienda de la Zarza, de la Orden de Alcántara:

puesto ya el pie en el estribo / con las ansias de la muerte / gran señor, esta te escribo”.

Don Juan Montalvo no hizo testamento ni dedicatoria y sus últimas palabras han sido escamoteadas o alteradas por obra y gracia de los hombres y de las circunstancias, Quizá sea lícito entonces pensar que las mismas coplas que escribiera para su Quijote sirvan también para su quijotesco autor:

Item: mando que mis armas / En mi tumba se suspendan; / Ni ella tenga otros adornos / Que mi corazón y mis grebas / Coronas para la Virgen,  
/ La Lira para el poeta, / Para los sabios el libro, / Cada cual tiene su emblema / Esta fue una muy gloriosa; / Nadie a tocarla se atreva. /

La mano que la empuñaba / La meneó con destreza: / Al oprimido, al inerme / Socorrer era su tema”.

El Quijote montalvino como se ve, se aparta en este punto del original. No se enfrenta con la verdad de la muerte, acaso pensando que debe seguir viviendo.

Y hace su testamento sin recobrar el juicio. Pero quiere estar apercebido para el trance inevitable: “Este buen hidalgo experimentaba a menudo grandes conmociones ulteriores de piedad; aún cuando hubiese muerto loco, no habría olvidado las prácticas de los católicos siendo como era muy adicto a la religión de sus mayores”, leemos en las últimas páginas de su Capítulos.

Así Montalvo en una nueva cruzada no exhumó, sino rescató a Don Quijote resurrecto, aunque él diga que sólo le ha seguido la pista.

A lo largo de su vida asoma persistente y doloroso el caballero andante que hay en Montalvo, vistiendo majestuoso su armadura de levita, a veces desgarrada como por descuido, jamás zurcida, porque este detalle expondría su pobreza.

Preocupado de sus familiares, amigos y partidarios, envía regalitos, enmienda algún juicio apresurado y se propone hacer más de lo que puede idealizando seres queridos y adversarios.

Para estrellarse con falsos castellanos, que no son más que venteros que le cobran la posada y la comida; de vez en cuando un Duque, que en la vida real es un Mecenas, que ofrece más que cumple.

De allí que rompe lanzas desde Europa cuando los suyos son apaleados, perseguidos, encarcelados, expatriados y algún sobrino muerto en tierras de América. Y ataca con su espada-pluma contra los Académicos de Tirteafuera que le negaron un puesto en su esclerótica institución, a él que traía la vitalidad de la tierra nueva. Y con la bolsa siempre flaca quiere hacer algo por los que tienen hambre y sed de justicia.



Pobre Quijote, si hasta cuando en buena lid gana una batalla, y vence al Jayán, le birlan la victoria y es condenado una vez más al ostracismo Por eso su deambular por los andurriales de Tumaco, Barbacoas, Ipiales, Lima, Panamá. Y cruza otra vez, el gran charco y cuando llega a Roma, desde sus colinas sueña con la antigua y grandiosa de los Césares; y en España, acaso el fantasma de Dulcinea se trastrueca en la artista catalana Esmeralda Cervantes o en el diálogo epistolar con la condesa Doña Emilia. Y así Florencia y el Vesubio, Venecia y Wiesbaden, para terminar en París, la meta final de su tercera y definitiva salida.

Y loco, loco perdido según los campeones del sentido común, estando falto de lo necesario para vivir, compra los libros de Lamartine que se debate en la pobreza y solicita el apoyo de los ecuatorianos: “Nada perdéis con cercenar el pan de un día, para darle en cambio de una producción que quizá será el acento póstumo del más dulce de los poetas y del más sincero de los republicanos”.

Finalmente le invitará ya que Francia, la tierra del poeta no ha reconocido sus méritos, a venir al Ecuador, que le tributará un homenaje.

Y se imagina o vive emprendiendo los dos una navegación por el río Daule, entre tamarindos y ananás. Luego subirán al Chimborazo, pasarán por los bosques de Ficoa y se recrearán en las lagunas de Imbabura

Ahora bien, ¿tiene sentido en un mundo tecnificado y tecnolátrico, de viajes espaciales, alunizajes y cabezas nucleares, de progreso vertiginoso, de increíbles descubrimientos, de una Hispanoamérica mas acuciada por la solución de problemas materiales, de creaciones colectivas y anti-héroes, en la que en fin el hombre parece haber dado con el punto de apoyo que pedía Euclides para mover el planeta, cuando las naves ya no se llaman la Santa María, la Pinta y la Niña, sino Apocalipsis, Exocel y Soyus, la presencia de Don Quijote?

Hacemos nuestra la respuesta de Alfredo Albuja Galindo, para quien las ideas quijotescas de justicia y libertad no son caducas ni lo serán nunca. Efectivamente, todavía quedan en América tiranuelos y dictadores que

vencer y restituir el sistema democrático, que es el que más se ajusta a los derechos y esperanzas de los pueblos. Todavía hace falta a Don Quijote ser más discreto que un obispo, dirá Montalvo hasta cuando llegue el instante de ser loco. Él mismo lo reclama para nuestro país y sobre todo para nuestra vertiente americana; ¿Cómo puede ser posible que no ande todavía en quichua? Dios remediará; los hijos de Atahualpa no han perdido la esperanza de ver a ese grande hombre vestir la cushma de lana de paco, en vez de jubón de gamusa con que salió de la Argamasilla” .<sup>9</sup>

Aunque en el siglo XX, en galeones como el “Atocha” que luchó en la Armada Invencible, donde murieron 15.000 hombres vencidos si por los elementos de la naturaleza, no llegó a embarcarse rumbo a América Don Miguel de Cervantes.

Y dicen en cambio que uno de los supervivientes de la que en realidad se llamó “Felicísima Armada” fue otro escritor del Siglo de Oro español Don Félix Lope de Vega y Carpio, fabulosamente llamado el Fénix de los Ingenios.

Lo que da pie para que Benjamín Fuentsoto comente sobre los tesoros perdidos del imperio español:

“Van a la rebatiña y al merodeo, hurgan entre los entresijos de los abismos en busca y procura de un cofre con doblones, el agnus dei del oro de algún obispo que pasaba a Indias, del camafeo y el anillo que portaba un marinero de la Invencible con inscripciones de amor eterno. Devuelto a superficie, todo este expolio testimonia un tiempo, unos afanes, un modo de hacer”.

Para terminar esta exposición, este espigar en comentarios y análisis críticos extraídos de profundos y serios estudios realizados, de asomarnos a las investigaciones de autores nacionales y extranjeros y de intentar reconocer algunos personajes en clave del Quijote militante y americano de Montalvo, quisiera que nos quedáramos con un buen sabor en la boca. Y para ello, nada más oportuno que cederle la palabra a él mismo:

---

<sup>9</sup> En Cervantes y Montalvo se encuentra Argamasilla, pero en Avellaneda se lee Argame-silla.

“La lengua castellana en manos de los grandes escritores clásicos es como el Amazonas caudaloso, grave, sereno: sus ondas ruedan anchamente, y sin obstáculos van a reempujar y desalojar el océano, que se retira, y vuelve a él con los brazos abiertos. Todo es paz y grandeza en esa vena del diluvio: cuando hay alteraciones, las tempestades son sublimes, como cuando fray Luis de Granada, santamente irritado exclama con los profetas:...” Bien está no hablemos como esos antiguos en un todo, mas para la pureza, la eufonía, la numerosidad, la abundancia busquémoslas, imitémoslas”, decía en *El Buscapié*, más que prólogo de un libro inimitable, continuación de las aventuras de Don Quijote en América.

“Y qué lengua, la de hablar con Dios; la lengua muda del éxtasis de Santa Teresa: la de la oración hablada en San Juan de la Cruz: la de la elocuencia eclesiástica en fray Luis de Granada: la de la poesía en fray Luis de León, Herrera y Rioja: la de la historia en Mariana: la de la novela en Hurtado de Mendoza: la de la política en Jovellanos: la del amor en Meléndez Valdez: la de la risa en Fígaro: ¡qué lengua!, la de la elocuencia profana en Castelar: ¡qué lengua!”.

## **CAPÍTULOS COMO OBRA DE COMBATE EN TEXTOS CONOCIDOS E INÉDITOS**

Dos personajes de la literatura universal, Don Quijote de la Mancha y Don Juan Tenorio, aparecen en las obras de Montalvo, bajo los títulos de *CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES* y *GEOMETRÍA MORAL*. Ambos de origen español, dan lugar a un Don Quijote y a un Don Juan de Flor americanos, en sus atributos, intención y toponimia.

En el presente trabajo intentaré una interpretación de Don Quijote en América, encarnando una obra de combate, que es a mi entender el resultado y el valor de su imitación cervantina.

Una corriente de estudiosos integrada por el romanticismo de José Enrique

Rodó, el idealismo de Gonzalo Zaldumbide, el formalismo de Ánderson Imbert, pone su acento en el brillo del estilo y el tratamiento de la lengua, por lo que ha sido calificada de “anestesiante”.

La otra corriente, que comprende a Roberto Andrade y sobre todo a Noel Salomon, destaca en cambio su intención política y su carácter militante. De mi parte, al tomar las pistas de Salomon y aceptar el reclamo de Jorge Salvador Lara por la ausencia de un trabajo de identificación de los personajes que bajo nombres crípticos constan en CAPÍTULOS, dándole el carácter de novela en clave, he logrado descifrar varios de ellos.

Lo primero que hace notar Salomón es la época de la creación de CAPÍTULOS, durante su penoso destierro de Ipiales, ubicada entre 1872—1873, en el que Montalvo estuvo empeñado en combatir a la tiranía de García Moreno. En uno de sus Cuadernos de Apuntes Inéditos, que he titulado DISQUISICIONES FILOLÓGICAS Y REFRANERO, está el material para su Quijote, en lo que tiene que ver con lengua y literatura; pero es evidente que el clima psicológico del exiliado, debió predisponerle para introducir también en la novela, a manera de desquite, sus lanzadas de terrible polemista y panfletario. De manera que si seguimos a Gustavo Alfredo Jácome, aquí tendríamos otro caso para la etiología de las obras combativas de Montalvo. Luego Salomon hace notar que el Capítulo XLVI, en el que ahorca a Veintemilla, debió ser añadido algunos años más tarde (entre 1878—1881), perspicaz deducción que tengo el gusto de ratificar, pues en el original que guarda la Casa de Montalvo y que sin duda es el primer borrador escrito por él en Ipiales, no consta el capítulo citado, ya que todavía no se había producido el rompimiento con Veintemilla.

Por eso el hispanista francés dice:

“En realidad lo que se define en él como casticismo fue la reivindicación de los valores culturales atesorados por la clase dominante de la época colonial como si fuera su propiedad exclusiva. El escritor ambateño nacido en la clase media se los apropió literalmente. Al escribir bien el zambo Montalvo demostró que podía hacerse dueño de un modelo cultural que hasta la fecha había sido de los amos blancos, y que incluso podía él, superarlos por el refinamiento . . . Debe restituirse la figura de Montalvo vivo y militante de

los Capítulos conforme a su propia voluntad y a la lectura que provocaron en sus contemporáneos”.

Es a la afirmación de este pensamiento que deseo contribuir, porque sin duda hace a Montalvo actual, interesante y vigente en la sociedad de nuestros días.

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA COMO PARODIA CERVANTINA

Varios estudiosos de la obra cervantina, destacan la intención burlesca que le impulsa a escribir esta novela y su marcado realismo. En prueba de ello se recuerda que Avellaneda, cuya labor es “similar a la de cualquier pirata del mar Caribe haciendo de comerciante en una plaza de Nueva Granada” (F.S.R.), trata a Cervantes de viejo descontentadizo, con más lengua que manos y otras donosuras muy de su gusto. Y lo acusa de perseguir a un sacerdote del Santo Oficio que ha entretenido honestísima y fecundamente durante años en los teatros de España (alusión a Lope de Vega). Cervantes protesta y aparentemente lo niega: “. . . que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa”. Por lo que Martín de Riquer, hace notar: “Hay en estas seis últimas palabras, una reticencia llena de intención, ya que era pública y notoria la vida desordenada que, a pesar de los hábitos, llevaba Lope”.<sup>10</sup>

El realismo literario del QUIJOTE proviene de la más pura cepa española, que arranca desde el CID CAMPEADOR, se anuncia en el LAZARILLO DE TORMES, está en LA CELESTINA y se universaliza en el héroe manchego. Montalvo desde suelo americano lo proyecta en la misma línea realista y satírica y pone nuevamente en marcha a sus personajes, para combatir el libertinaje, la hipocresía, la dictadura, confirmando en América su inmortalidad y eternidad.

No podemos pues sacar la conclusión de que “El Buscapié” o CAPÍTULOS sean sólo obra de ficción, inocua, de puro arte literario y nada más. Su mismo autor advirtió que sus escenas no son ficticias, sino acontecimientos extraídos de la realidad.

Noel Salomon asevera que la imitación cervantina de Montalvo se inscribe

---

10 Aproximación al Quijote, por Martín de Riquer.

en la línea del “quijotismo liberal” que caracterizó a la España del siglo XIX. Pone como pruebas el episodio de Altisidora (Capítulo LVIII), que fue interpretada como una graciosa parodia de la justicia inquisitorial, y la versión de que existió un manuscrito de Cervantes, apócrifo desde luego, titulado no en vano “El Buscapié”, en el que confesaba que la intención encubierta del Quijote fue ridiculizar al Emperador Carlos V por su afición a la lectura de desatinados libros de caballerías.

Al utilizar Montalvo el mismo nombre de “El Buscapié” para su prólogo, tomándolo del que Adolfo de Castro publicó en 1848, se comprende que aquel conoció de la segunda intención que se decía animó a su modelo y por eso afirma sin ambages que su triunfo fue la sátira boyante.

En el Capítulo VI de Montalvo podemos leer:

“El gran Carlos V dijo Don Quijote, era lector infatigable de libros andantescos y pudo renunciar a la corona imperial, mas no prescindir de esas historias.

El emperador había prohibido, arguyó el fraile; si él, por lo que tocaba a él, no hizo caso de su prohibición, lo hemos de atribuir a la flaqueza, y como hombre no le podía faltar...

Luego vuesa merced no aprueba el modo de proceder de Carlos V, que deja a un lado el cetro del mundo, y se humilla a evangelizar hasta el extremo de pasar a un monasterio a llamarse fray Carlos simplemente”.

En consecuencia lo que se suponía sólo un ejercicio de la lengua, resulta ser una crítica contra determinados personajes de la política ecuatoriana, contra la envidia, los criticastros, hipocresías y otros vicios, al paso que oculta bajo aquel ropaje arcaizante y afanes puristas, el venablo de otra catilinaria.

Como prueba de que CAPÍTULOS encierran alusiones, sátiras, parodias, que lo vuelven un texto de combate, he aquí algunas de ellas.

En el Capítulo IV se puede encontrar una sátira contra unos romeriantes

que se desplazaban “no de pies como los racionales si no a “modo de cuadrúpedos”. Contra tales santos gateadores, Montalvo hace arremeter a Don Quijote y uno de los vencidos que ya se da por muerto se expresa así: “Tengan piedad hermanos, dijo el difunto: no somos pícaros ni inválidos de industria, sino gente de bien y católicos que hemos hecho voto de ir a un santuario a cinco leguas de aquí”. A lo que Don Quijote o Montalvo, que es lo mismo, replica: “un fanático menguado que imagina ponerse a derechas con el Todopoderoso, si se vuelven jumentos, no son personajes de un poema”.

En el Capítulo XI más allá del dominio del idioma, del artificio de las palabras, surge la alegoría de la tiranía. Allí están los luchadores y los esbirros, los Quijotes y sus escuderos. La encadenada recurre al caballero andante para que la libere y castigue a los verdugos. Y en aquel proscenio donde “el crimen oculta su rostro bajo la máscara de la virtud”, aparece el tirano. Rezaba y ayunaba 360 días al año, informa su esposa, la condesa Remigia Guadainfante. Y el tirano no por casualidad es el conde (Ga) Briel de Gariza (García) y Huagrahuasi, por otro nombre conocido como el cruel Moureno (Moreno); es decir, don Gabriel García Moreno. El panfletario que hay en él, no se anda por las ramas y dice que no debería llamarse el cruel sino el bellaco y alude al casamiento de aquel con su sobrina, la bella Jipijapa. Como para darle carta de naturalización a este conjunto alegórico, Montalvo recurre a dos topónimos ecuatorianísimos: Huagrahuasi, en lengua quichua, Casa del Toro, ubicado en una zona muy conocida de su provincia de Tungurahua, y Jipijapa, cantón de la provincia de Manabí. La alegoría alcanza toda su dimensión si se recuerda que García Moreno contrajo matrimonio con la dama de la nobleza quiteña, Doña Rosa de Ascázubi, que le llevaba algunos años (Guardainfante); que fue acusado de haberla recluido (la encadenada) y de uxoricidio (es un fantasma). He oído que habrían sido propietarios en Quito de la llamada “Casa del Toro” (Huagrahuasi); y a los pocos meses de fallecida aquella se casó en segundas nupcias con la sobrina carnal de su primera esposa, llamada Mariana Alcázar Ascázubi (Jipijapa).

“...y vean todos cómo un sólo caballero andante saca de las mazmorras presos envejecidos en ellas; de la sepultura, difuntos de veinte años; deshace matrimonios contrahechos, descubre fechorías, levanta caídos, da en el

rostro con sus secretos a los malvados omnipotentes, endereza entuertos y pone todas las cosas en su punto”.

En otro capítulo el XXI, habla de la fada bienhechora Felicia Propicia, que ha encantado a algunos personajes convirtiéndoles en animales, entre los que se divisa “ese rucio gordo, maduro, perezoso, de aspecto bonacible . . . Es un sabio historiador, señor caballero: se sabe la de su país como el Avemaría pero no dice la verdad sino cuando le conviene a su negocio”. El nombre del personaje es Remingo o Vulgo Remingo, tras cuya profesión de historiador y anagramas, se puede identificar una sátira cruel contra Pedro Fermín (Remingo) Cevallos, con quien “El Cosmopolita” tuvo sus diferencias y escribió una carta censurando acremente su conducta política”.<sup>11</sup>

Julio Castro, compañero de Veintemilla, para el que Montalvo utiliza en sus cartas y en sus periódicos LA CANDELA y EL EXPECTADOR, el peyorativo de Castrato, aparece en el capítulo XXXVI, que trata de un torneo en burla, como el andantesco Castrato Plomatto Misolonghi archipámpano del Jura.

Los CAPÍTULOLOS, llenos de claves, alusiones e ironías, siguen este camino hasta la última página (Capítulo LX), en el que nuevamente José Modesto Espinoza, es incluido en este infierno que algo tiene de dantesco:

“En el interín se les metió en el cuarto un fraile husmeador, que así de vana y baja curiosidad, como de malicia, todo inquiría y requería por si algo sacaba en su provecho, siendo como era el más ruin y malintencionado, no solamente de esa, sino de todas las comunidades. Era este fraile el hermano José Modesto. Embaidor y socarrón, cuando no tenía entre manos una picardía, no le faltaba una burla que hacer a sus hermanos y superiores. Con esconder el brazo desde luego, y negar si era descubierto y jurar por Dios Nuestro Señor, todo estaba hecho para él. Arrugado, amarillo, sus ojos triangulares y vidriosos no mirar jamás en línea recta. Malo como feo, este santo hombre no carece de ingenio, y se aprovecha de él cuanto puede en daño de sus semejantes”.

---

11 Las coplas de Mingo Repulgo, sátira contra las costumbres de la época, son ya mencionadas por Cervantes en su prólogo. Montalvo modifica el nombre para dirigirlo contra Cevallos.



No podemos olvidar también el sentimiento de honor medieval predominante en la personalidad de Montalvo, para entender su afán de resucitar a los héroes de Cervantes. Le indignaba como es sabido todo lo que consideraba injusto, ilegal o inmoral.

El que suministra una prueba complementaria e irrefutable de que CAPÍTULOS es una obra de militancia quijotesca y política, en la que pretende castigar a sus adversarios, es el mismo Montalvo:

“Esta nota de El Combate ( que nadie me manda por cierto ) está muy confusa; no se entiende quien dice de mí esas cosas, si el mudo Mera, o el clérigo González de Ibarra. Tú sabrás que el Gonzalitos de Guayaquil ha pedido perdón; por consiguiente hay una horca vacante en el Quijote, ¿quién le reemplaza? ¿el mudo Mera o Pedro González?

El que me ha llamado conjunto abominable de cinismo e impurezas, debe tener su corona, me parece, en los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”,<sup>12</sup> Y hay más: Escribiré los caracteres sin valerme como el otro, de nombres griegos para ocultar los infames, viles o ridículos personajes que intentan escarnecer; yo seré más claro y humilde, y me contentaré con apelativos quichuas. El autor del “Capítulo que se le olvidó a Cervantes”, puede muy bien escribir así mismo una Galería de Ecuatorianos famosos que guste a América.<sup>13</sup>

...por esta cruz yo no leo esos papeles; pero aún a pesar mío, no falta quien me dé noticia de ellos. Amigo modesto, cuidado con el retablo. Quitate el parche del ojo y ponte a la capa; ese que tú llamas el Cervantes moderno, tiene su Don Quijote, que salta, menea la tizona y descabeza títeres y titireteros en un abrir y cerrar de ojos. Don Ginesillo de Parapillo, Don bachiller Sansón Carrasco, o Don como te llames, volvemos a las andadas...<sup>14</sup>

Pero cuando pensamos en el tétrico Espectador de la Gran Bretaña el triste y apasionado Larreta tenía tiempo y humor para desollar a los polizontes, a

12 Cartas de Montalvo a su sobrino.

13 El Cosmopolita.

14 Ibid.

los ridículos personajes, no dejamos de recelarnos que usted, aunque no con tanto ingenio como ellos, nos ponga por ahí en alguna aventura tenebrosa, o a horcajadas sobre Rocinante tirando amo y escudero por los campos de Montiel. Imbroglío de las Tripas”.<sup>15</sup>

## CAPÍTULOS OLVIDADOS DE MONTALVO

El estudio complementario que he podido realizar de un haz de inéditos, rescatados con grande y noble esfuerzo por Plutarco Naranjo, y a cuya gentileza los debo, me conducen a opinar que Montalvo pese a la sinceridad de su esfuerzo, no logró una réplica al carbón del modelo cervantino; al contrario consciente o inconscientemente, logró con ellos un Quijote más americano y original de lo que pretendía, tanto que decidió eliminarlos.

En Cartas de Montalvo a su sobrino Adriano, dice el escritor: “Está suprimida casi la tercera parte. No queda sino lo bueno y original”. Como se publicaron 60 capítulos, se deduce que se eliminaron entre 20 y 30. ¿Cuáles fueron las razones? A más de lo que expresamente declara su autor, el estudio que he realizado de aquellos capítulos que no vieron la luz, me adelanto en decirlo, los más americanos y montalvinos, permiten intentar otras explicaciones. Ese afán suyo de lograr una perfecta imitación de su modelo, que confunde a quienes leen simultáneamente los dos textos, es en mi opinión, lo que le llevó a desprenderse de lo que no era cervantino puro. Evidentemente hay trozos en los que el ecuatoriano discurre, hace digresiones y reflexiones muy suyas que frenan la acción novelesca; de tales defectos debió haberse dado cuenta, tanto que resolvió suprimir, acortar o rehacer algunas páginas. De otro lado, ciertas alusiones, sátiras, parodias y personajes con nombres críticos, tras los cuales sus enemigos políticos fueron ridiculizados y castigados a la manera que lo hicieron Dante y Miguel Ángel, al sumirlos en el infierno, parece que los consideró demasiado evidentes, no tan artísticamente disfrazados, crueles y alguno tal vez injusto. Sobre su intención de castigarlos recorro otra vez a su propio pensamiento:

“...Y lo mejor es que Su Santidad no lo llevó a mal; antes por el contrario, a la queja de Su Eminencia, contestó: Si Buonarroti te hubiera puesto en

---

15 Ibid.

el purgatorio, de allí te hubiera yo sacado a fuerza de sufragios; pero del infierno, nulla est redemptio. El sublime pícaro le había puesto al pobre cardenal en un cuadro del infierno. Con que, amigos, cuidado con las orejas de burro”.<sup>16</sup>

Cuando hice la identificación de algunos de los personaje que bajo nombres encubiertos, están en los que pasaron a la prensa, manifesté extrañeza porque no se encontraran alusiones a su coterráneo y adversario don Juan León Mera ni a otros personajes de la época íntimamente ligados a la lucha de Montalvo en calidad de opositores; a menos decía, que estos se hubieran encontrado en los capítulos eliminados. Así ha ocurrido. Justamente en el capítulo que originalmente fue el primero, el Don Quijote de Montalvo se encuentra con don Juan León Mera.

Dicho caballero andante acompañado de su escudero Sancho Panza, llega a falta de castillo a un villorrio y se admira de que no hayan salido a recibirle con trompetas, lo que le causa enojo. Pero he aquí que el cura, “hombre manso y prudente”, aplaca al caballero y le ofrece a él y a Sancho alojamiento y comida en su casa, los que son aceptados. A eso de las tres de la mañana, don Quijote escucha extraños ruidos, que en su imaginación siempre rica, supone son causados por el maligno gigante Rocabruna que está “cargándose a una hermosa y acuitada doncella “, cuando en verdad se trata de un pobre idiota, hermano del cura, que ronca con tal fuerza que amenaza con echar abajo la casa entera. El caballero no acepta explicación tan simplista y al ir en búsqueda del gigante, encuéntrase manos a boca con un pobre sacristán al que toma por Rocabruna y casi le ahorca. Se trata de Juan León Tocho, que más que Juan León Rudo, parece aludir a Juan León, el de Atocha, quinta en la que vivía su paisano, no muy lejos del puente donde históricamente riñeron los dos Juanes. Mera le dedicó con esa oportunidad un “Novenario de Zurras Medicinales al Cosmopolita” y más tarde unos versos titulados “Vida y Fazañas de Don Juancho Ficoa”. Montalvo había dicho lo suyo en “El Búho de Ambato” y “Marcelino y Medio” y aún pensó hacerlo con su Juan León Tocho en CAPÍTULOS, para quedar a mano. Ilustraré este episodio con unos párrafos, cuyo contenido revela su intencionalidad:

---

16 El Regenerador. “Don Antonio y otras cosas”.

“De hoy más no agraviareis a doncellas, ni afligiréis a viudas, ni azotareis a niños: agora vais a ver para lo que nacisteis, y si os está bien tomaros con Don Quijote de la Mancha.

Declárese vencido, respondió don Quijote, allánese a las condiciones que yo tuviere a bien imponerle, y le perdono. El cura repuso: ¿No ha de estar vencido señor caballero? No le falta sino el entierro, según el estertor que le oigo. Tenía la lengua afuera el sacristán, cuando don Quijote le aflojó y le dijo: Os echáis una cadena con argolla a la garganta y candado al pie; dejáis que se os alongue la barba una tercia; revestís el más lúgubre traje; y con el pelo revuelto y bañado en ceniza, con el más humilde semblante, al paso más sometido tomáis camino del Toboso...”.

Al estudiar CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES, ya advertí la presencia de Don Quijote en América y de modo particular en el Ecuador. Cité como pruebas nombres pre quichuas y quichuas, en Montugtusa y Huagrahuasi de la provincia serrana de Tungurahua y Chilintomo, en la provincia tropical de Los Ríos. Junto a esta toponimia señalé nombres de personajes ecuatorianos; pero debo confesarlo, me sentí insatisfecho, pues habría querido que la presencia del Nuevo Mundo fuera más nutrida. He aquí que tal deseo queda colmado cuando en el presente capítulo, el IV, trata “De la batalla aérea que dio nuestro caballero y de los enemigos invisibles que venció y destrozó con su nunca vista valentía”. Don Quijote llega en este capítulo a tierra tungurahuese o montalvina y libra en ella una no tan “aérea” batalla, pues se enfrenta a personajes históricos, es decir que existieron en la realidad. En este que he llamado “Catálogo de los infieles de la ambateña”, constan entre otros: Pansaleo, el pudibundo, guerrero de armas gules con un almete color sangre de toro, al que Don Quijote se dispone a partir como a un albaricoque, desde luego que está en tierra de flores y frutas. Los pueblos pansaleos de origen preincásico, hablaban según el lingüista Pedro Arturo Reino, un variante de la lengua macrochibcha;<sup>17</sup> ellos se asentaban en la actual provincia de Tungurahua, donde nació y vivió Montalvo.

Siguen el valiente Fortidel de Mircandoya y los caballeros franceses Micer Pierres de Brece monte, señor de Charní y Mosen Enrique Remestán, a los que refuerzan Tolentino Revernazo, señor de Moyobamba de las Juntas,

---

17 Pedro Reino, Los Pansaleos: una visión histórico-lingüística, Editorial Universitaria de Ambato.

sitio en el que confluyen tres caudalosos ríos como el Ganges, el Éufrates y el Tigris. Se sabe que Moyobamba es nombre expandido del quichua a la geografía amazónica ecuatoriana y Las Juntas, es el lugar donde confluyen los ríos Patate y Chambo, para formar el Pastaza, que a su vez desemboca en el río de Quito o de las Amazonas. Se nos antoja que Revernazo, es el anagrama de Vernaza o más completamente del coronel Cornelio Escipi3n Vernaza, enemigo de Montalvo.

Marchan a continuaci3n Pasuña de Chacauco, emperador de las Murgas, en cuyos dominios se encuentra el inaccesible Anacuchuma, monte de oro circuido por una laguna encantada. Los nombres indigenas que se acaban de copiar son propios de la provincia nativa del autor; Pasuña, t3pico apellido indio; Chacauco, en el cant3n Pelileo, fue el epicentro del terremoto del 5 de agosto de 1949. Y las caracteristicas del Anacuchuma parecen corresponder a la misteriosa cordillera de los Llanganates que dicen guarda el oro que ocult3 Rumiñahui de los conquistadores hispanos y en cuyas faldas est3 la laguna de Pisayambo.<sup>18</sup>

Montalvo a trav3s de Don Quijote dice: “Cuando llegue el caballero andante pata cuyo valor est3 el desencanto de este monte, habr3 para todos, y la pobreza desocupar3 el lugar”. Se mantiene pues en este relato la leyenda de las riquezas que encierran los Llanganates y la laguna de Pisayambo, donde desde hace pocos aros ha empezado a funcionar una usina hidroel3ctrica, que acaso sea la riqueza intuida por Montalvo.

Don Quijote divisa entonces al poderoso Tilul3n, rey de Casigana, a horcajadas sobre un le3n, el cual tiene el defecto de apocarse con “tr3ficos menudos, pues te hago saber que es el padre y el hijo de la codicia”. Justamente en la entrada occidental de la ciudad de Ambato, est3 el sitio Tilul3n, con sus molinos, y enfrente de 3l, en la otra orilla del r3o, la elevaci3n de Casigana.

Continúa luego Bonifacio Pedregal, duque de Cusúa, zona ubicada en P3llaro, provincia de Tungurahua, del cual dice es opulento, pero tiene la desgracia de ser incr3dulo.

---

18 Esta teor3a basada en los manuscritos de Plutarco Naranjo, queda confirmada con la revisi3n que he realizado de los cap3tulos que guarda la Casa de Montalvo, en donde se lee la palabra Llanganate en vez de Anacuchuma.

Luego van Rapte Majua de Villute, señor de Capairón y de San Telmo, esforzado paladín que juega y crucifica a sus enemigos como sapos; así fue, dice, como metió en el asador a un capón que se hizo gallo. En sus cuadernos, se encuentra entre otros muchos el refrán; al capón que se hace gallo, azotallo. Y esta nota que dice: “Y aunque os entendéis hasta con San Sebastián y San Telmo, importa poco, puesto que es justicia únicamente que nadie se entre en pertenencia de nadie”, que está tomada según el mismo lo registra de “Rinconete y Cortadillo” de Cervantes, a propósito de la cofradía de Monipodio. Por lo visto en esta sátira mantuvo la intención cervantina y sólo cambió lo de Sebastián y San Telmo, por Capairón y San Telmo.

En cuanto al insolente que se alzó a gallo, dice ser un pelón llamado Merino Maulino, molinero que llegó a ser Gobernador de una ínsula, anagrama que parece encerrar una sátira contra el Dr. Nicolás Martínez, tío y protector de Juan León Mera, al que el Presidente García Moreno, nombró Gobernador de Tungurahua. Merino es pues un derivado de Mera; Maulino, alude al molino que poseía; y la ínsula sería la provincia de Tungurahua.

Aclara también que este personaje no debe confundirse con Guarino Mezquino, marido de Anenique, el de la alcurnia de Mongrama.

Parece que quisiera referirse con estos apelativos nuevamente a Mariano Mestanza; pero podría ser más bien una sátira contra su paisano José María Urbina.

Para que no quede duda sobre la filiación del personaje anterior, Merino Maulino, aclara que éste es de los Tochos y Capoches de Quizapincha y Tangaleo, lo más ilustre de Mabato. Como ya se ha dicho Tochos va por Atochos; Capoches, parece aludir a una propiedad que el Dr. Nicolás Martínez tenía en la zona antiguamente llamada Capote (Andignato en el cantón hoy llamado Cevallos); Quizapincha y Tangaleo, son una parroquia y hacienda cercanas a la ciudad de Ambato, que se encubre en el anagrama de Mabato.

Para terminar este punto, a pesar de que según él mismo lo dice se está refiriendo a lo más florido de su tierra, algunos nombres tienen

origen cervantino, como Capoches, que lo menciona también en LAS CATILINARIAS, a propósito de la supuestamente nobiliaria partícula “de” (Catilnaria XI). Así es como de hecho se enlazan su más conocida y celebrada obra panfletaria con CAPÍTULOS, probando una vez más su condición de obra de combate.

Aunque sólo de paso mencionaré unas páginas que parece integraron otro capítulo dedicado a don Antonio Borrero, Presidente que fuera del Ecuador, valiéndose del cronista Cide Hamete Benengeli, técnica narrativa utilizada por Cervantes, y una serie de ridículos versos, dedicados a su amor Cuarta Falcidia. Roberto Andrade nos recuerda el rompimiento entre Montalvo y Borrero, con estas palabras:

“D. Antonio Borrero había tenido la imprudencia, o diremos la debilidad de ofender a Montalvo en un escrito en Lima, donde se hallaba refugiado. El ofendido caló el campeo y requirió la espada, y dejó tendido, para perpetua memoria al pobre ex-presidente. Para perpetua memoria, no. Le vindicaron su buena fe y talento”.<sup>19</sup>

Y paso ahora a un capítulo incompleto que corresponde al número XXXV de los que se publicaron, con variantes que enmascaran mejor al protagonista. En resumen se trata de una sátira a los críticos demasiado detallistas, expertos en localizar minucias. Gentes así existieron, existen y existirán en todos los tiempos, por lo que el narrador los estigmatiza con la fábula de Bocallini, en la que Apolo adjudica el premio al que triunfa en la rara habilidad de encontrar pajas en el trigo.

El agraciado es el rígido y aristocrático Marqués de Huagrahuigsa (estómago o panza de toro), sobrino de don Prudencio Santibáñez, descrito como hombre de juicio muy recto. Así compuesto el personaje resultaba muy difícil saber a quién representaba; más los detalles de estas páginas inéditas lo caracterizan con mayor precisión y hacen que empiece a tomar cuerpo. Antes de revelarlo he de hacer hincapié en que algunas oraciones y calificativos están tachados a lápiz, indicando que en su proceso de creación, el mismo autor como que se contuvo, se arrepintió y terminó por eliminarlo, aunque no completamente. Ahora bien, ya no llama Zoilo de Mayorga, marqués

---

19 Montalvo y García Moreno, página 463.

de Huagrahuigza, alusión al sofista griego, sino Marqués de Parambaina. Este detalle al parecer insignificante, es el que permite identificar a quién se refiere. Se trata del poeta Julio Zaldumbide, amigo de mocedad de Montalvo, vinculación afectiva que desgraciadamente con el tiempo, los avatares políticos y alguna otra circunstancia de carácter personal no bien establecida, se deterioró y se transformó en alejamiento.<sup>20</sup>

Voy a demostrarlo. Parambaina viene de Paramba, propiedad de la familia Zaldumbide en la zona del río Mira y que se convirtió en refugio del poeta. Hay varias cartas suyas dirigidas a don Juan León Mera, en las que a la par que oficia de crítico riguroso, pero también sincero y honesto, habla de su hermosa hacienda de Paramba. Para ilustrar este asunto, copio estas breves líneas:

“Paramba, 14 de Enero de 1858

Mi querido amigo mío: He recibido su carta con fecha 3 del corriente No he escrito a Ud., desde que vine a estas selvas por falta de una pluma, tinta y papel...”

Y sobre lo que Montalvo comenta en su Don Quijote:

“Hablose de puntos varios, y de una en otra vinieron a discutir el tan ameno de las letras humanas, como que el marqués de Parambaina tiraba siempre a esa materia, donde su erudito ingenio solía dilatarse en oración explayada y grandiosa. Varias veces coronado en el seno del hogar doméstico, su fama entre los suyos era de gran crítico<sup>21</sup> y poeta; ni él lo daba por menos, y se ponía sobre todos, rebajando a los demás hasta verlos para abajo, aun cuando para esta superioridad hubiese de encaramarse sobre un asno. Ni Virgilio Maron salía con bien de entre sus manos, siendo él censor como era, tan prolijo y minucioso, que en el centro del mar cogía un infusorio, y cortaba un cabello en el aire de manera que Zoilo no mostrara tanto garbo y desenfado. Es propia de los malos críticos la habilidad para descubrir los

---

20 En el archivo del Dr. Rodrigo Pachano hay una copia de carta dirigida por Montalvo a Julio Zaldumbide, en el que habla de su enojo (11-IX-69).

21 Tachada la palabra filósofo.



defectos más ocultos. La envidia suele tener ojos de lince: donde no halla defectos, escatima, corrompe, finge sin rubor y plaga de ellos la obra más pulcra y remirada”.

Así estuvieron las cosas hasta cuando Montalvo se entera de la muerte de Zaldumbide. De inmediato, reaparece el hombre generoso y caballeresco, como se puede apreciar en estas líneas dirigidas a su sobrino Adriano:

“La muerte de Zaldumbide, por otra parte, inutiliza muchos capítulos del Quijote; pues ya comprenderás que la sátira a la tumba no cabe en un corazón bien formado y una naturaleza como la mía; tanto más cuanto que me ha dolido vivamente la temprana desaparición de ese antiguo amigo mío, el más querido de mi juventud. Los odios están muertos, las disensiones concluidas: no quiero hacer recuerdos que afijan a los que le lloran, ni que me apoquen a mis propios ojos. Quema pues todo eso; y si yo no alcanzo a volver a mi país, te enviaré, como queda dicho, mis obras depuradas y corrientes”.<sup>22</sup>

Por su parte don Gonzalo Zaldumbide hijo de Julio, opina que:

“En lo tocante a mi padre no creo que hubiera sido la política o tan sólo la política lo que distanció a Montalvo de mi padre, o a mi padre de él. A lo que entiendo, y según lo poco que he oído en mi casa hablar de ello, el motivo fue de otro orden, baladí, insignificante, pasajero”.

En todo caso, como es fácil observar las páginas que aludían a Zaldumbide no fueron destruidas completamente y es esta circunstancia la que ha permitido conocerlas. En cuanto a los originales que guardó Montalvo para su publicación, si bien mantuvo al personaje, se cuidó de suprimir todos los puntos que podían hacerlo reconocible y en lugar de una sátira a una persona concreta pasó a ser el símbolo de los críticos excesivamente puntillosos.

Noel Salomon aporta también con otras pistas para el descubrimiento del Quijote montalvino. Según él, la obra se mueve en dos capas geológicas: la

22 Cartas de Montalvo a su sobrino.

primera una indignación andina expresada mediante un material del Siglo de Oro y la Edad Media; la segunda, un esfuerzo minucioso y paciente, propio de un artesano, empeñado en perfeccionar el lenguaje. En las páginas que estoy examinando y que Salomon no conoció, encontraremos más pruebas de esas afirmaciones. Tales por ejemplo las que corresponden al capítulo XII y que pasó a ser el VIII, donde se lee escrito a lápiz “Tratado de la avaricia”, en el que el ensayista desplaza al novelista y da para suponer que acaso pensó en componer un tratado sobre este vicio. Al tocar este punto quiero recordar que Galo René Pérez, en el Seminario “Vigencia de Montalvo”, puso énfasis en la importancia de este género en la literatura hispanoamericana, al punto que en nuestra época, hay novelas en donde se encuentra también el ensayo. Así mismo se encuentran trozos de excelente poesía que no fueron perdonados desgraciadamente por el autor de su proceso de purificación literaria, en todos los cuales aparte de la indignación brilla la obra de arte.

El temperamento volcánico del escritor ecuatoriano hace explosión “tungurahamente”, en el capítulo dedicado a Veintemilla el XLVI, y que fue añadido con posterioridad como ya se ha dicho. Originalmente fué el XLIII, contiene una bellísima “descripción de la tarde” y la muerte del dictador que en principio la pintó aun más desastrada que la que salió a luz. Se reunieron así una vez más las dos capas de las que habla Salomon, arte e indignación, para alcanzar el punto más alto y desembozado de esta obra combativa. He aquí la primera:

“Era tarde y de las más hermosas, de esas que el firmamento se viste de pontífice, rodeado de púrpura, grande, resplandeciente, soberano. Su bóveda estaba limpia y azul por los ámbitos superiores, azul oscuro que diera una idea de la noche del cielo, si noche hubiera en las regiones de la luz eterna. El horizonte circuido de esas nubes que arden sin calor, bañadas y penetradas por los rayos del sol hundido ya en un abismo luminoso; nubes en forma de alcázares y domos, o a manera de torres gigantescas: unas moviéndose blanda y majestuosamente envueltas como vellones enormes; otras en figuras de animales inauditos crinados de oro, con cabezas y colas formidables. Algunas nubecillas descarriadas vuelan entre tanto por lo alto de la concavidad celeste, prendidas en suave fuego de color de rosa, tan leves, tan puras, tan bellas, que sin esfuerzos de imaginación la poesía ve en cada

una un serafín que está viajando por el universo. La montaña resplandece hacia el oriente, cubiertos los hombros con una museta de oro, mientras la oscuridad, ganando terreno por sus faldas, va persiguiendo la luz que se escapa por las cumbres. A ciertas horas el cielo es un poema sublime escrito por la mano de Dios en caracteres dignos de la belleza infinita: cuando se oscurece y truena, y una ventisca helada azota la tierra, el cielo es una fúnebre elegía”.

El argumento continúa con la aparición de un pordiosero ciego que asusta a Sancho y crea el clima tétrico de la acción futura, con detalles desconocidos de mucho interés. Mientras que en el texto impreso los protagonistas de la novela encuentran el cadáver de un hombre ahorcado pendiendo de un árbol y rodeado de cuervos, en esta versión, luego del ahorcamiento y asaltamiento, el cuerpo aparece tirado en el fango ya medio devorado por los perros y un ojo deshecho por las aves necrófagas:

“Era un cadáver tirado por el fango: tres o cuatro perros se estaban aprovechando de él, en tanto que algunos cuervos esperaban su vez, parados sobre un elecho. Apartáronse los perros muy de mala gana al llegar gente, y se dejaron estar a cuatro pasos, volviendo al regosto con lamerse golosamente las narices: mechones de pelo enredados en los dientes de uno de ellos indicaban que ese había acometido a la cabeza, mientras que otro tenía entre los suyos un girón de la tela que arrancara con carnes y todo...

La una mejilla estaba desgarrada junto con el labio superior: encías y dientes se reían de por sí diabólicamente: el ojo izquierdo se lo comió un ave inmundada; el derecho ha salido de su cuenca y está colgando sobre esa horrible cara”.

Tan inusual descripción de Montalvo, macabra y naturalista, no desmerece paradójicamente de las de Zola o Flaubert, cuya escuela se negó a apreciar, según doña Emilia Pardo Bazán, por su fibra de “moralista”. ¡Cómo habrá sido su enojo!

Quizá para matizar su efecto es que el autor vuelve en los siguientes párrafos a la sublime descripción de la tarde. La identificación del personaje

es innecesaria, siendo como es el único caso en el que Montalvo lo llama por su nombre: “Ignacio Jarrín...O yo sé poco, o este es aquel famoso ladrón que dio en llamarse Ignacio de Veintemilla”.

Y en un comentario adicional, saliéndose del todo de su papel de narrador, de protagonista y de imitador de Cervantes, Montalvo justifica “la aplicación de las leyes inmortales de la moral y la justicia” Y añade: “Los autores, jueces terribles a las veces, suelen castigar a los malvados con infamia perpetua: cosa justa y debida”.

Al hacer el presente estudio no desconozco que Gonzalo Zaldumbide por ejemplo, no concede valor a la identificación de los personajes que animan a CAPÍTULOS, por considerarlos de un interés puramente localista. Sea esta la verdadera razón de su argumento; sea que su intuición hubiera descubierto alguna alusión enmascarada a su señor padre, opino que más bien en su parodia, en sus sátiras, en su realismo histórico, en la sustancia de su tierra americana, está su mayor mérito. Esta veta criolla que queda al descubierto, la salvan de una simple imitación cervantina; su originalidad sería su vocación para el Ensayo y la Polémica, presentes en la trama novelística.

Estudios contemporáneos de la novela romántica en América Hispana, clasifican a CAPÍTULOS, dentro de la novela-ensayo.

Emilio Carilla, argentino, hace esta valoración: “Tales son por ejemplo, los CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES, (1895) de Montalvo, y PEREGRINACIÓN DE LUZ DEL DÍA EN AMÉRICA (1865), de Alberdi, la obra de Montalvo, construida sobre cañamazo cervantino tiene más forma de novela que la de Alberdi, pero la apariencia no oculta la condición de novela-ensayo”.

El crítico chileno Fernando Alegría, por su parte, reconoce la finalidad militante de la novela, pero piensa que su interés fue circunstancial:

“Juan Montalvo (1832-1889), el más eminente ensayista ecuatoriano del siglo XIX, utilizó la novela para difundir sus doctrinas liberales y deleitarse

en un ejercicio retórico de alta escuela. Sus Capítulos que se le olvidaron a Cervantes (póstuma) han dejado ya de leerse; en su época tuvieron un interés circunstancial, pues Montalvo satirizaba a connotados enemigos suyos; hoy representan una curiosidad histórica, un texto de enseñanza estilística para el estudioso y de materia ideológica para quien siga el proceso evolutivo del pensamiento social hispanoamericano”.<sup>23</sup>

A esta crítica moderna que de alguna manera vuelve a insistir en el “ejercicio retórico” y no le concede actualidad, hay que replicar con las opiniones de Noel Salomon, quien lamenta el anacronismo de reprocharle al Montalvo de CAPÍTULOS ser conservador por la forma y contenido; y que una corriente crítica de “izquierda” se haya sumado a la crítica de “derecha”. Por eso cita palabras de Ángel Rosemblat:

“No es exacto, sin embargo, llamarle un casticista o un purista. Nada se parece menos a la prosa española de 1870 que la prosa de Montalvo. Nada más alejado de su carácter que la servidumbre académica. Hay en su prosa un auténtico afán de libertad. Montalvo era un romántico hijo de la primera generación revolucionaria ¿Iba a renegar en materia de lenguaje?”.

Y recuerda a Rodó cuando dice que: “La prosa de Montalvo, después de Junín y Ayacucho, es el despertar del Conquistado”; “se dedicó al despojo de los tesoros verbales de la lengua arcaica del Conquistador blanco;”. Destaca como Juan de Valera, de pensamiento más bien tradicionalista, comprendió que había en el ecuatoriano el afán del alumno de superar al Maestro y de pretender que cuanto produzca América, alcance mayor trascendencia que lo de Europa.

Y argumenta de su parte:

“Por motivos que precisamente son histórico-sociales, en la primitiva Colombia, la pureza lingüística, la cultura literaria, el saber gramatical, han sido siempre valores sociales de primera categoría para la clase dominante y la

---

23 Recopilación de textos sobre la Novela Romántica Latinoamericana. Edición Casa de las Américas.

fervorosa pasión por la lengua de Montalvo no fue “aspiración académica”; tuvo mucho que ver con la disputa social y la lucha política de su tiempo”.

Estamos pues ante una obra literaria, que más que novela- ensayo, es una novela política, que a pesar de los riesgos de este tipo de literatura, no ha envejecido, ni ha perdido vigencia y debe ser valorada como su autor la concibió: para el interés popular y no sólo para la élite. Si sus CATILINARIAS, como lo ha demostrado Galo René Pérez, han inspirado a una novela política de tanta actualidad como EL SEÑOR PRESIDENTE, del premio Nobel guatemalteco Miguel Ángel Asturias, no hay razón para que CAPÍTULO, que está en igual línea de combate, queden para “curiosidad histórica”. Al ridiculizar a quienes representaban el fanatismo, la opresión, la injusticia, utilizando igual que Cervantes, “la espada de la risa”, denunció su interés de que fuera perdurable y asequible para el gran público.

Como bien se ha dicho, las ideas quijotescas de justicia y libertad, no son caducas ni lo serán nunca; más todavía que aún quedan en América tiranuelos y dictadores que vencer, para restituir el sistema democrático, que es el que más se ajusta a los derechos y esperanzas de los pueblos. Montalvo reclamó la presencia de Don Quijote para nuestro país y sobre todo para su vertiente americana, cuando dijo:

“¿Cómo puede ser posible que no ande todavía en quichua? Dios remediará: los hijos de Atahualpa no han perdido la esperanza de ver a ese grande hombre vestir la cushma de lana de paco, en vez del jubón de gamuza con que salió de la Argamasilla”.

#### BREVE RESUMEN

Por si sea de interés para algunas personas, ofrezco un resumen de los personajes que he logrado identificar en CAPÍTULO QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES y “Capítulos olvidados de Montalvo”, o en otras palabras, en los conocidos y en los inéditos.

El conde Briel de Gariza y Huagrahuasi, llamado el cruel Moureno, es el Presidente Gabriel García Moreno.

El fantasma de la condesa Remigio Guardainfante, corresponde a la primera esposa de don Gabriel, doña Rosa Ascázubi.

El abogado Absalón Mostaza, que aparece también como el Dr. José Mariano Mestarteta, es el Dr. Mariano Mestanza.

Remingo Vulgo, es el historiador Pedro Fermín Cevallos.

El caballero andante Castrato y Plomatto, archipámpano del Jura, es el Dr. Julio Castro.

El delincuente que muere ahorcado es Ignacio Jarrín o Veintemilla, es obviamente el dictador Ignacio de Veintemilla.

El sacristán Juan León Tocho, es el poeta Juan León Mera.

El molinero y Gobernador de una ínsula, representa a Nicolás Martínez Vásquez, con el apodo de Merino Maulino.

El aristocrático censor Marqués de Parambaina, es el poeta Julio Zaldumbide. Consta también como el Marqués de Huagrahuigza.

El simpático calavera y libertino, Don Alejo Román de Mayorga o Alejo de Mayorga, es posible que sea Manuel Zaldumbide.

El sobrino del Ama, un pelucón llamado José Mariano, parece aludir a Javier Endara, Javier Salazar o al Dr. José Mariano Mestanza; este último, consta también como el Dr. José Mariano Mestarteta.

Don Antonio, es naturalmente, el Presidente Antonio Borrero y Cortázar.

El hermano José Modesto, embaidor y socarrón, es el escritor conservador José Modesto Espinoza.

Guarino Mezquino posiblemente se refiera al general José María Urbina, Presidente de la República.

Tolentino Revernazo, pudiera ser el coronel Cornelio Escipión Vernaza.

El caballero Prudencio Santibáñez y su esposa Doña Engracia o Gracia de Borja, son el Dr. Manuel María Bueno Landázuri y Doña Josefina Yerovi de Bueno.

El cura del capítulo IX, es el clérigo Dr. Bucheli de Ipiales.

En “EL REGENERADOR”, Pandofilando de la fosca vista, es Don Gabriel García y Trifaldín de la blanca barba, Don Antonio Borrero.

Esta afición de Montalvo no sólo por los nombres de sátira cervantina, sino también por los anagramas, pseudónimos y deformaciones, de los que ofrecen abundantes ejemplos sus periódicos LA CANDELA y EL EXPECTADOR (ambos de 1878, época de la lucha contra Veintemilla), que dan a la escritura la apariencia de encontrarse en clave, parece que fue característica de su generación, testimoniando los combates políticos y militares que se libraron. Así José Modesto Espinoza se hizo célebre con el anagrama de Torneado Pisenazo (utilizado en EL COSMOPOLITA) y con el de Setosa en la revista EL IRIS; Juan León Mera, popularizó el de Pepe Tijeras y Gladius; y el mismo Montalvo más bien como máscara ritual cabaleresca, antes que como casco protector, utilizó para sí, entre otros, los de Tomanvol, Rafael Villota, Giovanni de Montécúli, Lautaro, Herculano.<sup>24</sup>

Aunque a estos nombres de personas se añadan los topónimos, en los que dominan ampliamente los de su tierra de Tungurahua, que se convierte en réplica de La Mancha castellana, es evidente y reconozco, que una gran mayoría de personajes y lugares continúan en el misterio.

En cuanto a su intención de castigar a sus enemigos a la manera de Dante Alighieri o Miguel Ángel, no es menos atrevida que la de los terribles

---

<sup>24</sup> El Cosmopolita, Páginas Desconocidas, “Diario, Cuentos, Artículos” (Páginas Inéditas), Montalvo y Lida en Niza, Geometría Moral, respectivamente.



florentinos; porque si estos lo hicieron con mitrados y purpurados, Juan Montalvo colocó en sus CAPÍTULOS, las horcas para no menos de cuatro Presidentes del Ecuador: Urbina, García Moreno, Veintemilla y Borrero.

## BREVE HISTORIA DE LOS CAPÍTULOS OLVIDADOS POR MONTALVO

“Este introito psicológico va encaminado a un hecho, y es dar a saber a nuestros lectores, si nos lo depara el cielo, que las escenas de nuestra obrita titulada **CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES** no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas; mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad, o convertidos en cuadros completos, gracias a un miembro, un toque, un brochazo que, hiriendo nuestros ojos, se han ido adentro a despertar en el alma el mundo de sensaciones que suele estar pendiente de una reminiscencia”.  
**EL BUSCAPIÉ.**

El presente estudio de páginas inéditas que debieron formar parte del Quijote de Montalvo, a las que él denominó “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” y que, según pretendo demostrar, bien pueden ser llamados, los que se le olvidaron a Montalvo, se basan en su mayor parte en las que Plutarco Naranjo entregó al Consejo Editorial “**Letras de Tungurahua**”, para la publicación de las obras completas de Montalvo; y las demás fueron encontradas en los archivos que guarda la Casa de Montalvo.

En cartas de Montalvo a su sobrino Adriano, dice el escritor; “**Está suprimida casi la tercera parte . No queda sino lo bueno y original**”. Como se publicaron 60 capítulos, se deduce entonces que se eliminaron entre 20 y 30. ¿Cuáles fueron las razones? A más de lo que expresamente declara su autor, el análisis que hemos realizado de aquellos que no vieron la luz, capítulos nos adelantamos en decirlo, los más americanos y montalvinos, permiten intentar otras explicaciones.

El afán suyo por lograr una perfecta imitación de su modelo, que confunde a ciertas personas que leen simultáneamente los dos textos, le llevó a desprenderse de lo que no creía cervantino puro.

Evidentemente hay trozos en los que el ecuatoriano discurre, hace digresiones

y reflexiones muy suyas que frenan la acción novelesca; de tales defectos debió haberse dado cuenta, tanto que resolvió suprimir, acortar o rechazar algunas páginas.

Según estudios de “Capítulos” realizados en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, este libro ha sido clasificado sin ninguna duda como perteneciente al género novelístico y no al ensayo, de manera que la supresión de algunos trozos para que la acción gane en rapidez, confirma que el autor estuvo también consciente de que estaba haciendo una narración. De otro lado, ciertas alusiones, sátiras, parodias y personajes con nombres crípticos, tras los cuales están sus enemigos políticos nacionales y extranjeros (de hecho hay algún colombiano de Ipiales y deben haber más), ridiculizados a la manera que lo hicieron Dante o Miguel Ángel, al sumergirlos en el infierno, parece que los consideró demasiado evidentes, no tan artísticamente disfrazados, crueles, y alguno tal vez, injusto. Sobre su intención de castigarlos recurriendo a su propio pensamiento:

“Y lo mejor es que su Santidad no lo llevó a mal: antes por el contrario, a la queja de su Eminencia, contestó : Si Buonarroti te hubiera puesto en el purgatorio, de allí te hubiera yo sacado a fuerza de sufragios, pero en el infierno **nulla es redemptio**. El sublime pícaro le había puesto al pobre cardenal en un cuadro de infierno. Con que, amigos cuidado con las orejas de burro”.<sup>25</sup>

Sin embargo más allá de las razones de Montalvo para desprender ciertos capítulos, estos inéditos nos permiten recuperar al ensayista, género en el que llegó a mayor altura, junto a la polémica; conocer el proceso de creación literaria; beneficiarnos con detalles de gran interés histórico; y confirmar que Montalvo inauguró la novela política en el Ecuador y posiblemente en América.

Por más que trató de ajustarse al modelo cervantino, aún en los que les dio a estampa, se encuentran algunas toponimias, nombres quichuas y personajes en cuyos rasgos se descubre el barro original de América. No se diga en sus páginas presuntamente desaparecidas, en las cuales el sabor a la tierra nativa y a las características de los caballeros y truhanes que en ellas batallan, permiten identificarlos con los que fueron y llamaron en la vida real, en algunos casos.

Examinaremos a continuación sólo un par de capítulos y algún fragmento adicional.

---

25 “El Regenerador 11. D. Antonio y otras cosas”.

## CAPITULO 1 (CUANDO DON QUIJOTE ENCUENTRA A DON JUAN LEÓN MERA)

Cuando hicimos la identificación de algunos de los personajes que bajo nombres encubiertos, están en los que pasaron a la prensa, manifestamos extrañeza porque no se encontraban sátiras a su coterráneo y adversario político Don Juan León Mera y a otros personajes de la época, íntimamente relacionados con Montalvo; a menos, decíamos, que estos se hubieran encontrado en los capítulos eliminados. Así ha ocurrido. Justamente en éste que originalmente fue el primero, el Don Quijote de Montalvo se encuentra con Don Juan León.

El caballero andante acompañado de su escudero Sancho Panza, llega a falta de castillo a un villorrio y se admira de que no hayan salido a recibirle con trompetas, lo que le causa enojo. Pero he aquí que un cura, **“hombre manso y prudente”**, aplaca al caballero y le ofrece a él y a Sancho, alojamiento y comida en su casa, los que son aceptados. A eso de las tres de la mañana, Don Quijote escucha extraños ruidos, que en su imaginación siempre alerta, supone son causados por el maligno gigante **Rocabruna** que está **cargándose a una hermosa y acuitada doncella**, cuando en verdad se trata de un pobre idiota, hermano del cura, que ronca con tal fuerza que amenaza con echar abajo la casa entera. El caballero no acepta explicación tan simplista y al ir en búsqueda del gigante, encuéntrase manos a boca con un pobre sacristán al que toma por Rocabruna y casi le ahorca. Se trata de **Juan León Tocho**, que más que Juan León Rudo, alude a Juan León, el de **Atocha**, quinta en la que vivía su paisano, no muy lejos del puente donde históricamente riñeron a bastonazos y ahorcadas los dos Juanes.

Mera le dedicó con esta oportunidad un **Novenario de Zurras Medicinales** a “ El Cosmopolita”; y más tarde unos versos titulados **“Vida y Fazañas de Don Juancho Ficoa”**. Montalvo también había dicho lo suyo en **“El Búho de Ambato”** y **“Marcelino y Medio”**; y aún pensó hacerlo con su Juan León Tocho en **“Capítulos”**, para quedar a mano.

Antes de proseguir es conveniente admitir que sobre la bella letra que dibujó sin duda Adriano Montalvo, su sobrino, se encuentran tachaduras, señales y algunas palabras superpuestas a lápiz con caracteres toscos. Es posible que se los haya hecho tratando de cumplir sus instrucciones para seleccionar algunos trozos y eliminar otros.

Copiamos a continuación una muestra de tan singular lance tomada del capítulo 1 que trata **DEL FORMIDABLE ENCUENTRO QUE EL BRAVO DON QUIJOTE TUVO CON EL GIGANTE ROCABRUNA.**

“Don Quijote no entendía de sermones y andaba por ahí a tienta paredes dando altas y amenazantes voces; hasta cuando el sacristán, vecino por desgracia, despertado por la angustiada dueña, vino a su ruego, entro sin luz, y dijo: ¿Sucede algo señor cura? Bien les previene que este loco no habría de hacer cosa buena. Don Quijote se le fue encima y haciéndole las agallas de manera de reventárselas dijo: Aquí os tengo, don ladrón! De hoy más no agraviareis a doncellas, ni afligireis a viudas, ni azotareis a niños: agora vais a ver para lo que nacisteis, y si os está bien tomaros con don Quijote de la Mancha. El cura habiendo recordado al idiota a sacudones, acudió a favorecer a su compadre. Mire vuesa merced que este no es Rocabruna, ni gigante chico ni grande; es Juan León Tocho, el sacristán, vuesa merced va a cometer una muerte infructuosa en menoscabo de su conciencia”.

La idea de castigar a Mera con una sátira estuvo siempre en su mente. A propósito de un artículo periodístico de “El Combate”, en el que injuriaban a Montalvo, éste exigía a sus allegados, decirle si acaso fue Mera. “...**hay una horca vacante en el Quijote, quién le reemplaza? el Mudo Mera o el Pedro González?**”. “El que me ha llamado conjunto abominable de cinismo o impurezas, debe tener su corona, me parece en los **“Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”**”. En todo caso Mera no fue ahorcado en “Capítulos”, al contrario de Veintemilla, que sí lo fue con sus propios nombres.

#### CAPITULO IV (CATÁLOGO DE LOS INFIELES DE LA AMBATEÑÍA )

Al estudiar los episodios ya conocidos de “Capítulos”, en el prólogo de tal volumen, se advirtió la presencia de Don Quijote en América y de modo particular en el Ecuador. Citamos como pruebas nombres quichuas y pre-quichuas como **Montugtusa** y **Huagrahuasi**, en la provincia de Tungurahua en la Sierra y **Chilintomo**, en la provincia costeña de Los Ríos. Junto a estas toponimias señalamos nombres de personajes ecuatorianos; pero debemos confesarlo, no nos sentíamos satisfechos, pues queríamos una presencia del Nuevo Mundo más nutrida. He aquí que tal deseo queda colmado cuando en el presente capítulo titulado: **“De la batalla aérea que dió nuestro caballero y de los enemigos invisibles que venció y destrozó**

**con su nunca vista valentía”**, Don Quijote llega a tierra tungurahuese o montalvina donde libra tan singular y aérea batalla. Esta es pues la réplica de La Mancha.

Según el cronista Benengeli, Don quijote ingresó en el reino o ínsula de la ambateña,-no podía ser menos-por el Camino Real de la época colonial, que a su vez se trazó, sobre la ruta de los chasquis inca-pantzaleos.

Luego de un sabroso diálogo con Sancho Panza acerca de los demonios **Belcebud** y **Tragel**, patronos de los escuderos charlatanes y de las no menos habladoras dueñas, sigue una confesión del buen criado, de que si por desgracia enviudara, se moriría de pesadumbre antes que volver a contraer nuevas nupcias; lo que no le impide, hombre práctico no era, pensar en apoderarse después de la triunfal batalla que su amo vislumbraba, de algunas mujeres para su beneficio personal, sugestión que recibe el rechazo indignado de Don Quijote, por estar contra la moral cristiana y las buenas costumbres.

Arribaron entonces a la patria chica montalvina, según se verá por sus nombres. Don Quijote en uno de sus clásicos ataques de locura, descubre en un llano un conjunto de caballeros o de legiones de soldados, cuando en realidad no son más que una manga de potros al cuidado de dos o tres yeguarizos.

Antes de desbaratarlos realiza un minucioso catálogo de sus enemigos, a saber: **Macomocruna del Ceño**, que posee una hija bellísima, pero instruida en ciencias ocultas: una especie de Circe que convierte a los hombres en elefantes, cebón o quiera en una flor odorífera, el mirto.

Junto a él está **Ravacaralda, el Fiero**, pero antes de ir por ellos, se demora un tanto, pues sus enemigos también deben saber a manos de quién van a finir sus días, para que pueda brillar toda su gloria. Entonces sí empiezan los de la ambateña: **Pansaleo el pudibundo**, guerrero de armas gules con un almete de color sangre de toro, al que Don Quijote se dispone a partir como a un albaricoque, desde luego que está en tierra de flores y frutas.

Los pueblos de origen preincásico, se piensa que hablaban una variante de la lengua macrochibcha y que se asentaron en la actual provincia de Tungurahua, donde nació y vivió Juan Montalvo.

Siguen el valiente **Fortidel de Mircandoya**, y los caballeros franceses **Micer Pierres de Brecomonte**, señor de **Charní** y **Mosén Enrique Remestán**, a los que refuerzan **Tolentino de Revernazo**, señor de **Moyobamba de las**

**Juntas**, sitio en el que confluyen tres caudalosos ríos similares al Ganges, el Éufrates y el Tigris.

Se sabe que Moyabamba es nombre expandido del quichua a la geografía amazónica ecuatoriana y Las Juntas es el lugar donde confluyen los ríos Patate y Chambo, para formar el Pastaza, que a su vez desemboca en el río de Quito o de las Amazonas. Se nos antoja que Revernazo es un anagrama de Vernaza; más concretamente es un anagrama del general Cornelio Escipión Vernaza, aliado del dictador Veintemilla, al que Montalvo combate duramente en los periódicos **“La Candela”** y **“El Espectador”** I o americano.

Continúa luego **Binifacio Pedregal, Duque de Cusúa**, zona ubicada en Pillaro, (provincia del Tungurahua), del cual dice que es opulento pero tiene la desgracia de ser incrédulo.

Y van **Raple Majua de Villute**, señor de Capairón y de San Telmo, esforzado paladín que juega y crucifica a sus enemigos como sapos; así fue, dice como metió en el asador a un capón que se hizo gallo.

En sus “Cuadernos de Apuntes”, se encuentran entre otros muchos el refrán: **“Al capón que se hace gallo, azotallo”** y esta nota: **“Y aunque os entendeis hasta con San Sebastián y San Telmo , importa poco, puesto que es justicia... que nadie se entre en pertenencia de nadie”**, la cual está tomada, según él mismo lo registra de “Rinconete y Cortadillo” de Cervantes, a propósito de la **Cofradía de Monipodio**. Por lo visto de esta sátira, mantuvo la intención cervantina y solo cambió lo de Sebastián por Capairón.

En cuanto al insolente que se hizo gallo, dice ser un pelón llamado **Merino Maulino**, molinero que llegó a gobernador de la ínsula, anagrama que encierra una sátira muy clara contra el **Dr. Nicolás Martínez**, tío y protector de Juan León Mera, al que el presidente **García Moreno**, hizo gobernador de Tungurahua. El término Merino se deriva de Mera y lo de Maulino, alude al molino que poseía.

Aclara también que este personaje no debe confundirse con **Guarino Mezquino** marido de **Anenique**, el de la alcurnia de **Mongrama**. Con estos apelativos parece que quisiera referirse al **Dr. Mariano Meztanza**, si interpretamos Guarino por Marino o Mariano y Mezquino por Mestanza.

Pero podría estar igualmente enderezada contra **José María Urbina**.

Para que no quede duda de la filiación del personaje anterior, Merino Maulino, aclara que éste es de los **Tochos** y **Capoches** de **Quizapincha** y **Tangaleo**, lo más ilustre de **Mabato**. Como ya se ha dicho, Tochos va por Atochos; Capoches parece referirse a una propiedad del Dr. Martínez en la zona antiguamente llamada **Capote** (Andignato, hoy cantón Cevallos); Quizapincha y Tangaleo, son una parroquia y hacienda cercana a la ciudad de Ambato, que encubre en el anagrama de Mabato.

Pese a que el escritor se está refiriendo a lo más florido de su tierra, un par de nombres tienen origen cervantino. En sus “Cuadernos de Apuntes” se lee: “Una fregona linajuda en la entretenida de Cervantes: No soy de los Capoches de Oviedo?, hay que mostrar? Asunto que lo trasladó a “Las Catilnarias”, a propósito de la supuestamente nobiliaria partícula **de**; “Los Capoches y Tochos de Sudamérica no son menos presumidos de nobles que la vieja linajuda de Oviedo; como se pongan el **de** y sean Ignacio de Capoché y **José María de Tocho**, ya no hay más que decir”.

Entre los últimos caballeros desfilan por éstas páginas **Fidelio de las Sombras**, Consorte de la súcuba Morlígena, que en lugar de armas nobles utiliza un cuchillo para atacar.

Integran el mismo catálogo **Pasuña de Chacaucó**, emperador de las **Murgas**, en cuyos dominios se encuentran el inaccesible **Anacuchuma**, monte de oro circuido por una laguna encantada. Los nombres indígenas que se acaban de copiar son propios de la provincia nativa de su autor; Pasuña, típico apellido indio; Chacaucó, en el cantón Pelileo fue el epicentro del terremoto del 5 de agosto de 1949 y las características de Anacuchuma parecen corresponder a la mítica cordillera de los **Llanganates** que dicen guarda el oro que ocultó Rumiñahui de los conquistadores hispanos y en cuyas faldas está la laguna de **Pisayambo**.<sup>26</sup>

Montalvo a través de Don Quijote, dice: “**Cuando llegue el caballero andante para cuyo valor está el desencanto de este monte, habrá para todos, y la pobreza desocupará el lugar**”. Se mantiene pues en este relato la

<sup>26</sup> Esta teoría basada en los inéditos ha sido confirmada por la copia que conserva la Casa de Montalvo, donde se lee la palabra Llanganate en vez de Anacuchuma.

leyenda de las riquezas que encieran los Llanganates y la laguna de Pisayambo, donde ahora funcionan usinas hidroeléctricas que acaso sean la riqueza intuida por la tradición y de la que Montalvo se hizo eco.

Don Quijote divisa entonces al poderoso **Tilulún, rey de Casigana**, a horcajadas sobre un león, el cual tiene el defecto de apocarse con **“tráficos menudos, pues te hago saber que es padre y el hijo de la codicia”**. Justamente en la entrada occidental de la ciudad de Ambato está el sitio Tilulún, con sus molinos, y enfrente de él, en la otra orilla del río, la elevación del Casigana.

No hace falta que Don Quijote combata con tales personajes pues ya están destrozados; y cuando va por ellos, se han esfumado y sólo divisa una recua, por lo que el caballero andante habrá de dar mandobles en el aire.

En otras páginas (57 a 59) sueltas consta la sátira contra Antonio Borrero Cortázar quien fuera presidente de la República. Sobre este personaje opina Roberto Andrade: “ D. Antonio Borrero había tenido la imprudencia o diremos la debilidad de ofender a Montalvo en un escrito en Lima, donde se hallaba refugiado. El ofendido **caló el campeo y requirió la espada** y dejó tendido, para perpetua memoria, no le vindicaron su buena fe y talento”.<sup>27</sup>

La espada fue naturalmente sus “Capítulos”, que más que una imitación cervantina, es la novela de un militante político.

No nos referiremos a otros capítulos o fragmentos de ellos en los que separándose del todo de su imitación quijotesca, en los que aparece el propio Montalvo, afilosofado y esgrimiendo su lanza a favor de los derechos de los seres vivientes: los derechos de las plantas, los de los animales y sobre todo, los de los seres humanos. Pero sí lo haremos al capítulo XXXV (incompleto), que encierra una alusión a un personaje capital, para la comprensión de porqué eliminó estas páginas y cómo sobrevivieron.

En resumen, este capítulo trata de una sátira de los críticos demasiado detallistas, expertos en localizar minucias. Gentes así existieron, existen y existirán en todos los tiempos, por lo que el narrador los estigmatiza con la célebre fábula de Bucallini, en la que el dios Apolo adjudica el premio a quien triunfa en la rara habilidad de encontrar el mayor número de pajas en un costal de trigo, y, con ellas mismo le premia. Esta misma burla se la aplica en el capítulo, al rígido y aristocrático **Marqués de Huagrahuigsa**, (estómago o panza de

---

27 “Montalvo y García Moreno” por Roberto Andrade.



toro en quichua), sobrino de Don Prudencio Santibáñez, descrito como un hombre de juicio muy recto. Así presentado en los capítulos publicados y por todos conocidos, resultaba difícil saber a quién encarnaba, más los detalles de las páginas inéditas que ocultó el autor lo caracterizan con tal precisión que toma cuerpo. Antes de revelarlo hemos de anotar que algunas oraciones y calificativos están tachados a lápiz, indicándonos que en su proceso de creación, el mismo autor o su copista, como que se contuvo, se arrepintió y terminó por sacarlo del libro.

El caso es que gracias a las páginas recuperadas, sabemos que en principio Montalvo no lo llamó Zoilo de Mayorga, marqués de Huagrahuigsa, sino **Marqués de Parambaina**; detalle al parecer insignificante, pero que permite su identificación plena. Se trata nada menos que del poeta **Julio Zaldumbide**, amigo en su mocedad de Montalvo, vinculación afectiva que desgraciadamente con el transcurso del tiempo, los avatares políticos y alguna otra circunstancia de carácter personal no bien esclarecida, se deterioró y transformó en alejamiento.

Vamos a demostrarlo. **Parambaina** viene de **Paramba**, propiedad que la familia Zaldumbide poseía en la zona del río Mira y que se convirtió en refugio del poeta. Hay varias cartas suyas dirigidas a Don Juan León Mera, en las que a la par que las oficia de crítico riguroso, pero también sincero y honesto, habla de su hermosa hacienda de Paramba y las fecha en esa propiedad.

**“Hablose de puntos varios, y de una en otra vinieron a discutir el tan ameno de las letras humnas, como que el marqués de Parambaina tiraba siempre a esa materia, donde su erudito ingenio solía dilatarse en oración explayada y grandiosa....”**

Y otras bromas más harto picantes; razón por la que Montalvo, al conocer en París la muerte de Zaldumbide se arrepiente e instruye de inmediato a su sobrino Adriano:

**“Te he hablado otras veces de los cortes que les he dado a las obras cuyos originales quedaron en tu poder, y de las muchas correcciones necesarias que he hecho en ellas. Las tengo hoy en estado de que se las pueda dar a la imprenta, pero el duplicado que tú tienes, está lejos de la corrección y perfección que se requieren para el público; y si nunca llegase a suceder esto sin mi inspección, redundaría en mi descrédito literario; así es que los manuscritos que tienes en tu poder, no solamente son inútiles, sino también pueden ser perjudiciales; y me**

darás una prueba de afecto, si al recibo de esta carta las destruyes por completo. No vaciles mi querido Adriano; yo lo quiero, yo te lo ordeno. Como recuerdo mío, si es que estoy destinado a dejar aquí mis huesos, conservaré las copias corregidas y pulidas que tengo aquí, y que, en cualquier evento, procuraré que lleguen a tus manos, pues las encargaré a persona que cumplirá. La muerte de Zaldumbide, por otra parte, inutiliza muchos capítulos del Quijote, pues ya comprenderás que la sátira a la tumba no cabe en un corazón bien formado y una naturaleza como la mía; tanto más cuanto que me ha dolido vivamente la temprana desaparición de ese antiguo amigo mío, que fue, sin duda, el más querido de mi juventud. Los odios están muertos, las disenciones concluidas: no quiero hacer recuerdos que aflijan a los que lloran, ni que me apoquen a mis propios ojos. Quemas pues todo eso; y si no alcanzo a volver a mi país, te enviaré, como queda dicho, mis obras depuradas y corrientes”.<sup>28</sup>

Los párrafos que anteceden dan lugar a una pregunta: “Cumplió o no Adriano, la orden de su tío? La respuesta es **sí**. Al revisar el volumen duplicado de aproximadamente 700 páginas manuscritas de “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, que guarda la Casa de Montalvo, se puede observar que al llegar al capítulo que originalmente fue el XXII, (página 414), la numeración se salta bruscamente a la página 451, evidentemente un corte de 47 carillas, por lo que es obvio que ellas fueron destruidas posiblemente por el fuego. Adriano cumplió pues esta disposición casi testamentaria de Montalvo, quien ya intuye que la muerte se va acercando, que sus huesos quedarán en París, al menos momentáneamente, y, que los odios y disenciones han concluido.

Sin embargo también el buen Adriano cometió un pequeño error al cumplir la orden de Don Juan, cual fue la de dejar el inicio del capítulo en el que se describe a Zaldumbide como al Marqués de Parambaina, que primitivamente se llamó de **Concentaina**, para terminar publicado como el de Huagrahigsa. O sea que aún con este pequeño fragmento del duplicado ya es posible identificar la persona contra quien iba dirigida la censura. En otras palabras asomarnos a una ventana que alumbra el secreto de lo que fue la sátira; ventana que se abre completamente en el capítulo censurado y que no fue publicado.

Es importante sin embargo reafirmar una y otra vez en honor a la verdad, que el depositario del duplicado de “Capítulo”, sí cumplió fielmente el mandato del tío, razón por la cual, a más de un pequeño fragmento, los capítulos que podríamos llamarles prohibidos o zaldumbideanos, no existen en el

---

28 “Cartas de Montalvo a su sobrino Adriano”. París, septiembre 20 de 1887

mencionado texto. Surgen entonces nuevas interrogantes: ¿De dónde salen dichos capítulos? ¿por qué se salvaron? Está claro que existieron dos copias: la una en manos de Adriano Montalvo en la ciudad de Ambato; la otra, en manos de su propio autor en París. El primero destruyó los capítulos consabidos; el segundo, se entiende que separó en dos partes el suyo: el texto corregido y purificado para ir a la imprenta y un manojito de páginas para ser quemadas.

Pero quiso la mala suerte o la buena suerte, dependa de qué ángulo se juzgue que dichas páginas no fueran destruidas por Juan Montalvo. Él, que tanto recomienda y ordena quemarlas, no encontró tiempo para hacer lo mismo con las que estuvieron en su poder y acaso las guardó para mejor ocasión. Seis meses más tarde, caerá víctima de una enfermedad que le llevará al sepulcro y los papeles escaparon a la severa condena que les había impuesto. Quienes los retiraron, desconocieron su voluntad; antes bien los cuidaron y se encargaron de que retornaran a su tierra. Más tarde se hizo de ellos Roberto Andrade, salieron sin duda a Cuba y de allí a Nueva York donde vivía Doña Marina Andrade, la hija de Roberto; y de allí los volvió a repatriar Plutarco Naranjo, en cuyas manos están los originales. Tal el periplo de los combativos y escurridizos capítulos.

En definitiva los hemos podido conocer, ¿quien lo creyera?, por olvido de su propio autor y no de su guardián Adriano. ¿No es verdad entonces que son Los Capítulos que se le olvidaron a Montalvo?

La desaparición o conservación de manuscritos de los grandes hombres o de quienes han sido protagonistas de la historia, parece inscribirse dentro de hechos casuales o misteriosos, que los ocultan, salvan o destruyen.

En el caso presente, creemos que el manojito de manuscritos montalvinos, los damos a conocer en el tiempo justo, cuando las pasiones que movieron a sus actores, puedan ser juzgadas con imparcialidad y objetividad; los personajes otrora vivientes, carecen de las connotaciones personales del tiempo en el que actuaron y de su escenario; y cuando la política ha cedido paso a la literatura, por lo que sus nombres y acciones desfiguradas, son sólo símbolos en el gran universo de las letras. En conjunto, todo ello, es ahora parte de la historia.

## CAPÍTULOS OLVIDADOS DE MONTALVO

DE LOS ARCHIVOS MONTALVINOS.- Cerramos esta relación con fragmentos encontrados en los archivos que conserva la Casa de Montalvo. El capítulo XLVII que lleva el título “De la nunca vista ni oída batalla que de poder a poder se dieron el genuino y el falso Don Quijote”, pasó a ser el LVI.

El tema básicamente es el mismo en ambos, pero hay algunas variantes; así el personaje conocido como el Tío Peluca, originalmente se llamó Marse Bruno; el abogado Absalón Mostaza, con otras singularidades que le adornan, fue en principio el Doctor José Mariano Mestarteta, confirmándose así la hipótesis de que era una sátira contra el Dr. José Mariano Mestanza, primero amigo y luego enemigo de Montalvo. A tan singular comparsa debe agregarse Camilo Camilchillo, que fue definitivamente borrado.

Como para que la imitación fuera completa, si Cervantes alguna vez se equivoca en su narración, también Montalvo olvidó que la compañía de circenses que encabeza el Maestro Peluca o Bruno, incluía al elefante Chilintomo, pues pocas líneas más abajo aparecen unos osos y no el paquidermo.

Luego de un sueño del buen Sancho, los dos relatos emparejan con una comida al estilo de los tiempos de Don Quijote, que se abre con melones, una de las frutas preferidas de Don Juan, acompañada de duraznos que fueron también su golosina, más ciruelas y peras, que aunque supuestamente son de España, hay razones para creer, que debieron tener el sabor y perfume de las de Ambato y Guano. Pruebas al canto: “En vez de venir a las dos, véngase a las once u once y media; almorzaremos aquí, y nos iremos a algún paseo bonito. Le espero, pues, con un buen melón” (Misiva de Montalvo a Federico Malo, fechada en París, julio 10 de 1886).

“Estela, mi bella Estela, tú que la conoces, ¿dime si no tengo razón para quererla? Si alguna vez la ves, cuando vayas a tomar duraznos, dile que no me olvide, pues al fin y al cabo he de volver” (Carta de Montalvo a su prima Rosaura de Guano, París, noviembre 29 de 1882).

“Y dicen que a los doce del picardillo  
Admiraba a los otros compañeros,  
Como un raro prodigio de talento,  
Pues de duraznos se comía un ciento”.

(“Vida y Fazañas de Juancho Ficoa o Viajes sentimentales de El Cosmopolilla”, por Juan León Mera, 1856).

Las páginas siguientes (63-64 y 67 a 72) del manuscrito corresponden al capítulo XL, desde el ingreso a la liza del caballero Juan de Melo con pequeñas añadiduras, supresiones y otros nombres. Así se observa que Doña Engracia de Borja, esposa del caballero principal Don Prudencia de Santibáñez, se llamó primeramente Doña Gracia y la batalla comienza con Don Quijote repartiendo golpes que obligan a gritar a los justadores “Legeres aller, legeres aller...”.

La pareja de Don Prudencio y Doña Engracia o Gracia, a quienes tanto distingue y respeta el Quijote montalvino sería el Dr. Manuel María Bueno Landázuri casado con Doña Josefina Yerovi, hija de Don Agustín, maestro muy querido del escritor; la propiedad de la pareja donde se sitúa el torneo caballeresco y otras escenas, la hacienda de San Bartola en el sur de Quito. Doña Josefina era además hermana de Agustín Leonidas Yerovi, primer biógrafo de Montalvo.

Estos importantísimos datos han sido suministrados por el historiador Jorge Salvador Lara, recogidos en tradición familiar por Doña Elvira Yerovi de Lara, su abuela.

En las páginas sueltas (7 y 8 de este manuscrito), Don Quijote fiscaliza los pensamientos de su escudero y clasifica los pecados que cometen los seres humanos, por obra y por idea, siendo estos últimos los que superan a la realidad; todo esto aderezado con sabrosas disquisiciones quijotescas y ensartado con abundantes refranes sanchopancescos.

En cuanto al capítulo publicado como IX, en el que censura milagrerías y prácticas religiosas absurdas, fue identificado por Roberto Andrade como un cura de la población colombiana de Ipiales, en la que como se sabe Montalvo vivió muchos años en calidad de proscrito:

“El cura del capítulo IX, verbigracia, es uno a quien conocimos y tratamos: llamábase el Dr. Bucheli, y era cura de Ipiales; parece que no hay encarecimiento sino en la descripción de las prendas”. (“Montalvo y García Moreno”, tomo II).

Los temas quijotescos y su intención de sátira, parodia o reminiscencia, no se agotan en “Capítulos” sino que se repiten en otros de sus textos. El

primero se lo recuerda apareció en “El Cosmopolita”, donde ridiculiza al clero de la época.

En “Las leyes de Carondas o de García Moreno” de “El Regenerador”, hay unas líneas que se refieren a Don Antonio y Don Manuel, es decir al Presidente Borrero y a su Ministro Manuel Gómez de la Torre, en términos y apodosos quijotescos:

“Usted más es Trifaldín el de la blanca barba, que Pandofilando de la poca vista. Aquí no hay Quijote chico ni grande a quien dar sogas: tras esa majestuosa estantigua, todos estamos viendo al mayordomo del duque”. De acuerdo al texto se establece que Trifaldín es el Presidente Antonio Borrero y Pandofilando, García Moreno.

En el folleto “Un Vejestorio Ridículo” o “Los Académicos de Tirteafuera”, Montalvo ridiculiza a ciertos académicos, empleando apodosos que están en la misma línea de “Capítulos”. Ellos hacen blanco de modo especial a Don Aureliano Guerra y Orbe, Bibliotecario de la docta corporación, pero hay otros que aparecen con nombres disimulados como: Don Pedro Recio, que preside la Asamblea, Don Antonio Reposado, el bachiller Sansón Carrasco, Dn. Alonso Durandarte, Montesinos el de la Cueva, el marqués de las tres faldas o Trifaldín, Domingo Barataria, Belerno Siempreviva, Don Amelio del Toboso.

También hemos encontrado algunos nombres en sus Cuadernos de Apuntes, algunos de los cuales fueron utilizados y otros no.

BREVE RESUMEN.- Por si sea de interés para algunos lectores hacemos un resumen de los personajes que se han logrado identificar en “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” y “Capítulos olvidados de Montalvo”, o en otras aplabras, en los conocidos y en los inéditos.

El conde Briel de Gariza y Huagrahuasi, llamado el cruel Moureno, es el Presidente Gabriel García Moreno.

El fantasma de la condesa Remigia Guardainfante, corresponde a la persona de la primera esposa de Don Gabriel, Doña Rosa Ascásubi.

La bella Jipijapa, es la segunda esposa del mismo Don Gabriel, y sobrina de la señora Ascázubi, Doña Mariana Alcázar Ascásubi.

El abogado Absalón Mostaza que aparece también como el Dr. José Mariano Mestarteta, es el Dr. Mariano Mestanza.

El historiador Remigio Vulgo es el también historiador de la vida real Dr. Pedro Fermín Cevallos.

El caballero Castrato y Plomato, archipámpano del Jura, es el Dr. Julio Castro.

El delincuente que muere ahorcado Ignacio Jarrín o Veintemilla, es obviamente el Dictador Ignacio de Veintemilla.

El sacristán Juan León Tocho es el poeta Juan León Mera.

El molinero y gobernador Merino Maulino representa al Dr. Nicolás Martínez Vásquez.

El crítico y aristócrata Marqués de Parambaina es el poeta Julio Zaldumbide.

El simpático calavera y libertino Don Alejo Román de Mayorga o Alejo de Mayorga es posible que sea Manuel Zaldumbide.

El sobrino del Ama, el pelucón José Mariano, parece aludir a Javier Endara o al Dr. Mestanza.

Don Antonio, es obviamente el Presidente Antonio Borrero.

El hermano José Modesto, embaidor y socarrón, es el escritor conservador José Modesto Espinoza.

Guarino Mezquino posiblemente alude al General José María Urbina.

Tolentino Revernazo, pudiera ser el Coronel Cornelio Escisión Vernaza.

El caballero Prudencio Santibáñez y su esposa Doña Gracia o Engracia de Borja son el Dr. Manuel María Bueno Landázuri y Dña Josefina Yerovi.

El cura del Capítulo IX es el Dr. Bucheli de Ipiales.

En “El Regenerador”, Pandofilando de la fosca vista es Don Gabriel García Moreno y Trifaldín de la blanca barba, Antonio Borrero.

Esta afición de Montalvo no solo por los nombres de sátira sino también por los anagramas, pseudónimos y deformaciones, de los que ofrecen también abundantes ejemplos sus periódicos “La Candela” y “El Espectador” (ambos de 1878), que dan a la escritura la apariencia de encontrarse en clave, parece que debió ser característica de su tiempo. Así José Modesto Espinoza se hizo célebre con el anagrama de Tomesdo Pisenazo (utilizado en “El Cosmopolita” de Montalvo) y con el de Setosa en la revista “El Iris”; Juan León Mera popularizó Pepe Tijeras y Gladius; y Montalvo mismo utilizó para sí los de Tomanvol y Giovanni de Montéculi. (“El Cosmopolita” y “Páginas Inéditas”).

Finalmente a más de ponderar la perspicacia del hispanista francés Noel Salomon al señalar que “Capítulos” es obra militante y de combate; los estudios del instituto Caro y Cuervo de Bogotá que encuentran en ella al Quijote de Montalvo, cabe recordar que fue el mismo autor quien advirtió su intención de utilizar esta obra para castigar a sus enemigos, a la manera que Miguel Ángel y Dante Alighieri lo hicieron en su época con los suyos, enviándolos al infierno.

Así lo hicimos constar en las siguientes notas del prólogo a “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”.

“Esta nota de “El Combate” (que nadie me manda por cierto), está muy confusa; no se entiende quién dice de mí esas cosas, si el mudo Mera, o el clérigo González de Ibarra. Tú sabrás que el Ronzalitos de Guayaquil ha pedido perdón, por consiguiente hay una horca vacante en el Quijote: ¿quién le reemplaza? ¿el mudo Mera o Pedro González?”.

“El que me ha llamado conjunto abominable de cinismo e impureza, debe tener su corona me parece en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”.

“escribiré los caracteres sin valerme como el otro, de nombres griegos para ocultar los infames, viles o ridículos personajes que intentan escarnecer; yo seré más claro y humilde, y me contentaré con apelativos quichuas. El autor del capítulo que se le olvidó a Cervantes, puede muy bien escribir así



mismo una Galería de ecuatorianos famosos que gusten en América”. (El Cosmopolita).

## APOSTILLAS A “CAPÍTULOS”

La fama tiene un precio terrible, la pérdida total de privacidad. (Tomado de “Cartas a su sobrino”, Revista de la Casa de Montalvo No. 74).

Los griegos antiguos creían firmemente en el destino que más es el camino de los seres humanos y las cosas. Los árabes tienen la idea de la predestinación expresada en la resignada frase oriental del “estaba escrito”, los pueblos cristianos que conceden libertad al hombre se acogen a lo que se llama Providencia.

La desaparición o conservación de manuscritos de los grandes hombres o de quienes han sido protagonistas de la historia, parece incidiera dentro de las líneas misteriosas que los ocultan, los roban o los destruyen.

Julio Castillo Jácome se refiere al “Trágico fin de las cartas de la Libertadora del Libertador”, que fueron icineradas en su destierro en Paita.

La peste que asoló a dicha ciudad, convirtió lo que hubiera sido una fuente documental extraordinaria en cenizas que se perdieron en el desierto peruano, pero aún así habrían alcanzado a leerse unos poemas de amor imposibles escritos por Simón Bolívar para Manuela Sáenz. Por fortuna, varias cartas de Manuela, incluidas las de amor (nunca sabremos cuantas se perdieron) han sobrevivido quién sabe cuántas odiseas, pérdidas momentáneas y hasta órdenes de ser destruidas, de manera paradójica.

El caso de “Capítulos” parece ser de un viaje a través de medio mundo, empezando en Ipiales, continuarán tal vez en Ambato, Baños, Quito; cruzaron el océano y luego de una escala en el Istmo de Panamá, llegaron a Europa, para retornar después a la tierra natal.

Estas notas o apostillas responden a la necesidad de compartir con mis lectores que merecen todo mi respeto, un ánimo magisteril; aspiro a rectificar una interpretación errónea sobre su origen, confirmando algunas de mis ideas anteriores y modificando algunas otras.

Prosigamos: Dentro de mis lecturas preferidas siempre está la locura sublime del Quijote y la simplicidad popular del Sancho. No es extraño que me interesase la imitación de Montalvo y diera a luz el trabajo “Don Quijote en América”. Me inspiré en el estudio de Noel Salomon que sostiene y demuestra que Capítulos de Montalvo, más que estudio de la lengua o de la estilística, es una obra de combate militante. Tomé las pistas que señalaba el hispanista francés y el reclamo de Jorge Salvador Lara por la ausencia de un trabajo de identificación de los personajes que están en la obra, dándoles el carácter de una novela en clave y logré descifrar algunas de ellas. La toponimia indígena que allí consta, las características psicológicas y de caricatura de personajes históricos, revelan una rica veta criolla.

Es cierto que por ejemplo Gonzalo Zaldumbide no concedía valor a la identificación de los personajes, por considerarse de interés puramente localista; sea ésta la verdadera razón de un argumento, sea que su perspicacia hubiera descubierto alguna alusión enmascarada a su recio padre porque más bien en su picardía, en sus sátiras, en la sustancia de su tierra americana, está su mejor mérito.

Un autor ecuatoriano de buen estilo y manejo del lenguaje, decidió utilizar mi trabajo como introducción a Capítulos aparte del original. Yo decidí someterlo previamente al juicio de las autoridades montalvistas, que emitieran estos juicios:

Roberto Agramonte, el mayor exégeta de Montalvo, dijo lo siguiente, desde Puerto Rico: “Magnífico su estudio sobre el Quijote de Montalvo. Lo he leído con verdadera atención y verdadero provecho, los Capítulos es obra como Siete Tratados, extraordinaria fuente de filosofía trascendente y de prosa cervantina o quevediana”. Antonio Sacoto, Doctor en Literatura, escribió desde New York, donde dicta su cátedra: “He leído con verdadero interés y detenimiento su artículo “Don Quijote en América” y es de lo más destacable que sobre el gran ambateño se ha escrito en los últimos años. Creo y comparto con usted que es un apreciar la obra de Montalvo, a la luz del pensamiento actual contemporáneo. Montalvo, es hijo de su época, en literatura se sumerge hondamente en lo sociológico englobante; sin embargo y como usted lo dice: “...Nos devuelve un Montalvo histórico y político, un ser de carne y hueso y sorprendentemente con plena vigencia en nuestros días”. De allí, diría yo, su acentuado juicio que viene a ser como

una conclusión a lo que usted ha expuesto: “...en el mundo de las ideas conservadoras en el que se desarrolló el ecuatoriano, cualquier idea nueva y con lagunas que propugnó, tenían un sello insurgente y revolucionario”. Muchos otros juicios he subrayado de un estudio que nos obliga a respetar a Montalvo y a valorar su obra.

Muy consciente de la responsabilidad que implicaba desvelizar su correspondencia íntima, también opiné: “Pobre Montalvo, cuando escribió a su sobrino Adriano cartas familiares, no imaginó que ellas serían expuestas públicamente...La fama tiene un precio terrible: la pérdida total de la privacidad”.

Capítulos olvidados de Montalvo: La segunda parte de mi estudio se basa en un grupo de inéditos montalvinos, que originalmente parecen parte de “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” y según parece se los quiso convertir en los “Capítulos prohibidos de Montalvo”, al suponer que se trata de aquellos que Montalvo pedía destruir a su sobrino Adriano.

Cuando los di a conocer en el suplemento cultural de Diario El Heraldó (siete artículos) elaboré una hipótesis de las causas por las que su autor habría decidido eliminarlos, un afán de lograr una perfecta imitación cervantina, su certera apreciación que restaban calidad a la trama novelística, a que sus largas digresiones le colocaban más en el campo del europeo o que alusiones o sátiras muy expresas, artísticamente logradas y en el caso de Zaldumbide, lo que le movió: el respeto a su memoria.

Sabía desde luego que alguien recordaría que en una Carta de Adriano, le ordenó su eliminación. Cuando se me planteó la responsabilidad de dar a luz lo que fue prohibido se ha cuestionado si se ha procedido bien.

Fui entonces obligado a defender mi opinión en un artículo titulado ¿Hay que quemar a Montalvo?, intencionalmente concebido para resaltar el fondo del problema y parangoneando un suceso parecido, con la disposición de Franz Kafka de quemar sus obras, lo que dio lugar a que un famoso crítico se preguntara: ¿Hay que quemar a Kafka?

La alternativa de guardarlo otros cien años, bajo custodia municipal, se presenta egoísta e inconveniente. Estimo que el año montalvino era la

oportunidad de leerlos, estudiarlos y comunicar a los lectores, una riquísima veta de su creación literaria, de reconocimiento de los personajes históricos que inspiraron sus acciones, de su intención de utilizarla como instrumento de lucha. Mejor bien, estuvo que algunos trazos que equivocadamente suprimió, contribuirían a aumentar su gloria literaria.

Me ratifico así mismo en que a los cien años de su muerte ya no tienen sus escritos las connotaciones que tuvieron cuando los escribió; sus personajes han pasado a ser personajes de entera ficción literaria. Él mismo se adelantó cuando en una conocida carta, reconoció que “los odios están muertos, las disenciones concluidas”.

La circunstancia de encontrarme desde hace pocos días como Director de la Casa de Montalvo, me ha permitido hacerme de un nuevo elemento de juicio en torno a “Capítulos”, cual es el manuscrito que en ella se guarda.

El grueso libro, bellamente empastado, en el cual la inconfundible caligrafía del adalid atestigua su autenticidad, nos permite sacar como primera conclusión que los capítulos no son idénticos a los publicados. Se trata, por así decirlo, de un primer borrador de alrededor de 700 páginas, no siendo posible establecer con exactitud un número, ya que algunas están repetidas y porque la numeración de ellas y sus respectivos capítulos, sigue un procedimiento variable.

Es cierto que algún conocedor, a lo mejor un exDirector, se ha preocupado de establecer con exactitud la correspondencia entre los Capítulos publicados y los manuscritos. Se sabía de dos ejemplares, el uno en poder de Montalvo en París, el otra en poder de Adriano, en Ambato; es posible deducir que el que guarda la Casa de Montalvo es la de este último.

Además en el trámite de adquisición del material, realizado por el Ilustre Municipio de Ambato, consta como vendedor de tales manuscritos el señor Alfredo Montalvo, hijo de Adriano.

Lo primero que pude advertir no exento de emoción, es que allí estaban también los primeros Capítulos inéditos. Pero vamos a la cuestión palpitante: ¿Cumplió o no Adriano la orden de su tío de suprimir la sátira a Zaldumbide? La respuesta es sí. El Capítulo que originalmente fue el XXII

y que se salta bruscamente lleva el número de página 414, sin la página 451, evidenciando un corte de 47 páginas, por lo que se deduce que fueron destruidas presumiblemente por el fuego.

Así pues, seguramente nunca se podrá saber todas las implicaciones que ellos encerraban y cuyo secreto el sobrino se llevó a la tumba.

El buen Adriano cometió un pequeño error, una insignificancia, cual fue la de dejar en pie, digámoslo así, el inicio del Capítulo, en el que Montalvo describe al Marqués de Parambaina, que terminó como el de Huagrahuigsa en el volumen editado, quien no es otro que el poeta Julio Zaldumbide.

El destino, el fatum griego, le jugó una mala pasada y ello nos permite acercarnos nuevamente a la ventana que alumbra el secreto, de la que fue su sátira, también en esta copia.

Como hay gente puntillosa, el Marqués mismo es personaje de la literatura universal que los encarna o representa, dirán: Si Adriano cumplió, cómo es que están allí, otros capítulos que también le ordenó destruir a cambio de un original depurado, me contradigo, que no cumplió completamente el mandato. ¡Cuánto le habrá costado al joven sobrino sacrificar tan hermoso y americanísimo párrafo, motivos sentimentales son perfectamente comprensibles. Adriano, buen Adriano, si personajes severos ya te han perdonado, a ti que recibiste el mandato, sin perjuicio de cuestionarme a mí que no soy depositario del secreto, yo te agradezco y digo que fuiste acertadamente elegido guardián de un tesoro literario.

La afirmación de un conocido montalvista de la ciudad de que el mandato afectuoso pero terminante del escritor superbo: “No vaciles, mi querido Adriano, yo lo quiero, yo te lo ordeno...Quema pues todo eso, ya ves que este escrito de Zaldumbide ha de ser un secreto entre tú y yo”, no se cumplió nunca, no es pues exacto. Adriano quemó el escrito de Zaldumbide.

¿Existieron acaso tres copias? ¿Una que sirvió para la impresión, otra que quedó en Ambato (la de Adriano), y una tercera, cuyo fragmento lo guarda Plutarco Naranjo? Pienso que no. La lógica nos dice que estos últimos son parte de los originales que el gran escritor tenía en París, para su publicación. La teoría que pongo a consideración, y aceptaré cualquier rectificación si

se demuestra que estoy equivocado, pues solo busco la verdad, Montalvo preparó su selección para la imprenta y sacó de ella páginas que por las razones que fueran decidió eliminar. A ello se refiere cuando dice en la misma carta de 20 de septiembre de 1887.

“Te he hablado otras veces de los cortes que les he dado a las obras, cuyos originales quedaron en tu poder y de las muchas correcciones necesarias que he hecho en ellas. Las tengo hoy en estado de que se las puede dar a la imprenta, pero el duplicado que tú tienes, está lejos de la corrección y la preparación que se requieren para el público”.

Está claro que Montalvo habla de dos copias, se entiende que separó en dos partes, la suya: el texto definitivo y las hojas desechadas. Pero aquí vienen los azares del destino: el que tanto recomienda destruirlos, quemarlas a su sobrino no encontró tiempo para hacer lo mismo con las que estaban en su poder y las guardó para mejor ocasión. Seis meses más tarde, cayó víctima de la enfermedad que le llevará a la muerte y los papeles escapan a la severa condena que les había impuesto. Quienes las retiran, desconocieron su voluntad, los cuidan y se encargan de que retornen a su tierra. Más tarde los escurridizos y combativos Capítulos llegarán a manos de Roberto Andrade a través de los herederos del adalid, para recorrer otra vez medio mundo, incluida Nueva York y de allí es que los volvió a rescatar Plutarco Naranjo, trayéndolos una vez de vuelta a la patria.

De tal manera que los que di a conocer con el título de “Capítulos olvidados de Montalvo” y en donde se encuentra más completa la sátira a Zaldumbide bajo el apodo de Marqués de Parambaina, se viene a conocer, quien lo creyera, por olvido de Montalvo y no de Adriano. ¿No son entonces los Capítulos olvidados por Montalvo?

Aún hay más: si se comparan los textos impresos que tuvieron permiso de su autor para su publicación y los que eliminó, el lector no encontrará prácticamente diferencia; la única, mínima, desapercibida, es la de un simple nombre: Marqués de Huagrahuigsa en lugar de Marqués de Parambaina. La idea, la intención de satirizar a las personas egoístas, a los críticos literarios que en el fondo del mar pescan un defecto, le mantuvo igual.

## APROXIMACIÓN A MONTALVO (COMENTARIO DE “CARTAS A SU SOBRINO”)

El río corre rumoroso por entre las guijas, emprendiendo un largo viaje que luego de pagar su cuota líquida a los grandes ríos de las selvas orientales terminará en el fabuloso río mar, donde amazonas de pechos despuntados tiemplan el arco para lanzar los mortíferos dardos. En aquellas aguas limpias de río de montaña desovan las preñadillas y hacen sus abluciones como en el sagrado Ganges los ribereños y las lavanderas azotan la ropa hasta sacarla despercudida.

En los meandros que caprichoso va formando, resuenan alegres los tiples de los huiracchuros mientras en las charcas de las orillas les hacen segunda las roncadas voces de bajo de los sapitos de ojos saltones.

De trecho en trecho el río se represa y es conducido por una acequia a rezumar en los surcos de sembrío o se precipita raudamente en los molinos cuyas ruedas de piedra reducen a polvo perfumado el trigo y la cebada.

Desde el maltrecho Casigana se ve como el río parte en dos el valle. Las casitas del pueblo, achaparradas y modestas y hasta el mismo campanario de una sola torre solitaria aparecen semisumergidas en los huertos aldeaños. Catiglata, Ficoa, Cashapamba, legítimas voces americanas, dulces palabras indias, lucen en el abril ambateño el oro de sus hojas agostadas. El almíbar de las reinaclaudias, guaytambos y mirabeles se ha coagulado y sólo hacia el arenero de Huachi se baten en retirada los últimos manzanares y frutillares. En países como el nuestro que en su región serrana recibe a más de 2.500 metros el abrazo efusivo del sol ecuatorial, éste es un remedo de otoño.

Al fondo pueden verse las lomas polvorientas cubiertas de nopales, cabuyos y unas pocas capulicedas; en su suelo toman su baño de sol diario esas mínimas representantes de los dragones míticos o de los reptiles antediluvianos, las asustadizas lagartijas cuyas vetas negras y verdes se funden con las piedras y las pencas en cuyos regazos se almibarará el chaguarmishqui.

En el horizonte se deja ver a diario recortándose en su cielo límpido,

patriarcal y solemne el pétreo y vertical volcán Tungurahua con una pequeña escarcha de nieve en las sienas. Y le saludan de pies altivas aguacollas con las enormes campanas de sus flores blancas y tersas como la cera.

Podría decirse que conjugan paisaje ambateño, un volcán y Tungurahua y las aguacollas.

Por la noche se encienden los candiles en las casas, unos pocos faroles bostezan de sueño en las calles dormidas y las campanas de la iglesia matriz enmudecen después del ángelus.

Los lugareños se reúnen alrededor de la mesa y jarras de chocolate humeante, espumoso, provocativo, circulan generosas, atemperadas en su afrodisíaca virtud como dirá más tarde nuestro héroe, con grandes tajadas de queso y en las artesas yace el pan oloroso, caliente, recién salido del horno que huele a leña seca, a flores mustias.

Los indios rezagados, sumisos, encogidos abreven en el brocal del pozo de la única plaza, asnos plateados, peludos y pensativos. Hombres y bestias forman un grupo escultórico, símbolo acaso de la virtud teologal de la paciencia.

En casa de un comerciante de lejano ancestro neogranadino o peninsular, venido de la población de Guano, cuyo patio está siempre lleno de mulares, boñiga, aciales y valijas, su mujer Josefa Fiallos ha alumbrado otro de sus vástagos; alguna comadrona habrá ayudado un tanto y el resto habrá puesto la madre naturaleza. Le llamarán lisa y llanamente Juan, ateniéndose a la costumbre de honrar al patrono del pueblo, Dn. San Juan Bautista. Un fraile dominico lo cristianizará en la iglesia de la parroquia. Algún día ese Juan a secas será rebautizado en la fuente de la fama y de la literatura, como “El Cosmopolita”.

Si algún augur o sibila, acaso la de Cumas o la de Delfos, hubiera proferido un oráculo sobre su cuna, profetizaría: hará camino al andar, descolgará audaz la pluma que Cervantes luego de escribir el Quijote la dejó quieta e inalcanzable en la espetera, las circes de la viruela le lamerán la piel, desollará



enemigos y la deshollarán “con mano torpe, inhábil”, amaré pero no le sabrán amar y morirá pobre, triste y enfermo en extranjera tierra, al otro lado del mar.

Pero aquél su paisaje andino, ecuatorial y mestizo, ese medio recoleto y provinciano que es su patria nativa se grabará en la pupila del recién venido en abril de 1832 para siempre y por siempre y por donde quiera que este peregrino se dirija: Ipiales o Roma, París o Panamá, Lima o Tumaco, Barbacoas o Madrid, que es mucha tierra y mucho mar de por medio, volverá reiterativa y dolorosamente a recordarle y ponerle nostálgico.

El perfume de los huertos de Catiglata, la paz bucólica de Ficoa, nada más que cruzar el río, trepar un chaquiñán apartando los sigsales, el anticipo de la selva en Yantzapuzán y el Pastaza rugiente siempre al pie del Tungurahua omnipresente, volverán obsesivos, recurrentes.

“Vivo deseo tengo de ir a pasar un año o dos en Ambato”. (París, 8 de enero 1887).

“... dime algo de la familia, de Ambato, de Catiglata, de todos; y no pienses que el hablar de cosas familiares y queridas es cosa de pobres diablos ...” (París, 9 de marzo de 1887).

“... pero en Ambato, donde no tengo enemigos personales”. (París, 6 de abril de 1887).

“Según la descripción que de Catiglata me hiciste en tu carta, eso debe estar muy bonito, y tienes un refugio y un consuelo contra los disgustos y zozobras de la ciudad. El año de destierro que tú sufriste debe darte la medida de lo que yo, con mis ocho años de ausencia, siento en mi corazón por esos países y esos lugares queridos. Si los volveré a ver?”. (París, 9 de agosto de 1887).

La formidable osamenta de Los Andes, la segunda entre las más altas del mundo después de los Himalayas, que atempera milagrosamente el clima

ardiente del equinoccio; su viento frío, la escasa humedad de sus hoyas, volverán a la memoria bajo el cielo de París, de Panamá o Tumaco.

“Tan luego me sea dable respirar el aire de los países altos”. (Tumaco, junio 12 de 1880).

“Aunque me siento hastiado de Europa y ansiando por mirar mis montes y mi soledad de Los Andes (París, noviembre 30 de 1882).

“Me acuerdo con amor de los Andes; y te sé decir que los días menos amargos y más tranquilos de mi vida han sido los de mi destierro a orillas del Carchi”. (París, octubre de 1886).

Nunca se hará con el mar y menos con el trópico. La tierra caliente sacará de quicio a este montañés que siente haber llegado en su periplo viajero a aquel infierno ardiente que nos lo describió para siempre ese otro poeta desterrado que vagó por el Medioevo en compañía de Virgilio y que se llamó Dante Alighieri.

“...la vida aquí es dura penitencia”. “...de buena gana me hallara yo en esas tierras tan bonitas y tan buenas”. (Panamá, agosto 24 de 1881).

“...ni qué pensar en salir a tierra caliente”. (París, marzo 30 de 1882).

Don Alonso Quijano El Bueno tuvo en su sobrina a la persona de su confianza; ella, la que le cuida, ella la que le quiere, ella la que recibe sus últimas órdenes y le asiste en su postrer aliento. Don Miguel de Unamuno el quijotesco español trazó una novela maestra, en la que con honda penetración psicológica descubre el espíritu de la tía por antonomasia, la Tía Tula.

En esta relación tío-sobrina o sobrino-tía, Don Juan, Quijote también él derramará en su sobrino Adriano sus confidencias, sinsabores, frustraciones, nostalgias y triunfos que acaso no se los puede contar a extraños. Y se establece un diálogo prosaico, desnudo de artificio, despojado de las galas

de la literatura. Y el cervantino Don Juan, el artista de la palabra escrita, el de la elegante y castigada prosa, fluye doméstico, vital hasta qué caray! con faltas de ortografía para escándalo de los mediocres que al fin de cuentas para eso están los sobrinos, para disimular y comprender...

Don Juan no tiene de qué ni de quién cuidarse y deja correr libremente la pluma, el papel y la tinta. Él tan remirado y pulido, escribe por ambos lados, traza rasgos gruesos o delgados, hace letra legible y hermosamente dibujada o afectado por la prisa o por su estado de ánimo dibuja rasgos casi ininteligibles; tacha, enmienda y sigue adelante.

Qué buen desafío para los grafólogos, biógrafos y psicólogos.

¿Qué rasgos de la personalidad montalvina, se traslucen en sus cartas?

¿Qué secretos ocultos no podrán derivarse de ellas?

Pobre Montalvo, Cuando escribió a su sobrino Adriano cartas familiares, no imaginó que ellas serían expuestas públicamente, ni que los especialistas ni técnicos del “ars” literario analizarían cada término, los relacionarían formando parte de un contexto, clasificarían los verbos y sus tiempos y aplicando métodos científicos, algún día sacarían conclusiones sorprendentes. La fama tiene un precio terrible: la pérdida total de la privacidad.

De cuando en cuando no en su soñado pisito de los aristocráticos Campos Eliseos, más bien la modesta rue Cardinet o en los bulevares atestados de gente y de carruajes; tal vez paseando por las Tullerías camino del Louvre o por Montmartre al pie de la catedral rusa donde los pintores mojan sus pinceles en cuartos desmantelados preparándose para una inmortalidad repleta de aplausos; acaso en las orillas del Sena bajo los arcos del Punto Nuevo o el de las Artes, la figura de un “clochard” harapiiento y entumecido debe haberle recordado a nuestros indios, con sus ponchos rojos flameando cual una bandera herida, balbuceando su quichua castellanizado.

Lastimosamente los ve más bien con ojos despectivos o cuan más como una estampa folclórica.

“...la candidatura del indio Ramón” (París, abril 30 de 1884).

Dirá hablando del futuro Presidente. Lo dice como un insulto y no lo había mayor en la mestiza sociedad ecuatoriana. Pero es que cuando está desfalleciente la Patria, el pueblo enmudecido por el analfabetismo, ultrajado por una soldadesca ignara y extranjera, dominada por un clero en buena parte fanático, hay que salvar a las instituciones, escribiendo para los conductores antes que para los conducidos.

No por eso en medio del tráfico agitado de la vida de la gran ciudad, deja de enviar la paz y tranquilidad indígena y el paisaje de su tierra, de sus campos de la provincia del Tungurahua surgen nítidamente en su imaginación.

“Pero como no me falte sol ni luz, yo de buena gana fuera indio de Cunchibamba”. (París, diciembre 4 de 1881).

Y podemos imaginar también nosotros, la franja que queda entre el Pilishurco y el tajo impresionante del Culapachán, la llanura de Cunchibamba, con sus maizales. Maíz de Cunchibamba grande y sabroso en un tiesto de barro; maíz de Cunchibamba, rojo y amarillo, como una bandera de sabor y colorido.

Más que moralista, tremendamente conservador en sus costumbres, se irrita ante las modas que supone chabacanas y de mal gusto.

“El histrionismo siempre ha sido infame; y si ahora no lo es no por eso ha dejado de ser bajo y despreciable”.

“Sé también que la aventura del canticio se ha formalizado”.

“Si a pesar de estas consideraciones llevan ustedes adelante sus elevados propósitos, no olviden el pedir a Quisapincha osos y yumbos, tanto para el priostazgo de ustedes como para el de las señoritas”. (París, diciembre 4 de 1881).

Asoman pues en su pupila las lomas de Quisapincha con sus indios bravíos,

sus danzantes emplumados y repletos de abarios, su chicha agria con sonido de pingullos y de bombos de pieles de borrego curtidas toscamente.

Qué le vamos a hacer. Aún para nuestros adelantados la historia no camina a brincos. Estamos en 1879, todavía en el tiempo del desprecio. Cierito que literariamente Montalvo habla del indio, de su dolor y dice que podría hacer llorar al mundo. Lo creemos. Le faltó sin duda tiempo y lugar para hacerlo. El caso es que Huasipungo, Barro de la Sierra, De Plata y de Bronce o los montubios del Grupo Guayaquil, aún no habían conmovido las entrañas del mundo.

Mera por entonces habla del indio pero lo idealiza en las Vírgenes del Sol y Cumandá, donde está el drama de una india, mas no la tragedia de toda una raza. En Europa, la que marca el rumbo, Pío X aún no escribía sus Encíclicas obreras y el judío Carlos Marx era nadie. Emergía más bien el modernismo de Rubén Darío, pero aún no era la hora del Nuevo Mundo, ni de la cruzada social característica del siglo XX.

¿Algo más sobre el solar nativo? Por supuesto que sí. Desde la Colonia se habla de Mocha mediano y del asiento de Ambato, aludiendo sin duda a su menor importancia poblacional. En la independencia, soslayando el sino trágico, verdadero Rubicón que fuera para Sucre y las armas patrióticas los arenales de Huachis, el 12 de Noviembre como acción de armas que liberó a Ambato, no tiene el valor de una batalla formal. Colocado estratégicamente entre Guayaquil y Quito, las plazas fuertes es más bien un tránsito obligado para cualquier victoria y los batallones patriotas tuvieron que pasar por aquí antes de dar el golpe final en el Pichincha; pero no es, no lo fue nunca una gran plaza de armas. Montalvo lo sabe, y aunque no es hombre de acción ni un estratega de la guerra, reprenderá acremente a sus bisoños sobrinos por haber protagonizado desde su tierra natal una aventura guerrera.

“Qué revolución cabe en Ambato, pueblo sin elementos de ninguna clase, situado entre las plazas más fuertes y considerables de la República, cuales son Quito y Guayaquil?”. (París, junio 14 de 1881).

Las revoluciones, esos cambios violentos necesitan para tener éxito producirse en el momento y lugar adecuados.

Fracasado el intento, los complotados, familiares de Montalvo, gente desesperada, irán a la cárcel y al confinamiento. Justifica semejante imprudencia el hecho de que sin duda se batieron por una causa más pequeña, no por ello menos noble: rescatar a su tío de una vida, que ya iba para eterna, de sinsabores y entrañamiento. Que para eso también sirven los sobrinos.

¿Cuánto tiempo permaneció exiliado fuera de su Florencia nativa sin posibilidades de volver a respirar el aire de la campiña toscana ni oír el rumor del turbulento Arno, Dante Alighieri hasta su tránsito a la eternidad en Rabean? Sus enemigos hallaron una condena más infernal que él nunca imaginara o viviera, -porque los poetas creen lo que sueñan-, en los círculos del infierno. Dante habla del suplicio del fuego, de la inmundicia, de la insatisfacción permanente. Pero no soñó la tortura del exilio ni de la muerte en tierra extraña.

Varios siglos más tarde, el “Manco de Lepanto”, héroe de la guerra y de la pluma, caerá cautivo de los moros y desde una celda de Argel, lejos de su llanura manchega, compondrá el Quijote, dicen que para advertir como los caballeros andantes ni liberan presos ni enderezan entuertos, ni descubren que las Dulcineas no son tan dulces como sugieren sus nombres.

Dostoievsky, saldrá rumbo a Siberia condenado a un infierno blanco y helado, cuyo suplicio un meridional como Dante no imaginó ser la contrapartida del fuego. De esa estepa helada y solitaria saldrá “Memorias de la Casa de los Muertos”.

Y su compatriota Soljenitzin condenado a 8 años de trabajos forzados en el mismo infierno Siberiano, nos traerá en su memoria el recuerdo del “Archipiélago de Gúlag” y “El Segundo Círculo”.

Perdonadme porque no lo vi todo, no lo recordé todo, no lo intuí todo”.

Montalvo no estuvo en prisión formal ni tuvo que hacer trabajos forzados. Sólo vivió veinte años de su vida exiliado, deambulando solitario, sometido a la tortura, él un escritor, de no tener libros; él un patriota sin patria; él un galante sin dinero.

Veinte años lejos de las capulicedas y nopales de la Quinta de Ficoa, del paisaje agreste y subtropical del Ulba y del Bazcún, donde el Pastaza se abre camino por un cañón formidable de rocas, toma las aguas ardientes que brotan de las entrañas del volcán Tungurahua y se precipita a la selva amazónica para firmar derecho de pertenencia.

Toda la biografía íntima de Montalvo revelada en la “Cartas a su sobrino”, es la de un desterrado avizorando con nostalgia, desde un país extranjero, los montes de la Patria, sus buenas gentes.

El desterrado no supone al menos al comienzo, que este viaje a Europa será el último y que ha venido dando el abrazo definitivo a los suyos.

Trata de mentirse a sí mismo, ¿lo cree de verdad o pretende consolar a sus familiares?

Y escribe desde el istmo, allí donde el viejo mar Atlante se estrecha las manos con el nuevo mar del Sur, el Pacífico.

“...en todo caso el destierro no pasará de un año” (Panamá, agosto 24 de 1881).

“...a pesar de que he traído dinero”. (París, septiembre 30 de 1881).

París, al principio le engaña. Esa hermosa Babilonia como la llama parece que le deslumbra otra vez y Don Juan cae en el engaño de que podrá disfrutarla y triunfar aún con los bolsillos exhaustos.

Pero a continuación se rectifica. Nada es hermoso si no se tiene ese bien material. ¿A dónde podrá ir? Aunque célebre por su frugalidad y su estómago está acostumbrado al ayuno y abstinencia, necesita nutrirse. Ha menester un lecho para reposar, un terno para cubrir su cuerpo enjuto y agobiado; algún dinerillo para ir al Pere Lachaise a meditar con la muerte, o al Louvre a comulgar con la belleza, gratificación para la señora que plancha sus camisas y una limosna para un vagabundo. Porque licor, tabaco, mujeres

de la vida son fruto prohibido para este asceta. Cuando más su inapelable vocación por la elegancia, exigirá que sus vestidos sean finos y de buen corte y haya un ramo de flores para alegrar un cadáver.

“Pero sin la bolsa repleta todo es feo y triste”. (París, septiembre 30 de 1881).

Sabe que el bocado más amargo del destierro es la soledad. Nada más cruel que el dolor que no tiene con quien compartirse. Y recomienda a los suyos:

“Juntos ustedes, el destierro será menos cruel”. (París, marzo 30 de 1882).

Y nuevamente vuelve a él, pero su ánimo acerado lo sostiene:

“Mi situación es mala, pero no desesperada”. (París, noviembre 16 de 1882).

Y llegamos a 1883. Han transcurrido 4 años ya de la despedida. El escritor comienza a desconfiar de su regreso a la Patria; presente con esa su sensibilidad de esteta que éste ha sido su último viaje a Europa:

“...pero como este será mi último viaje a Europa...”. (París, octubre 5 de 1883).

“...pero poco más o menos para mi no hay patria”. (París, abril 30 de 1884).

El dolor del exiliado, la amargura contenida, las vergüenzas de vivir del dinero prestado afloran a propósito del incumplimiento de quienes en un día ya lejano le ofrecieron ayuda para imprimir sus libros, única fuente de sus ingresos.

“...me ha hecho durante seis años la víctima de los disgustos, las amarguras y aún de los peligros que he corrido desde la primera vez que me sacó Ipiales con sus cartas”. (París, octubre 7 de 1886).



Se estremece al saber que uno de los suyos ha sido condenado a 16 años de prisión, sabe exactamente lo que eso significa por estar viviendo de hecho parecida condena y exclama:

“Dieciséis años de prisión equivalen a la muerte”. (París, septiembre de 1887).

Sin embargo unos meses más tarde ante el hecho consumado de la prisión, le envía palabras de aliento, de un aliento que acaso él mismo ya no lo tiene; y de esta es la forma más generosa de la donación.

“Hazle decir a Ricardo que resista algunos meses más, y que confíe”. (París, 1887).

\*\*\*

Me he propuesto un acercamiento a Montalvo a través de las cartas familiares dirigidas a su sobrino Adriano y que corresponden a los nueve años últimos de su vida. Ellas ratifican lo que sobre su carácter y la historia de su vida nos habían dicho ya algunos sagaces biógrafos. Bien se ha dicho que toda la historia no es sino biográfica.

Montalvo, ese mozo huraño, zahareño y misántropo de los primeros tiempos, agobiado por el paso de los años y la enfermedad se ha tornado más desconfiado y solitario. La ausencia de la familia, la Patria lejana tiranizada derivan en uno como cauce profundo alimentado de continuo por el dolor y la tristeza.

“...y en un carácter naturalmente inclinado a la tristeza, ¿qué será? El corazón que me oprime, tengo recuerdos tristes, y en medio de tantas emociones, ni siquiera viene a mezclarse la esperanza”. (Roma, febrero de 1858).

“Roma es demasiado triste y sin embargo me gusta estar en Roma”. (Roma, febrero de 1858).

Por eso verá a Roma en el único artículo literario de esta serie, a la luz del “tramonto” como una mansión abandonada y ruidosa.

Los versos de Antonio Caro, resuenan en su fino oído:

“Estos Fabio, ay dolor que ves ahora / campos de soledad, mustio collado / fueron un tiempo, Itálica famosa”.

La Roma imperial o mejor lo que queda de ella: el Coliseo de fauces derruidas y entreabiertas; los foros desolados a la luz de la luna, los arcos triunfales desmoronados como testimonio de la efímera gloria humana, la vía Apia llena de baches. Esa añoranza del pasado, la melancolía de lo que fue tendrán la virtud de golpear el alma predispuesta del proscrito.

“Me voy con pena. Adiós, querido Adriano”. (Panamá, septiembre 4 de 1881).

¡Ay, Don Juan! Se fue de su tierra esperando días y tierras mejores. El tiempo lo desengañará: nada encontrará mejor que su patria empobrecida y tiranizada y los hombres que creen en él.

“Y esto es a cada paso, y ésta es la via”.

“Porque la Providencia no es de hoy ni de mañana sino de todo el tiempo”. (París, abril 15 de 1882).

El que puso su esperanza en la ciudad luz, la “villa lumiere”, como ahora ponen sus ojos nuestros compatriotas en los escaparates iluminados de Nueva York, Chicago, Toronto o Sydney encontrará que el extranjero es extraño en cualquier tierra. Aún las urbes cosmopolitas y babilónicas guardan sus galas y delicadezas para sus hijos propios. Los demás son advenedizos. Y más cuando un ciudadano de aquella época, proveniente de un país que cuesta imaginar donde puede quedar, tostado por el sol, sin dinero pero orgulloso, medio español o medio indio o mulato venía a competir con Lamartine, Víctor Hugo o Montaigne. Con la pretensión además de escribir y publicar sus libros en una lengua que no era de la metrópoli, sino la suya propia, más que hispanoamericana, cervantina.

“Francia no es más que para el francés; no es pueblo polígloto y por cuatro hombres de bien hay veinte pícaros”.

“...tira el bellaco pliegos sin mi última corrección, y no tiene corrector español”. (París, noviembre de 1882).

“A España me fuera”.

“Yo preferiré, cuando Eloy mande recursos, irme a los Estados Unidos”. (París, noviembre 16 de 1882).

¿Es esto dromomanía, afán deambulatorio, inadaptación al medio o simplemente desengaño, desesperación?

Que un Quijote americano sueñe con la llanura de La Mancha o en el más pujante país del nuevo mundo, ya intuido en su Washington y Bolívar, parece más bien una necesidad.

“...pensar en otra edición; no en Francia sino en Madrid”. (París, noviembre 16 de 1882).

“...esto es acabar de morir de cólera, desde luego, y después de tristeza y misantropía”. (París, febrero 29 de 1884).

“Trabajo productivo aquí, es imposible para los hombres de mi profesión y de mi carácter. Sin vender la pluma a algún tiranuelo de Sud-América, nadie puede ganar el pan en Francia con lengua castellana”. (París, octubre 7 de 1886).

“Ya irás viendo lo que son días amargos y cuántos dolores hay que devorar en el mundo”.

“Que la muerte más a tiempo y oportuna es la de la infancia; porque dime que de males y desdichas nos ahorramos con ese temprano viaje”. (París, septiembre 20 de 1887).

El escritor en aquella época, peor aún en la de ahora no puede ser solo lo que los oráculos han predestinado. No puede vivir haciendo literatura auténtica

ni profesionalizarse encastillándose en tan noble quehacer. Forzosamente ha de meter sus manos y tras de ellas su cuerpo entero en esa sustancia viscosa e ingrata que es la política. Además, no puede serle ajeno el destino de la patria y blasonar despectivamente; esta pluma es mi arma y no me pidan más.

Por eso, como equilibrando el solitario esteta, el romántico que se refugia en el silencio que rodea a la rosa Tarpeya, al bosque de Boloña, al retiro de Madrid o a la conventual Ipiates, surgirá el fervor del político combatiente, el polemista formidable, él elevó el insulto a categoría literaria, y no midió para enfrentarse la grandeza o pequeñez de sus adversarios.

“El pasquín a que aludes en tu carta ha ido realmente de aquí”. (Ipiates, abril 8 de 1881).

“...hemos leído que el mundo ha dado salvoconducto a todos los desterrados de Ipiates, fuera de Orejuela”. (Panamá, septiembre 4 de 1881).

“Este leproso diciendo a los liberales de allá que estaba de acuerdo con nosotros...” (París, diciembre 4 de 1881).

“No caigan ustedes en las redes de los terroristas”. (París, marzo 1 de 1882).

“Cuando Alfaro que es el más moderado y sufrido de los hombres, se haya resuelto llamarle “ladrón” a boca llena a Cornejo...” (París, mayo 4 de 1882).

“Con que fueron ustedes a la guerra”. (París, septiembre 29 de 1882).

Y de repente como una llamarada que se despierta espontáneamente en medio del chisporroteo en que se consumen los pequeños odios surge, en la vena del hombre grande:

“Yo responderé que la política que se funda en la inmortalidad, no es política, y desmentir, escarnecer y sacrificar a un hermano, es inmortalidad”.

“Más vale para la razón y el honor ser loco y perverso como yo, que bueno y de buen juicio como los que han querido hacer Presidente a Ramón Borrero”.

“Pierdan ustedes un capítulo con un hombre de bien, digno de nuestro aprecio”. (París, febrero 29 de 1884).

“La Mercurial Eclesiástica o El Libro de las Verdades, no es un folleto como tú has pensado; es un libro muy bonito”.

“Bien es que, como más es doctrinal que personal, la segunda edición no vendrá tarde, y nada habrá perdido por haber esperado el Cabo Ordóñez”. (París, septiembre 14 de 1884).

“el que me ha llamado conjunto abominable de cinismo e impurezas, debe tener su corona, me parece, en los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”. (París, septiembre 29 de 1884).

Ahora vendrán sus quejas, sus fobias o lo que algunos suelen llamar sus ingratitudes.

En efecto, Montalvo cubre con expresiones hirientes no sólo a sus adversarios sino también a sus benefactores.

Pero meditemos. Qué fácil es ser equilibrado, justo, objetivo, arrellanado en una cómoda poltrona, rodeado de una agradable temperatura, un vaso de licor en una mano mientras se ve consumirse perezosamente un puro en un elegante cenicero. De qué color más agradable se ve el mundo envuelto entre las volutas aromáticas del incienso y los aplausos.

Qué fácil es asumir la posición crítica cuando no se está en el ojo del huracán, los acontecimientos se han dado y se filosofa sobre lo ocurrido.

Pero cuando no se conoce el alma de los hombres, sus interioridades, no se adivina lo que va a ocurrir y el calor del trópico, húmedo, intolerable,

llo de mosquitos y otras alimañas atormenta impenitente. O el frío invierno europeo entumece y castiga con más fuerza las articulaciones de los reumáticos.

Cuando le han echado de la tierra propia o le han obligado a irse que es lo mismo y los minutos, las horas, los días, los meses y los años son barridos por el vendaval del tiempo sin asomo de esperanza de volver al sitio de partida.

Cuando hay que vivir de lo fiado, engañarse a sí mismo con el pagaré mañana libros, único e hipotético caudal con que se cuenta no se venden ni se imprimen.

Cuando el editorialista exige que le den en metálico para continuar el trabajo.

Cuando los amigos se molestan, incumplen o demoran sus ofrecimientos.

Y cuando en fin, las cartas de la tierra lejana se demoran, extravían o se pierden y han de pasar meses sin noticia generando la sensación de olvido y quemimportismo.

Hay derecho a dudar y recelar de todos y de todo.

No se puede pedir cordura al afiebrado como no se puede solicitar que espere al que tiene hambre ni paciencia al desterrado.

Sin techo propio, sin pan seguro, sin trabajo en lo único que se sabe hacer no hay reflexión que valga y por lo mismo cualquiera acusación en este sentido no es valedera.

Montalvo expresa su resentimiento y frustración y es menester comprenderlo.

Las palabras de ríspida censura, de acerba crítica que aparecen en algunos

textos como sagaces descubrimientos, desmitificadores y paradójicamente, aquellas que son apologéticas, prescinden de lo esencial.

Montalvo fue un hombre grande, pero hombre al fin; y sus limitaciones no reducen su estatura como el más grande escritor hispanoamericano de su tiempo. No debe por lo mismo admirar ni escandalizar que dadas las circunstancias en las que vivió sobre todo sus últimos años, se exprese con resentimiento y utilizando términos peyorativos sobre sus proveedores temporales.

“Muchas cartas te llevo escritas desde Panamá. Hasta ahora no tengo ni una sola tuya, fuera de la que recibí en Barbacoas”. (París, octubre 16 de 1881).

“Muchas cartas te llevo escritas, lo mismo que a Pancho, pero éstas estarán todavía por los mares y los bosques. De ti no he recibido sino una...”. (París, diciembre 4 de 1881).

“Esas cartas que me escribes todos los correos, según dices, no sé a dónde irán a dar” (París, marzo 1 de 1882).

“Ahora dos días, recibí una carta tuya de tres líneas”. (París, abril 15 de 1882).

“De Eloy no sé nada, sino lo que dice “La Estrella”, esto es que se retiró con muchas heridas, y que le perseguían 300 hombres. Quiera el cielo sacarle a paz y a salvo a ese valiente” (París, septiembre 29 de 1882).

“Con el engaño y la falta de Macay, en un tris he estado de que este viaje mío a Europa hubiera sido el peor de todos”. (París, noviembre 16 de 1882).

“Mí pobre hermano me acertó en el corazón. De buena gana me fuera a pasar un año en Ambato, pero poco más o menos para mí no hay patria”. (París, abril 30 de 1884).

“Pero hasta descomedimiento echo de ver en ustedes; pues viene a ser preciso que yo pregunte a esta distancia lo que debo saber de allá”. (París, septiembre 29 de 1884).

“...aunque el proyecto del periódico salió fallido, ni pensaba ya otra cosa. No faltaron dos o tres canallas que lo desbaratasen, al ver la palanca que los demás querían poner en mis manos”. (París, enero 8 de 1887).

Tras que tan funesto ha sido Alfaro en la política para nosotros, ha hecho cosas tan graves conmigo en lo personal, que hace más de dos años no he dado contestación a ninguna de sus cartas. No pienso que él sea en ningún tiempo el restaurador del partido liberal, y no por falta de valor y buena fe, sino por sobra de incapacidad y locura”. (París, abril 6 de 1887).

Alfaro es incapaz de cosa buena ni de juicio, y no hará sino arruinarnos más y más. Su deserción de Guayaquil ha debido hacerle perder confianza de los liberales todos, como le hizo perder la mía. Ahí está el pobre Vargas Torres diciendo lo que hace Alfaro”. (París, agosto 9 de 1887).

Ayer recibí tus dos cartas, del 23 y el 29 de febrero; y esto después de tres o cuatro meses de no haber tenido ninguna otra tuya” (París, marzo 4 de 1888).

Hay que decir además que no todo es negativo, pesimista ni ofensivo. Este hombre apasionado, que ya lo dije, prefiere ser calificado de loco a parecerse a cerdos, este idealista con muy poca idea del mundo de la realidad se rectifica siempre que se ofrece, caballerosamente y alaba con generosidad. Así de Alfaro, así de Macay, así de Zaldumbide y siempre con condimento del magnánimo Durán Ballén, y por supuesto de su sobrino Adriano.

“...muy formalmente quieres refutar el cargo que te hice de no escribirme desde que dejaste el destierro, son cosas que se dice al vuelo, hombre, y que no tienen significación ninguna. Me admira el que hayas ocupado toda tu carta en convencerme de lo contrario. ¿Piensas que de veras tenía yo contra ti ese motivo de queja?”. (París, enero 15 de 1884).



“La muerte de Zaldumbide por otra parte, inutiliza muchos Capítulos del Quijote; pues ya comprendes que la sátira a la tumba no cabe en un corazón bien formado y una naturaleza como la mía; tanto más cuanto que me ha dolido vivamente la temprana desaparición de ese antiguo amigo mío, que fue sin duda, el más querido de mi juventud. Los odios están muertos, las disensiones concluidas. No quiero hacer recuerdos que aflijan a los que lloran, ni que me apoquen a mis propios ojos. Quema pues todo eso, y si no alcanzo a volver a mi país, te enviaré como queda dicho, mis obras depuradas y corrientes. Ya es que este asunto de Zaldumbide ha de ser un secreto entre tú y yo: si hablas de esto, los hombres malos, lo desfigurarán, y lo presentarán al revés de la verdad”. (París, septiembre 20 de 1887).

“Don Clemente es muy bondadoso y puntual: cuando no me la ha enviado es porque no la ha recibido”. (París, junio 14 de 1887).

¿Qué es lo que le alienta en medio de semejante desborde de tristeza, soledad, desconfianza?

¿Qué es lo que le anima a seguir el camino toda vez que Francia no fue el escenario de sus triunfos, el destierro parecía no tener fin, la situación del Ecuador no mejoraba y las casas ambateñas que conoció llenas de gente y de vida, comienzan a despoblarse al golpe de la guadaña de la muerte?

Montalvo era el hombre de genio y su vocación esencial la de un escritor. Viajó a Francia no como turista, ni como diplomático ni menos como fuerza de trabajo. Emigró a realizar lo que pudo hacer en su tierra natal; publicar sus libros, recibir los comentarios de la crítica mundial, competir con los escritores más célebres del mundo literario. Aprender precisamente no a sacar experiencias como se dice hoy, porque ya lo sabía y conocía todo desde sus breñas de América donde según su decir entró león y salió tigre cebado. Artista por formación y vocación revela cada paso un fracaso como comerciante colocando sus libros. La vena del padre y del abuelo, comerciantes curtidos en la jornada diaria se ha interrumpido por un capricho de la genética y no sabe poner los pies sobre la tierra.

“...cuando le di la comisión le prohibí absolutamente pedir más de seis

pesos sencillos por ejemplar; y, aún le dije que, si había recibido algunos adelantos a diez pesos, devolviese la demasía, porque no quería yo que en mi país se vendiesen los “Siete Tratados” más caros que en otra parte”.

“Con esto, no solamente perjudica la circulación de las ideas, sino también desfigura mi carácter y propaga una falsa opinión respecto de mí; pues todos pensarán que obra según mis instrucciones y que yo tiro a hacer dinero que a difundir las luces”. (París, septiembre 14 de 1884).

Pese a todo triunfó en lo esencial y el escritor no disimula su satisfacción. Da a conocer sus fatigas, los avatares que han rodeado a la publicación de sus obras, pero también sus éxitos y reclama comentarios y quiere que se le escuche. Quien escribe lo hace para que lo lean y él no es la excepción ni un hipócrita.

“Las opiniones de diferentes países sobre Las Catilinarias, que ha publicado Eloy, deben circular en Quito”. (París, marzo 1 de 1882).

“Estoy en correspondencia con un escritor en grande: vamos a hacer una edición primorosa: ya sabes que mi genio es siempre lo mejor”. (París, marzo 30 de 1882).

“Quizá junto con esta carta recibas el aviso respecto de los “Siete Tratados”. Están en prensa y en las mejores condiciones posibles, Macay no ha mandado nada; y sin él se hace esta impresión”. (París, mayo 4 de 1882).

El primer tomo está impreso, y según el contrato, debo pagarlo, para que principien el segundo, Aquí lo suspendiera si fuera posible; pero no hay cómo”. (París, septiembre 29 de 1882).

“El libro de los “Siete Tratados” correrá mala fortuna; está hecho como hasta la mitad del volumen, y yo temblando que se concluya, porque no tengo cómo pagarlo ni cómo cumplir con el contrato”. (París, noviembre 16 de 1882).

“Pienso que en esta ocasión se frustra la impresión, con estar en un tomo

concluido y principiado el otro. El impresor heredero del que murió, ha sido una especie de Manuel Cornejo, tanto embuste, mentira y perversidad”.

“Y lo peor será que venga a ser asunto de tribunales” (París, noviembre 30 de 1882).

“Aunque pueda pagar la impresión y el papel (15.000 francos) con lo que Eloy me ofrece no la podré empastar, y así se estará hasta cuando Dios quiera. A la rústica no la mando por nada. La edición es rica y hermosa: es preciso que todo sea correspondiente”. (París, diciembre 30 de 1882).

“El libro está al fin, concluirá a mediados de este mes; pero de Panamá no viene lo que debo entregar al impresor, y menos para la pasta”. (París, febrero 5 de 1883).

“...a ti te hablaré de mi libro. El efecto no ha podido ser más favorable: mucho se ha escrito ya sobre él en francés y en español; ahora ha de ser traducido al italiano “El Buscapié”. Me parece haberte dicho que el tratado que yo estimaba más era ése, por su mérito literario. César Cantú me ha escrito una carta, preciosa para mí, y es él quien me da noticia de esa traducción”. (París, octubre 5 de 1883).

“¿Llegó ya a tus manos el ejemplar de los “Siete Tratados” que te mandé? ¿Qué te parece la impresión, el libro?”. (París, enero 5 de 1884).

“Si no ocurre una desgracia en las minas de El Salvador, los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes “ serán publicados. Está suprimida casi la tercera parte. No queda sino lo bueno y original”. (París, septiembre 14 de 1884).

“El Espectador” fue con el objeto de ver si podía yo ganar el pan. El triunfo literario ha sido completo; el resultado material, ninguno, por no haber podido continuar la publicación y hacer efectivas las suscripciones”. (París, octubre 7 de 1886).

“Si fuera posible asegurar 400 suscriptores en el Ecuador, podría continuar

“El Espectador”, y dejarme algo para el pan, tan difícil para el desterrado”. (París, enero 8 de 1887).

“De España me escriben que el segundo es muy superior al primero, Menéndez y Pelayo mismo, con ser quien es, me ha escrito y me ha pedido el tomo primero por haber leído el segundo. Don Luis Carreras dice que hay cosas “sublimas”, y sé que doña Emilia Pardo Bazán ha enviado a Madrid, a la “Revista de España”, un largo artículo respecto a mi librito; artículo que aún no ha llegado a mis manos: Todo esto probablemente no hará sino irritar más a mis compatriotas”. (París, julio 20 de 1887).

“Podiera yo hacer publicar mis libros inéditos por medio de esos editores espectaculares que no tienen otro objeto que el lucro; mas por nada quiero ver mis “Capítulos” en una edición infame que repugna la vista y el pensamiento. Si algún día puedo dar rienda a mi genio, según el cual todo ha de ser decente, y hasta lujoso, publicaré esos libros, si no, heredarás los manuscritos”. (París, abril 6 de 1887).

“No me has dicho cómo ha pegado ahí el tomo 2; ni siquiera si han hecho ustedes reimprimir los artículos que acerca de él se ha publicado en España y en otras partes.

En mi carta siguiente te diré, probablemente que los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” están en prensa. No sé si el Dios de la literatura americana se ha metido en esto”. (París, noviembre 25 de 1887).

“El Quijote no está corriendo buena fortuna. Estaba ya en la imprenta y me he visto en la necesidad de suspenderlo todo.

El Espectador debe estar navegando para Guayaquil”. (París, marzo 4 de 1888).

\*\*\*

Entramos finalmente en la zona oscura, recóndita y secreta del alma de Montalvo: su actitud personal frente al hogar, el amor y la muerte.

Sabemos que luchó y encontró en cierta medida la gloria literaria. Lo conocemos solitario, entristecido y con obligación errante.

Lo sabemos artista y como tal escribe páginas maravillosas sobre Dios, la madre, el padre, el hijo, el amor. ¿Pero qué piensa Montalvo el padre, el esposo, la criatura?

¿Fue El Cosmopolita un hombre dividido como los terribles personajes de Dostoiévsky y frente a su formidable sensibilidad estética opuso especie de anestesia para la sensación hogareña?

Siguiendo la doctrina de Kierkegaard de que hay tres concepciones de la vida: la estética, la ética y la religiosa, ¿el esteta Montalvo no logró evolucionar hacia los otros estadios?

¿Abandonó sin volver la cabeza como Lot en la Biblia a su mujer y a su hija? Por lo menos en las cartas a su sobrino Adriano Montalvo no se confiesa. Tercamente tiende una veladura sobre lo que sin duda le fuera más íntimo y quién sabe si más doloroso; tan insufrible que prefiere callar.

Él tan pródigo en consolar a los demás, no habla de sí mismo. “Quiera el cielo que con tu esposa repares en algo la pérdida de tu madre”. (París, marzo 26 de 1880).

“...para ésta no reservé sino el triste asunto de la muerte de tu hijita Eugenia. Ya irás viendo lo que son días amargos y cuántos dolores hay que devorar en el mundo”.

“Habrás consolado a Victoria con estas reflexiones, y te consolarás tú mismo con tus otros hijitos, los cuales te los conserve el cielo”. (París, septiembre 23 de 1887).

El que recomienda a su sobrino ser más expansivo en los asuntos de la familia, se encierra cicateramente en lo que se refiere a su vida privada, como una ostra.

“...es en donde brillas por el silencio que guardas por la muerte de Mariquita. Teodoro no me dijo una palabra de su matrimonio, ni antes ni después de casado. Política de tu familia incomprensible por cierto, y no buena sin duda.

El silencio es malo en muchas ocasiones”. (París, enero 16 de 1883).

“Otra cosa que me disgustaba mucho en tus cartas era tu desentendimiento absoluto de todo lo que suele ser asunto de la correspondencia familiar: murió doña María Guzmán; tú no te diste por entendido de ese suceso ni por política ni a modo de noticia. Murió David, tú ni chus ni mus, escribiéndome el día siguiente de esa muerte. Se casó César; tú, ni esta boca es mía. Pues ¿cuáles son las materias de cartas entre parientes inmediatos, si tú desdeñas todo, muertes y casamientos? (París, octubre 7 de 1886).

Murió doña María Guzmán, dice y no comenta más. ¿Esta María Guzmán no es por ventura, María Adelaida Guzmán su esposa o es que se trata de un homónimo?

Envía saludos cariñosos y hasta regalitos a sus hermanas, hermanos y sobrinos. Mas sobre su hija pone un dedo en los labios y recomienda reserva; parece que aún el mencionarla por el nombre es imprudencia. ¿Por qué? ¿Tan farisaico era el medio? ¿Corría de verdad algún peligro?

“Pienso que no habría persecución oficial, ni me impedirían el desembarque en Guayaquil. Las persecuciones particulares, las de los clérigos serían las temibles”.

“En este caso me buscarías tú una casita de arriendo; pues en la de mi hija, los frailes no me dejarían vivir, amenazando a esa señora con la maldición del cielo. ¡Triste cosa es tener que expresarse de ese modo! ¿Nuestro pobre país está en la Edad Media?”

“Guarda reserva en lo que te digo de la casa de mi hija”. (París, abril 6 de 1887).

Se diría que “El Cosmopolita” ha echado un sello sobre la mujer que creyó amar y sobre su hija.

Tampoco dirá nada sobre nuevos amores que le endulzarán la vida o simplemente atemperarán su líbido sexual como insinúan algunos de sus biógrafos obsesionados por las teorías de Freud.

Se dice, se sabe que en París, que en Ipiales, que en Baños, pero él mismo no nos cuenta nada.

En este juego de luces y de sombras que suele reflejarse sobre los grandes hombres, ésta es la zona oscura de Montalvo; o mejor su zona vedada, su lugar prohibido, el sancta sanctorum de su alma.

Así mismo lo sabemos creyente pero no cuenta en sus cartas familiares con algún detalle de su actitud personal frente a Dios y la muerte. Como no sea su actitud filosóficamente estoica:

“Adiós, mi buen Adriano. No olvides que, por la fortaleza de mi alma, yo soy superior a cualquier fortuna: no hay pues que afligirse por mí. A la muerte misma le pongo yo rostro sereno”.

No hay que olvidar sin embargo que la correspondencia se interrumpe bruscamente el 4 de marzo de 1888.

¿Qué pasó entre esta fecha y la de su muerte en febrero de 1889?

¿Esas cartas se extraviaron, fueron destruidas, el Cosmopolita ya no las escribió nunca?

Talvez en ellas, cercano ya su arribo a la otra orilla, habló sobre lo que neciamente seguimos inquirendo.

Quizá en ese espacio de tiempo perdido, quedaron las respuestas a todas las preguntas y a nosotros sólo nos queda imaginar, sugerir, deducir...París, invierno de 1889.

Tiempo frío, húmedo y nublado.

Las luces mortecinas, encendidas a la media tarde, cuando en la tierra ecuatorial reverbera el sol, en un cuarto semidesmantelado de la rue Cardinet, yace una figura vestida de rigurosa etiqueta, aprestándose a la ceremonia nupcial con la muerte. El rostro sereno como él mismo lo afirmara, las costillas rotas, el corazón casi fuera de ellas y el cerebro más lúcido que nunca, inspirado por la cercana “Madeleine”, ese templo griego incrustado en París, repasa por última vez su emoción y vocación por los clásicos. Al conjuro de su bosque de columnatas, -estilizadas figuras femeninas-, que se levantan de las ágiles bases de sus pies hasta la marmórea cabellera de sus volutas, desfilan los grandes hombres de la antigüedad greco-romana; sus oradores y políticos, sus artistas y sabios; sus atletas; héroes y filósofos: el amado Sócrates y los fundadores de la moral estoica.

A la cita de tan augustas sombras habrá concurrido también el emperador de origen español, Adriano, el nombre del más culto de ellos evoca el de su sobrino más querido y por asociación de ideas la hortaleda de Catiglata y las airosas palmeras de La Liria, que su homónimo, paisano y adversario político, Juan León Mera, planta amorosamente con cada hijo y con cada libro que va dando a luz.

“Yo estoy suspirando por el cielo y el clima de Ipiiales (o de Ambato): son las tres de la tarde en este instante y necesito luz artificial. Las calles están llenas de niebla espesa y fría; el cielo se ha caído en los infiernos. Una fogatita que tengo en mi chimenea me cuesta un peso fuerte por día. Nuestro bárbaro nuevo mundo ofrece más para la vida, la vida bárbara se entiende”. (París, diciembre 4 de 1881).

Dice Miguel de Cervantes que cuando Dn. Quijote de la Mancha se puso malo, volviöse cuerdo y se reencarnó en Dn. Alonso Quijano, el Bueno; abjuró de su locura sublime, escribió su testamento y entregó cristianamente su alma al Creador, asistido por su sobrina.

Podemos imaginarnos que Dn. Juan Montalvo, en aquel su último día sobre la tierra, allá en París, día del cual tenía también ya el recuerdo como el poeta



César Vallejo, haciendo lo mismo. Quizá sólo faltó la presencia física de su sobrino.

Lo último que sabemos por sus cartas familiares es que el Quijote no tiene fortuna y que El Espectador sigue navegando.

Añado yo, rumbo a la eternidad y la gloria.

## EL ESCUADRÓN SAGRADO

### MONTALVO PARTE HACIA SU ÚLTIMO EXILIO

La dictadura del general Ignacio de Veintemilla, luego de la Convención de Ambato de 1878, se consolidó. Quienes como Montalvo habían llevado a cabo una lucha valerosa, desafiante y agresiva, con los periódicos “La Candela” y “El Expectador”, desde Quito y Ambato, simultáneamente, sellaron su suerte. El destierro, la persecución, el riesgo de su propia vida, pendían sobre sus cabezas. Si hasta el Obispo de Quito, Ignacio Barba y Checa, amigo que fuera del escritor, cayó envenenado al beber del cáliz en la liturgia de la misa un Viernes Santo, el día más sagrado de la cristiandad, ni liberales ni conservadores, ni representantes de la Iglesia, estaban seguros.

Montalvo, en una defensa apasionada como todos sus afectos, de la inviolabilidad de la vida humana, hizo notar que una cadena de asesinatos sangraba al país, entre los que destaca el del político, teniente Piedrahita, con estas palabras:

“...Desgraciado del ecuatoriano que no se deje mover por una santa ira ni poseer por un santo dolor, cuando sepa la muerte de Piedrahita”.<sup>29</sup>

Poco tiempo más tarde, Eloy Alfaro yacía cargado de grillos en un calabazo de Guayaquil, conspirador no presunto según Montalvo, sino confeso,

---

29 Vicente Piedrahita, Sep. 21 de 1878. (Páginas Desconocidas).

puesto que a guisa de romano antiguo, reconoció y tuvo a gloria, la empresa de pretender derrocar el régimen.<sup>30</sup>

Más tarde dice, dirigiéndose a Veintemilla:

“Si consuma usted el sacrificio de Alfaro, ahóguese en sangre de liberales y patriotas”.<sup>31</sup>

A los nombres de estos asesinados y encarcelados, pronto hubo de agregarse el de César Montalvo, sobrino de Don Juan, en calidad de desterrado a Lima”.

“Y César, ese mi sobrinito de diecinueve años que acaba de ser desterrado, ¿qué culpa tiene? Una muy grande: se llama Montalvo y por tanto nació para la venganza de Veintemilla. Un día ese muchacho se presentó a su padre y le pidió licencia para irse a conocer Guayaquil. Tiene de Alejandro la viva afición por los caballos: para costear el viaje, y hacerme de un bucéfalo, dijo, traerá una partida de potros yungas o de mulas calentanas. Su madre, a la esparcita dijo: No me gusta que el chiquillo se esté criando como mujer; que se vaya. Se fue el chiquillo. Pobrecito... potros fueron, antes de ver ni conocer el deseado río, a bordo de un buque, y que lo boten en una costa desierta del Perú. Los ingleses no lo han botado; pero ya está viendo en Lima lo que es destierro.”<sup>32</sup>

El polemista entendió el momento: no había sitio para él en su patria ni garantías para la oposición, pues una férrea dictadura se había entronizado en el poder. Tomó el camino del destierro y en vista del peligro que corría, hubo de cruzar subrepticamente la frontera con Colombia, rumbo a su conocida hospedería de Ipiales, la “ciudad de las nubes verdes”, como la había llamado, aludiendo a un fenómeno celeste que allí suele producirse.

Roberto Andrade cuenta que para encubrir el viaje del escritor, pues corría peligro de que lo apresaran, su madre, otras personas de su familia y él mismo fueron hasta San Vicente del Chota, donde se encontraba el padre

---

30 Diciembre 24 de 1878. “Eloy Alfaro” (Páginas Desconocidas).

31 Ambato, enero de 1878. (Páginas Desconocidas).

32 Post Escripturn (Páginas Desconocidas).

de Andrade. Y él, continuó en su compañía hasta las llanuras del Vínculo, cerca ya del río Carchi, donde se despidió por última vez de su amigo y maestro:

“Nos desmontamos, nos tendimos en la yerba pero casi nada hablamos. De repente se puso en pie: Es preciso dijo, ¡Me voy! despidámonos. También yo me puse de pie, y él me estrechó en sus brazos.

¡Adiós Roberto! me dijo estrechándome de instante en instante,..”<sup>33</sup>

El peligro para el gran escritor no desapareció ni en Ipiales. Un apátrida criminal a sueldo, de apellido Casanova, que habría sido el brazo ejecutor del crimen del obispo, dicen que cruzó también la frontera colombo-ecuatoriana rumbo a Ipiales, con la consigna de asesinar a Montalvo. Advertido que fuera del peligro, su respuesta es muy reveladora de su hombría:

“De un asesinato aleve, nadie lo defiende a uno. Ni yo ni el compañero podríamos, por otra parte, aguantar el suplicio de no separarnos un instante. El custodio invisible es el eficaz: mi Genio, con nombre de ángel de la guarda, es el que me ha de salvar, pues no me desampara; y la providencia no deja de advertirme que no tema. En este concepto, aún no tomo precaución ninguna: ando solo y por el campo... Montalvo” (Ipiales, Octubre 16 de 1879, carta a Roberto Andrade).

Andrade cuenta finalmente que Casanova logró llegar a la casa en la que Montalvo habitaba en Ipiales y habló con la cocinera; ésta dio la voz de alarma, el vecindario se levantó y el criminal salió en fuga. Sobre esta amenaza sorda y ominosa que pendía sobre “El Cosmopolita”, algunos biógrafos tanto de este obligado exilio como del ocurrido en tiempo de García Moreno, cuentan que el gran escritor salió voluntariamente de su patria, sin que su destierro hubiese sido decretado. Cuando la vida corre peligro, no hace falta que la orden de destierro se expida y haga constar en el Registro Oficial.

De Ipiales Montalvo sale a Panamá, que a la época formaba parte de

33 “Montalvo y García Moreno” por Roberto Andrade.

Colombia, en donde recibió el apoyo como siempre del generoso Eloy Alfaro. Allí el sagitario dispara las flechas incendiarias de sus “Catilinas” contra el dictador, de las que sus periódicos “La Candela” y “El Expectador”, habían sido los fuegos artificiales que los anunciaron. Cumplido ese trabajo, salió por última vez rumbo a Europa, a recibir la gloria de su consagración, desde luego que el egoísmo y acaso la envidia de sus connacionales, le negaban.

## LAS MONTONERAS

Mientras tanto el Ecuador entero se levantó. La opresión había llegado al punto que liberales y conservadores, tradicionales y feroces enemigos en la política, pero ecuatorianos el fin, se reunieron en una empresa común: derrocar al tirano, con lo cual sin haberse propuesto, daban la razón a la terrible lucha con la pluma que había iniciado Montalvo.

Juan León Mera redactaba duros artículos periodísticos en el mismo Ecuador, mientras Montalvo lanzaba escritos demoledores desde el exterior. Todos estos escritos no hacían más que echar leña a una hoguera que ya de por sí era muy grande, pues los políticos y los partidos civiles manifestaban abiertamente sus proyectos de subversión. Hombres liberales y hombres conservadores -pues desde esa época comienzan a diferenciarse con mayor precisión esas tendencias de la política del país- creen por igual que la única salida es la revuelta”.<sup>34</sup>

El país conoció los levantamientos de los “montoneros” o guerrilleros, como los llamaríamos hoy. El norte, el centro y el sur de la Sierra y las provincias de la Costa, se levantaron en armas y comenzaron a librar ardorosos combates contra un ejército apertrechado y pagado por la Dictadura. Tales hechos están recogidos con tal minuciosidad, equilibrio y verdad por el multifacético Juan León Mera que oficia como historiógrafo en su libro “La Dictadura y la Restauración”. Tales hechos están recogidos con minuciosidad, equilibrio y verdad por el multifacético Juan León Mera que oficia como historiógrafo en su libro “La Dictadura y la Restauración”.

---

34 “Período Garciano” por Gabriel Cevallos García. Historia del Ecuador, Edición Salvat.

En este libro Mera confirma también la autoría de Montalvo, de los “percucientes”, los llama periódicos antiveintemillistas y reconoce la forma poco democrática con la que se procedió para la elección de diputados de la segunda Convención de Ambato (1878).

Las luchas por la Restauración comienzan con la “Primera Campaña de Esmeraldas, a la que sigue la acaudillada por el Viejo Luchador, Eloy Alfaro. Bajo este objetivo, restaurar el país, el conservador Juan León Mera, justifica el derecho para hacer una revolución, porque “La voluntad de Dios es fuente de todo poder legítimo y todo buen gobierno”.

En la Primera Campaña del Norte, gestada en 1882 por los numerosos desterrados de Ipiales, es donde aparecen ya los primeros Montalvos, es decir sus familiares, con unos trescientos fusiles, los más de pistón y otros de chispa, pocas municiones y menos aún dinero. Juan León Mera menciona entre los que suministran ayuda para la causa, a Don Francisco Javier Montalvo, queridísimo hermano de Don Juan, que fuera también desterrado, a D. Constantino Fernández, a D. Vicente Fierro y a D. Manuel Yépez Terán, conocidos personajes de la vida política nacional del norte y centro del país, y más precisamente de Ambato, quienes hasta llegan a formar un gobierno provisional con los insurgentes.

A las campañas fallidas del Norte suceden las primeras tentativas de insurrección del Centro:

“La provincia de Tungurahua, después de la de Chimborazo, la más central de las provincias ecuatorianas, fue una de las peor tratadas por la Dictadura, aún en el tiempo en el que ésta había hecho careta del cuaderno de papel impreso llamado Constitución”, dice Mera, para explicar la reacción antigubernista de estos pueblos. Sobre la leva forzada para reclutar soldados para el gobierno, Montalvo escribe un patético artículo en su libro “Diario, Cuentos, Artículos” (“Páginas Inéditas” II). Y Mera, por su parte dice también lo suyo:

“... y no era raro que hiriesen hasta las ancianas, a quienes suponían sabedoras del escondite de sus hijos. A las veces hacían fuego a los que se

fugaban, y hasta por el simple antojo de hacer tiros. (34) Algunos de estos hechos constan al autor por haber tenido efecto en la aldea donde reside comúnmente” (1).<sup>35</sup>

En el inicio miso de la campaña fueron apresados: D. Francisco Moscoso, D. Juan Terán, D. Abel Sánchez, el Dr. D. Agustín Nieto, D. Juan Benigno Vela, el Dr. Adriano Cobo.

Se produce entonces el primer complot protagonizado por siete jóvenes ambateños, para asaltar el cuartel de Ambato y liberar a sus coprovincianos que esperan ser conducidos a Guayaquil, para ser entregados a Veintemilla. Sus nombres: Antonio Arteaga, Ricardo Darquea, Augusto Naranjo, Carlos Fernández, Juan Villacrés, Juan José Carrillo, Santiago González, Este último joven, sin duda, habrása llamado Santiago González Montalvo, y por tanto sobrino de Don Juan.

La operación tuvo un triunfo parcial, pues se hicieron de 200 remingtons y muchas cápsulas, pero la falta de una cabeza dirigente no les permitió aprovechar con eficacia este éxito inicial.

EL GENERAL SARASTI Y EL “ESCUADRÓN SAGRADO”. A la Segunda Campaña del Norte, conducida por Alfaro, luego de fracasar en Esmeraldas sigue la Segunda Campaña del Centro, que comanda el Dr. y General José María Sarasti, nativo de Colombia, criado, educado y establecido en el Ecuador como unodesus ciudadanos”, el cual tenía filiación liberal moderada, según Mera, que destaca su tolerancia. Sarasti se atrincheró en Patate y de allí, inicia sus movimientos que le conducen al asalto del cuartel de Riobamba, mientras los pocos ambateños que se habían quedado se aprestan a atacar y rendir al cuartel de Ambato. El asunto no marchó bien y Sarasti se ve obligado a replegarse a Quero.

La Campaña del Centro se reanuda con 35 hombres, que como bien dice el cronista, atrincherados en las breñas de Patate, son 3.000. Cuando los 35 son 50, hacen incursiones encomendadas al capitán Folleco y a los jóvenes ambateños. Leopoldo González Montalvo, Rogerio y Pablo Suárez, Alejandro Álvarez y sientan por unos días plaza en Píllaro. Con estas actividades bélicas, en típicos movimientos de guerrillas, no queda

---

35 “La Dictadura y La Restauración”. por Juan León Mera (la aldea debe ser Atocha).

prácticamente lugar de la provincia de Tungurahua, sin gentes alzadas en armas, llamadas “montoneras”.

Toma nuevo brío la Campaña del Centro, con 400 revoltosos que se hacen caer en Patate mientras por el sur, el comandante Eladio Rivera trae 80 hombres de Chimborazo, reuniéndose así, ambateños y riobambeños. El historiador Mera cita a D. Pacífico Chiriboga, Manuel y Darío Sarasti, hijos del Jefe principal, José María; Antonio Arteaga, Javier y Luis Dávalos, Juan José Villacrés, Joaquín Lalama, Alejandro Sevilla, Leopoldo González, entre otros; y suenan los estampidos de las armas en las márgenes del Chambo, en Baños, (seguramente en Puntzán), en Pelileo, en Quillán, en los puentes que cruzan el río Culapachán.

A tales personas hay que añadir los de Desiderio Montalvo, el Mayor Capelo que había militado a las órdenes de García Moreno y los Comandantes de origen colombiano, Eladio Rivera y Manuel Folleco.

En San Andrés, pueblo de la provincia del Chimborazo, tiene lugar la batalla, a cuya consecuencia, el enemigo deja en el campo 40 muertos y 30 heridos, en tanto que las fuerzas restauradoras registran 14 bajas. Pero aún no llega la hora del triunfo definitivo y la campaña experimenta altibajos.

A poco se incorporan los de Guaranda, conducidos por el joven riobambeño Ángel Negrete y otros jóvenes cuyos apellidos suenan familiares a los oídos ambateños; tales son Federico Martínez, Virgilio Paredes, Juan Villacrés. Mas en otra batalla, la del Chambo, los restauradores son derrotados; el parte del general Mata del ejército de Veintemilla, habla de 55 muertos, pero el Sr. Proaño dice que fueron más de 200, incluidos Dávalos y Negrete; de manera que si se añaden los heridos que fallecieron en el hospital, el gran total de muertos en la batalla del Chambo habría llegado a 300.

Sarasti, el gran general rehace las que el gobierno tacha de “despreciables montoneras” y mueve sus tropas ágilmente de Pungalá a Licto, de Licto a Patate, hasta que logra reunir de 80 a 100 hombres armados. El Dr. Sarasti que estos días tiene su cuartel general en Pelileo, envía a Mocha el que llegará a ser famoso “Escuadrón Sagrado”, integrado por los jóvenes que ya

hemos mencionado, entre los que están predominantemente los ambateños y dentro de ellos, los sobrinos de “El Cosmopolita”.

Mientras por el sur avanzan los restauradores dirigidos por el general conservador Francisco J. Salazar, en Latacunga “El Escuadrón Sagrado” se refuerza con jóvenes de este lugar y ocupan “La Ciénega”. De allí avanzan a Panzaleo y en una serie de movimientos tácticos, Sarasti atrae al enemigo a Quero, donde se libra otra batalla. En opinión de Juan León Mera, cuya narración estamos siguiendo, “En Quero perdió Veintemilla, porque Dios dijo: Perderá, así como dispuso que el edificio de la Dictadura fuese cayendo piedra tras piedra hasta desaparecer completamente”. Fue una niña del lugar, la pequeña heroína en la orilla opuesta. El mismo Mera nos da la noticia de que esta niña es Hortencia Velasco, hija del colombiano Pablo Velasco, casado y vecindado en Quero.<sup>36</sup> En esta batalla, trascendental para el éxito de los montoneros, participaron los jóvenes del “Escuadrón Sagrado”: Benigno Flor, Alejandro Álvarez, Alejandro Sevilla, Joaquín Lalama, Juan González Montalvo, Manuel Sarasti, Julio Álvarez, Abel Pachano. La tarde de la victoria y el día siguiente se recogieron 47 muertos y debieron quedar otros entre los matorrales, por lo que el número de caídos en combate, debió ser mayor

La apasionante obra del Cantor de la Patria, continúa su relato con las últimas campañas del sur y del norte, que conducen a la batalla y toma de Quito en la Sierra y a las campañas de la Costa, para concluir con el asalto y toma de Guayaquil.

“El 8 de enero de 1883 llegaron los restauradores a las puertas de la capital de la república. El dictador la había abandonado para ir a hacerse fuerte en Guayaquil, pero el gobierno representado por Doña Marieta de Veintemilla, la bella y valerosa sobrina del Don Ignacio, adueñada del poder, ofreció dura resistencia, hasta que fue hecha prisionera.”

---

36 “La Dictadura y La Restauración” por Juan León Mera.



## MONTALVO SIGUE LA REVOLUCIÓN DESDE PARÍS

Pero nuestro interés en este trabajo, es la campaña ya descrita del centro del país, que incluye Ambato, y de modo particular la presencia del “Escuadrón Sagrado”, que estuvo integrado, repetimos, original y principalmente por jóvenes de esta tierra, y entre ellos, sobrinos y parientes de Montalvo, que cumplieron un heroico papel para el triunfo de la restauración y el fin de la dictadura de Veintemilla. De modo que de la lucha iniciada por Juan Montalvo por medio de la pluma, primero dentro de su país y luego en Panamá, tomaron la posta su hermano, el ecuaníme y honorable Francisco Javier y sus jóvenes y belicosos sobrinos, estos últimos como “montoneros”.

Recordamos que después del último destierro de Montalvo a Panamá ordenado por Veintemilla, y de su final exilio en Europa, siguieron igual camino, su hermano Francisco Javier y su sobrino César. La preocupación del escritor por tales sucesos es evidente, según se lee en sus cartas a Adriano:

“De Pancho no sé sino que ha sido desterrado; pero no dicen a dónde; supongo que está con ustedes y allá le escribo” (París, marzo 30 de 1882)”

“Recibí tu carta en la cual me hablas de tu propósito de venirte a Panamá, si les obligan a ustedes a salir de Ipiales ni pensarlo mi querido Adriano: mucho te quiero y mucho me interesa, para que yo consienta jamás en ese mortal viaje...”

“Lee la carta a Pancho; a él le hago algunas indicaciones. Juntos ustedes, el destierro será menos cruel” (París, 30 de mayo de 1882). “Si llega el caso de verse obligado a salir de Ipiales, hagan ustedes lo posible por quedarse en Pasto”) (Carta a Francisco Javier, París, 30 de mayo de 1882).

“Por una carta de Quito, llegada junto con la tuya, he sabido que todo lo del Norte ha sido cosa de burla”... “Gracias al cielo que la escaramuza ridícula, dicen en Quito, haya sido sin desgracia personal de ustedes” (París, sep. 29 de 1882). Obviamente alude en esta comunicación a la campaña financiada

y organizada por los desterrados de Ipiales, llamada por Mera, la Primera Campaña del Norte.

La misma nutrida correspondencia con su sobrino Adriano Montalvo Sevilla, muestra la preocupación permanente de Montalvo por la lucha entre la Restauración y la Dictadura, en los meses subsiguientes: “De todos modos haces mención menos de Ricardo; ¿qué es de él? ¿no se ha metido en la revolución?; ¿cómo se ha escapado del destierro?” (París, febrero 5 de 1883).

“Por el telégrafo he sabido aquí de la nueva toma de Esmeraldas por la revolución; difícil parece que el malvado Mudo se quede a su gusto.

Pienso que pronto lo veré por aquí, pues no ha de estar ya sino pensando en huir. Quiera el cielo que pronto vuelvan ustedes a sus casas y familias. Manda la adjunta a franquearla en Tulcán, si la revolución no anda otra vez por Imbabura”.

Los asesinatos, encarcelamientos y destierros, fueron orquestados por el chasquido de los azotes:

“Ignacio Veintemilla, tiranuelo del Ecuador, acaba de cometer otro delito, de esos que parecen inverosímiles en nuestro tiempo; ha dado trescientos azotes a un escritor de gran mérito, joven de la flor y nata de la ciudad de Guayaquil, cuyos antecedentes debían de servirle de resguardo contra semejante calamidad”.<sup>37</sup>

De allí que Montalvo hace oír su voz admonitiva para incitar a la revolución al pueblo del Guayas: preocupado porque toda la Sierra arde, pero Guayaquil, la plaza más fuerte aún no se suma a la marcha por la libertad. “¿Es ese el pueblo de Vicente Rocafuerte? ¿esa la patria de José Joaquín Olmedo? Los azotes de Valverde caen de rebote sobre esas grandes sombras: si Valverde está infamado, las glorias del Guayas se han desvanecido.

---

37 “Azotes por Virtudes” (Al Sr. Don Pedro Lamas, fundador y director de la Revue Sud-Americaine) “Páginas Desconocidas”.

¡Guayas, libre Guayas! no te quedes atrás hasta de las aldeas: la revolución revienta por todos los horizontes de la República; y tú, azotado en tus hijos más queridos; tú, robada tu honra; tú hollado a los pies de un bárbaro, ¿permaneces en silencio y abatido? Gallo sin espuela, león sin garras, pobre Guayas, si no te maldicen tus mayores te están mirando con lástima ofensiva desde allá donde en vano te muestran el campo del honor y de la gloria.

No será en vano: ya te despiertas, ya te encrespas, ya saltas... Volviste a tu lugar, pueblo libre, pueblo ilustre en los anales de la patria. Guyaquileños, ¿tendré que desdecirme, aquí a las orillas del Sena de donde os dirijo el corazón y la palabra?<sup>38</sup>

Como se ve Montalvo sigue desde París el proceso revolucionario de las montoneras estauradoras, el desgaste del gobierno dictatorial, mientras su sobrino Adriano continúa desterrado en Ipiales. Así se explica por qué César, y Adriano Montalvo, no constan en la nómina del “Escuadrón Sagrado”, al menos en sus inicios; ni podían estarlo, toda vez que César fue desde el primer momento desterrado a Lima, de donde pasó a Ipiales a reunirse con su tío, que hizo de maestro suyo; y Adriano, fue también desterrado a Ipiales, cuando Montalvo estuvo ya en Europa. Sin embargo al final de la campaña, como se verá más adelante, se incorporaron también al ya famoso cuerpo de libertadores de la república.

## LA BATALLA DE MAPASINGUE

El 9 de julio de 1883 culminó la campaña de Mapasingue con la toma de Guyaquil. En el parte de la batalla firmado el 21, apunta entre otros datos los que siguen:

“El cuerpo de la Reserva se compone del Regimiento Sagrado, la Columna Libertad o Muerte, el Regimiento Sucre, las compañías formadas con los jefes y oficiales del Estado Mayor,excepto los ayudantes de campo”.

Esta batalla la condujeron el Sr. General Francisco Javier Salazar, Supremo Director de la Guerra, el Sr. General Jose María Sarasti, Comadante en jefe

---

38 Ibid.

del Ejército y el Sr. D. Antonio Flores, Comandante en Jefe del Cuerpo de Reserva.

Otra fuerte división de Intantería del Ejército fue comandada por el general Eloy Alfaro, que tenía ya cercada a las fuerzas del gobierno de Veintemilla. Iniciado el combate, el Cuerpo de Reserva recibió la orden de avanzar, lo cual se cumplió con tanto arrojo, que pocos minutos después la Reserva era Vanguardia, pues esos heroicos jóvenes disputaban el honor de morir en las primeras filas, y hartos esfuerzos se hicieron al principio del combate para obedecer a los jefes que refrenaban su natural arrojo. El Dr. Antonio Flores sí que no pudo contenerse, y dejando el puesto a cargo del señor Coronel José Sotomayor y Nadal, avanzó a la vanguardia. Igual cosa pasó con el Regimiento Sagrado, el cual, con sus jefes a la cabeza, voló con avidez; ascendió, tomó el reducto más elevado del cerro, se apoderó de la batería ahí colocada, tomó luego hacia el panteón, en donde fueron heridos, el Teniente Coronel graduado José A. Campi y el Capitán Darío Sarasti y, dejando algunos muertos siguió su marcha triunfal hasta la artillería. El señor General Supremo Director de la Guerra, llegó hasta a reprender al Sargento Mayor Manuel Sarasti, porque con pocos jóvenes hizo presentarse a los fuegos de emboscada que se hacían desde el cuartel de Artillería”

En esta batalla parece que participó Adriano Montalvo que había ya retornado de su destierro de Ipiales. El combate duró tres horas y media y el parte registra los nombres de distinguidos personajes ambateños como el Sargento Mayor Virgilio Paredes, el General Secundino Darquea y el Teniente Coronel graduado Augusto Martínez.

Montalvo habla y recuerda también a sus valerosos sobrinos, luego del triunfo, con motivo del envío de los “Siete Tratados”: “Fue en el cajón destinado a Quito un ejemplar dedicado a cada uno de ustedes, menos a los González, y se pueden resentir. Toma uno de pasta fina, como el tuyo, de poder de Máximo Terán y dáselos a mi nombre. “Sé que se han portado bien en la campaña” (París, enero. 15 de 1884). “Diles a Leopoldo y Ricardo, que les he escrito” (París, abril 30 de 1888.<sup>39</sup>

---

39 Cartas de Montalvo a su sobrino.

Como hicimos notar al principio, el político y escritor conservador, D. Juan León Mera, anota minuciosamente para la historia los hechos de los que fue testigo presencial en el propio país y teoriza el derecho del pueblo a la revolución liberadora. Mientras D. Juan Montalvo, el liberal, sigue desde el exterior los avatares de los suyos, justifica de hecho la revolución y recoge en su correspondencia familiar sus impresiones más íntimas. Uno y otro, tan disímiles en temperamento, tan opuestos en ideas políticas, tan ortodoxamente religioso el uno, convencido de la ética ciceroniana que aprueba el tiranicidio, el otro, coinciden como pocas veces en la vida, en el mismo patriótico objetivo: apoyar a los restauradores, revolucionarios montoneros, para que caiga la ignominiosa dictadura.

Pero he aquí que estas páginas de la historia poco comentadas enriquecen de pronto con otra faceta, que es la del testimonio gráfico, por curioso que parezca.

Recordemos que cuando Mera describe los movimientos de Sarasti en las provincias del centro de la Sierra, hizo también de Baños su refugio y santuario de la guerrilla y como los parientes de Montalvo estuvieron entre los jóvenes soldados de la restauración, y de manera preferente los González Montalvo, hijos de su hermana Alegría, que en unión de su marido, fueron los propietarios de Puntzán. Y también recordemos aunque sea de paso que Montalvo escribe a su hermano diciendo “De París a Puntzán, nunca habrá un cambio más feliz”, confesando cuánto le atraía aquel hermoso paisaje ecuatoriano y tungurahuese. Pues bien, Doña Eugenia Tinajero González de Dueñas, nieta de “papá Juan”, es decir Don Juan González Montalvo, uno de los sobrinos de Don Juan Montalvo, tuvo la bondad de entregarnos a Oswaldo Barrera y a mí, entre algunas valiosas fotografías familiares, un hermoso y gran retrato de la familia González Montalvo, con el general José María Sarasti al centro, fechada en Guayaquil en 1883. Esta fotografía hecha sin duda luego de la triunfal campaña de Mapasingue con la toma del puerto, en otras palabras al final de la dictadura de Veintemilla y el triunfo del movimiento restaurador, tiene que ver con el brillantísimo papel cumplido por el “Escuadrón Sagrado”. En este documento histórico gráfico, la propietaria nos ayudó a identificar además del General Sarasti, Leopoldo González Montalvo, a Gaspar González Montalvo, a su primo Adriano Montalvo Sevilla y Juan González Montalvo, cuya semejanza

física con Don Juan Montalvo Fiallos, es notable. En cuanto a los otros dos jóvenes que están en el otro extremo de la fotografía, uno de ellos con galones que indican su condición y grado militar, es obvio que deben ser también González Montalvo, quién sabe si Santiago y Ricardo.

Sugerí entonces la hipótesis de que tal fotografía, más que una muestra del árbol familiar montalvino, de suyo interesante, guardaba un extraordinario valor histórico, pues trataríase de una parte del “Escuadrón Sagrado”. Y así es en efecto. Es el mismo Montalvo quien nos da la razón, cuando en el volumen 2 de “Páginas Desconocidas”, en el artículo “Carta desde Francia” dirigido a su hermano Francisco Javier, habla de uno de los hechos de armas que protagonizaron sus sobrinos y solicita el envío de una fotografía para publicarla en los periódicos y revistas francesas. He aquí sus palabras:

“Cosa que admira es ver levantarse la revolución y tomar cuerpo en el centro de la República en pueblos desarmados de los cuales nunca se ha esperado iniciativa ninguna. El patriotismo y constancia hacen milagros; el valor y la audacia son dioses omnipotentes en la tierra. Catorce muchachos sin miedo dan el asalto a un cuartel de doscientos hombres, los sorprenden, los aturden, los desbaratan, los dispersan y se apoderan de sus armas: ¿no es éste el heroísmo? Mucho me gusta ver entre esos valientes jóvenes a mis sobrinos, a mis cuñados; y mucho siento no haberme hallado yo al frente de ellos. Los colombianos que perdieron a Mosquera en Bogotá alcanzaron inmediatamente los honores de la fotografía; yo he visto un cuadro interesante, donde goza uno en la fisonomía de cada cual de esos denodados patriotas. Deseo que los catorce de Ambato, en un cuadro fotográfico, vengan a París lo más pronto posible; y lo haré publicar en un periódico ilustrado. El estímulo, no menos que la recompensa, son de justicia y buena política: héroes y grandes ciudadanos no se forman sino donde hay quienes ensalcen las virtudes y den resplandor al mérito.

Sarasti, caudillo inesperado de esos combates y esos triunfos, debe venir frente al cuadro. Admiro su valor y su constancia y juzgo que su obra debe ser reconocida por la gloria, que vale más que todo. Antonio Arteaga, Leopoldo González, Gabriel Quirola, Carlos Fernández, Augusto Naranjo, Emilio Banda, ¿cuáles son los otros? deseo los nombres de todos los muchachos que han combatido como buenos y han libertado al fin parte de

la República. Eloy Alfaro por la costa, coronará la obra: Alfaro y Sarasti serán los libertadores, sin que me quede sino el honor de haber comunicado el impulso con la pluma, y el placer de celebrar los hechos de esos valientes”.

Sería pues importante saber si fue publicada la fotografía en París, según los deseos de Don Juan en algún periódico ilustrado, a raíz según se deduce del asalto al cuartel de Ambato, para liberar a los presos que esperaban ser conducidos a Guayaquil a órdenes de Veintemilla, en la que Mera llama, la Primera Campaña del Centro:

La lista de nombres que da Montalvo por su parte, incompleta por razones obvias de la distancia, (seis de catorce nombres) y en la que destacamos de su sobrino Leopoldo González y su cuñado Gabriel Quirola, corresponden fuera de toda duda, al que se llamó “Escuadrón Sagrado”. Y, entre los nombres que se repiten tanto en Montalvo como en Mera, están José María Sarasti, Leopoldo González, Antonio Arteaga, Augusto Naranjo y Carlos Fernández.

Funcionarios del Museo del Banco Central del Ecuador, y su Subdirectora, Dña. Aurelia Bravomalo de Espinoza, a solicitud mía, aceptaron complacidos restaurar esta fotografía, testimonio histórico de la época más gloriosa de las insurrecciones y rebeldías ambateñas, para colocarla en la Casa de Montalvo, como un homenaje a la heroica juventud de la época, y para ejemplo de las generaciones venideras.

Finalmente un detalle anecdótico. En la fotografía a la que venimos refiriéndonos (que data de 1883) ha sido decapitado el general José María Sarasti. ¿Su autor? Don Juan González Montalvo, que un buen día montó en cólera, hizo descolgar el cuadro del sitio en el que se encontraba y castigó al general. ¿Su delito? Sarasti se inicia en la vida política como liberal moderado pero termina como adversario de Alfaro. Para un hombre que llevaba la sangre de Montalvo, esto resultó inadmisibile y así como su colérico tío, ahorca simbólicamente en sus “Capítulos” a sus enemigos, el sobrino corta la cabeza en la fotografía al que se convirtió a la postre en adversario político suyo.

LA ÚLTIMA BATALLA DE SARASTI

El general José María Sarasti, luego del pronunciamiento liberal del 5 de junio de 1895, dirigió las fuerzas gobiernistas conservadoras en la célebre batalla de Gatazo, en la que fue vencido por los generales Eloy Alfaro y Cornelio Escipión Vernaza al que Montalvo atacó duramente en “La Candela”. Pese a esta derrota, Sarasti que fuera Gobernador de Tungurahua y cuyo nombre sonara para Presidente de la República, mantuvo su prestigio, pues en la administración de Lizardo García (1905) aparece como miembro de la comisión codificadora de las leyes militares promulgadas en tiempo de Alfaro, en su calidad de Dr. en Jurisprudencia: Dicha comisión integraban además el general Hipólito Moncayo y el mismo Alfaro; allí volvieron a reunirse los protagonistas de las batallas de Mapasingue y Gatazo, en la primera como aliados, en la segunda como adversarios y que fuera la última batalla del caudillo del “Escuadrón Sagrado”.

JOYA LITERARIA

Cuando se ingresa en el clásico, -no podía ser menos-, Mausoleo de Montalvo, que al historiador Jorge Salvador Lara le luce pagano, por lo que pidió una cruz para cristianizarlo,<sup>40</sup> luego de orar o meditar ante el sarcófago, la vista se levanta para recorrer sus armoniosas líneas. En la parte más alta se distinguen los nombres de algunas de las principales obras del escritor: Siete Tratados, El Cosmopolita, La Leprosa, 60 Capítulos, etc., hasta que se llega donde se lee Joya Literaria. Pero mientras a los otros nombres se los identifica enseguida como a los de sus célebres obras y hasta pueden recitarse de memoria unas frases, nadie sabe ni ha leído por lo general, Joya Literaria.

Llevado por esta curiosidad he aplicado una encuesta a alumnos, maestros y hasta a un grupo de intelectuales y artistas, y ni uno sólo pudo dar razón de qué se trataba o a qué se refería tal obra. Un reducido grupo conoce que son

---

40 “Ambato: ciudad de castizo espíritu y cristiano corazón”. Ambato - 1967



artículos selectos de Montalvo, y de modo particular el folleto titulado “Un Vejestorio Ridículo” o “Los Académicos de Tirteafuera”. Y aún son menos los que los han leído, de tal manera que si se le califica de desconocida, a pesar de que fuera publicada, no sería un despropósito. Porque el hecho de que una élite de especialistas esté enterada, no cambia su condición de obra ignorada, por las razones que fueren.

Con este criterio considero que cuanto se haga por ilustrar a los lectores sobre obra tan curiosa, estará cumpliendo una tarea de difusión encomiable. Dentro de esta línea, el “Consejo Editorial de Letras de Tungurahua”, decidió la publicación de un nuevo volumen bajo el título de “Joya Literaria”, que añade al original un material de veras interesante.

Sin pretender hacer una disquisición erudita sobre los temas que la compusieron, haré solamente algunas referencias indispensables, basándome en la bibliografía montalvina de Plutarco Naranjo y Carlos Rolando, que es la más completa que se ha publicado hasta hoy. “Joya Literaria” es una selección e introducción de artículos hasta ese entonces inéditos y desconocidos de Montalvo, realizada por Miguel Aristizábal en 1897 y dedicada a Eloy Alfaro, que tiene como base “El Vejestorio”, publicado a su vez en París en 1887 y después conjuntamente con “Mercurial Eclesiástica”, en la Biblioteca Andrés Bello. El Dr. Roberto Agramonte, editor y exégeta de Montalvo, reprodujo los artículos “El Padre Lachaise” y “El Sur de Colombia”, más una carta al escritor venezolano Julio Calcaño en sus “Páginas Desconocidas”, y en “Montalvo en su Epistolario”, las mismas que ahora se podrán leer en “El Antropófago” (P.D. 1), “Dictadura Perpetua” (P.D.11) y “Epistolario de Montalvo”.

No por ello “Joya Literaria” ha quedado reducido a un libro de escaso número de páginas. Al contrario, es como los demás de esta colección, de excelente y gran contenido, enriquecida como está con otros artículos desconocidos de don Juan, algunos de ellos publicados exclusivamente en Europa y rescatados gracias al trabajo de eminentes escritores que han tenido la gentileza de contribuir para esta Biblioteca, al punto de que bien pudiera hablarse de que se trata de una nueva Joya Literaria.

En El Vejestorio o Los Académicos Montalvo hace una parodia de algunos académicos de la Real Academia de la Lengua con el antipático y riguroso

medicastro Dn. Pedro Recio de Tirteafuera que prohibía todo alimento al buen gobernador Sancho Panza, porque a su vez le prohibieron por sectarismo, su ingreso a la docta corporación. Desde luego cosa parecida ocurrió también con Víctor Hugo y la Academia de Francia, dándose el hecho paradójico de que los mejores cultivadores de las lenguas española y francesa, Montalvo y Víctor Hugo, respectivamente, no fueron admitidos en su seno. Pareciera que este hecho singular quiso condenar el poeta Rubén Darío, admirador y en cierto modo deudor literario de Don Juan, cuando escribiera en su Letanía: “De las blasfemias de las Academias, líbranos Señor”.

En el folleto en referencia, Juan Montalvo haciendo gala de humor y de conocimiento del idioma castellano, pone en ridículo a connotados personajes de la época, sin importarle que con ello se le cerraran definitivamente sus puertas de ingreso.

Pero si esta publicación es poco conocida, peor aún lo es un soberbio artículo suyo titulado “El Terremoto de la Lengua”, aparecido en la “Revista de Madrid”, en febrero de 1872,<sup>41</sup> que vapulea sabrosa y terriblemente a la vez, a los académicos que compusieron un Diccionario plagado de errores. De modo que este artículo también está incorporado al presente volumen.

Sobre la importancia de este descubrimiento, el Dr. Roberto Agramonte tiene una nota que dice así: Hace falta que los acuciosos bibliógrafos de Montalvo salven este artículo que debe ser de fijo un comentario sobre los reparos de Valvuela a cuestiones gramaticales propugnadas por la Real Academia Española<sup>42</sup> ¡Y no se equivoca!

Conocida y abundante es la correspondencia que mantuvieron Don Juan Montalvo y Dña. Emilia Pardo Bazán, pero es obvio que faltan varias cartas que producen más de un vacío. Gestiones que a través del Instituto de Cultura Hispánica realizara Oswaldo Barrera Valverde, miembro del Consejo Editorial, en busca de las cartas de Montalvo que debió recibir la escritora

---

41 Este trabajo encontrado e identificado, pues no lleva firma, por Galo René Pérez, luego de afanosa búsqueda en varias bibliotecas de Europa, es una gentil contribución de su parte para esta edición de Obras Completas de Montalvo, por lo que el Consejo Editorial deja constancia de su agradecimiento.

42 “Montalvo en su Epistolario”. (pag. 256)

española, concluyeron con la noticia cierta de que toda su correspondencia fue lamentablemente destruida por sus familiares.

Pero en cambio sí ha sido posible recuperar una preciosa carta pública de Doña Emilia dirigida a Don Juan que apareció en la “Revista de España” entre julio y agosto de 1887.<sup>43</sup> Sobre su valor dice Agramonte: “Tenemos el deber de localizar esta importante carta de doña Emilia sobre Montalvo”.

Los temas estrictamente literarios se completan con la correspondencia sostenida entre Don Roberto Espinoza y Don Juan Montalvo acerca de un gazapo, que es todo un alarde mutuo de nobleza, conocimiento de ingenio.<sup>44</sup> Y con su poema de juventud titulado “En un Álbum”, dado a luz en “La Democracia”, el mismo que contiene algunas variantes con el que se conoce en “Páginas Inéditas” de Agramonte.

La otra sección de este libro tiene que ver con una faceta montalvina bastante mal conocida, que es su proficua actividad periodística, la misma que incluye muestras de los periódicos “La Democracia”, “El Iris”, “La Candela”, “El Espectador” y hojas sueltas volantes como “El Voto de Imbabura” que se diera por perdido.<sup>45</sup>

También se han integrado folletos raros que no han sido publicados en las varias reediciones que se han hecho de algunas obras y que tiene el valor de documentos históricos. Tal el que se titula “Los envenenadores del Arzobispo”, que se refiere a la trágica muerte de Monseñor Ignacio Checa y Barba, ocurrido durante la presidencia de Veintemilla y que trató de ser imputada al partido Liberal, en cuyas filas militaba Montalvo.

Consta en esta sección uno de los dos folletos titulados “El Precursor de El Cosmopolita”, porque en verdad son dos, hecho que ha pasado desapercibido; el primero que contiene algunas apreciaciones positivas de Montalvo sobre García Moreno en lo que se refiere a la elección de Don José Javier Espinoza como Presidente de la República, nominación en la

43 Cortesía de Galo René Pérez. Darío Lara publica un fragmento en “Montalvo en París (t.2)”.

44 Cortesía del Sr. Elías Muñoz Vicuña y Dña Eulalia Barrera.

45 Cortesía del montalvista guayaquileño Dr. Elías Muñoz Vicuña que la encontró en Biblioteca Rolando, igual que la correspondencia arriba aludida.

que ambos coincidieron. Este pequeño pero importantísimo folleto, no se sabe por qué razones, ha sido sin embargo omitido en las varias reediciones que se han hecho de “El Cosmopolita”. El segundo “Precursor de El Cosmopolita”, aunque lleva igual titular corresponde a la época de “El Regenerador”, y ha permanecido inédito, razón por la cual forma parte del volumen NUEVAS PÁGINAS INÉDITAS (II).

Y un elogio a Don José Mejía Lequerica,<sup>46</sup> completamente desconocido en nuestro medio, integra con los anteriores, lo que podría considerarse como una muestra de la mejor y más desconocida literatura montalvina.

Finalmente luego de concluir esta forzosa explicación al lector del contenido de este libro, el Consejo Editorial ha decidido enriquecerlo con un enjundioso y preciso título sobre la filosofía de Montalvo del Dr. Carlos Paladines, que forma parte de su libro “Sentido y Trayectoria del Pensamiento Ecuatoriano”.

## MONTALVO EN EL PERIODISMO

La figura de Montalvo y el escritor, ha sido destacada nítidamente en el campo de El Ensayo, género en el que sin duda brilló a gran altura, al punto de ser considerado por Galo René Pérez como el iniciador del Ensayo Moderno en lengua castellana, quien relievra también la condición precursora de su prosa en el movimiento modernista, el primero de esencia americana.<sup>47</sup>

En la actualidad está siendo revalorizado como novelista en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, ya que sus “Capítulos” fueron en principio más estimados como Ensayo. Por cierto que a más de la novelística, opino que aún falta estudiárselo en la otra modalidad de la narrativa que es el cuento, que con singulares características, también lo practicó Montalvo.

Según Agramonte pese a los “tiquis miquis” de los críticos, es evidente la representatividad de los dramas de Montalvo. Igualmente esclarecedores

---

46 Cortesía del Académico de la Lengua Lcdo. Isaac Cazorla, quien también me ha hecho llegar unas opiniones de Unamuno sobre Montalvo publicadas en Europa, obtenidas en investigaciones suyas realizadas en bibliotecas españolas.

47 “Montalvo”; Introducción y Selección de Galo René Pérez.

son los trabajos de Ricardo Descalzi, Julio Pazos y Hernán Rodríguez Castelo.<sup>48</sup>

Otra de sus facetas bien definida y valorada es la del formidable polemista, pero aún no ha sido estudiada su actividad en el campo del periodismo en forma sistemática.

Galo René Pérez demuestra que los que opinan que “El Cosmopolita” fue solamente un periódico contra García Moreno, caen en un error, por ceguera o desconocimiento; y también reclama una rectificación para el título de periodista que se le ha asignado a Montalvo. Y tiene razón en tratándose de “El Cosmopolita”, de “El Regenerador” o de “El Espectador” europeo, lo llamaré desde ya para distinguir este libro del periódico del mismo nombre.

Pero resulta también indiscutible que su producción y trabajo en el campo periodístico fue abundante y notable, tanto dentro como fuera del país, lo que contribuye a reafirmar sus característicos rasgos de escritor combativo, insobornable, rebelde y apasionado.

En su juventud Montalvo se inició como escritor justamente en los periódicos y revistas de la época, y en su edad madura, famoso ya, siguió escribiendo en periódicos y revistas de Europa.

Según versiones de quienes están encargados de organizar el Museo del Periodismo en Ambato, Montalvo habría hecho sus publicaciones primigenias en los periódicos “La Razón” y “El Veterano” de Quito. Los dos únicos ejemplares que se encuentran en la hemeroteca de la “Aurelio Espinoza Pólit” del 17 de agosto de 1848 y del 4 de agosto de 1849 respectivamente, cuando nuestro escritor debió contar entre 16 y 17 años, no ofrecen ningún indicio que permita confirmar tal aseveración.

De modo que el primer artículo de juventud, en el que el aguilucho empezó a afilar sus garras, sigue siendo su discurso pronunciado en las Sociedades Ilustración, Miguel de Santiago y Filarmónica, publicado en un folleto el 30 de abril de 1852.

48 Ver Prólogo de los dos primeros en “El Libro de las Pasiones” de la Biblioteca “Letras de Tungurahua” y el tercero en “Clásicos Ariel”.

Vienen luego sus colaboradores en el periódico “La Democracia” de Quito, uno de cuyos redactores era su hermano el Dr. Francisco Javier Montalvo. Acerca de ellos y de su rareza transcribo este comentario: “En la Democracia, hebdomario de Quito, aparecieron los primeros artículos de Montalvo, artículos un poco lamartinianos, según me informa el novelista Corral, que los ha leído”.<sup>49</sup>

“No nos ha sido posible obtener ningún ejemplar de los periódicos quiteños “La Democracia” (1852) y “El Iris” (1862) en que Montalvo publicó sus primeros artículos, por lo cual incluimos en esta sección el periodiquito satírico La Candela (Quito, 1878) honrado según parece con muchos rasgos de la brillante pluma de don Juan”.<sup>50</sup>

## PUBLICACIONES IDENTIFICADAS EN LA DEMOCRACIA

“En un Álbum” (poema) Quito, noviembre 30 de 1854

“A los ecuatorianos: Lamartine” (I) Quito, 28 de junio de 1856

“Correspondencia: Florencia” (I), 23 de enero de 1858

“Correspondencia: Florencia” (II), 25 de enero de 1858

“Correspondencia: Roma”, 26 de enero de 1858

“Correspondencia: Nápoles”, 10 de marzo de 1858

“Correspondencia: Venezia”, 23 de marzo de 1858

“Correspondencia: Milán”, 30 de marzo de 1858

“Correspondencia: París”, 30 de abril de 1858

El epígrafe de “Correspondencia” y su estilo epistolar se presta a que estos artículos literarios, “cartas periodísticas”, las llama Agramonte, se confundan con sus cartas aún inéditas, en las que predominan asuntos familiares, dirigidas a su hermano Francisco Javier, con ocasión de su primer viaje a Europa.

Según he podido establecer, Montalvo estuvo en Italia en el año de 1857, razón por la que toda esta “Correspondencia”, debió haberla escrito y enviado desde París.<sup>51</sup>

---

49 “Siete Tratados”. Prefacio de R. Blanco Fombona.

50 Revista Cultural del Colegio Bolívar, en el 95 aniversario de su nacimiento.

51 Cartas Inéditas a su hermano Francisco Javier. Son una cortesía del Dr. Eduardo Román Montalvo y se las dieron a conocer parcialmente en diario “El Heraldo” de Ambato, y se las encontrarán completas en Epistolario de Montalvo.

Casi al mismo tiempo que esto ocurría en Ecuador, Montalvo empezó a publicar sus artículos en los periódicos del Viejo Continente. El primero de ellos en París hacia el mes de julio de 1858, debe haber sido escrito originalmente en francés y fue publicado gracias a la intervención de su amigo Carlos Ledrú y de su esposa. Según el mismo Montalvo, recibió frases lisonjeras de Larrochefaucauld; posiblemente el periódico habrá sido “El Correo de Ultramar” y muy seguramente su versión española la habrá hecho reproducir Francisco Javier en “La Democracia”. Además Montalvo logró un interesante intercambio entre los periódicos de Francia y Ecuador, lo que le da el carácter de pionero en esta clase de relaciones. Para certificar esta afirmación transcribo algunos fragmentos de las cartas de Montalvo dirigidas a su hermano:

-“Debes pues mandarme los impresos de importancia de “La Democracia”, en todo y por costumbre...”.

“El Director de Correo de Ultramar se ha interesado mucho en que le manden los periódicos del Ecuador; yo se los he ofrecido. Hasme el favor de arreglar en la oficina de la imprenta este asunto, nada les costará el porte, y en retribución yo haré que les mande El Correo de Ultramar, es decir que te lo haré dirigir a tí”.

-“Te mando tres números de “Correo de Ultramar” para que busques mi nombre, pues aunque este rasguito te lo mandé ya, tiene cosas que no has visto; porque habiéndole mostrado al director como lo hice al principio, ha querido publicarlo sin quitarle nada. A mí no me gusta así, por ser muy largo y personal para mí. Manda un ejemplar de Julio, el otro a Ceballos, y después de leer el 3 mándalo a Ambato a Mantilla<sup>52</sup> N 2 9 6, por si no lleguen las que te mando”.

-“...en el periódico que te mando. He aquí su historia. Un día lo estaba leyendo habiéndolo encontrado en un montón de papeles medio viejos. Entra M. Ledrú, me lo arranca de las manos y se huye con ellos. Al otro día supe que estaba en manos de una mujer, haulement placeé como dicen aquí. Adiós esperanza. Una vez una cosa en manos de una mujer, o se las lleva el diablo u obtuvo el mejor écsito: así fue; pues no me han devuelto mi

---

52 Julio Zaldumbide, Pedro Fermín Cevallos y Pedro Mantilla, Agente de la Democracia en Ambato.

rasguito sino como tú lo verás en el periódico la bonne compagnie de la alta sociedad” (París, julio de 1858).

-“En estos días no he estado en aptitud de escribir alguna cosita para mandar a La Democracia, no he tenido tiempo ni siquiera de traducir la componsionsita que hallarás”.

De este mismo fructífero año 1858, el 28 de junio, data el artículo “Lamartine” (11), que debe haberse publicado en uno de los periódicos o revistas de París en idioma francés y al que como se sabe el poeta le contestó con una emocionada carta e invitándolo a su casa.<sup>53</sup>

A su regreso de Europa, Montalvo colabora en la revista “El Iris” de Quito, a la que Agramonte califica acertadamente de “periódico literario”. En su portada se puede leer “EL IRIS”, Publicación Literaria, Científica y Noticiosa; su frecuencia era quincenal y tenía agentes en todas las ciudades importantes del Ecuador y en el exterior, como Bogotá y Neiva en Colombia; Lima y Piura en Perú.<sup>54</sup>

En Ambato era su Agente, Don Juan León Mera, del que existen varias e importantes colaboraciones, así como también del historiador Pedro Fermín Cevallos.

El único artículo de Montalvo que he podido localizar es el titulado “Dios a todo se acomoda”, escrita en Ambato en 1861 y reproducida en “Páginas Inéditas”. En la misma entrega hay una comunicación de Lamartine, en la que solicita la suscripción de sus obras completas en España y América, por cuya tarea Montalvo abogó fervorosamente en sus artículos dedicados al vate francés.

Años más tarde en su primer destierro que duró siete años, mientras escribe, corrige y pule sus obras fundamentales como “Siete Tratados”, “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, “El Libro de las Pasiones”, Montalvo ejercita su tarea periodística en hojas volantes. Tal el caso del “Voto de Imbabura” (mayo de 1876) aparecido sin su firma, cuando retornaba a la

53 Epistolario de Montalvo.

54 El Lcdo. Pedro Arturo Reino, becario del Instituto Caro y Cuervo ha encontrado ejemplares de “Iris” y “La Democracia”, en el Archivo Nacional de Historia, de Bogotá.



patria y apoyaba al Presidente Antonio Borrero. Es muy interesante lo que a este respecto dice Roberto Andrade:

“Concurrieron a recibir a Montalvo, varios liberales de Ibarra, el Dr. Amadeo Rivadeneira, anciano respetable, entre ellos; y en mi casa escribió el “Voto de Imbabura”, escrito que fue firmado por muchos liberales. Él fue el origen de la revolución que usurpó Veintemilla. Se contraía el “Voto” a pedir al Presidente convocara a una Convención para que reformara la Constitución. El mismo Andrade añade una nota al pie de este comentario: “Según Andrade, no se ha encontrado esta hoja impresa y volante en ninguna biblioteca pública; así hasta ahora”.<sup>55</sup>

De manera que es una fortuna haberla recuperado. Con posterioridad a la entrega que me hiciera Elías Muñoz Vicuña, obtenida de la Biblioteca “Rolando” de Guayaquil, he podido leerla también en la Biblioteca “Aurelio Espinoza Pólit” de Quito.

Pasaré a continuación al año 1878 que marca el punto más alto del periodismo montalvino y nacional del siglo pasado, que gira en torno a la Convención de Ambato, la misma que tuvo por finalidad, nombrar al Jefe Supremo, general Ignacio de Veintemilla, Presidente Constitucional de la República del Ecuador.

Mas para comprender mejor el clima y las motivaciones bajo las cuales ejerció esta actividad periodística, es necesario hacer un poco de historia.

A raíz de la conspiración contra García Moreno y su asesinato (6 de agosto de 1875), asumió el poder Antonio Borrero y Cortázar, con el respaldo de Montalvo, pero imbuido de la muletilla más que criterio jurídico, de que había jurado “cumplir y hacer cumplir la Constitución”, continuó gobernando con la Carta Garciana de 1869 y se negó a convocar a un Congreso Constituyente para que expidiera otra. Esta actitud de Borrero condujo al rompimiento con Montalvo que consecuente con sus principios democráticos no transigió con ella y antes bien desató una feroz campaña contra el mandatario, que comenzó por alentar a los que hacían el periódico “El joven liberal”, en el que empero no quiso escribir esgrimiendo argumentos:

55 Ver “Montalvo y García Moreno”, de Roberto Andrade (tomo 11 pag. 341) y “Montalvo en su Epistolario” de Roberto Agramante (pag. 134).

“No pienso lo mismo acerca de la colaboración que usted me propone, por varias razones. Dirán, desde luego, que todo lo hace uno solo, y esto no conviene a un partido. Ustedes, por otra parte, deben ejercitar el talento y la energía, sin mendigar la colaboración de nadie. Y finalmente, no parece puesto en razón que dejando de ser yo Cosmopolita, me ponga a ser ahora joven liberal, lo que no sería dar un paso adelante”.<sup>56</sup>

La campaña revolucionaria contra Borrero iniciada por Montalvo y continuada por él mismo en “El Regenerador”, concluyó con su derrocamiento, pero fue Veintemilla el que se benefició con ella, al erigirse Jefe Supremo, el 8 de septiembre de 1876. Ante la amenaza de que esta acción de armas terminara en una guerra y civil, Montalvo da a luz en “El Regenerador” el artículo “El ejemplo es oro”, en el que propone a los ejércitos de Guayaquil y Quito, deponer las armas en beneficio de un triunvirato compuesto de personas elegidas de las principales ciudades del Ecuador: Quito, Guayaquil y Cuenca. Esto enfureció a Veintemilla que sin ningún miramiento para el pensador y luchador, cuyo sacrificio dio lugar justamente a la revolución, decretó su destierro a Ipiales, de donde salió a Panamá sin un centavo en el bolsillo.

“El más amargo de mis destierros”, según el escritor, duró desde el 9 de octubre de 1877 hasta abril del mismo año, en que regresó a Guayaquil, gracias a la mediación de sus amigos liberales, entre ellos Pedro Carbo. En estos seis meses de ostracismo y sin duda gracias a la ayuda de Eloy Alfaro, Montalvo dio a luz en Panamá el No. 5 de “El Regenerador”, análisis a fondo de la Constitución Garciana. “Confieso que en siete años de destierro de García Moreno padecí menos que en el destierro de Veintemilla”, dirá en “El Desperezo de El Regenerador”. Mientras tanto había muerto envenenado el Arzobispo de Quito Monseñor Ignacio Checa y Barba (30 de mayo de 1877), algunas de cuyas sospechas recaen sobre Veintemilla, pero que fueron también imputadas a los políticos liberales, lo que obligó a Montalvo a escribir en su defensa el artículo “Los envenenadores del Arzobispo” (Guayaquil, julio 22 de 1877), bajo la responsabilidad de “Los Liberales del Guayas”. Roberto Andrade identifica tras ella al mismo Regenerador: “Montalvo se hallaba en Guayaquil, de regreso de su destierro en Panamá: en Guayaquil escribió líneas sangrientas. El estilo, el lenguaje, la lógica, la

56 Cartas de Montalvo a Rafael Portilla, Ipiales, Febrero 18 de 1876. Epistolario de Montalvo.

energía, la erudición, demuestran que dichas líneas son de él, aunque se publicaron anónimas”.<sup>57</sup>

Veintemilla por su parte había decidido convocar a una Convención para legalizar el mando supremo que ejercía en el país, en la ciudad de Ambato.

Seguro Montalvo de que la mayoría iba a estar con Veintemilla que había maniobrado muy bien acompañado por Urbina, decidió abstenerse de concurrir a ella aunque había sido electo diputado por Esmeraldas. En lugar de una estéril como favorable lucha oratoria en el Parlamento, decidió escoger su arma propia que era la pluma; es así como se marca una época del periodismo nacional con los periódicos “La Candela” de Quito, y “El Espectador” de Ambato, ubicados ambos en la oposición; y el periódico “El Ocho de Septiembre”, órgano oficial del gobierno, impreso también en Ambato, durante todo el período que duró dicha Convención.

Como fuera calificado de loco por el General José María Urbina, Montalvo en “El Regenerador”, bajo el título de “Un loco rematado” hace varias menciones de periódicos del exterior que reprodujeron o comentaron elogiosamente sus artículos, tales como el “Star and Herald”, “La Estrella de Panamá”, “La Patria” de Bogotá, la “Gaceta Internacional” de Bruselas, “La Revista Española-Americana” de Madrid y en la prensa de Centroamérica.

También en el artículo “Los Desterrados de Veintemilla y el Regenerador”, bajo la firma de Los Liberales de Pichincha, aparecen referencias a publicaciones de artículos de Montalvo en “El Porvenir” de Cartagena (enero 6 de 1878), “El Porvenir de Nicaragua”, de Managua del 19 de enero de 1878, “El Independiente” de Santiago de Chile y “La Opinión Nacional” de Caracas.

No escapará a los estudiosos que la recuperación de estos periódicos sería muy útil para valorar el eco que la actividad montalvina, en este campo tuvo en la prensa americana.

---

57 “Montalvo y García Moreno”, por Roberto Andrade, p. 445, tII.

El cuadro que se verá a continuación, permitirá ubicar mejor la época en la que se libró esta especie de batalla político-periodística liderada por Juan Montalvo, fijar su dimensión temporal y confirmar su espacio: La Convención de Ambato de 1878

“La Candela” (No. 1), circuló desde el 16 de febrero hasta el 1 de junio de 1878 el No. 17.<sup>58</sup>

“El Ocho de Septiembre”, se publicó desde el lunes 4 de febrero (No. 61) hasta el miércoles 5 de junio de 1878 No. 72) (19)

“El Espectador”, circuló desde enero 5 el No. 2 hasta el mes de junio con un número extraordinario.<sup>59</sup>

La Convención se instaló el 26 de enero y se clausuró el 31 de mayo de 1878.<sup>60</sup>

En cuanto al Epistolario montalvino existen las siguientes cartas correspondientes a este año de Montalvo y a Montalvo:

De Montalvo a Rafael Portilla, Ambato 3 de marzo.

De Salvador Vaita a Montalvo, Guatemala, 16 de marzo.

De Montalvo a Roberto Andrade, Ambato 16 de mayo.

De Montalvo a Roberto Andrade, Ambato 18 de junio.

De Montalvo a Don José (Roberto Andrade), Quito 12 de agosto.

A Montalvo de Manuel Calderón Hurtado, Esmeraldas 1 de diciembre.<sup>61</sup>

Un simple vistazo a estos datos permiten situar con claridad una época que va de enero a junio de 1878 de gran actividad de la política y del periodismo ecuatoriano, caracterizado por el alineamiento de dos fuerzas antagónicas

---

58 Plutarco Naranjo cita como fechas el 10 de febrero para el número 1 y el sábado 7 de septiembre para el número 18, que no lo he podido conseguir; como se ve, habría salido tres meses después del número 17. Los ejemplares de “La Candela” (14 números y el alcance al número 10) los hemos podido leer en la biblioteca “Aurelio Espinoza Pólit”. Con posterioridad se localizó en el Archivo Municipal de Ambato una edición casi completa.

59 Hemeroteca del Banco Central.

60 La Candela y El Espectador los guarda la Casa de Montalvo.

61 Epistolario de Montalvo. La carta última debe ser con seguridad de 1877 y no de 1878, porque en esta fecha ya terminó la Convención de Ambato.

que libran una lucha dialéctica: La Asamblea Constituyente y el Ejecutivo, es decir el Gobierno y su órgano periodístico “El Ocho de Septiembre” de un lado; y del otro, los combativos periódicos “La Candela” de Quito y “El Espectador”, ambos manejados por el mismo Montalvo.

El 16 de febrero de 1878 apareció pues en Quito, “La Candela”, periódico de pequeño formato pero de gran contenido, concebido para combatir al General Ignacio de Veintemilla a la genuflexa Convención de Ambato que lo nombró Presidente del Ecuador. Y es criterio generalizado que quienes fueron protagonistas de su fundación y de los historiadores y bibliógrafos, que fue escrita por Juan Montalvo, con la participación de sus amigos Manuel Semblantes y Aparicio Ortega.

“La Candela tiene corresponsales en Guayaquil, Cuenca, Ambato y más ciudades donde hay jóvenes liberales: los tiene también en París, Londres, Viena y San Petersburgo”... “Se lo venderá a medio real o cinco centavos, cuando el público haya visto que vale más de un sol”, reza en todos los encabezamientos, lo que anticipa su ironía y sentido de humor.

El escritor español Juan Luis Panero dice: “Si hay un género literario efímero, y para el que el paso del tiempo suele ser generalmente demoleedor, es el de la literatura política”.

“Porque, qué otra cosa son Las Catilinarias —¿como claramente indica su nombre sino literatura política?— Sin embargo, es aquí donde conviene advertir lo que separa esta obra de ese fugaz papel manchado del que antes he hablado”.<sup>62</sup>

He traído a cuento esta cita porque “La Candela” es también literatura política y como tal, pasionada y quemante como su nombre mismo lo sugiere, podría estar expuesta al mismo riesgo de envejecimiento. Pero sus artículos igual que en “Las Catilinarias”, “Mercurial Eclesiástica” o “Capítulos”, otra obra también militante, donde Montalvo utilizó lo que él mismo llamara aplicándolo a Cervantes “la espada de la risa”, a manera de terapéutica social, se mantienen palpitando, es decir vivientes. Y si se

---

62 Juan Luis Panero. Prólogo de las Catilinarias (Joya de la Literatura Ecuatoriana, impresa en Colombia).

quiere podrá más bien celebrarse al panfletario, siguiendo a Unamuno: “... Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los Insultos ¡sí! los insultos: los que llenan el alma ardorosa y generosa de Montalvo”.

He aquí un fragmento de lo que viene a ser su declaración de intenciones en el editorial inicial:

“El fuego es uno de los cuatro elementos de la naturaleza: el aire es aire, la tierra tierra, el agua agua y el fuego candela. Sin fuego no hay vida y sin candela no hay chispa. No vamos a quemar a nadie; vamos a cocer los alimentos sociales, y servirlos en su punto a nuestros compatriotas. Los males que nos abruma tantos años ha, provienen de que estamos comiendo crudo, o cuando más sancochado. Para volverse uno tigre u oso, no tiene más que engullir carne cruda durante un año; y para volverse tonto de capirote, bastará que coma sin sal y sin candela durante algunos meses, que es lo que les sucede cabalmente a esos humildes viajeros que traen sobre sí barriles de vino y cajas de cognac de la ciudad de Ambato. Traen también aguardiente; pero como esto es para personas particulares, no tenemos para qué meternos en la vida privada: hablamos o solamente del cognac público, cognac oficial, sin que nos parezca malo que se echen por tierra en el camino bultos de cascarilla, loza y otros efectos de los comerciantes, para hacer venir por la posta esa otra candela que desuella el tragadero y engangrena el corazón de los desventurados que se lo comen crudo.

Empiezan ustedes a ver que La Candela es moderada: no quema sino a los que la tocan: ¡Cuidado...Ñato del diablo, no viste que allí había fuego: pues ¿cómo vas a meter la mano?...”

Al hojear sus páginas doradas ya por la pátina del tiempo, se puede percibir la actitud desafiante de sus redactores al gobierno, provocándole a que la clausure, encarando el riesgo de encarcelamiento o destierro o de un atentado contra su vida. Estas circunstancias explican que los artículos no tengan el nombre de sus actores, detalle que no impidió que Montalvo fuera responsabilizado de cuanto el periódico publicó.

Un par de artículos “Muerte del Papa” y “Amnistía” fueron reproducidos por Agramonte en “Páginas Inéditas”. El segundo de los nombrados forma

parte de una tríada con el mismo título, sugiriendo acaso para despistar tres autores diferentes. El reproducido es el “Amnistía III”.

Naturalmente su vida fue efímera a más que según se deduce, fue creada para combatir exclusivamente a la Convención de Veintemilla. De los 18 números que habrían salido ha sido posible recuperar los 17 más tres alcances a los números 8, 10 y 14, lo que da un total de 20 ediciones; es decir se la puede considerar completa.

Hay además del panfleto un aspecto de importancia histórica, y son los nombres desfigurados y achicharrados de gente de Gobierno, obsecuentes diputados y malos liberales que asoman en el periódico.

La identificación de sus nombres es más fácil hacerla, si se comparan los apodosos que constan en “La Candela” con los verdaderos que aparecen en el periódico oficial.

Estas páginas nos remiten al nobilísimo quehacer periodístico, actividad arriesgada en todo tiempo, pero más aún en la de inicios de la República. Y nos devuelven al Montalvo rebelde, combatiente y revolucionario, que tanta admiración despierta y que le ha permitido lograr un sitio de honor en la historia patria.

Nos da también una prueba adicional de que a pesar de los riesgos de la literatura política, la de Montalvo sigue vigente. Tanto es así que si un lector desprevenido lo lee sin reparar en fechas ni años, bien podría confundirse y creer que ha sido escrito en nuestros propios días, tan difíciles y azarosos como aquellos. No hay exageración lector amigo, lea “La Candela” de Juan Montalvo y me dirá...

## EL ESPECTADOR

Desde agosto de 1877, a la vuelta de su destierro, Montalvo fija su residencia en su provincia de Tungurahua, con la finalidad de poner en práctica la estrategia que había concebido contra su enemigo.

El primer golpe que recibió Veintemilla fue la sorpresiva elección de Montalvo como diputado por la provincia de Esmeraldas a la Convención

de Ambato, elección popular que no estaba en sus planes. Por eso trató de disimular diciendo: “no había dado órdenes de que el más insignificante de los ecuatorianos fuese electo por la más insignificante de las provincias”.<sup>63</sup>

Pero Montalvo no quiso con su presencia avalizar la elección de Veintemilla y renunció a su curul legislativa. Intuyendo lo que podía pasar al ser notificado de su elección dijo: “Si mi presencia en la Convención ofreciera alguna utilidad para la Patria, asistiré; si no vienen los demás amigos nada podré yo solo y sea la excusada mi ausencia”.<sup>64</sup>

Pocos días más tarde aparecía en la ciudad de Ambato, un periódico de pequeño formato que se llamaba “El Espectador” o “El Expectador” con equis, que de ambas maneras consta en su cabezote. Doce números más uno extraordinario salieron a la luz (no se ha logrado conseguir el número 1), y forman una pareja insoluble con “La Candela”, desde su estilo, sátiras, deformación de nombres, artículos de fondo hasta su pequeño tamaño.

He aquí una muestra de tales relaciones:

“RESURRECCIÓN MILAGROSA.- La virtud de “La Candela” es para mucho; pero en verdad que no hubiéramos pensado llegase al extremo de volver a la vida a los difuntos. Bien es que “El Espectador” había muerto, pero no estaba frío todavía: ni siquiera le habíamos enterrado. Ahí se estaba en media imprenta, tendido de largo en largo, pálido, inmóvil en medio de cuatro cirios: dos espías del matador velaban porque no resucitara: dos judíos con lanzas estaban prontos a abrirle el costado al menor síntoma de respiración. Pero llega La Candela, arde sobre el cuerpo muerto, engendra vida en él, y el cuasi cadáver se levanta sano y salvo, lleno de vida y fuerza. ¡Oh poder del ingenio! ¡Oh magia del fuego sagrado de la Patria! Para resucitar muertos, no hay cosa como llamarle Jesucristo a nuestro amigo el general Veintemilla. Sabe hermana Candela, que la resurrección del Expectador es obra tuya: a ti te la debe este aliento con que hoy vive, esta agilidad con que se pone de pie, este donaire con que levante el brazo. Si Herodes hubiera permitido que resucite Jesús crucificado; ¿hubiera Jesús resucitado por obediencia al rey de la Judea? El general Veintemilla permite

---

63 Las Catilinarias.

64 Carta a Manuel Calderón Hurtado.



que resucite El Espectador, y el Expectador sale de la cámara mortuoria a pasos de gigante. Urbina, el héroe de Jambelí, el de la lágrima colorada, le había quitado la vida; Veintemilla, el Jefe de los Molinos, permite que se levante El Espectador, y El Expectador se levanta. Realmente, el joven Veintemilla, sin la matraca del viejo Urbina, ni la peluca de Javier Sincara, ni la pollera de la tía Cornelia de Venganza, ni la miel envenenada del soprano Castrato, ni otros corruptores empeñados en hacerles aborrecer a la Nación; este joven, decimos, no habría llegado a la triste necesidad de hacerlo todo por la fuerza; y habría sido presidente popular...”

Javier Sincara es Javier Endara, Subsecretario del interior; Mama Chepa, como le llaman en otra parte, es José María Urbina, Jefe del Ejército; la tía Cornelia es el general Cornelio Escipión Vernaza, llamado así por su voz atiplada; Castrato es Julio Castro; “Allpa Huarmilla”, es el gobernador de Tungurahua, Francisco Barona, etc.

La gente del gobierno identificó enseguida a Montalvo tras los editoriales, “Lanzadas”, “Banderillas”, “Flechas”, etc, secciones de “La Candela” y “El Espectador”; pero como no firmaba sus artículos y estos aparecían bajo la responsabilidad de “Jóvenes Liberales”, la primera, y “Jóvenes Ambateños”, el segundo, aquel se convirtió en “Una sombra que quita el sueño”, según el artículo de “El Espectador” No. 6, reproducido en el alcance al No. 10 de “La Candela”.

“UNA SOMBRA QUE QUITA EL SUEÑO”.- El general von Veintemilla, Presidente de la República, ha dicho en casa de uno de los redactores de El Expectador, que en vano estaban buscando en otra parte autores para La Candela, que lo era exclusivamente don Juan Montalvo, y que él lo sabía de buena tinta”.

Esta fuente según Veintemilla habría sido el mismo impresor de “La Candela”, Don Manuel Flor, pero como éste lo desmintió con energía, se desvió la responsabilidad al hermano de Montalvo, el Dr. Francisco Javier, según parece con la intención de frustrar su elección para Ministro de la Corte Suprema de Justicia.

“El Expectador” rechazó entonces la especie en el artículo del No. 11 “Arbitrios más ruines todavía”, “...obra, como hemos dicho de muchachos

sin temo ni debo, lo que había de ser de un hombre tan circunspecto, tan grave, tan bondadoso, tan inofensivo como Don Francisco Montalvo? Sepan ahora los pícaros que nosotros mismos espectadores, hemos recibido más de una reprimenda de ese nuestro juicioso amigo; reprimenda, por suposición, no porque él haya sabido nada a ciencia cierta respecto a los redactores de El Expectador, que tampoco somos viejos”.

Los desmentidos de quienes aparecían como responsables de los dos periódicos, trataban a toda costa de proteger a Juan Montalvo, negando su participación, no solo del riesgo de otro destierro o de la cárcel, sino aún del peligro contra su propia vida. Algunas amenazas en ese sentido atribuidas a Urbina y a sus “tauras” o “canónigos” como él los llamaba, integrados por soldados de raza negra, merecieron una réplica no menos amenazante de sus redactores si algo ocurría al “regenerador cosmopolita”, en el artículo TERRIBLE PERSPECTIVA (No. 7):

“...Las sobras de ese famoso escuadrón están haciendo una amenaza a la República, si no son puras fanfarronadas las de los pícaros que andan preguntando por las calles cuál es Don Juan Montalvo y profiriendo criminales amenazas. La muerte desastrada del Regenerador sería el trastorno sangriento de toda la Nación: los ecuatorianos no castigarían al negro sino al blanco que los enviase: Urbina moriría como perro en cualquier ciudad de la República, si Montalvo llegase a ser víctima de sus canónigos. Si se siente agraviado por el jarrito de hojas de hoja de lata, y no es un cobarde, por qué no le busca y le provoca a él? Si él es general, Montalvo es el primer escritor de Sud América: su posición es pues más elevada que la de Urbina”.

Se ejerció entonces presión sobre los impresores. Al llegar al No. 4, “El Expectador” se vió obligado a cambiar de imprenta de la J. Suárez en Ambato, a la Fundación de tipos de M. Rivadeneira en Quito. Así lo denunció en el artículo “Lo que puede el que manda” (No. 5).

Y al revisar “La Candela”, se observa en el No. 17 que el pie de imprenta de Manuel V. Flor, ha sido reemplazado con el de la Imprenta del Dr. Roberto Arias, por J. Mora.

En definitiva los dos periódicos fueron inspirados, dirigidos y escritos por Juan Montalvo, su objetivo: hostigar y desprestigiar mediante fuegos

cruzados a Veintemilla y su Convención, desde Ambato ciudad de su nacimiento y residencia por intermedio de “El Expectador”; y desde la capital de la República, Quito, a través de “La Candela”. Por supuesto que no estuvo completamente solo en esta lucha; en Quito contó principalmente con la colaboración de Manuel Semblantes y Aparicio Ortega; en Ambato, con la del Dr. Juan Benigno Vela, que a más de redactor sostuvo esta publicación de su propio peculio. Naturalmente que periódicos que salían a base de tanto esfuerzo, y a costa de graves riesgos personales y económicos tenían que llegar a su fin cumplida su misión y así ocurrió cuando terminó la Convención. Ya en Mayo 21 (No. 12) se anuncia en “El Expectador” el fin de “La Candela” y en el número 12 “El Espectador” se despide en estos términos:

Debiendo clausurarse la Convención a fines de este mes, el presente número será el último, conforme con lo que ya ofrecimos antes respecto del término de nuestro periodiquito”.

Pero aún habrá un número extraordinario en junio 3, tal si como no quisiera irse: “Muerto este generoso campeón de la libertad y de los derechos sociales, nuestro sentimiento ha sido profundo; pero al propio tiempo nos consolamos con la esperanza de que este periodiquito no será olvidado por todos los patriotas que estiman en mucho la libertad y su honra. “El Expectador” cumplió con la generosa misión de combatir por ellas saliendo al frente de los déspotas y tiranos que han manchado con sus negras acciones el sol de nuestra independencia...”

Y aún hubo un espacio para el humor con este epitafio a la Convención, sin duda salido de la pluma del “ciego” Vela:

“ADIOS”

Ya te vas oh mojiganta!  
Ya te vas juguete ruin!  
Se te concluye la ganga  
Y a tus sesiones das fin.

---

Ya se te concluyó el casino  
Titulado Convención  
Con una copa de vino  
Y otra de sabroso ron.

---

Los indignos diputados  
Se retiran, ya se van  
Buenas alforjas cargados  
Papahigo de barragán.

---

Unos sobre otros montados  
Y con trato de relevo...  
Ydos, idos diputados  
Mundos con alma de sebo.

---

Vinisteis a quitar grillos  
Mas aumentasteis cadenas!  
Así proceden los pillos  
Que al pueblo procuran penas.

---

Tontos de la Convención  
Por Cristo no volverán!  
Ya vais dando a la Nación  
A buitres y a un gavilán  
UNO, DOS y TRES

Cabe una reflexión acerca de porqué el periódico “El Espectador” que hizo época en la lucha contra Veintemilla haya pasado completamente desapercibido, pues a “La Candela” al menos, siempre se le ha nombrado. Posiblemente se deba a que no se insistió en la autoría de Montalvo o que se confundió pasados los años, a este periódico de combate (década de los años 70), con un libro de igual nombre, “El Espectador”, escrito y publicado durante su tercera permanencia en Europa, es decir 10 años más tarde (década de los años 80); o quizá a que se le publicó en provincia...

Queda ahora por confirmar la real participación de Montalvo en estos periódicos, para lo que acudo a los siguientes criterios, algunos de valor documental:

“En 1878 Montalvo descansa en Ambato y Baños. En la primera ciudad escribe casi todos los artículos de La Candela y El Espectador contra Veintemilla.”<sup>65</sup>

La mayor parte del periódico es escrito por Montalvo. Aunque los artículos no tienen firma del autor, su escrito es inconfundible. El periódico alcanza cierta notoriedad y varios de sus artículos son reproducidos y elogiosamente comentados por varios periódicos de Sudamérica”.<sup>66</sup>

“Se instaló la Convención de Ambato: no fue liberal, sino Veintimillista; debió ser liberal, por la concurrencia de D. Pedro Carbo y otros; mas estos formaron minoría. La mayoría se alegra de que se hubiere suspendido “El Regenerador”, pero esta alegría duró poco. Al trasladarse Montalvo a Ambato, dejó a sus amigos en Quito, para que fundáramos “La Candela”, que al que no le quemaba le pringaba: estos amigos fuimos Rafael Portilla, Manuel Semblantes, José María García, Aparicio Ortega, algunos otros y yo. Resultó que escribió el periodiquillo casi él solo, pues mandaba tantos artículos, que no dejó lugar para otros. El ingenio satírico de Montalvo estaba allí escrito. En Ambato fundó otro periodiquito, que todo el fue escrito por Montalvo. Titulábase “El Espectador”, y como redactor figuraba el Dr. Juan Benigno Vela. Con aquellas máquinas de caricatura, manejadas por Montalvo, ya puede imaginarse el lector si Veintemilla y sus diputados desempeñarían su cometido, con rabias, con furores, con amenazas violentas. Los ridiculizó a su gusto, porfiando por evitar mayores desmanes. No consiguió por ejemplo, que negaran a Veintemilla facultades extraordinarias”.<sup>67</sup>

Pero sí consiguió de la Convención que aunque en minoría contaba con hombres de recia personalidad como el Arzobispo Federico González Suárez y Don Pedro Carbo entre otros, frenara los excesos del hasta entonces Jefe Supremo y futuro Dictador.

---

65 Agramonte. Palabras liminares de la primera edición de Páginas Desconocidas.

66 Plutarco Naranjo. Bibliografía de Montalvo.

67 Roberto Andrade: Montalvo y García Moreno, pag. 465, tomo II.

El periódico oficial “Ocho de Septiembre”, como era de esperarse tuvo mejor suerte: siguió contando los días de la libertad que llevaba el Ecuador, a partir del golpe de Veintemilla, libertad entre comillas, que se prolongó contra la voluntad de los ecuatorianos, -conservadores y liberales-, hasta la caída del Dictador.

Poco tiempo más tarde, consciente Montalvo de que ya nada podía hacer en su tierra, salía de incógnito para un autoexilio definitivo por su conocida ruta de Ipiales. En Panamá daría a estampa “Las Catilnarias”, de las que “La Candela” y “El Espectador”, habían sido los heraldos de fuego que la anunciaban.

Aún se podría discutir si los resultados prácticos de este periodismo de combate alcanzaron sus objetivos. Ya Montalvo había contribuido al derrocamiento de los regímenes de García Moreno y Antonio Borrero; pero con Veintemilla tuvo que conformarse con ahorcarlo simbólicamente en “Capítulos que le olvidaron a Cervantes”. De todas maneras, el 10 de enero de 1883 el régimen del general Veintemilla fue depuesto por las fuerzas que se llamaron de la Restauración, en las que se unieron fuerzas conservadoras y liberales. Y se dio la curiosa circunstancia de que mientras Montalvo lo combatía desde el exterior, Mera lo hacía desde Ambato, concurriendo los dos como pocas veces en un mismo fin.

El tardío resultado de la lucha de Montalvo hace pensar en la verdad de la frase de R. Andrade de que la misión del periodista es la de poner la semilla; el político sabe cuándo ha de cosecharla.

#### FIN DE “EL ESPECTADOR” Y DE “LA CANDELA”

Naturalmente que periódicos que salían a base de tanto esfuerzo como a costa de graves riesgos personales y económicos, tenían que llegar a su fin cumplida su misión y así ocurrió cuando terminó la Convención. En mayo 21 “El Espectador” se despide en estos términos:

“Debiendo clausurarse la Convención a fines de este mes, el presente número será el último, conformes con lo que ya ofrecimos antes respecto al término de nuestro periodiquito”.

Pero aún habrá un número extraordinario en junio 3, tal si no quisiera irse del todo:

“Muerto este generoso campeón de la libertad y de los derechos sociales, nuestro sentimiento ha sido profundo; pero al propio tiempo nos consolamos con la esperanza de que este periodiquito no será olvidado por todos los patriotas que estiman en mucho la libertad y su honra. “El Espectador” cumplió con la generosa de combatir por ellas saliendo al frente de los déspotas y tiranos que han manchado con sus acciones el sol de nuestra independencia...”

En el número 21, al hacer su testamento, hace mención expresa de sus esponsales con “La Candela”, denunciando así sus vínculos:

“Item. Declaro que no he sido casado ni velado y que por lo mismo no dejo sucesión; y que aún cuando contraje esponsales con la linda Señorita llamada “La Candela”, joven rubia, hermosa, llena de donaire y más valiente que el mismo diablo; mas nada se siguió de esa promesa, porque la muerte que nada respeta, la llevó al cielo en estos últimos días; y apenas me es dado depositar una lágrima sobre su tumba y rogar a mis amigos no olviden que esta generosa joven, descendiente de los espartanos, cumplió su divina misión de herir en lo más vivo a los que, burlándose de los pueblos, se han adueñado del poder”.

“La Candela” por su parte en el número extraordinario de 8 páginas que corresponde al 16 hace mención expresa de “El Espectador” y en el de 1 de junio, número 17 dedicado a condenar la intervención gubernamental defiende su tarea:

“Nos mueve el patriotismo, nos exalta la obra, nos inspira la libertad, y escribimos: si somos terribles en nuestros cargos, es porque los culpables lo merecen, y porque nada puede la mansedumbre con hombres de corazón encallecido, de juicio oscurecido de alma bronca”. En “El Espectador” aún hubo espacio para los versos de un Epitafio y de un Adiós a la Convención y a los convencionales, sin duda salidos de la pluma del “ciego” Vela.

También había participado como colaborador de “El Espectador”, Adriano

Montalvo Sevilla, sobrino de Montalvo y descendiente del prócer de la independencia Dn. Tomás Sevilla.<sup>68</sup>

Esta participación suya le valió el destierro que decretó Veintemilla. También fueron víctimas de la persecución del dictador su otro sobrino César, su hermano Francisco Javier y su sobrino Leopoldo murió asesinado.

Juan Montalvo mantuvo un nutrido diálogo epistolar con Adriano y a él se aluden a estos hechos. Tal correspondencia está recogida en el libro “Cartas de Montalvo a su sobrino” en 1980.<sup>69</sup>

## EL PERIODISMO DE MONTALVO EN EL ÚLTIMO PARÍS

Durante se tercera permanencia en Europa, Montalvo se dedicó a la impresión y difusión de sus obras, particularmente “Siete Tratados”, “Capítulos” y “El Espectador”. Mas no por esto dejó de escribir en revistas y periódicos de la época.

“Juan Montalvo colaboró desde 1883, entre otras revistas y diarios, especialmente en Europa y América, y llegó a formar parte de la dirección de esa revista, como escribí en una de mis crónicas para diario El Tiempo”.<sup>70</sup>

He aquí algunos de los artículos encontrados, incluidos los que no tienen firma de Montalvo, pero cuya paternidad está perfectamente establecida y van del 15 de enero de 1884 al 15 de febrero de 1887:

“Eloy Alfaro”, “Poesía de la Historia, Safira”; está firmada por Don Juan pero tiene algunas variantes con la que fuera publicada en “Páginas Inéditas”; “El Clero en las Repúblicas Hispanoamericanas” (Artículo I y II); “Hechos de armas” en elogio de Eloy Alfaro y sobre el combate de Alajuela; “Mal Diplomacia”; “Revolución de la República del Ecuador”; “El Cuerpo Diplomático Hispanoamericano. Don Juan Manuel Peralta”, reproducido en el año de 1925 en francés y con la firma de Montalvo.

68 Fernando Jurado Noboa: “Raíces de Juan Montalvo”.

69 Publicación del Instituto de Cultura Hispánica de Ambato, con el auspicio del Banco Central del Ecuador.

70 Darío Lara: “Montalvo en París”, pag. 348.



Copio a continuación los artículos que se encuentran en otra sección de dicha obra y que abarca un período que va del 15 de diciembre de 1882 al 1 de agosto de 1887; artículos atribuibles a Montalvo publicados así mismo en “Europa y América”:

“La Real Academia Española en Costa Rica”; “La Unión de Repúblicas de Centroamérica”; “Muerte de Víctor Hugo”; “Las invasiones de las mujeres”; “El General Grant”; “Don Benjamín Vicuña Mackena”; “La dignidad de las naciones”; D. Juan Luna y Novicio”; “Chile”; “Las repúblicas de Centroamérica”; “Costa Rica”; “Crónica”; “La Quincena Política, Francia”; “Francia y Alemania”; “Hombres notables de América, Don Lorenzo Montúfar”; “El Terremoto de la Lengua Castellana”.

Además de esta muestra abundante de suyo, hay también artículos de Montalvo en otros órganos de prensa como “Carta de Montalvo al periódico *Le Siecle en francés*” (17 de diciembre de 1858); “Chasco de frascuelo” (8 de junio de 1884); y “La Curiosidad de los franceses” (8 de enero de 1885), estos dos últimos aparecidos en el periódico “*Los Dos Mundos*”, firmados por Montalvo.

Esta descripción aunque sumaria, permite avizorar un panorama de cuán abundante, intensa y profunda fue la actividad periodística de Montalvo, sea en calidad de colaborador eventual, de redactor de planta de Director y fundador en diversas etapas de su vida.<sup>71</sup>

Desde luego acaso nunca será posible recoger todos los artículos suyos, aparecidos en periódicos, revistas y hojas sueltas, el más socorrido medio de difusión de periodismo de la época.

También en sus obras como “*El Cosmopolita*” (1866-1869), “*El Regenerador*” (1876-1878) y “*El Espectador*” (1866-1888), alterna ensayos literarios con artículos periodísticos, que fueron precisamente los que contribuyeron a acentuar su fama de terrible polemista.

---

71 Investigaciones más realizadas en España (1989), me permiten establecer que estas publicaciones y otras más en “*El Globo*” de Madrid, “*El Diluvio*” de Barcelona, etc, aparecieron en la prensa española y no parisina. Galo René Pérez llega a las mismas conclusiones; ver “Un escritor entre la gloria y las borrascas, *Vida de Juan Montalvo*”

Sobre esta última actividad y su valor, merecen recogerse los siguientes conceptos:

“Como periodista es captador de la realidad viva. Esa realidad muerta, que el historiador y filósofo que a duras penas tratan de reestablecer y escudriñar revolviendo, como huesos polvorientos documentos y datos, vive y rebulle todavía cuando Montalvo la capta y la expresa. Hay pues en el gran periodista un filósofo e historiador. Hay también un artista, porque es capaz de expresar la vida. El filósofo podrá explicarlo; el historiador relatarlo; solo el artista la expresa. Y si hay fluidez en los ensayos montalvinos se debe, en parte, a la presión del público acostumbrado a desayunar con ideas. Su estilo es como un río claro que fluye siempre igual y regular, reflejando lo que cruza en el cielo espiritual del autor, y el cielo es la pupila de Dios”.<sup>72</sup>

“Muerto su principal antagonista, Montalvo no abandonará su periodismo combativo, y prueba de ello son “El Regenerador” (1876-1878), y especialmente “Las Catilinarías” (1881-1882), el punto más alto de la diatriba montalvina, en esta ocasión dirigida hacia Veintemilla, que a la sazón ostentaba el supremo poder de la República. Efectivamente, jamás en la historia del periodismo ecuatoriano se registra un ataque tan despiadado, tan demoledor como este”.<sup>73</sup>

El pensamiento siempre tan profundo y el dominio de la personalidad y obra de Montalvo que posee Alfonso Rumazo González, destaca además de su literatura cargada de ideas, esta faceta del brillante polemista:

“Nos enseñó a vivir Juan Montalvo: en lucha, en combate, en el gran placer de la mofa, en la iracunda palabra denunciadora, en el elogio de lo empujado y la condena de lo bajo, rastrero sin alas. Vivir dignamente, dirá, y rebeldemente también. Y nos enseñó a morir sin miedo; en actitud de reto, como Martí en Dos Ríos; o elegantemente en París, al modo romano antiguo”.<sup>74</sup>

---

72 Jorge Isaac Cazorla, “Metanoia de Juan Montalvo”, pag. 145.

73 Ernesto Albán Gómez, “Historia del Ecuador”, “Las Letras de 1830 a 1895”. Ediciones SALVAT.

74 “REVISIÓN A FONDO DE MONTALVO”. Diario “El Comercio” de Quito, del 29 de diciembre de 1987.

Juan Valdano insiste en la dificultad de estudiar las obras de Montalvo en Ensayo y Polémica, como asuntos distintos:

“Lo más común en Montalvo es encontrar que estos dos aspectos se hallan indistintamente en todas sus obras, aún en su novela y teatro. Resulta pues, imposible clasificar las obras de Montalvo dividiendo en estos dos grupos. Por ello resulta más útil estudiar a Montalvo el ensayo y polémica como dos manifestaciones fundamentales de la prosa. La tensión entre lo ensayístico y lo panfletario constituye uno de los rasgos de su estilo”.<sup>75</sup>

Si resulta difícil separar el ensayo de la polémica, también lo es, separar el periodismo de la literatura, pues no hay una línea de demarcación entre los dos campos. De hecho escritores extraordinarios como los españoles Mariano José de Larra, Pedro Antonio de Alarcón, Miguel de Unamuno, contemporáneos de Montalvo, fueron también excelentes periodistas. Montalvo no fue la excepción y se destacó también en este moderno género literario.

Si la poesía, la novela, el teatro, la oratoria, la historia, tienen categoría de género literario, no hay razón porque no lo sea el periodismo, en la que pueden tratarse todos los anteriores. Por eso se dice que el periodismo es un microcosmos, en el que igual que en la viña del Señor, hay de todo.

El Ensayo por su parte, género creado por Montaigne, en el que a su vez se inspiró Don Juan, puede igual dar cabida a muchos temas, cuya amalgama o trabazón es de la originalidad del autor y la gracia estética con la que los aborda.

Para cerrar sólo habrá que añadir un concepto propio de Montalvo acerca de la opinión pública, en la que desarrolla la tesis de que bajo la forma republicana los países de América hispana procedían como verdaderas monarquías, en contraste con los estados más civilizados de Europa:

“En 1858 salían a la luz de Francia 600 periódicos entre diarios, hebdomadarios y revistas mensuales, las cuales, si podían contenerse en ciertos límites de moderación y buena crianza, hablaban hasta de los actos

75 “JUAN MONTALVO”. Introducción, selección, notas y comentarios de textos por Juan Valdano.

más íntimos del gobierno, sin ocultar su juicio. La Gran Bretaña tenía 800; la Gran Bretaña asiento de la libertad política, reino de las leyes da de sí escritos muchos y muy buenos. Un presidentillo de América no se tendría por el más triste de los hombres si su gobierno estuviese sujeto a tantas cortapisas, si sus actos pasasen por tantas desembozadas censuras, si su responsabilidad fuera tan grande como la de Inglaterra”.<sup>76</sup>

Y es también muy claro que conoció la técnica de la entrevista moderna e ironiza sobre sus excesos en el artículo “El Interviewer” y “¿Quién va?”:

“El periódico al paso que va, no tardará en violar el sancta sanctorum de las costumbres, del hogar doméstico. Qué digo que no tardará, ya lo ha invadido. Para el periodista no hay cosa sagrada, para el reportero no hay llave santa; el tabernáculo, la alcoba, el lecho están dentro de los términos de su jurisdicción; y nadie puede nacer, casarse ni morir sin que su vida sea descompuesta, analizada, sin que sus virtudes y sus vicios, sus triunfos y sus desgracias, sus risas y sus lágrimas sean sacudidas de la ventana a la calle, con esta desenvoltura que viene a ser una gran desvergüenza. Si las ventajas que proporciona el periódico son mayores que los daños que causa, yo no lo sé; pero sí sé que el periódico, tal como lo usan los filántropos, los sabios, los patriotas, los amigos de la libertad, los hombres justos, es uno de los descubrimientos más útiles de estos siglos y una de las historias de la inteligencia”<sup>77</sup>

## EL ASESINATO DEL ARZOBISPO

¿Quién mató al arzobispo? Preguntaba el columnista de diario “Hoy”, Diego Araujo Sánchez, al referirse al asesinato de Monseñor Ignacio Checa y Barba ocurrido el 30 de mayo de 1877. Y hace un comentario del artículo de Francisco Miranda Ribadeneira, aparecido en la revista “Mensajero” correspondiente al bimestre septiembre – octubre de 1986, que da a conocer por primera vez documentos del archivo vaticano que harían caer las sospechas una vez más sobre el general Ignacio de Veintimilla, a la época, Jefe Supremo del Ecuador. Y aunque no cierran, -dice-, la discusión acerca

---

76 “El Cosmopolita”.

77 “El Espectador”, 1 de julio de 1886.

del autor material del envenenamiento, “...lo que no dejan duda es la negra incertidumbre que amenaza a la comunidad en manos de la dictadura y de la fuerza”. Tales opiniones acerca del envenenamiento del vino que Monseñor Checa bebió en la ceremonia del Viernes Santo, en presencia de autoridades y el pueblo que asistieron a los servicios religiosos de aquel día en la catedral metropolitana, reviven la polémica acerca de los presuntos responsables intelectuales y materiales de su muerte.

El país se convulsionó y los diversos sectores políticos, ideológicos y religiosos fueron señalados como sospechosos, según el sitio en el que se encontraban los acusadores.

Existiendo como antecedente una fricción entre el catolicismo representado por el Arzobispo de Quito con sus cartas pastorales que defendían la unidad Estado – Iglesia y el gobierno a través de su Ministro del Interior, Pedro Carbo, sostenía el laicismo, los culpables de acuerdo a la lógica eran dicho gobierno y algunos militares del liberalismo radical.

Mas para éstos, eran los mismos conservadores los que encontrarían en el asesinato, la mejor arma para lanzar al pueblo a las calles a una guerra de religión, para recuperar el poder.

No faltó quien, dadas las características sacrílegas del crimen, esto es, en Viernes Santo, en un templo católico, contra el Obispo y en el cáliz en el que se consagraba el misterio de Cristo, dijo que era asunto de la tétrica y ocultista sociedad masónica con sus ritos satánicos.

Otros en cambio señalaron como el más indicado, al canónigo Andrade que aborrecía al Obispo, porque éste le castigó aunque sea con lenidad por disputar amores prohibidos con el famoso pintor Joaquín Pinto.

Entre los que fueron apresados estuvo José Vicente Soliz Terán, bajo la acusación de haber puesto estricnina en la vinajera, pero el jurado lo encontró inocente, lo que no lo libró empero de ser odiado por el pueblo hasta la muerte.

Las acusaciones formuladas contra el liberalismo y la masonería fueron refutadas enérgicamente en un artículo titulado “Los envenenadores del

Arzobispo”, al igual que el abogado que las formuló, el Dr. Luis Felipe Borja, que salió sin firma, pero que Roberto Andrade lo atribuyó a Don Juan Montalvo.

El Dr. Julio Tobar Donoso dio a conocer años más tarde, que en 1886 ingresó a un hospital en Panamá, un hombre atormentado por los remordimientos, que se confesó responsable del envenenamiento de Monseñor Checa, por intermedio de un tercero al que pagó para que lo ejecutara. Este individuo era un apatriado asesino a sueldo que antes se había ofrecido para matar a Veintemilla, llamado Eduardo Casanova.

Este mismo asesino dicen que posteriormente fue encargado de atentar contra la vida de Montalvo, desterrado para 1879 en Ipiales, por lo que le advirtieron que tuviera cuidado. En carta fechada el 16 de octubre de ese año, el escritor contestó así: “yo no creo que el asesino sea de allá, y cabalmente en eso está el peligro. No tengo el sobrino, que usted dice, para que me custodie: no son adecuados los míos, ni pudieran venir. Tampoco es necesario ningún hermano de usted. De un asesinato alevé, nadie lo defiende a uno. Ni yo ni el compañero podríamos, por otra parte, aguantar el suplicio, de no separarnos un instante. El custodio invisible es eficaz, mi genio con el nombre de ángel de la guarda, es el que me ha de salvar, pues no me desampara; y la Providencia no deja de advertirme que no tema. En este concepto, aún no tomo previsión ninguna, ando solo y por el campo... Montalvo”.

Roberto Andrade a quien se dirige Montalvo en esta carta refiere, que un amigo de Ipiales le contó de un día que Casanova asomó por allá y entró con la cocinera de don Juan, por lo que al verle le gritó: ¡Casanova! Casanova al verse descubierto se alejó saludando, al tiempo que el vecindario de Ipiales, alertado del peligro que amenazaba a su ilustre y querido proscrito, persiguió al criminal que salió en fuga.

El 30 de mayo de 1830, Viernes Santo, en la catedral de Quito abarrotada de gente del pueblo y en la cual también se encontraba el Jefe Supremo general Ignacio de Veintemilla, sus Ministros, parientes y empleados, Monseñor José Ignacio Checa y Barba al ingerir el vino que acababa de consagrar, lo sintió amargo. Lo probó también su acólito y confirmó su extraño sabor, pero ya era tarde. Pocas horas después el arzobispo expiraba y la autopsia realizada

por 8 médicos legistas, concluyó que su muerte se había producido por envenenamiento con estricnina.

De inmediato, uno de los primeros sospechosos fue el Dictador, desde luego que entre el jefe religioso y el militar se habían evidenciado profundas diferencias.

El arzobispo a quien se calificaba como la “ovejilla del altar” por su mansedumbre, en sus cartas pastorales, azuzadas se dice por sus asesores, no fue ciertamente tan blando. He aquí unos renglones que ilustran mejor las disenciones de la época y el estilo utilizado; “La tempestad que oíamos rugir a lo lejos, brama ya con furia sobre nuestras cabezas, amenazándonos con la desolación y la muerte. La secta anticatólica, que más de un siglo ha, se afana en socavar los fundamentos de nuestra querida religión, ha llegado hasta nosotros y se presenta amenazante”...

“Estoy resuelto H. Sr. Ministro, a continuar oponiéndome a la propaganda del error, con todas mis fuerzas y con los medios que Dios ha puesto en mis manos. Esta es mi obligación y con la gracia divina la cumpliré”. La Dictadura por medio de su ministro Carbo, recusó las pastorales, advirtió que “desde luego puede ser el germen de una guerra de religión...” por lo que recibió el respaldo de ideólogos radicales y anunciaron que continuarían también adelante su tarea. El artículo de Fransico Miranda Rivadeneira “Luz en los archivos vaticanos sobre la muerte del Arzobispo Checa” aparecido en la revista “Mensajero” (septiembre – octubre 1986), permite conocer el criterio oficial que sobre el crimen tuvo la iglesia en aquella época. Reproduzco algunos renglones: “11 de junio de 1877. El Santo Padre no quiso suscribir la carta de respuesta al Presidente de la República de Ecuador, a causa del envenenamiento del señor Arzobispo, respecto de la cual pesa una grave responsabilidad sobre el mismo Gobierno...”

“Cada vez se consolida más la voz pública, de que la orden de la muerte de Monseñor Checa ha salido de las altas esferas gubernamentales, y si no directamente de Veintemilla, al menos con su consentimiento”.

“Como consecuencia el pueblo se ha amotinado en la plaza mayor, y ha reclamado con vivo clamor de los señores Carbo, Noboa y otros en Guayaquil. Pero sin efecto alguno, porque el Dictador ha hecho disponer

todas las tropas en la misma plaza, con la orden de hacer fuego sobre el pueblo, en el instante en que éste se atreva pasar a algún hecho”.

Hay que advertir sin embargo que pese a estas sospechas, se sabe que Veintimilla hasta la hora de su muerte negó participación alguna en este crimen.

Don Juan Montalvo por su parte que esos días había defendido a todos los liberales, al conocer más tarde la acusación de un cura colombiano en contra de Veintemilla, comentó en sus “Catilinarias”: “Si envuelve o no calumnia el llamarlo envenenador a Ignacio Veintemilla, no es mío el averiguarlo; más el clérigo lo había dicho y publicado en Colombia, y no pudo ser juzgado en el Ecuador”.

Montalvo fue amigo y admirador de Monseñor Checa, que con su bondad e inteligencia supo comprender la verdadera entraña religiosa del escritor. En “El Cosmopolita”, bajo el epígrafe de “Visitas a un Desconocido”, narra una entrevista que mantuvo con él: ¡Hijo mío, hijo querido! Exclama el habitante de esa casa, y le estrecha en su seno reiteradas veces. Es un sacerdote, un alto sacerdote, grande por la dignidad, pequeño por la humildad, pues sabe que su Maestro, siendo el primero, era el último de todos. ¡Hijo mío querido! Y vuelve a estrecharme contra el pecho santificado por la imagen de Cristo”... “Salí del palacio arzobispal santificado por los brazos de un hombre justo”.

Esta amable conversación fue distorsionada por sus enemigos que calumniaron a Montalvo diciendo que éste había ido a abjurar de sus creencias, a pedir dinero y dando a entender que por boca del obispo se habían enterado de su confesión. De allí que en “Páginas Desconocidas” exclama indignado “¿Confesarme? Con arzobispo ni con el diablo. Me confesaré a Dios omnipotente y misericordioso, allá cuando se abran las puertas de la eternidad y tenga que purificar mi alma para entrar en la mansión eterna de la gloria”. Esta interjección aislada de su contexto y de las circunstancias que le antecedieron ha sido traída y llevada por personas inescrupulosas.

En su última permanencia en Europa, Montalvo escribe en “El Espectador” el artículo “El Obispo de Madrid” en el que da a conocer su asesinato



a manos del clérigo Cayetano Galeote, en circunstancias en las que le habrán hecho recordar el de su amigo, el Ilustrísimo Monseñor Checa: “La bendición de las palmas, el Domingo de Ramos, ha sido día de maldición en esa ciudad. En la catedral, llena de mujeres y niños, ha resonado un grito inmenso. Los disparos que estaban quitando la vida del sacerdote, herían a un mismo tiempo en la imaginación de ese concurso poco hecho a la serenidad, y el desorden ha sido como de tragedia mayor y más terrible, si cabe. Las palmas, símbolo de paz y vida, se han vuelto banderas de guerra y muerte. El obispo ha precedido seis días a Jesucristo”.

### “EL HERALDO DE LAS SIETE CATILINARIAS”

Cuando Montalvo parte a su último exilio, una vez que la dictadura del General Veintemilla se consolidó, y pesaban sobre él amenazas de muerte, hizo un alto en Panamá para reunirse con su amigo Eloy Alfaro. Bajo su mecenazgo, publica desde marzo de 1880 hasta enero de 1882, los fascículos de aquel libro suyo en el que la diatriba alcanza el punto más alto y cuya lengua mestiza conmoverá la sensibilidad del vasco universal Miguel de Unamuno.

Doce fueron las flechas que con el nombre de “Catilnarias” disparó el Sagitario contra el tiranuelo, pero inserta en medio del haz otra, que estuvo dedicada al Delegado Apostólico, Mario Moceni. Luego de haber dado en el blanco con las cinco primeras, que concluyen con aquella directa incitación a que los jóvenes se rebelen: “Desgraciado el pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo”, la reacción del gobierno acusando la herida, no se hizo esperar a través de diferentes medios, pero uno de ellos, insólito, fue la que Montalvo califica de Pastoral Militar del signor Moceni, que se declara a favor de Veintemilla, al paso que califica de perversos y malvados a los que intentan derrocar la dictadura.

La réplica de Montalvo en forma de folleto fechado en Panamá el 20 de agosto de 1881, lleva por título “El Heraldo de las Siete Catilnarias”, en el que no solo anuncia que vienen más dardos sino que destroza los argumentos del diplomático vaticano, publicación no muy conocida, desde luego que casi

todas las reediciones de “Las Catilinarias” lo omiten, incluida la francesa Garnier, que sirvió de base a la Biblioteca Letras de Tungurahua, razón por la que se ha previsto incluirla en el volumen titulado “Joya Literaria”.

Montalvo esgrime una serie de argumentos teológicos y eclesiásticos, convoca en su defensa a San Agustín y a San Pablo, de quien dice: “El Apóstol de las gentes, ese cosmopolita que se anda de ciudad en ciudad y nación en nación con la bandera de Dios en la diestra, antes ha pasado por enemigo que por amigo de los tiranos, y a manos de ellos murió por la religión y la libertad de los pueblos”. Añade que San Agustín jamás cayó en la iniquidad de quitar a Dios para darlo a César, pues apoyar la tiranía, ensalzar al criminal, negar los vicios de los enemigos públicos, en proceder de esa manera.

JUAN LEÓN MERA COINCIDE CON JUAN MONTALVO.- El opúsculo al que nos estamos refiriendo, se redondea con las opiniones siempre ponderadas de su adversario Juan León Mera, que coincide con su criterio. Y es que en la lucha de la restauración en contra de la dictadura, estuvieron juntos liberales y conservadores al tiempo que los dos escritores, Montalvo desde Panamá y Europa, Mera desde el Ecuador, seguían atentos la campaña subversiva, poniendo lo suyo a que cayera Veintemilla.

Para demostrar la similitud de ideas que defendían, transcribo estas líneas del Cantor de la Patria: “La juventud es temible a los déspotas como el león a las demás fieras del bosque. La juventud es poder; por eso es preciso educarla, instruirla y guiarla. Si esto no se hace, se extravía y corrompe, su poder llega a ser terrible aún para los buenos, llega a ser un mal social de los más funestos y trascendentes”.<sup>78</sup>

Por cierto que se perciben diferencias de matices, ya que mientras Montalvo, más radical empuja a los jóvenes a rechazar la tiranía sin poner reservas, Mera no desea una ruptura total del orden.

Volviendo a “El Herald”, Montalvo cita estas terribles palabras: “La lengua de los aduladores, dice San Agustín. Es muchas veces más nociva que la mano del verdugo”, por lo que reflexiona: si habría que refutarles en serio a

---

78 “La Dictadura y La Restauración”, por Juan León Mera.

tales gentes o meterles en los ojos la necedad y ridiculez de sus propósitos, para avergonzarlos.

Pues bien, Mera no se queda atrás, escribe una página que la habría suscrito el propio Montalvo:

“A los adláteres de los tiranos es preciso cargarles en cuenta la mitad de las tiranías”... “No siempre, como se cree, el poderoso fascina a los aduladores: estos, lo fascinan a Él”.<sup>79</sup>

Montalvo que de ordinario es fogoso, enfurecido es algo de temer y la intervención de Mocenni provoca una de sus santas iras, en su arremetimiento contra Veintemilla recuerda al Nuncio los maltratos de los que hace víctimas a sus semejantes: prisiones, grillos, azotes, palos. Como los universitarios habían protestado por el destierro de su rector, el Dr. Egas, acusado falsamente de ser el autor de un “ruin papelucho, El Conde Patricio Mera dedica unas profundas y hermosas páginas a la defensa de la universidad:

“La libertad, el patriotismo, la hidalguía y entereza de carácter ocultos en la sombra de numerosos hogares ecuatorianos, se habían refugiado especialmente, cual en plaza almenada, en un pequeño recinto: la Universidad de Quito. Allí doctos maestros y talentosos alumnos se empeñaban en enseñar y aprender doctrinas de puro republicanismo que se oponían valerosos, aunque solo en el campo de las tesis, pero tesis intencionadas, a los errores de los principios zapadores del orden social, a las violencias de la tiranía y a la concepción administrativa”.<sup>80</sup>

Montalvo de su parte refresca la memoria a Mocenni sobre las persecuciones que sufrieron los representantes de ese poder moral, que culminó con la cancelación de los maestros y la prisión de los alumnos, además del escándalo que ha causado en Quito, la mutilación del médico Dr. Fidel Castillo.

EL DOCTOR FIDEL CASTILLO.- Vale la pena, tanto por lo bárbaro de su castigo como por lo curioso de su historia, hacer un alto en el comentario

79 Ibid.

80 Ibid.

de esta catilinaria para hablar de este episodio que Montalvo desde Panamá, lo comenta de esta manera: "...probable es que a Monseñor Moceni no le parezca maltrato este desahogo apacible de la venganza: tan familiarizado debe estar con este género de actos inocentes, que el reprobarlo le parece maltratar a nuestros hermanos; el efectuarlo, no. En América no es así: aquí presumimos que el castrado es maltratado, no el castrador; ni somos todos buenos para cantores de San Pedro". Esta admonición la termina Montalvo tachando a Veintemilla de incestuoso.

El dato o denuncia es claro y terminante: el médico Dr. Fidel Castillo ha sido condenado a la pena de extirpación de sus órganos genitales en cumplimiento de la venganza de Veintemilla. Juan León Mera no solo coincide con el dato de Montalvo, sino que aporta otros detalles, que se explican por la circunstancia de encontrarse más cercano a los hechos, relatándolos con gran delicadeza y omitiendo el nombre del galeno. En este asunto enteramente "doméstico" según el historiógrafo, obró sin embargo la mano "sultánica" de Veintemilla, hasta el punto de llamar la atención hacia la víctima y hacia el centro de un hogar que debió ser velado con la prudencia. Pero es mejor leer sus propias palabras:

"Acusose, ignoramos si con fundamento o sin él a un joven médico, que en calidad de tal gozaba de fácil acceso al mentado hogar de haber tomado parte en escenas familiares nada puras ni delicadas, o de ser, cuando menos, infiel confidente de ellas. Sea lo que sea, es cierto que Veintemilla hizo apresar al médico y encerrarlo...¿Dónde? Nadie, nadie lo supo, ni su familia, ni sus amigos, ni los del mismo Veintemilla, ni los muchísimos curiosos que no cesaban de indagar por el desaparecido. Hecho notable porque resucitaba entre nosotros una escena de los antiguos castillos feudales. Los comentarios llovían, las murmuraciones malignas iban a la par de los comentarios, y la verdad se ocultaba a todos los ojos. Los guardianes de la víctima fueron si duda bien pagados o atemorizados con amenazas de fuertes castigos y sus labios permanecieron sellados. Al fin de muchos días el cuidado médico, asomó, pálido y demacrado. ¿Pues qué castigo sufrió? ¿Dónde estuvo? ¿quiénes fueron si los tuvo, los testigos de sus tormentos? No sabemos que él los haya revelado: mas a nosotros nos basta saber el suceso como acabamos de narrarle".<sup>81</sup>

---

81 Ibid.

Pero aún hay otros pormenores del porqué fue la venganza del dictador y cómo concluyó el asunto, que no los cuentan ni Montalvo ni Mera y que los hube de un distinguido médico y montalvista, que conocía por razones familiares ciertas intimidades. La historia es como sigue:

Dña. Marieta de Veintemilla, sobrina del Dictador, joven hermosa, inteligente y tan valerosa que se ganó el título de “La Generalita”, cuando resistió a las tropas restauradoras en el sitio de Quito, era lo que se dice “loca” para jugar el carnaval. En la euforia del juego de arrojar agua al prójimo, cayó desde el balcón de su casa ubicada en la ciudad capital en la calle Chile diagonal al antiguo diario “El Comercio” y se fracturó una pierna. Llamaron entonces al médico Dr. Fidel Castillo, quien la atendió con toda su sapiencia profesional y habilidad. Pero ocurre que este profesional, hombre apuesto y viril, portaba en su sangre y corazón el morbo de Don Juan Tenorio, el célebre burlador de Sevilla, por lo que a la par que curó a su paciente también se alcanzó para conquistarla. La naturaleza hizo lo suyo y Marieta quedó en cinta. Enterarse de aquella “vergüenza” el general, hacer tomar preso al hechor y condenarlo a la pena de convertirlo en eunuco, fue un solo acto. Se comprende ahora por qué Montalvo habla de que se trató de una venganza; algo quiere decir con aquella acusación al dictador de amores incestuosos y con la de no ser buenos para cantar, con voz de barítono seguramente, en San Pedro.

Pero este caso no terminó tan mala y tristemente para el discípulo de Hipócrates. La señora del Dr. Castillo concurrió con sus vástagos hasta el despacho presidencial de Veintemilla y postrándose a sus pies, que Montalvo les dio fama de grandes, le imploró clemencia. El general Ignacio que para el historiador Gabriel Cevallos García, no era tan malo como fue pintado en “Las Catilinarias”, accedió al pedido de la dama y conmutó la pena de emasculación por la más leve de confinio. Y menos cruel que Don Gabriel García Moreno que solía enviar a los frailes disolutos a las selvas del Napo, se conformó con ubicarlo en la fría y entonces alejada Guaranda. Pero aún falta el epílogo. El Dr. Fidel Castillo no era un enamorado vulgar sino un Tenorio de raza y supo reaccionar como tal. Así como a Don Juan Tenorio no le asustaban las amenazas de pena eterna ni el cenar con los difuntos, y más bien respondía con cinismo: ¡tan largo me lo fiáis!, a nuestro médico no le detuvo ni el susto que acababa de pasar y a poco conquistaba otra mujer,

que le dio dos nuevos hijos, con lo que se comprobó que seguía con todos sus atributos de varón.

**QUIÉN ERA MONSEÑOR MOCENNI SEGÚN JUAN LEÓN MERA.-** Concluido el episodio del Dr. Fidel Castillo, es hora de establecer lo que pensaban de Monseñor Moceni otros escritores y se verá cómo el mismo Mera confirma la pobre opinión que de aquel tuvo Montalvo, quitando la sospecha de parcialidad.

Mera dice que el problema de la suspensión del Concordato, la persecución del clero y la acefalía de algunas diócesis, vino a solucionarse con la presencia del Delegado Apostólico, a quien se presenta como a un eclesiástico de notable talento y con muchos merecimientos. Cree que su misión ante el gobierno de Veintemilla fue lograr algún sosiego para el clero y que logró la elevación al Arzobispado de Monseñor Ignacio Ordóñez, nombramiento censurado por los conservadores que vieron en ello mano de Veintemilla. Pero el honrado historiador reconoce que si es verdad que el dictador “hizo ese arzobispo”, este no se lo buscó, antes bien se resistió a aceptarlo y sólo se rindió por obediencia. Pero como “la historia es historia”, “no hemos de recomendar como absolutamente buena la conducta que Monseñor Mario Mocenni observó en el Ecuador”. Agrega que se metió en palacio más de lo que convenía a su dignidad y peor aún: “Condescendió demasiado, lisonjeó, aduló y, puso su figura respetable algunos grados debajo de la de Veintemilla...”.

Después de coincidir con Montalvo en este punto, Mera toca la motivación que provocó la publicación de “El Heraldo de las Siete Catilinas”, esto es lo que su autor llama “Pastoral Militar”, en estos términos: “Monseñor Mocenni no anduvo tampoco muy discreto cuando en una breve alocución dirigida al ejército, condenó a los ecuatorianos que pugnaban por salvarse de la tiranía de Veintemilla y por reivindicar las libertades nacionales. El deseo de contentar al gobernante le hizo dar este paso y cometer otras injusticias. Así pues, ¡dolorosa verdad! En la ortodoxísima sociedad ecuatoriana el delegado del Padre Santo no gozó ni las simpatías ni el respeto por lo sagrado de su carácter y misión especial”. En una nota Mera nos cuenta el caso del Dr. Vicente Cuesta, sacerdote cuencano que fue expatriado y al que le confiscaron sus rentas de Deán de la catedral de Riobamba. Al volver a la patria, reclamó sus derechos asunto que fue consultado a

Roma, que facultó a Mocenni, resolverlo; pero éste a su vez pidió informe a Veintemilla que naturalmente dijo que había tenido sobradas razones para haber procedido de la forma en que lo hizo y sin oír al sacerdote Cuesta, el Delegado Apostólico falló en su contra.

Es también interesante conocer otro dato que confirma la condición de satrapía que tuvo el gobierno dictatorial, reflejado en la increíble influencia que sus familiares tuvieron en asuntos de Estado, particularmente la sobrina y las hermanas del Jefe que en lugar, dice Mera, del gobierno de su casa, se inmiscuyeron en asuntos públicos “que no comprendían”. “Ya se ve, ellas no tomaban, de seguro, estas cosas tan arduas en lo que significaban y valen, sino como negocio de hermano y tío, a quien era preciso ayudar. ¡Pobres mujeres!”.

Solo hace falta un comentario y es que la época de Mera y Montalvo los derechos políticos de la mujer no fueron reconocidos en nuestro país; de aquí que no es justo censurar, como lo hacen algunos críticos, a Montalvo, por no haber asumido posiciones de avanzada feminista y celebrar en Mera una supuesta apertura a la participación de la mujer en la sociedad. Como se ve, la verdad es que tanto Montalvo como Mera, tienen una posición similar, al menos en esta ocasión, ni puede exigírseles más, dadas las condiciones de atraso de la época.

UN SERMÓN LAICO.- Monseñor Mocenni en su pastoral o breve discurso, ha dicho dirigiéndose al ejército del Ecuador, “la caridad dilata nuestro corazón”. De esta frase se toma Montalvo para dar una suerte de sermón laico, argumentando que la caridad es un conjunto tal de virtudes, que afirmar que se la posee es caer en el pecado de la vanidad. No puede en consecuencia haber caridad para los pícaros, ebrios, opresores o vanidosos como el dictador que se califica a sí mismo de “joven y valiente general” y aplicar en cambio el rigor a los hombres incorruptibles y amantes de la verdad. Y sentencia, “Jesucristo rompió la carta de la esclavitud y venció al Pecado: los que no quieren verla rota vencidos son por el Pecado y la Muerte los lleva prisioneros”.

A continuación aborda temas de gramática y lengua, en los que está como siempre celoso de su corrección y pureza, haciendo notar el “desbarajuste de la lengua castellana” en el que ha incurrido el italiano. Y no disculpa

su condición de extranjero, pues opina que quien no sabe una lengua no debe meterse a escribir en ella, bien es que en cualquier idioma, castellano o italiano, el que dice nuestro no podrá decir en seguida mío. Al latinajo et nunc Intelligite utilizado por el Delegado Apostólico, dice que este anda a tierra paredes en una lengua muerta; para él, porque a San Pablo en Atenas, el Deus abconditus, esto es el Dios desconocido, el Dios sin nombre, le pareció el más razonable. Y en una especie de adelanto de sus terribles folletos “Los Académicos de Tirteafuera” y “El Terremoto de la Lengua”, se burla del diplomático “transtiberino” (del otro lado del río Tiber), diciendo que si fuese moro, diría que está hablando aljamía y si cristiano, algarabía.

Sigue diseccionando la pieza de Mocenni, de la que extrae un trozo: “La profesión de las armas es digna de encomio cuando han dedicado sus ejércitos a la dilatación del reino de Dios en este mundo”. Y lo refuta arguyendo que ni los Césares ni los reyes modernos lo han hecho, ni tampoco los cruzados tuvieron por objetivo destruir las religiones del Asia sino librar el sepulcro de cristo de manos de los sarracenos. La religión ha servido sí, de pretexto a empresas de diferente naturaleza. Y ejemplifica el caso de la conquista de América.

“Los españoles vinieron al Nuevo Mundo, el crucifijo en la mano; más dudo que hubieran mostrado el mismo ardor de la conquista, si Atahualpa hubiera sido un pobrete, o si Moctezuma y su pueblo no hubieran tenido un grano de oro”.

Como también habría dicho que los soldados deben conformarse con su sueldo, le hace notar que Veintemilla no se conforma y que hasta se beneficia con “pourboise”, “buona mancia” y “alfileres”, o sea sumas de dinero asignadas a la mujer para su adorno o cosas banales, vocablos que en francés, italiano y español son la misma cosa, por lo que el dictador los recibe por triplicado.

Y hablando en serio piensa que los soldados no pueden desentenderse de su timbre de hombres civilizados, renunciando a las facultades de la criatura humana, “estas con las cuales nos levantamos a competir con los ángeles en inteligencia y estamos ennobleciéndonos por medio de nuestras aspiraciones al amor divino en el regazo de la inmortalidad”.



ENTRE LA SERIEDAD Y EL RIDÍCULO.- Montalvo conduce esta Catilinaria en compases alternados: ora asciende, profundiza y generaliza sus ideas, logrando gran altura, ora desciende a lo terrestre buscando defectos personales para herir al adversario. La duda anunciada en el inicio del folleto, de si refutar en serio con San Agustín y otras autoridades de la iglesia o descoyuntar los principios que Mocenni ha citado por medio del ridículo, se mantiene en todo el texto. Por eso consciente de su tarea, en la Catilinaria siguiente, la sexta, se refiere a la pregunta del ex Presidente de la Unión Colombiana: “¿Por qué fatalidad pluma como la de Juan Montalvo ha de ocuparse en catilinarías contra Catilinas que todos juntos no valen uno de sus rasgos?”. Y responderá: “Porque erré en el lugar de mi nacimiento, señor Don Santiago, como ya lo ha dicho de mí. Y nadie tenga esta razón por vanidosa...”. “Allí no hubiera yo escrito catilinarías, porque el gobernante no se lleva a su casa los caudales públicos, ni azota hombres con casaca y toso, ni castra a sus médicos según que lo ha hecho y lo está haciendo el buitre blanco que se titula presidente de la República del Ecuador”.

Ante el llamado a la obediencia a las fuerzas armadas, en abierto plan anticlerical, ataca a Mocenni tildándole de transtiberino y diplomático errado, cuando la Patria de Maquiavelo se ha caracterizado siempre por la prudencia de sus relaciones en el difícil arte de la política. Cuenta que en sus cómicas procesiones de Santo Domingo y Santa Catalina, salía un pelele monstruoso, feo y malo al que llamaban “mama gigante”, el cual agitaba los brazos rompiendo cabezas. Y pregunta: “¿Cuál será ese gran sacerdote para que en Quito le hayan bautizado con ese nombre?”. “Este clérigo hurta el puerco y da por Dios los perniles”. De aquí ya está cerca para reunir en una sola burla al Dictador Veintemilla, al general Urbina y al expresidente Borrero, a los que ahora agrega a Mocenni:

“Todo es amor entre estos tres Judas enamorados. A taita Mocenni y su hijito Cuichunchulli no les falta sino esa buena madre Celestina llamada Don Antonio para formar una cariátide de tres tontos de capirote en cuyas espaldas esté erguido el Amor apuntando hacia la Curia Romana”.

Tan violenta catilinaria que ha cambiado a los políticos ecuatorianos por el blanco de un sacerdote católico, viene a ser un prólogo o antecedente de la futura “Mercurial Eclesiástica”, en la que el protagonista es el Obispo Ignacio Ordóñez, a consecuencia de la Pastoral que colocó en el Índice de

libros prohibidos a “Siete Tratados”. Mocenni en su arenga a las fuerzas armadas da un resbalón al condenar la revolución salvadora que se ve llegar e intenta detenerla, poniendo como ejemplo, a la clásica escena de Adán y Eva en el Paraíso Terrenal:

“He aquí amados hijos el triste modelo de las revoluciones y sus tristes resultados”.

Montalvo se llena de ira y comenta irónicamente que el siglo XIX ha estado reservado para descubrir que nuestros primeros padres habían sido los más insignes revolucionarios del mundo:

“Adán comió la manzana y se proclamó Jefe Supremo. Pero no robó como Ignacio de Venterilla, ni castró a su médico, ni asesinó a los mejores ciudadanos del paraíso”. Agrega que nuestra madre Eva viene a ser presentada como una Theroigne de Mericourt “marimacho formidable que se anda a la pica del barrio de Sn. Marcelo”. Y sigue cuestionando el supuesto símil:

“Donde está el acta de pronunciamiento, el archivo, los principios de esos demagogos. A lo mejor amor libre y comunidad de mujeres. Eva hubiese hecho otra revolución a Adán y como tiene a su lado la serpiente el viejo sansimoniano se hubiese quedado en la estacada. Revolución entre dos, no hay personal”. De donde, concluye, que lo del paraíso no fue pronunciamiento o revolución, sino desobediencia. Por lo que si su Santidad León se enterase de las 21 herejías que contiene la dichosa pastoral, le podría perdonar todas, menos la de haber dicho que Adán y Eva fueron cómplices de la revolución francesa.

Monseñor Mocenni ha ratificado su pensamiento en estos términos, que le van a traer nuevas réplicas:

“Durante 3 siglos sucumbieron los mártires al rigor de las más injustas persecuciones, sin pensar nunca en mover sedición contra el imperio”. La réplica es que tal cosa podrá haber sido en los tres primeros siglos, que después ya no fueron tan bobos, por lo que los otros 15 están llenos de sediciones y conspiraciones de clérigos y jesuitas. Es interesante al llegar a este punto, comentar la posición que tuvieron sobre las revoluciones

el liberal y heterodoxo Montalvo y el conservador Mera, ambos de alma profundamente religiosa.

J. I. Cazorla hace notar que dos tópicos del orador romano Cicerón le impresionaron mucho a Montalvo; el uno el estilo fluido y rico de las discusiones filosóficas en su libro “Los Oficios”; el otro de carácter político, proveniente del mismo libro, que sirvió para impulsar en Roma el partido de los tiranicidas; “Quien mata a un tirano no es reo, aun cuando aquel fuere su amigo; antes bien el pueblo romano considera esta acción como un esfuerzo de virtud. No hay sociedad posible entre nosotros y los tiranos, sino declarada oposición. Es un deber exterminar esa sacrílega canalla. Así como se corta un miembro cuando perjudica al cuerpo entero, del mismo modo es menester rechazar de la especie humana esas bestias feroces que solo tienen de hombre la figura.”<sup>82</sup> Rafael Quintero por su parte, en su estudio introductorio de “La Dictadura y la Restauración” de Juan León Mera, hace notar que justifica las acciones emprendidas por los restauradores para derrocar a Veintemilla con absoluta claridad, sin ese lenguaje oblicuo, dice, de los políticos de la derecha, adoptando una posición francamente heterodoxa. Mera afirma que los pueblos tienen “el derecho... de resistencia contra la tiranía y de levantarse en armas para combatirla y recuperar sus libertades”... “pues el derecho de vivir, de defenderse, de ser libre, de ser feliz” es un derecho natural. Mera en sus cartas se pregunta: “¿Hay derecho para hacer una revolución?”, “Es conveniente la unión de conservadores y liberales”. Una de sus respuestas es esta:

“Levántate, requiere la espada de tu derecho, ahuyenta del santuario de la Legislatura a tus Diputados y Senadores indignos, desgarras su obra inicua, qué mala y arroja al viento sus cenizas”.

“... levántate Pueblo, sacude tu inercia, echa sin vacilar la mano a la espada de tu derecho, desnúdala, arroja del solio al miserable que así abusa de la potestad que le confiaste y labra tu desventura”. “Yo, que indudablemente soy el último de los pensadores, me atrevo a juzgar que no es moral ni filosófico eso de que un pueblo tolere por obligación y con la impasibilidad de un rebaño del imperio de la iniquidad que suprime sus más vitales y sagrados derechos”.

82 “La Filosofía de Montalvo”. Ponencia de Jorge Isaac Cazorla en el Seminario “Vigencia de Montalvo en la cultura nacional”.

Volvamos al “Heraldo”. Veintemilla a imitación de García Moreno, según su autor, ha hecho confesar a la tropa so pena de 500 azotes, lo que provoca un violento ataque contra la mala práctica de este sacramento y el de la comunión. Dice que la tía Cornelia (el general Vernaza) se confesó y comulgó en San Juan de Dios de Ambato cuando la Convención y pregunta: “¿Ha dejado de ser la alcahueta de más de la marca?”. Piensa que Veintemilla habrá también hecho lo mismo porque se embriaga, roba y persigue a los ciudadanos; que Monseñor Mocenni también, para soltar su pastoral y que él quisiera imitarles para contestarles.

Consciente de la reacción que pueda causar su burla, se cura en salud con estas palabras:

“Si a ruego de Ignacio de Veintemilla me viene el señor Mocenni con de estas pajarotas de prohibir o excomulgar, yo no haré sino volver este escrito al francés y hacerlo circular en Italia; y veremos cual pierde más, yo con su excomunión sin mérito, o él con mi mama gigante”.

Tomando a continuación el asunto en serio, recuerda a los encarecimientos y alabanzas a los que no toman parte en política, que entre los atenienses se castigaba con pena de vida a los se afiliaban a un partido político, ignorando la cosa pública: “Política es la discusión de grandes cosas: política son leyes, gobierno, felicidad del pueblo mediante la sabiduría y virtudes de los que legislan y los que ejecutan los decretos del soberano...”. Añade que esta de haber mil modos de servir a la Patria, pero el que se preocupa solo de cuidar su tranquilidad, no es más que el que arriesga la suya por el bien de los demás.

Según se deduce de sus palabras, su primera intención fue escribir únicamente cinco catilinarias; mas la provocación de Mocenni es lo que le obliga a añadir seis más, sin contar con “El Heraldo”, género de literatura, dice, que requiere audacia heroica: “Importa poco que sandios como Ignacio de Veintemilla y hombres sin veracidad ni buena fe como el historiador Cevallos, digan que me he enterrado con ellas”. En prueba de la equivocación de Don Pedro Fermín, da a conocer que sus dardos los han reproducido periódicos del exterior y cita a don Ricardo Palma del Perú, que opina: “Sus Catilinarias me recuerdan Los Castigos y Napoleón el chiquito, de Víctor Hugo” y

menciona a un “francés exaltado” que lo ha comparado con La Bruyere, por lo que toca a sus retratos.

Concluiré diciendo que en nuestro siglo hay críticos y escritores que piensan que en “Las Catilinarias”, es en donde mejor se refleja su carácter rebelde y combativo, expresado en una lengua que está entre la pasión por el purismo y la tentación por lo popular.<sup>83</sup>

## LOS EPISTOLARIOS

Varios son los epistolarios montalvinos que se conocen y han aparecido en diferentes épocas, producto de escritores nacionales y extranjeros.

Brillante sin duda es el del cubano Roberto D. Agramonte, por su conocimiento del personaje, penetración, cantidad de cartas recogidas (362) y notas abundantes que ilustran y guían al lector.

Otros son los de Antonio Jaén Llorente, español refugiado por muchos años en nuestro país; quien hizo pública la correspondencia mantenida entre la condesa Emilia Pardo Bazán y el «Cosmopolita”.

El escritor y periodista Isaac J. Barrera dio a conocer otro lote en la revista ferroviaria “La Nariz del Diablo” que contiene las relaciones del gran escritor con Rafael Portilla.

Las que siguen son las del ecuatoriano Dr. Galo Martínez Acosta con sus “Cartas y Lecturas de Montalvo” y las del colombiano Cayetano Uribe.

“Siete cartas” del intelectual y poeta Rodrigo Pachano Lalama, descubrieron un ignorado amor de Montalvo con la artista catalana, Clotildina Cerdá y Bosh, más conocida por su nombre artístico: Esmeralda Cervantes.

---

83 “Juan Montalvo entre la tentación por lo popular y la pasión por el purismo”. Ponencia de Juan Valdano en el Coloquio de Ambato.

Entre los más recientes hemos de destacar “Cartas de Montalvo a su sobrino Adriano”, obra de Oswaldo Barrera Valverde en base a la generosa donación a la Casa de Montalvo del Dr. Eduardo Román Montalvo, (46 cartas) descendiente de un hermano de Don Juan. Como no llegó oportunamente a manos del Dr. Agramonte, tampoco su edición contiene anotaciones.

Biógrafos como Gustavo Vásconez Hurtado, autor de “Pluma de acero o la vida novelesca de Juan Montalvo”; “Montalvo” de Darío Guevara; Oscar Efrén Reyes con “Vida de Montalvo” y “Montalvo un escritor entre la gloria y las borrascas” de Galo René Pérez, han utilizado inteligentemente algunas cartas fragmentarias e inéditas.

Hemos convenido que la más completa y extensa es la de Agramonte. Por desgracia, las que han circulado en todo el territorio nacional pueden contarse con los dedos de las manos. La Casa de Montalvo quiso desde el comienzo tomar a su cargo la difusión más de una vez, sin éxito. El magnífico trabajo del mayor montalvista extranjero continúa pues siendo inédito.

De nuestra parte nos habíamos comprometido a editar las cartas a y de Montalvo, como parte de la Biblioteca “Letras de Tungurahua”; luego de superar muchas y no siempre visibles dificultades, hemos concluido al fin tan dura y paciente tarea.

Las fuentes principales que hemos dispuesto son las siguientes:

- 1) Archivos de la Casa de Montalvo, que guardan la mayor cantidad de manuscritos (Ciudad natal del escritor).
- 2) Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit (Quito). Biblioteca Nacional de Quito y Archivo Nacional.
- 3) Cartas de amor cruzadas entre Lida y Montalvo (Libro Montalvo y Lida en Niza).
- 4) Inéditos del ler. viaje de Montalvo a Europa. El personaje francés Ledrú. Archivo del Dr. Plutarco Naranjo.

5) Inéditos del 1er. viaje de Montalvo a Europa. Temas familiares. (Archivo del Dr. Román Montalvo).

6) Investigaciones en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá en las bibliotecas nacionales de Madrid, Barcelona y Santander; archivo de la iglesia de San Francisco de Sales en Madrid y biblioteca nacional de Caracas. Resultados epistolares pobres, pero generosos en datos colaterales.

7) 2 cartas de Darío Lara y fuentes menores.

Así hemos logrado elevar el número de cartas publicadas en más de 100 y más de 146 con anotaciones que no existen.

Se ha considerado importante la necesidad de explicar al lector el significado de ciertas palabras (ecuatorianismos difíciles de captar por los foráneos). Se explica muy brevemente quién es el interlocutor y se establece la vinculación con nuevos hechos. Pero quizá lo más importante sea la ubicación de los escritos en el tiempo y en el espacio con la palabra espontánea del autor que las escribió sin pensar que alguna vez se harían públicas.

El Primer París 1857 - 1860

Por cierto que las actividades del carteo comienzan o se conocen en la madurez del comunicador y estando fuera del país. Nada hay por lo mismo con anterioridad a 1857. El escritor epistolar comienza de golpe en Europa y a pesar de que las primeras son necesariamente íntimas confirman en ciertos trechos que el tigre estaba ya armado de sus garras y que en el Nuevo Continente sólo las pulió.

Sus ideas democráticas, su vocación por el republicanismo y el consiguiente rechazo de los reinados clásicos de Europa, trazan la diferencia entre el aristocrático realista y el incipiente respeto al pueblo, de América.

El lector identificará desde el comienzo su fobia a tiranos y reyezuelos, dondequiera asomen, equilibrada con su admiración por la civilización y

respeto al europeo, que le lleva a calificarse en un trasfondo entre orgulloso y burlón, del “Salvaje Americano”.

Es evidente que muchas cartas se han perdido, lo que no impide observar la desadaptación y la añoranza por su tierra, de nuestro viajero.

Expliquémoslo: se produjo un choque del joven escritor casi pueblerino acostumbrado a un ambiente patriarcal, tranquilo, silencioso e integrado por familias sólidamente unidas en las buenas y en las malas con el contraste del bullicio de coches; el agitado movimiento de un país europeo iniciándose en la era maquinista y con ella la deshumanización, el “splin”, la incomunicación familiar, la mendicidad y los suicidios. Montalvo como buen serrano añora los espacios abiertos con las altas y hermosas montañas de su tierra. París no es, -concluye- el paraíso imaginado desde el soleado Ecuador; se resiente con el frío del invierno europeo y vuelve más que nunca los ojos a la patria lejana.

Por cierto que disfruta de las librerías, de los museos de arte, la buena música, el teatro de la ópera, en fin, la cultura. Detalles todos que adquieren vida gracias a la serie de cartas inéditas dirigidas básicamente a su hermano mayor Francisco Javier.

Simultáneamente aparece el romántico que habitaba en él, al descubrir en sus viajes por otros países, la belleza de Italia y las ruinas de la antigua civilización romana. El arte de Florencia y la magia de Venecia revelan otro aspecto desconocido: el que estas cartas las escribió en lengua italiana y dirigidas al poeta Julio Zaldumbide.

En cuanto a las otras cartas de viajes, fueron enviadas y publicadas en revista de su patria: “La Democracia” de Quito, que encierra una crítica a los frailes en Roma y al retraso de la población la cual fue a su vez, censurada acremente en el Ecuador, por el clericalismo de la época. Este temprano choque de ideas políticas opuestas se produjo antes de que retornara de su país y por lo mismo anterior al que sostendrá con García Moreno.

En sus funciones de secretario de la Embajada del Ecuador en París y Roma,



defiende de manera brillante los derechos territoriales ecuatorianos en carta dirigida en francés al periódico *Le Siecle* y en carta a su hermano Francisco Javier, describe el estallido de la guerra europea, da una lección de política Internacional justa y profunda, abocando el derecho de la república italiana a ser independiente.

#### Retorno al Ecuador 1860 - 1869

Apoyado en muletas por su artritis y venciendo otras dificultades, retorna a su patria que afronta una disputa de fronteras con nuestro vecino, el Perú, desarrollando su política en un descanso fechado en Bodegas. En las 2 versiones de cartas conminatorias consciente de su poder con la pluma, aparece audaz y orgulloso, dándole lecciones nada menos que al Presidente de la República lo que señala el inicio del escritor militante.

En este Período la comunicación epistolaria disminuye y por otras fuentes se conoce que está recuperándose de la salud y vive un amor apasionado como todos sus afectos. Además ha dado a luz a su primer libro: “El Cosmopolita” del que hemos recuperado algunas cartas para nuestra colección, entre otras aquella que menciona a su amada, a su matrimonio y a su tierno hijo, bajo el título de “Carta de un padre joven” firmado con el anagrama de Tomambol (Montalvo).

Su contacto en Francia continúa a través de su amigo Ledrú y su esposa Enriqueta, a los que podemos añadir a los poetas Víctor Hugo y Lamartine.

Luego del simpático juego espiritista con un Don Juan ya “muerto” por su ausencia de correspondencia, su combate se radicaliza sumergiendo a García Moreno en el mismísimo infierno y acompañado por todos los tiranos de América.

Otros contactos de trascendental importancia para el futuro de nuestro escritor ocurren con personalidades de Colombia: Miguel Antonio Caro, el filólogo Rufino José Cuervo, diferentes en sus concepciones políticas, pero unidos en el amor a la pureza de nuestra lengua; característica de los

habitantes de la alejada rivera del pacífico sur todas estas cartas se leen dirigidas a San Juan de Dios (Ambato) y a Quito de un lado; de otra, a Bogotá.

## EL DESTERRADO 1869 – 1870

Casi bruscamente, después de la descalificación al Congreso de García Moreno, lograda por Montalvo, (carta de ruptura con Pedro Fermín Cevallos), su amigo liberal Cayetano Uribe le salva de caer en las garras del líder conservador, facilitándole su ingreso a tierra de Colombia. Desde el ostracismo, el ecuatoriano sorprenderá con una carta de París, en la que Justifica su aventura: “¿Vamos a ver, vivir o morir arrastrado por esos ruines pueblos, hambreado y embrutecido? No era peor que venir a buscar aunque sea el hambre en el mundo de la luz...”.

Evitando a sus coidearios dejará la capital francesa y buscará el clima mediterráneo de Niza en donde le espera el amor de la alemana Laida Von Krelin, conocida también como Lida. El montalvista Dr. Plutarco Naranjo comenta así la correspondiente colección: “... la pista de una olvidada correspondencia con la cual nos deleita de este libro en el cual ha agregado las necesarias notas, el carácter histórico, geográfico y de otra índole, a fin de que se pueda seguir sin oscuridades, el hilo de ovillo de un inolvidable amor de Montalvo...”.

Sus corresponsales serán también José María Samper, y la Condesa Valentina de la Martine.

Después de un año retornará a su Tebaida, la población colombiana de Ipiales en la orillas del río Carchi, frontera del Ecuador.

Aunque aquí escribe libros capitales como “El Regenerador” “El Libro de las Pasiones”, “Siete Tratados”, el inicio de “Capítulos” también hizo de conspirador según lo revelan su correspondencia, y sus vitriólicos folletos.

Movilizándose por los senderos de Tumaco y Barbacoas en andas de mulares conducidas por arriesgados pastuzos, cruza la frontera del Carchi y busca la manera de convencer a los jóvenes en especial, de la necesidad de derrocar a quien se desempeña como primer mandatario del Ecuador. Sus principales corresponsales fueron pues sus paisanos y colombianos de ideas políticas comunes, es decir liberales, en un marco de su absoluta confianza, que llegan por vías nada normales para lo cual muchas noticias no llegaron a sus manos y por lo mismo carecen de retorno.

El amigo del cual se sirvió fue Rafael Portilla que conforma una de las series de cartas más nutrida; luego siguen, “Don José” (pseudónimo empleado para comunicarse con Roberto Andrade), Rafael Andrade, en fin, los que derrocaron al tirano. Del Dr. Manuel Polanco y Carrión guardamos en copia fotográfica el manuscrito “El último de los tiranos” de Montalvo, gracias a la gentileza del Dr. Manuel Guzmán Polanco.

El estilo de este carteo como lo verá el lector, ha dejado de ser literario y pasa a ser de acciones políticas. Uno de ellos fue nombrar a quien debería reemplazar al Presidente abatido el 6 de agosto de 1875 del cual no debería sobrevivir ningún recuerdo, ni siquiera de sus leyes. Montalvo se valió de un documento que él mismo redactó y que tituló “El voto de Imbabura” al que siguió el de Pichincha, pidiendo al Presidente Interino Borrero que convocara a una convención.

Éste sería según Roberto Andrade el origen de la revolución de la que se apropió el general Veintemilla.

Atrás parecería haber quedado su pluma de escritor de románticos paisajes y recuerdos, para ceder el sitio al conspirador que combate sin tregua al enemigo.

Abiertamente propugnó la teoría del “puñal de salud” que echó abajo al poderoso y al parecer indestructible García Moreno.

Ciertamente que su pluma lo mató; pues los complotados se nutrieron de su pensamiento y proclamas. Hasta que al fin después de siete años de

extrañamiento, de sobrevivir sin los alimentos necesarios o con los pocos que llegaban de los suyos, también ocultos y perseguidos, volvió a pensar y planificar su retorno el mismo que demoró por el mal tiempo en parte; por su decisión de retornar como un triunfador, por otro.

#### OTRO TIRANO: VEINTEMILLA (1879-1885)

El fracaso del presidente Borrero, cerrado hasta su derrocamiento, en gobernar con leyes garcianas, que eran para Montalvo “como acostarse en la misma cama del tirano”, propició la toma del poder del general Veintemilla, que a los pocos meses de su dominio, desterró a Montalvo a Panamá. Después de siete meses y gracias a la intervención de los amigos pudo retornar y dijo dolerle más que los siete años de garcía Moreno.

Lastimosamente no se conocen cartas de la etapa del exilio en Panamá, debiendo consolarnos con imaginarlo despidiendo fuego alimentado por el calor del istmo.

La correspondencia es sustituida en parte con dos fuegos (Los periódicos “La Candela de Quito” y “El Espectador” de Ambato) con los que enterró a la Convención de Ambato en el año de 1876.

En esta época el autor de Las Catilnarias recibe a través de una carta la invitación a refugiarse en su casa de Guano, por su homólogo “Juan Montalvo” conocido con el apodo de “El Huaraca”. Recordemos que la línea paterna del gran escritor viene de la susodicha población guaneña.

Cada vez más cerca de ser aprisionado por Veintemilla, nuestro personaje se vio obligado a exiliarse nuevamente en “La ciudad de las nubes verdes” (Ipiales). Todos sus amigos y parientes entraron en combate; tales Luis Miranda, Roberto Andrade, Rafael Andrade y Rafael Portilla, a quien habla en una de sus cartas del título original de la más conocida de sus obras, como “Siete Tratados y tres musas”.

Nuevamente el militante conspira, escapa de envenenamientos, del

internamiento en el Patía y negocia armas sólo para ecuatorianos, sin perjuicio de reclamar la presencia de Ramón Rosero y Evangelista Burgos alentando a sus soldados a unirse a la inminente derrota del “tiranuelo”, pues oyó que los tulcanes gritaban.” ¡Viva Montalvo! muera el Mudo (Veitimilla).

El escritor vestido de poncho o ruana, zamarros con piel de cordero, guantes de piel de ante y sombrero alón de punta, comerciaba armas convertido en un revolucionario; arenga a sus paisanos: “Queda al juicio y al corazón de ustedes el venirse o no: hambre de veras no tendremos; y si la tenemos nos la comemos con honra y con valor”.

Estos años los de mayor combatividad, mantuvo gran contacto con el otro líder Eloy Alfaro, lastimosamente con escasez de cartas.

Finalmente, según se lee en las cartas a su sobrino Adriano, todos los Montalvos fueron perseguidos, encarcelados y desterrados.

Las montoneras de sublevados se levantaron en armas por todo el país, siendo recogida una nómina parcial del llamado “Escuadrón Sagrado” en una carta semi épica a su hermano Francisco Javier.

Luego de algunas cartas desde Panamá saltó por tercera vez el “Gran Charco” que separa América de Europa.

## LA ÚLTIMA EUROPA 1882 – 1889

En dos partes se subdividen estos años: su apoteosis y el acercamiento hacia su muerte, precedidas por cartas familiares con su paciente sobrino Adriano Montalvo Sevilla.

Para variar, la edición de “Siete Tratados” le tuvieron al filo de la angustia, ya que las promesas de financiar la edición de sus amigos pudientes, no pudo cumplirse en el tiempo y en la cantidad esperada. El libro en dos tomos salió

de la prensa con su autor al filo de ser enjuiciado. En el otro extremo del mundo, lejano de aquel entonces, dos manabitas; Alfaro y Macay, libraban también su batalla.

Venciendo dificultades y sustos los dichosos “Tratados” triunfaron al fin y obtuvo un reconocimiento universal de modo particular en España. Menos, muchísimo menos, en Francia; no estuvieron en este último París, otros Hugos ni Lamartines; ni siquiera un Ledrú.

Haremos una lista parcial de cartas y sus orígenes: Benito Pérez Galdós, Gaspar Núñez de Arce, Canóvas del Castillo, Pedro Antonio de Alarcón, Emilio Castelar, Antonio de Trueba, María del Pilar Sinues, Juan de Valera, Clotildina Cerdá y Bosh, Emilia Pardo Bazan, Marcelino Menéndez y Pelayo, Luis Carreras Lastortra, etc., de diversas regiones de España; Eduardo Calcaño, Carrillo y Navas de Venezuela; Julio Andrés Topete, uruguayo; Manuel Peralta y Rubén Darío de Costa Rica; Boris de Tanenberg de Rusia, más cartas de Francia, de Estados Unidos, Inglaterra, de Colombia, y otros, ciertamente que justifican y hacen honor a su calificativo de “El Cosmopolita”.

Entre las figuras que más se identificaron con su persona pueden señalarse a los siguientes: En el análisis de su prosa, Don Luis Carrera de Cataluña que en su “Los prosistas contemporáneos de Madrid estudio sobre el arte de escribir bien”, lo consagra entre los mejores, sino el mejor de la lengua española; la Condesa Emilia Pardo Bazán (Galicia), en la fidelidad, cariño, penetración y escritura de cartas únicas en su género; Clotildina Cerdá y Boch, (Catalana), en el amor total.

Y claro no podían faltar los personajes de aquel episodio absurdo de obligarle a que existiera -como dijo- fuera de la Academia. Claro está, a un combatiente como él, fue un nuevo acicate para responderles ferozmente.

Por su importancia D. Marcelino Menéndez y Pelayo: por su identificación con el azul de su poema, el poeta nicaragüense Rubén Darío.

De entre los ecuatorianos, no hay que olvidar la confianza que el escritor dispensó al cuencano Federico Malo, con 35 cartas.

Y al nivel familiar, ese admirador, fiel y respetuoso joven que fue su sobrino Adriano de sus críticas y quejas. Se puede afirmar que Montalvo lo trataba como a un hijo. Y cierran con broche de oro quienes se ocuparon de su despedida definitiva: el Dr. Agustín Yerovi, Don Clemente Ballén y la Sra. Augustine Catherine Contoux todas dirigidas a su hermano Francisco Javier Montalvo.

## CUADERNOS DE APUNTES DE MONTALVO I

Es criterio generalizado que todos los escritos de Montalvo han sido ya publicados, y posiblemente el mismo es razonable en lo que se refiere a obras terminadas y ubicadas dentro de un género preciso, como ensayos, polémicas, novela, teatro o periodísticas, conocidas por los lectores y consagradas por la crítica.

Sin embargo en el afán de sacar a luz sus obras completas, hemos realizado una serie de investigaciones y contactos, que nos han permitido, luego de una búsqueda paciente y minuciosa, dar con manuscritos montalvinos aún inéditos, que no porque sólo contengan anotaciones y comentarios dispersos, no sean también de mucho valor.

El gran escritor español del siglo pasado, Don Juan de Valera, el insigne escritor cubano de nuestros días, Dr. Roberto D. Agramonte, el amigo y partidario de “El Cosmopolita”, Dn. Roberto Andrade, entre otros montalvistas, han sido unánimes en manifestar que toda página de Montalvo merece ser publicada, opiniones autorizadas que hemos decidido acoger.

“Páginas Inéditas” de Montalvo, fueron editadas, prologadas, traducidas y anotadas justamente por el Dr. Agramonte en 1969, por Editorial Cajica de México.

A los 28 años de aquel descubrimiento, tenemos el gusto de contribuir con nuevos inéditos montalvinos, dentro de la Biblioteca “Letras de Tungurahua”, del Ilustre Municipio de Ambato.

La base para la presente publicación son ocho cuadernos de apuntes de puño y letra del gran escritor, advirtiendo que uno de ellos forma parte de “Páginas Inéditas”, ya publicadas, mas habiéndose escapado uno que otro párrafo y traducción, hemos decidido darlo a estampa junto a los que han quedado sin imprimirse.

Los cuadernos y libretas son de diferentes formas, tamaños y número de páginas, corresponden a diferentes períodos de la vida del escritor, según puede deducirse por las fechas, contenidos y caligrafía variable. Los manuscritos calculamos corresponden a un período aproximado de dos décadas: la del 70, relacionada con su segundo viaje a Europa; y la del 80, con su tercer viaje. De esta última se leen fechas concretas que van hasta mediados de 1888; páginas en blanco y la ausencia de datos de los últimos meses del 88 y de los 17 días del 89, fecha de su muerte, confirman que el último año de su vida, fue como se ha dicho, un año perdido: no escribió casi nada, agobiado por la enfermedad.

¿Cuál es la importancia de estos cuadernos? Trataremos de contestar a esta pregunta, que la hemos escuchado formular y que la hacemos también nuestra.

Como es sabido largos años pasó Don Juan fuera de su patria y en varias temporadas, desprovisto de auxilios económicos, de amigos y de libros. “¡Sin libros!”, exclamó él mismo en su destierro de Ipiales, para ponderar su soledad, y ciertamente nada más penoso y hasta trágico para un estudioso, para un intelectual, para un lector empedernido, vamos, para un escritor de profesión, que encontrarse ¡sin libros!

La explicación que se ha dado a que sin embargo escribiera tan copiosa y profundamente, pese a no tenerlos a mano ha sido su portentosa memoria, que ha cobrado fama casi legendaria. Uno de sus biógrafos cuenta que Montalvo, cuando joven estudiante del Convictorio de San Fernando, a continuación de que un compañero pronunciara un discurso, lo repitió textualmente ante los asombrados circunstantes. Tú lo conocías de antemano, le dijeron. No, sino que la intervención de un amigo, merece toda mi atención, fue su parca respuesta.



Sin pretender dudar de esta portentosa facultad, es evidente que sus cuadernos de anotaciones, nos demuestran que ellos jugaron un importantísimo papel en su tarea de escritor, como auxiliares de su memoria.

El inmenso acervo de datos que contienen, nos permiten saber o ratificar cuáles fueron sus fuentes de información, o en otras palabras, los libros, periódicos, bibliotecas y autores preferidos. Podemos adelantar que allí están clásicos griegos y romanos como Sócrates y Cicerón; clásicos españoles, como Cervantes, Mariana, Rojas, Granada; y contemporáneos suyos, franceses, alemanes, italianos, ingleses.

Podemos también enterarnos de aspectos menos conocidos como su afición por la música, la pintura y los grandes maestros de estas artes; el gran interés que demuestra por los hombres de ciencia, sus inventos y descubrimientos, al iniciarse en su época la revolución científica que transformará al mundo y lo hará progresar vertiginosamente en el siglo por venir.

El lector se enterará de algunos detalles desconocidos de su vida personal, de su actitud frente al matrimonio, al paso que ratificar otros, como su amor a los niños, y sus conceptos políticos, éticos, religiosos y filosóficos.

Porque no solamente que copia lo que varios autores dijeron y a él le interesa, sino que los va comentando y al hacerlo, recreando pensamientos nuevos, muchos de ellos, profundos y originales, de lo que suele dejar constancia expresa. No fue pues un escritor afilosophado como se ha dicho, tratando de restarle méritos, ni siquiera sólo un pensador teórico, sino que vivió con la sabiduría, modestia y virtud propias de un filósofo.

El conocimiento de otras lenguas se refleja en sus párrafos en latín, italiano y desde luego en francés, tanto que un cuaderno entero lo ha escrito exclusivamente en ese idioma.

La selección y abundancia de anotaciones que hace nos revela que dispuso de una especie de fichero personal, logrado a través de muchas lecturas y esfuerzo, por lo que su enciclopedismo y su formación humanística, no aparecen como un don gratuito solamente.

Un refranero de lo más castizo en lengua castellana, una serie de disquisiciones filológicas, serán un gran material para gramáticos y lingüistas.

Algunas citas le sonarán al lector enterado como muy conocidas, indicándole que ellas fueron usadas en sus libros ya publicados.

La observación de algunas anotaciones publicadas de algunos de los artículos atribuidos a él y aparecidos en revistas francesas sin su firma identificadas oportunamente, confirman que efectivamente, fueron de la pluma de Montalvo.

Pero no solamente el estudioso podrá disfrutar de su lectura, sino también el lector corriente. Anécdotas de su experiencia personal, contadas por él mismo; breves relatos de otros autores o personajes, sabrosa e irónicamente comentados, gustarán y son una prueba adicional de que no careció del sentido del humor.

Nuestro trabajo ha consistido primeramente en trasladar los manuscritos a una versión mecanográfica, identificando los no siempre claros rasgos de Montalvo, sobretodo cuando escribe a vuela pluma.

No hemos creído conveniente mantener la ortografía original de la época de los textos, reemplazándola por la actual y en tratándose de cuadernos de apuntes, se comprenderá que hemos suplido alguno que otro signo de puntuación, letra o palabra y en más de una nos habremos equivocado.

En lo que se refiere al ordenamiento de los cuadernos para su publicación, nos hemos decidido antes que por un hipotético orden cronológico, por una más amena combinación de temas, lo que no perjudica para nada al contenido.

Luego ha seguido la traducción de los párrafos en francés y una paciente y devota corrección a cargo de Oswaldo Barrera Valverde.

Y la tercera revisión la ha hecho el otro miembro del Consejo Editorial, Luis Pachano Carrión.

El título puesto por Montalvo a este cuaderno de anotaciones, “Cicerón y sus obras” se explica porque predominan las que tienen que ver con el famoso orador romano, pero también con los últimos avances de las ciencias.

Se trata de un cuaderno grande de 110 páginas, empastado en color café, con varios párrafos en francés. Datos registrados el 15 de Junio de 1887 y la presencia de algunas páginas en blanco, hacen pensar que quedó inconcluso y por lo mismo se trataría del último de sus cuadernos en orden cronológico, aunque se lea Tomo 7o., en caligrafía montalvina.

Aunque en general se trata de un conjunto de notas dispersas, al interiorizarse en ellas, el lector entrará en contacto con el mundo de las humanidades greco-latinas, tan del gusto de nuestro escritor, como también de otros aspectos de su vida y pensamiento. Así en un corto pero decididor párrafo, establece un paralelo entre el destierro y vida conyugal de Cicerón, con la suya propia:

“Cicerón repudió a su mujer Terencia, porque le había mirado con frialdad en su destierro; no le había enviado los auxilios indispensables, ni salido al encuentro cuando regresaba a la patria. Como se detuviese algún tiempo en Brindes, Tulia su hija, superando toda clase de dificultades fue a abrazarle. Terencia le negó todo lo que debió proporcionar a su hija para el viaje. Esta fue otra causa del repudio de esa mala esposa. Si el repudio fuera permitido por nuestras leyes, pregunto yo si no tendría las mismas, exactamente las mismas, para repudiar a la mía? Siempre es un consuelo concurrir en la misma desgracia con hombres como Cicerón”<sup>84</sup>

La admiración por el romano que combatió al tirano Catalina, tanto que llamó “Las Catilinarías” a su demolidor libro contra el dictador Veintemilla, se encuentra a cada paso.

En otra nota Montalvo nos sorprende cuando copia en latín versos del

84 Los subrayados son de Montalvo.

emperador Adriano, despidiéndose de la vida, y la casualidad de que la célebre escritora belga contemporánea nuestra, Margarite Yourcenar, también haya copiado iguales versos, para la introducción de su libro “Memorias de Adriano”. Luego Montalvo pasa como es usual en sus cuadernos al idioma francés, con “Diálogos con los muertos” de Fontenelle, réplica de los de Adriano, en un práctico bilingüismo.

En cuanto al titular relacionado con las ciencias, sus apuntes de los más variados, revelan la gran información que acerca de ellas logró obtener, y es una lástima que no haya tenido tiempo para desarrollarlas, como debió ser su propósito.

Nombres como el del químico Cay Lussac, Jorge Cuvier, el padre de la Anatomía Comparada, que dará fundamento a las teorías evolucionistas; el del médico francés Messmer que descubrió el fenómeno hipótico, atribuyéndolo al magnetismo, el naturalista Geoffroy de Saint Hilaire, el astrónomo Flanmarion que aparece en sus artículos de “El Espectador” y que en esta nota se refiere a su explicación del mundo a partir de la creación del hombre (Diciembre 25 de 1885), indican que Europa vivía el formidable desarrollo de las ciencias y que el escritor estuvo consciente de su trascendencia:

“En cuanto a la botánica, sus más notables cultivadores en Francia han sido Lheritier, Ventenat, Pyrano de la Candolle y Lorenz de Jussieru (1748-1836). Antes de estos sabios no se conocían sino 1.300 plantas; en veinte años este número estaba duplicado. ¡Y ahora!”.

“Cuvier tomó como socio científico o colaborador a un joven llamado Geoffroy Saint Hilaire, quien vino luego a ser uno de las naturalistas más grandes del siglo XIX. Estos dos sabios compañeros “No almorzaban ningún día, antes de haber hecho algún descubrimiento”. Según la propia expresión de uno de ellos, la ciencia les había unido, la ciencia los separó, pues acabaron por ser rivales. La pasión de Cuvier por la historia natural era tan vehemente, que apenas dejaba algo que descubrir a sus discípulos Dumenil y Duvernoy. Otro de sus más bellos libros es “El reino animal”.

Junto a nombres de los científicos, han quedado también registrados, no podía ser de otra manera, los de los músicos, revelando sus preferencias y contactos melómanos. Allí están Cherubin, Méhul, Lessuer; el primero con sus óperas “La hostería portuguesa”, “Las dos Jornadas”, “Aquiles en Seinos”, “Los abencerrajes”. Ya que tocamos este punto, hay que recordar que en sus cartas a su hermano Francisco Javier, en su primer viaje a Europa, su distracción favorita era concurrir a la ópera y que amó a la artista del arpa, la catalana Esmeralda Cervantes, cuyo verdadero nombre era Clotildina Cerdá y Bosh” (Ver “Siete Cartas” de Rodrigo Pachano Lalama).

Entre los pintores, hay notas sobre David y su célebre cuadro “Napoleón”; Ingres y el suyo “Edipo y la Esfinge”, los grabados góticos del alemán Alberto Durerro, “Las Tres Gracias” de Rafael, etc.

Un dramático relato de los leprosos de Tierra Santa, narrado por la princesa Say Wittgenstein, que propone en su favor una suscripción de los pueblos cristianos de Europa para la construcción de dos hospicios, uno para hombres y otro para mujeres, es comentado por Montalvo en francés: “Ceci pour mon drame “La Leprosa”. Esto para mi drama “La Leprosa”.

Podríamos seguir espigando largamente en tan abundante y ameno material, pero quizá para matizar convenga traer aquí dos notas de carácter histórico-político, protagonizadas por Napoleón:

“El resplandor de las llamas de la flota turca, cuando Napoleón le metió fuego en Gizeh, iluminaba a una inmensa distancia, las paredes de las pirámides. Este es el estilo de Napoleón cuando pone por escrito sus recuerdos”.

“Napoleón tenía por costumbre en Egipto discutir las fuentes de la religión de Mahoma con los sacerdotes que se reunían todos los días en su palacio. Los ulemas de Gama el Axhar, al salir el sol, se presentaban en las puertas del primer Cónsul, la guardia les rendía las armas, y con grandes ceremonias eran introducidos en la sala de honor. Entraba el general, se sentaba entre ellos, y muy gravemente como el mejor mahometano, discutía acerca de los lugares más íntimos del Corán. Los ulemas admirados, concibieron por él una como veneración.

Este hombre de estado no vaciló en dar preferencia a la religión de Mahoma sobre la de Jesucristo, y ofreció a los sacerdotes que dentro de un año,

cuando el ejército estuviese suficientemente instruido en la ley del islamismo, la abrazaría. “It fit faire les plans et les davis d’une mosqueé assez grande pour contenir toute l’armée” (Hay que hacer los planos y el presupuesto de una mezquita tan grande que quepa toda la armada), dice el mismo en las Memorias de Santa Elena, le Jour où Il reconnoitrait la loi de Mahomet”. (El día en que se reconozca la ley de Mahoma). En Siria, al contrario, hacía leer todas las noches la Biblia en medio de los soldados, por sacerdotes cristianos. Esta es la religión al servicio de la Política (Original)”.

### DISQUISICIONES FILOLÓGICAS Y REFRANERO<sup>85</sup>

98 páginas, libreta de mediano tamaño, empastada en rojo, contiene un conjunto de notas en las que predominan las filológicas y los refranes.

Apasionado por formas gramaticales desusadas o neologismos, copia y subraya metódicamente las que más le interesan y logra una colección de la que hará buen uso.

Como bien advirtiera a sus críticos y detractores, ellos corrían el peligro de encontrarse con los mejores escritores y autoridades de la lengua castellana, tras de unas cláusulas montalvinas. Efectivamente los giros, torneos de frases, modismos, uso de preposiciones, adverbios, etc., provienen de Copmany, Mariana, Clemencín, Granada, Coloma, Cervantes, Fernán Caballero y decenas más.

Aquí van algunos ejemplos:

“Y aunque corren las cosas de la manera que digo, no me sufre el corazón que deje de oponerme a la violencia de los nobles”.

“Pues oh buen Jesús, cual estaba vuestro corazón, puesto en artículo de tanta necesidad?”.

---

85 Este título al igual que los de otros cuadernos que carecen de él, fueron asignados por el autor del presente estudio, con fines de investigación.

De La Celestina, atribuida, dice, a Juan de Mena, concluida por Fernando de Rojas, son estas expresiones:

“Mal me quieren mis comadres, porque digo las verdades” “Oh hideputa el pelón, y como se desasna “.

De “Lengua y Gramática” de Jovellanos:

“No eran en realidad más que providencias momentáneas exigidas por acomodadas a la situación del Estado”, modismo que usa Jovellanos, acumulando las preposiciones, por evitar el vicio de que una misma sirva para dos verbos que piden distinto régimen, como tan a menudo sucede cuando la Academia dice “Enzarzar-poner a cubrir de zarzas” cuando debía poner zarza, cubrir de zarzas. Pero mucho cuidado con este giro, que puede salir duro”.

Naturalmente abundan junto a numerosos casticismos, citas de Don Quijote y Sancho de Cervantes, que hacen comprender que Montalvo se encontraba preparando sus “Capítulos” o mejor, su propio Quijote.

El distanciamiento que siempre hubo entre Cervantes y Lope de Vega, continúa en estas notas de lenguaje, en las que el escritor ecuatoriano, invariablemente respalda al primero. Tales una concesión al vulgo de Lope, censurada por Cervantes o el uso de la palabra emperatriz, que Lope reprueba. A esta cuenta, dice Lope, ya podía empezar a llamarse a la embajadora, embajatriz; a la tutora, tutriz, con lo cual “la curiosa bachillería va latinizando con aspereza lo que tiene en su lengua de blandura”. Pero Montalvo hace notar que Cervantes no hizo caso y usó la voz emperatriz, y en su refuerzo, acude a Clemencín:

“La hermosura y perfección de las lenguas depende más bien de la construcción, de la flexibilidad de los verbos y otras causas, que de las palabras consideradas aisladamente: y por lo que toca a las riquezas, no hubiera llegado a lo que tiene el idioma castellano, si el uso de los autores se hubiera ajustado siempre con rigor a las máximas de los puristas”.

Obviamente no pueden faltar los romances del Cid, del Marqués de Mantua, del Arcipreste de Hita o de Lanzarote en los libros de caballerías.

“Que no te pena mi male? / De mis pequeñas heridas / Compasión solías tomare; / Agora de los mayores / No tienes ningún pesare”

“Muera, afuera Rodrigo / El soberbio castellano: / acordásete debiera / de aquel tiempo ya pasado / cuando fuiste caballero / en el Altar de Santiago”.

Ejemplos de las anotaciones que Montalvo utilizó en su Quijote, aplicándolos a su medio y satirizando a personajes de la política ecuatoriana, son los siguientes:

“Trasquilar a cruces: lo que los indios llaman Pata Pata. No se puede traducir mejor. Esto el Fuero Juzgo llamó esquilar laidamente; y el Concilio de Toledo, turpiter decalvare”... “Esta frase de Covarrubias en su Tesoro de la lengua castellana, era pena antiguamente impuesta a los que se casaban dos veces”.

Montalvo la empleó en su Capítulo VIII: “Turpiter decalvare, dijo el buen viejo que picaba de latinista, y era tío desgraciado de uno de los clérigos; de esos parientes que, por humildes y pobres en demasía, suelen huir de la mesa principal.

Las palabras Brial y Guardainfante que hallamos en su cuaderno, serán el punto de partida para sus personajes Conde Briel de Gariza y Huagrahuasi, conocido como el cruel Moureno, casado con la Condesa Remigia Guardainfante, que satirizan a Gabriel García Moreno y a Dña. Rosa Ascázubi.

Esta alegoría está en el Capítulo XI que trata “De la tenebrosa aventura de la cautiva enamorada”.

En otra anotación de un texto de Clemencín, se lee: “Cervantes quiso pintar



en Montesinos, un viejo de los rampones de su tiempo”, la misma que la traslada a su Capítulo XVI: “De la casi aventura que casi tuvo D. Quijote ocasionada por un viejo de los ramplones de su tiempo”.

Otra parte de este cuaderno contiene una selección de refranes, algunos de los cuales el lector los encontrará en boca de su Sancho, y están respaldados por el autor de “Diálogo de las lenguas”, Juan Valdez: “Lo más puro castellano que tenemos son los refranes”: Aquí van unas pocas muestras: “A la mujer brava, sogá larga”. “El ama brava es la llave de la casa”. “La moza mala hace al ama brava”. “Al capón que se hace gallo, azotallo” “La sangre se hereda y el vicio se pega”. “La verdad adelgaza pero no quiebra” “Más vale flaco en el mato que gordo en el papo del gato” “Cien años de guerra y no uno de batalla” “Quién lejos se va a casar, o va engañado, o va a engañar” “Quien en un año quiere ser rico, a medio día le ahorcan”.

Montalvo ha hecho también un diccionario de uso y se engolfa en las variables, significaciones o derivaciones de las palabras, igual que en las frases:

“Variantes derivadas de barba: barbiponiente, barbilucio, barbitaheño, barbicano, barbiblanco, barbinegro, barbilucio, barbihecho, barbiespeso”.

A Roberto Andrade y a los jóvenes complotados contra García Moreno, los calificó justamente de Barbiponientes.

“El estilo familiar en nuestra lengua es rica sobre toda ponderación” reflexiona, y reproduce algunas expresiones de Fernán Caballero, pseudónimo de Cristina Bolh de Faber, tomadas de su novela realista “La Gaviota”:

“Madre, decía, si llora Ud. ahora a jarrillas, qué haría si yo me muriera?”.

“Pues sábetete, cosa y media, dijo Marisalada, que he de vivir cien años, para mal de tus pecados, Ganso”.

Y esta otra de la misma autora, correspondiente a su Prontuario o Mamotreto:

“DUERMEN:

Una hora el gallo  
Dos el caballo;  
Tres el Santo,  
Cuatro el que no lo es tanto” (etc.).

Al estudiar otras expresiones, toca el asunto de la conquista de América, de la que destacamos estos párrafos con ideas originales suyas:

“...Porque los indios ni en fuerzas, ni en buena proporción del cuerpo, ni en valor de ánimo eran inferiores a los demás”.

El mismo Cortez que los ejecutó, nos lo dejó escrito con una sencillez y candor que acreditan que el autor tuvo gran cuenta con la verdad”.

Y cierro con ésta

“Jesús, valme, y como se le iban las lágrimas a la vieja (original)”.

## ANÉCDOTAS

184 páginas, tamaño libreta, empastada en verde con vetas negras, lleva en una de sus páginas, escrito tomo 8, sin que se pueda afirmar que fuera numerada por el mismo autor, contiene hermosas e interesantes anécdotas, que lo convierten en uno de los más amenos manuscritos suyos.

El autor nos lleva a través de sus líneas en un viaje por el mundo antiguo y por la cultura griega y romana en particular.

“El Liceo se toma por la doctrina o secta de Aristóteles, porque enseñaba

en aquel sitio. El Pórtico por la de Zenón. Y la Academia, por la de Platón. Cicerón formó su alma en el estudio del Pórtico y del Liceo”, comienza diciendo.

Hace anotaciones sobre los filósofos, su sabiduría, sus virtudes y sus excesos. Ahí constan Diógenes, Epicuro, Crisipo, Lycias y su singular locura. Lycias, perdido el juicio, se imagina estar perpetuamente en un teatro, de espectador de una divina y fantástica comedia. Una vez curado, enjuicia a los médicos, acusándolos de haberle robado su felicidad “tanto más valiosa, cuanto, a menos de ser loco, no se la podía obtener por ningún precio”.

Siguen otros filósofos y el tema de la Divinidad, con las opiniones de Platón, Sn. Agustín, Tácito y la que Simónides diera a Hieron, aplazando siempre la respuesta.

Otra nota nos ilustra sobre los oradores griegos y la frase de Demóstenes sobre Foción, cuando éste intervenía: “Ya se levanta el hacha de mis discursos”.

Registra la ácida respuesta a un epicúreo que reprobaba a Arcesilao, porque de su escuela estoica, infinidad de filósofos se pasaban a la epicúrea, pero no al contrario. “Ya se le respondió el estoico, pues es natural que de gallos se hagan capones, y no de capones, gallos”.

Otras anotaciones muy numerosas e interesantes, incluyen las costumbres de los antiguos romanos, sus decretos, curiosidades, nombres de caballos famosos, reales o de fábulas, la lista de los caballeros de la fama, etc.

Varias de estas notas igual que las señaladas antes, se observa que fueron utilizadas en sus libros, confirmándonos su disciplina de trabajo. Tal la historia del moro Abdul Motaleb, por quien el día de sus bodas, se suicidaron 200 mujeres árabes (“Geometría Moral”); el tema de la fuerza que da la unidad, con el ejemplo de la cola de caballo de Sartorio, imposible de romper cuando forman un todo, no así cuando sus pelos son arrancados de uno en uno. (El Regenerador). También se encuentran los datos de los pueblos hiperbóreos, el de Sócrates y la agradable comezón que experimentó cuando le quitaron los grillos.

En una preciosa veta, por lo rara y personal, se encuentra la historieta de un

pajarillo, ocurrido sin duda en Puntzán y en la que la niña protagonista es una de sus sobrinitas (acaso Lucilita, su predilecta). El punto de partida de este relato es el amor del filósofo Pitágoras por los animales y aves de caza, que los compraba para darles libertad. El ecuatoriano le imita y cuenta como devolvió a su madre un pobre “avechucho” que una pequeñuela sobrina suya lo había conseguido, pero era tiranizado por un grupo de niños que lo convirtieron en su mascota. Fallido el ofrecimiento de dinero, para que se lo vendiera, tuvo que recurrir al “inocente ardid” de convencerle que sus pidos eran de mal agüero.

Aparte de los temas grecoromanos, los hay también que tienen que ver con cristianos, moros, herejías, magia, el Pontificado, origen de las indulgencias, Montaigne, Gibbón y un comentario antitaurino. Este último tópico que se enlaza con su defensa de los animales, coincide con opiniones en igual sentido sostenidas por sus contemporáneos y paisanos, Juan León Mera y Pedro Fermín Cevallos.

Al tiempo que se demuestra favorable a las sociedades protectoras de estos seres, que recién empezaban a organizarse, condena el mal comportamiento con los criados, que viene desde los tiempos más remotos: “Plutarco hacía cosa de conciencia el mandar al degolladero a un buey viejo que le había servido muchos años en la labranza”.

“...Esto no es matar a palos como nuestros indios y chagras a los pobres burros que de tanto cargar se extienden por el suelo.

Y qué diríamos de sus crueles amos que echan de la casa al fiel criado, ya que cansados de servir y en fuerza de vejez no pueden más? Ni en afecciones, ni en entendimiento, ni en ciencia, van por el camino de la filosofía”.

En sus comentarios a la Historia de los Santos, da cuenta del suicidio de Santa Pelagia y Santa Jofronia, a fin de escapar a sus perseguidores y como contrapartida, censura, a una mujer “que habiendo pasado por las manos de diferentes soldados, decía con muy reposada satisfacción: “Loado sea Dios, que a lo menos una vez en la vida, me he dado gusto sin pecar. Desconsolador descargo?”. Concepto que se refuerza con la cita del moralista Carondes que castigaba por malos a los que buscaban tal compañía. “La aversión a la maldad es el primer síntoma de lo contrario”, dictamina Montalvo.

Pasando a otros temas, impresiona el caso de Porcia, que víctima de una profunda herida que ella misma se infringiera, al preguntarle su marido la causa de soportarla estoicamente, responde: “Para demostrarte, dijo, la serenidad con que me daría la muerte, si tuviera la desgracia de perderte”.

En la misma línea se inscribe el caso del niño lacedemonio, que deja quemar su brazo sin exhalar una queja, por no perturbar la ceremonia religiosa del templo en el que se hallaba.

En esta especie de guía o listado, debemos incluir una nota relacionada con las artes: se trata de una pintura realista de una madre herida, pugnando porque su hijo beba su leche y no su sangre.

Sobre el valor de las Leyes de Indias en la época de la conquista española de América escribe: “La reina doña Isabel había mandado que los indios fuesen bien tratados, y con dádivas y caricias, atraídos a la religión, castigándose severamente a los castellanos que los tratasen mal”.

Otra anécdota es la de dos hermanos que marchan por caminos desiguales, pero que al final concluyen renunciando cada uno en favor del otro: el primogénito en favor del menor y viceversa. Lo que le hace exclamar: “Conque aún en Francia suceden estas cosas? Este mozo es honra de la especie humana”.

Aborda el tema de la “no aprendida ciencia de las mujeres” en cosas del amor y emite conceptos muy propios alrededor de él.

No faltan críticas implícitas a algunos autores y su pensamiento sobre el tema religioso:

“Voltaire, Diderot escribían libros obscenos. Rousseau declara en la Nueva Eloísa, que la mujer que lee la primera página de su libro, estaba ya perdida. Había empleado todos los recursos de la elocuencia para justificar el adulterio y pintar una pasión culpable con colores seductores. Así pues la incredulidad se entraba por el corazón a los sentidos: “la corrupción es el primer argumento de los filosofantes”. Juan Pablo Eitcher ha resumido

perfectamente la filosofía del siglo décimo octavo en esta breve y espantosa cláusula: No hay Dios!”.

Se cierra este cuaderno con unas líneas de sabor americano y tropical: “Cacao renombrado: el de Soconusco en las costas de Guatemala; el de Gualán, del Golfo de Honduras; el de Uritién en la provincia de Caracas; el de Capirigual en Nueva Barcelona; y el de Esmeraldas en el Ecuador”.

#### CITAS DE HOMBRES ILUSTRES

Libreta con pasta de color café, lomo y puntas negras, 193 páginas, con trozos en francés, contiene un gran número de citas de hombres ilustres de todos los tiempos.

Como se advirtió, no todas las citas son textuales ni ajenas, sino que el mismo Montalvo las redacta e introduce pensamientos, frases, comentarios, acotaciones e ideas propias de él que suele advertir con la abreviatura “ori” evidenciando su honradez intelectual.

La conocida frase de Horacio sobre el gran poeta griego autor de la *Iliada* y *La Odisea*, sirve como ejemplo:

“Si Horacio ha dicho del mismo Homero: *aliquando bonus dormitat Homerus*, que no se dirá de los demás? Si Homero mismo duerme en veces, cuanto mas sueño tendrán y causarán a los lectores los que no son Homeros? Pero Oh Zoilos!, Oh Aristarcos!, no vayáis a buscar manchas al sol, no lunares en el cielo, armados de los microscopios de la envidia”. Sobre la Poesía de la Historia, discurre bella y profundamente en la siguiente cita de Cicerón, Luciano y Dionisio:

“Cicerón enseñó que la Historia es una poesía libre de las prisiones y estrechuras del metro. Y Luciano, distinguiendo justamente en el estilo histórico la sentencia o concepto de la dicción permite a la sentencia,

principalmente a la descripción de cosas grandes, que siga el aire de la poesía y “Ande a Caballo”. Los que han reprendido, añade de su cuenta, a Tácito su lenguaje poético, no conocieron a Cicerón, ni probaron a Luciano. Dionisio Halicarnas honra a Tucídides y Herodoto dando a la historia el nombre de poesías; y de poesías pulidas y excelentes. Hace dicho que las Musas hablaron por boca de Jenofonte; y hay pasajes de Salustio, Tito Livio y otros historiadores, en un todo tan poéticos como los de Virgilio, si se exceptúa el metro; pues de este sí, escribiendo en prosa debemos huir cuidadosamente según precepto del mismo Cicerón”.

Su legítimo deseo de gloria literaria expresado en su Diario, también lo encontramos aquí y abundantes citas de Tácito alternando párrafos en español y francés, con pensamientos de su creación, como el que copiamos a renglón seguido. “Como el malo no tiene que temer del mundo, ni el bueno espera en él, allá lo dejan todo a Dios: el uno, el galardón de sus virtudes, el otro, el perdón de sus delitos (original)”.

Hay otra en la que estima en poco el predominio del desarrollo físico, por suponer que su cultivo va en desmedro del intelecto.

Acompañado del historiador Gibbón, Montalvo ingresa con sus citas en la era cristiana, con referencias a Constantino Paleólogo y a Justiniano.

Pero luego hay una nota sobre un pensamiento de Cicerón, que adquiere singular vigencia en nuestros días:

“Que será sino ser ávido de riquezas?; es una renta el verse sin esta pasión de comprar y vender, sin esta pasión de la ganancia”.

En este cuaderno como en ninguno otro, Montalvo se reúne con los filósofos, dialoga con ellos y filosofa él también. He aquí una elucubración a partir de Séneca y Montaigne:

“La muerte voluntaria es la más blanda, en tanto que la vida puede depender de voluntad ajena, donde la muerte está siempre aparejada a obedecernos.

Y tengamos entendido que Dios nos despiere del mundo, cuando la vida viene a ser más trabajosa que la muerte.

Así piensa Montaigne; y si es cosa sufridera que mis conceptos se entreveren con los del varón prudente, no me puedo abstener de añadir; que el que vive sin objeto en medio de las penas y miserias, no tiene derecho a quejarse de la suerte, dado que su mano tiene el eficaz remedio.

El que se conoce con fuerzas y firmezas para arrostrar los insultos de la vida, debe vivir; débelo así mismo el lisonjeado por la noble esperanza de la gloria, y al igual el que se sienta capaz andando el tiempo, de encumbradas acciones que redunden en pro del género humano o de una vasta porción de los hombres.

Vivir inglorioso inútilmente, fastidiando con amargas quejas los oídos de los otros por la mayor parte indiferentes, vivir es en manera de cobarde, indigno de la indulgencia de los sabios.

¿Por cuál de estos motivos vivo yo? Dios los sabe; pero lo sabe él y yo también, que ni el desvalor ni la vileza me tienen atado en esta rueda de padecimientos”.

Según se observa un Montalvo estudioso, reflexivo, profundo y adolorido aparece en estas notas, antes que el vibrante polemista.

Aquí va otra nota sobre filosofía y poesía:

“La filosofía, dice él mismo, (Montaigne), no es más que una excéptica poesía. Con los poetas se autorizan todos los autores antiguos, y poetas fueron los primeros.

Platón no es sino uno de ellos, aunque derramando y sin formas de metrificación. Timón le llama como por injuria, gran forjador de milagros. Todas las ciencias nobles y sobrehumanas se visten en traje de poesía, y todos le toman sus paños para encubrir sus defectos, bien como las mujeres cargan dientes de marfil en lugar de los propios que les falta”.



Luego se encuentra una seria meditación sobre la palabra y una noticia sobre las costumbres de los antiguos pueblos de América: “La inteligencia corre por el canal de la palabra: el que la dice falsa, traiciona el trato civil: ella es el único instrumento para comunicarse nuestros pensamientos y afecciones, es, digamos, el intérprete del alma: quien nos engaña, rompe este necesario cuanto noble comercio, y deshace las ligaduras de la unión social. Es por esto que en ciertos pueblos de América no se ofrecían a los dioses ofrendas de mayor estima, que la sangre extraída de la lengua y los oídos, a fin de expiar de más cerca, si sufre decirse, el pecado de la mentira, tanto hablada como oída”.

Luego Montalvo ironiza sobre sí mismo, diciendo que Metrodoro y Montaigne le han plagiado:

“Metrodoro decía, que la tristeza traía consigo cierta aligación de placer. Hay con efecto en el regazo mismo de la melancolía no se qué de goloso y delicado que nos sonríe y lisonjea, aún en medio de las lágrimas. Ya me había creído yo que este era mi descubrimiento. Metrodoro y Montaigne me han plagiado”.

Entre los numerosos filósofos y escritores a los que recurre anotamos: Fray Luis de León, Bacon, Pitágoras, Pascal, Zenón, Malesherbes, Solón, Jenofonte, Agesilao, Bossuet, Aimé Martin, Montaigne, Santa Teresa, Sócrates, Platón, Labrúyere, etc.

Ahora la nota de un inglés:

“Un gobierno ilustrado sabe cuando ha de ceder, y cuando ha de sostener su parecer. No hay prueba más clara de pusilanimidad, que la obstinación en las bagatelas, Lyttieton, orador inglés”.

En un brevísimo recuento de otros temas, anotamos: una máxima árabe sobre la estimación del pueblo y la fortuna, la ingenua amenaza de Clodoveo de que podía haber impedido la pasión de Cristo, con sus francos, su rechazo a la bebida junto con Montaigne, el Poeta Job, como lo llama su hermano

Francisco Javier, en su Historia de la Literatura Universal, con algunos de sus versículos.

Y cerramos con esta nota sobre la estima y el mecenazgo que los antiguos griegos y romanos, tuvieron para con la filosofía:

“No eran poco frecuentes en Atenas los legados y donaciones para el mantenimiento de las escuelas de filosofía, y los principales romanos miraron más decorosamente a esos planteles de sabiduría. Adriano echó el resto de su munificencia en la biblioteca que fundó en la ciudad de Minerva, y los Antoninos fueron a mas generosidad, señalando estipendios cuantiosos a los maestros de toda ciencia”.

## APUNTES

Esta libreta lleva 187 páginas, tiene una pasta roja con lomo café y dice en una página en blanco, “tomo 3”.

Se abre con una frase en italiano: “Euclides, il célebre autore degli Elementi Geometrici”, esto es, Euclides, el célebre autor de los Elementos Geométricos. Euclides (3.000 antes de Cristo), en su obra Elementos que consta de 13 libros, afirmó que “no se puede tener por cierto lo que no se puede demostrar”, estableció la primera exposición axiomática de esta disciplina matemática. Resulta extraño que Montalvo haga referencia a ella, pero no se puede olvidar de otro lado, que a su tratado sobre el amor, le llamó precisamente, “Geometría Moral”.

Luego de un breve párrafo en español, el texto se reanuda en italiano y en ellos trata de asuntos de la mitología griega y personajes de las Sagradas Escrituras en pocas líneas, para volver de nuevo al idioma materno. De todas maneras si a estas líneas del cuaderno, se agregan unas cartas, unos artículos y frases sueltas en sus obras ya conocidas, resulta este idioma el tercero en las preferencias de Montalvo, luego del español y del francés.

Si en un cuaderno anterior, dijimos que Montalvo nos lleva en un viaje por la Historia, bien podría decirse que en este nos lleva en un recorrido por la Geografía Universal: Fenicia, India, Arabia, Persia: “Allí se veían cambiar la púrpura de Tiro por el precioso hilo de Lerico; los tejidos delicados de Cachemira por los tapices fastuosos de Lidia; el ámbar del Battico por los perfumes árabes y sus valiosas perlas; y el oro de Ofir por el estaño de Thuleá (En Palmira)”.

Copia una crítica sobre las desviaciones de las creencias religiosas que rayan en ridiculez, hace una lista de las sectas y herejías, destaca que Molière al crear su incrédulo Don Juan (opuesto al creyente español), tomó la idea de Barreaux, Sain Pavin, Bardouville y el poeta Heanault, cuatro célebres ateos y libertinos perversos.

Apuntes de los más variados los matiza con anécdotas llenas de picardía, como esta tomada de Rabelais:

“Después de haber solicitado en vano durante mucho tiempo a una muchacha, ofreciendo casarse con ella, hubo al fin de verificarlo un enamorado suyo, tal era la vehemencia de su deseo. Ya casada, le dijo a su mujer en confianza: Mira, si tú me hubieras complacido antes, nunca hubieras sido mi mujer. Y yo que boba para caer, respondió ingenuamente la recién casada: ya dos o tres veces había caído en esa red”.

También hay una de Madame Sevigné; otra sobre Luis XIV, y siguen otra sobre abogados y médicos, disputándose la procedencia y acerca de una conversación que languidece cuanto más gentes hay en la reunión y en la que se menciona a la ciudad colombiana de Pasto.

Anota memorias sobre Sócrates y destaca la valía de la mujer en la formación de los hombres:

“Pero un príncipe, un rey, qué aprenderán de una mujer? Lo que San Luis aprendió de Blanca, Luis XIV de María de Cleves, y Enrique IV de Juana de Albert. De 69 monarcas que han ceñido la corona de Francia, sólo tres han querido a su pueblo y estos tres fueron educados por sus madres”.

En el tema de la pintura sobresale un párrafo que prueba que Don Juan sí sabía de arte plástico:

“David es el gran pintor material, pero no sabía comunicar alma a sus cuadros. Todo es perfecto en su obra Los Tres Horacios; mas los guerreros no dicen por quién ni para qué van a combatir. Los pintores del espíritu son como Leonardo da Vinci: comunican a sus cuadros las pasiones y la inteligencia que debió animar a cada personaje de ellos.

La Cena de este artista, pintada en una pared del refectorio en Milán es una obra maestra al respecto.

Sócrates ha sentado el principio de que sólo por el camino de la virtud, podemos llegar a las obras maestras”.

Habla de la Sociedad Protectora de Animales a la que perteneció Lamartine con elogio, que es seguida con una cita de corte taurino sobre la muerte del torero Pepe Vera, descrita por Fernán Caballero.

Ahora cabe una breve digresión para explicar la siguiente nota. Don Miguel de Unamuno en su prólogo sobre Las Catilinarías dice en una parte: “Qué de vueltas le dio a aquello de que Veintemilla se firmase Ignacio de Veintemilla. Suponía equivocadamente, que ese **de** presupone en los españoles que los usamos ante los apellidos solariegos-no patronímicos-pretensiones de linaje. Y no hay tal. En España no significa tal cosa”.

La nota a este respecto y que se encuentra en este cuaderno, indica que Montalvo participa de la misma opinión del Rector de Salamanca, pues conocía perfectamente el valor y uso del **de** y si lo empleó contra Veintemilla fue sólo para mortificarlo y humillarlo en su vanidad:

“En España la partícula **de** no es signo de nobleza como en Francia, así es que lo usa el que quiere, sin ganar por ello en lustre nobiliario. Se puede usar ad libitum, dice Caballero. Así es que los afrancesados, como vieron que todos los nobles anteponían el **de** a su apellido, vuelven de París con

ese apéndice, así como vuelven diciendo neceser por estuche, debuto por estreno, y dése Ud. la pena de entrar, por pase Ud. adelante”.

Este cuaderno además del castellano, francés, italiano y algún latinajo, se completa con una cuarteta en portugués, que es el epitafio del cantor Madureira:

“Aquí yaz o’senhora de Madureira  
O melhor cantor do mundo:  
Que morreu porque Deus quiseira  
Que si non quiseira nao morreira”.

Sobresalen también una serie de frases piadosas del padre Jacinto, una especie de Banquetes de los Filósofos, incluida la afición a la gimnástica de Sócrates y Montalvo, el material para su artículo “Los libelistas”, una serie de curiosidades, el respeto a los árboles de algunos pueblos como los hebreos, paganos y japoneses, a los cuales nombra también en sus Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

Siguen fundaciones de periódicos, su rechazo al maquillaje de las mujeres que parece inspirado en Labruyere, la acción de Miguel Ángel de meter en el infierno a un Cardenal (El Buscapié), un larguísimo catálogo de la Antigua Nobleza de España de Luis Vélez de Guevara; notas de diáblogía, de oradores, prosistas, la aparición de la pubertad en mujeres de diferentes razas (Siete Tratados), el ordenamiento de una mujer como Ministro protestante en los Estados Unidos, Lutero, Savonarola, Lope de Vega como “desatorado infractor” de las reglas dramáticas, etc.

Un concepto sobre Lamartine, el poeta francés a quién tanto quiso, puede verse a continuación:

“La figura más radiosa de los tiempos modernos, poeta, historiador, novelista, hombre de Estado, crítico y orador”. Este es Lamartine, según Alejandro Dumas, el cual ve en él algo de Virgilio, de Tácito, de Bernardino de Saint Pierre, de Washington, de Aristóteles y de Cicerón. Este nombre es insultado y perseguido en Francia hasta por los más insignificantes diaristas”.

Y lo que dice Lamartine en sus Cursos de Literatura:

“Si se nos pregunta de esa forma que se llama verso, responderemos que ella nos parece del todo indiferente a la poesía”.

En el siguiente trozo se copian estas bellas ideas:

“Beatriz creó a Dante, Laura a Petrarca, Leonor al Tasso, Victoria Colonna a Miguel Ángel, el poeta del cincel (orig.); en la antigua Grecia, Safo formó a Alceo, las Delias de Roma, Tíbulos; las Leonores de París nada otra cosa que Parnys. Poetas de los sentidos estos últimos: las Cortesanas no soplan en el alma sino en el cuerpo”.

## DIARIO I y II

De los ocho cuadernos montalvinos, sólo uno de estos, el Diario II que en original consta únicamente Diario y el de Cicerón, fueron titulados por el mismo Montalvo; y aún del primero, hacemos la reserva de que lo colocó Celiano Monge. Para mejor identificación se los ha denominado Diarios I y II a estos cuadernos bilingües español - francés, que fue haciendo día por día, durante un corto período de su segunda permanencia en Europa. El primero es una libretita de bolsillo, de color negro y 116 páginas, escrita en buena parte a lápiz. Su contenido lo volvió a copiar en la otra libreta, pero no en su totalidad, tachando los párrafos con una línea vertical; el sentido de estos textos siendo el mismo tampoco es idéntico, pues cambian palabras, frases y párrafos, a más de que añadió otros.

Diario II es una libreta roja de mayor tamaño, de 92 páginas, su caligrafía es más cuidada y ha sido publicada por el Dr. Agramonte en sus “Páginas Inéditas”. El registro del diario propiamente dicho, empieza el 2 de junio de 1870 y va hasta el 15 del mismo mes. Cuenta entre uno de sus artículos más importantes y conocidos, el que tiene que ver con la guerra franco-prusiana en el que hace alusión expresa a Lida, la de sus cartas de amor.<sup>86</sup>

---

86 Ver “Montalvo y Lida en Niza”. Edición del Municipio de Ambato, 1987.

En cuanto a la traducción de los segmentos en francés, la traducción a su idioma nativo, lo hizo en buena parte el mismo autor y ha sido completada con su solvencia característica por el Dr. Agramonte.

Las pocas frases que no han sido impresas, las daremos a conocer en estos volúmenes de “Nuevas Páginas Inéditas”, que serán de mucho interés para los especialistas y estudiosos.<sup>87</sup>

Destacamos ahora algunos pensamientos originales e inéditos de este cuaderno: “La civilización no es otra cosa que la moral ilustrada y ampliamente difundida”.

“La opinión pública es ese gran Sultán que iba por las calles de Constantinopla, seguido de su verdugo, haciendo matar donde les encontraba a los que transgredían sus leyes (orig)”.

“El compás de oro de que el Hacedor se sirvió para trazar el universo, poniendo un fin en el centro del vacío y rodeándole en medio de las tinieblas”. (Milton habla de este compás).

Aprovechamos también la oportunidad para completar un par de palabras que por su falta de claridad, no pudieron ser descifradas:

“Comodoro era (palabras no claras) el Diario II y nombre que necesitaba para mi Quijote” (Páginas Inéditas).

Debe leerse “Como dí con el nombre...”.

“Espera que le demos un golpe mortal a ese tigre de la muerte” (P. 1). Parece más correcto: “.. de la suerte”.

Finalmente esta libreta, aparte del texto montalvino, contiene dos datos curiosos. En la primera página; donde se lee el Diario, el amigo y compañero

---

87 Este libro ya está en circulación.

de Montalvo, Don Celia- no Monge, hace constar de su puño y letra lo que sigue:

“Algunos trozos de este cuaderno se publicaron llevando por título Diario de un loco (f) Celiano Monge”.

Y en la última página, unas damas amigas de Montalvo, le expresan su admiración; sus nombres: Zoila V. Ortega, Dolores M. de Ortega y Adelaida P. de Cobo, las mismas que firman en Ambato, el 16 de febrero de 1879.

Diario I, escrito sin duda en París y Niza, ofrece contenidos inéditos muy interesantes, de los cuales, se ejemplifican los que siguen. Uno de ellos tiene que ver con Lida, la doncella alemana a la que Montalvo amó en Niza; es una pequeña aventura ocurrida en casa de ella y que recientemente hemos dado a conocer;<sup>88</sup> al contrario de sus cartas, está en español. Lida consta con la inicial L; su criada, Maria KIuber, con la letra M. y la tía de Lida o Laida von Krélin, es llamada baronesa de Linz (En otros textos consta como baronesa de Schuringfeld). Otro episodio inédito en cambio está en idioma francés y sus protagonistas además de Montalvo, son un compatriota suyo, un barbado ruso y una bella y misteriosa muchacha polaca. De ella se transcribe un fragmento:

“La bella polonesa está desesperada por sus augurios: no le ha salido mas que espinas y sal, sangre y lágrimas. Es lógico, me ha dicho ella, cuando subíamos las gradas: mi felicidad sería un absurdo; el destino de mi país recae sobre todos sus hijos: mi hermano: mis tíos, mis primos, no están todos en Siberia? Cómo podría yo ser feliz cuando Polonia está sometida y mis parientes están condenados a trabajos perpetuos de las minas?

Dicho esto se enjugó lágrima que me dejó el corazón lleno de amargura; pobre y bella criatura! Aún el destino es cómplice horrendo de los tiranos de la patria.

Esta lógica la conozco bien, lastimosamente!”.

---

88 “Montalvo y Lida en Niza”.



Hay otros pensamientos como estos:

“El que no respeta las canas, no tiene derecho a los fueros de la vejez (original)”.

“Considera aquellos que debes hacer, no aquello que habrías debido hacer. Los remordimientos atestiguan nuestra imbecilidad y son pérdida de tiempo (original)”.

“Cuando no se ama es preciso odiar: las pasiones son elementos del alma; no puede vivir en el vicio; el vicio es la indiferencia (original)”.

Si se compara esta libreta con los anteriores manuscritos, más pequeña en tamaño, ofrece en cambio una cosecha más abundante, pues por su mismo carácter de diario personal, se respira una atmósfera de mayor intimidad con la vida y pensamientos del autor.

He aquí estas reflexiones sobre los viejos y la vejez:

“Un viejito pequeñito, de cien años, va a pasar delante de mí. Yo me digo: esta persona, a la luz de mi imaginación, ha amado y nada tiene; y tiene cuatro veces los veinte años.

Puede ser abatido en el porvenir; pero no le faltaron compañías: ¡Él habrá sido hermoso!, valiente, superbo; habrá sido la desesperación de alguna hermosa, la dicha de otras; ha llenado un gran espacio en su derredor.

Vedle ahora a este detrito humano, a este desecho de hombre; está convertido en nada: sin corazón, sin cerebro, sin memoria de su pasado, sin conciencia de su porvenir, buscando afanosamente al pequeño pedazo de polvo que se llama cuerpo”.

Y esta otra sobre la soledad y el vacío:

“Si no existe amistad con alguien, podría uno ser infeliz hasta en el mismo paraíso, pues aborreciendo a los semejantes, así no se puede vivir”.

“La soledad no es natural. No recuerdo donde he visto que un leproso reducido por su situación al aislamiento, dejaba de intención abiertas las puertas de su jardín, por si viniesen pilluelos a robar las frutas que él cultivó con mucho empeño; según su deseo, gustaba escuchar el rumor de los pequeños briboncillos; se sentía dichoso de saberse cercano a sus semejantes.

He vivido un largo período de efervescencias morales en las que a nadie hablaba: mi furia la extendí hasta mis familiares cercanos, y me sumergí obstinadamente, lastimado en lo más profundo.

Si no hubiera escuchado a través de mis puertas cerradas el gorjeo de los niños de la casa, me habría sentido desdichado; pero fue dulce encerrarme en mi aposento y unirme con mi oído y con mi alma a esas criaturas inocentes. Cuando ellas se atrevieron a penetrar en mi casa, nada, ya nada faltaba para mi dicha y lejos de rechazarles, les autoricé para realizar en mi departamento toda clase de locuras”.

“La soledad de la naturaleza es infinita: ella conoce si tienes un alma grande, provista de una morada a donde se regresa, y de una familia y de unos amigos con quienes podemos enfadarnos.

San Jerónimo no habría podido sobrevivir en el desierto sin los fantasmas de la imaginación; la falta de hombres reales, nos suplen las sombras. La soledad perpetua y absoluta es el vacío. En el vacío no se respira. Amo la soledad, aquella que la puedo disfrutar a mi gusto: detesto el vacío, así es como soy”.

Por último, en este cuaderno como en otros, no faltan referencias a su Don Quijote. Aquí va una anotación para un posible capítulo, con el trasfondo de un rincón de su tierra ambateña:

“Hacer un capítulo de aquel hombre que se asomó tres veces en Pisilata, que me saludó sorpresivamente. El río, el llano al otro lado de las malezas; Don Quijote vuela allá, encuentran un niño: Moisés, Pelayo, Lucía, el duque de Cañabre; Witriza. Para esto convendrá hacerle llegar una noche a una

casa botada. Miedo de Sancho: como los hombres más valientes tiemblan ante lo invisible”.

## CITAS EN FRANCÉS

El mismo Montalvo dio a conocer que pensó escribir en francés su obra literaria, idioma en su época, el de mayor prestigio en el mundo, al paso que el español, sobre todo en la península, se encontraba en decadencia. Se comprende entonces que lo que pretendía era que sus libros alcanzaran la mayor difusión.

Con esta mira se dedicó a estudiarlo y practicarlo hasta convertirlo en su segunda lengua; una serie de cartas tanto de carácter político como personal (Carta al Monitor de los Consulados, la correspondencia con Lida, los apuntes de sus Diarios, citas de sus cuadernos, artículos verbigracia La Política Española, traducciones (50 páginas manuscritas del trabajo de Lamartine, titulado “Mozart”), más la lectura de los mejores escritos franceses, exponen la seriedad de su intención. Pero son las 100 páginas de este cuaderno de pasta gris y lomo negro, íntegramente en francés, el que indica más que ningún otro texto su afán por poseerlo.

Al revisar el lector este cuaderno encontrará en sus cortas frases, en sus palabras, expresiones idiomáticas y subrayados, cierta analogía con su cuaderno de disquisiciones filológicas en castellano. Igual que en su lengua materna, parece que no sólo aspiró a entenderla y hacerse entender, sino en dominarla. No hay que olvidar sus ideas en torno al lenguaje: “Hugo, en sus ochenta años, ha leído cien veces el precepto de Cicerón y Quintiliano en orden a lenguaje: la pureza del idioma es requisito indispensable para la inmortalidad de las obras del ingenio” (Siete Tratados, 11).

El señor Profesor Gonzalo Jaramillo Gazitúa que tuvo la bondad de traducir este cuaderno, me comentó que muchas notas pertenecen a un francés del siglo pasado, cuyos giros dificultan el trabajo, que algunos de sus textos están españolizados y que el dibujo de la letra muy variable, parece corresponder

a sus diferentes estados de ánimo. Y debe ser así desde luego, puesto que el escritor tenía como es sabido, una sensibilidad muy acusada.

Copio a continuación unos pocos ejemplos que ilustran su contenido: “Esos malévolos bromistas le relataban, a cada instante, cuentos bastante picarescos que no se dejaban descubrir gracias a algunas bromas o algunas monerías en el cuento, que le hacían reír con gusto”. La expresión que a Montalvo le interesó fue a tout bout de champ (a cada instante).

Por lo mismo, no es de extrañar que las citas o apuntes sean mas bien cortos y dispersos, pues no trata de desarrollar ningún tema en particular, sino que como buen lingüista, le atraen las palabras. Por supuesto que no faltan comentarios de su propia cosecha como parece ser este:

“No más a la derecha que a la izquierda, uno no está cerca de retractarse, y qué contento se siente al no tener oposición. Y sin embargo, si jamás tuvo un hombre el derecho de no respetar, este ha sido Saint Beuve. Durante su vida, en verdad, no había escondido opiniones filosóficas”. En otras ocasiones se trata de expresiones probablemente poco usuales o no muy conocidas, que le permitirán enriquecer sus conocimientos:

“Simagrees, mimauderies = carantoñas, melindres; Faut semblant = demostraciones fingidas”.

Hay unas frases que son de sus cartas de amor:

“No puede haber nadie más que tú en el mundo que merezca ser amado”. (cuaderno).

“Es una desgracia no ser amado; pero es una afrenta no lo ser más” (Cartas de Montalvo y Lida en Niza).

Datos estos últimos que permiten ubicar este cuaderno en la época de su segundo viaje a Europa (1869-1870).

Alguna cita la hace resaltar con el latín, como la que copio a continuación, proveniente del padre Caraciolo:

“El cardenal, volviéndose hacia mí, me invocó tres veces con el conjuro siguiente: Surge, quae dormis et exurge a mortuis el illuminabit te Christus. Oh tú que duermes el sueño de la muerte, despierta. Dios te iluminará”.

Y desde luego, cuando lo estima necesario, el mismo Montalvo traduce la expresión que le interesa a su propia lengua y en otras escribe directamente en español.

Una de las notas más amenas que rompe si se quiere la aridez de estos estudios, es acerca del obispo Tonnerre, que vivía tan apasionado de su nobleza que desde el púlpito decía: canalla cristiana!, en lugar de hermanos míos!; el cual al morir hizo poner un epitafio en el que destaca las palabras vaille que vaille, equivalentes a “a todo trance”.

“Aquí reposa humildemente / de lo que todo el mundo se asombra / en un tan pequeño momento, / el ilustre Tonnerre en persona.

Se dice que entrando al paraíso / y de allí salió por menosprecio / al no encontrar sino a la canalla”.

Otras anotaciones muy diversas son sobre el duelo, la quiromancia, la prestidigitación, la revolución francesa, etc., pero siempre haciendo acopio de locuciones, giros y desde luego, asuntos de fondo:

“Pues estoy persuadido que Ud. ve como yo, en el duelo, no otra cosa que una infantilidad irrisoria, y que usted no estima como suficiente para lavar un ultraje, una gota que se escapa una vez por azar, de la desolladura de un dedo”.

El Dr. Roberto Agramonte tiene un magnífico estudio que nos permitimos recomendar sobre “Montalvo y la Literatura Francesa”, capítulo de “Ciencia Literaria” en Montalvo, que son ratificados por los datos que constan en este volumen. Allí estudia las relaciones del escritor ecuatoriano con Montaigne, Bossuet, Massillon, Dupanloup, Boileau; los grandes trágicos y comediógrafos: Corneille, Racine, Molière; Rabelais, Lafontaine, Michelet,

Balzac. Luego siguen Cormenin, Courier, Beaucharnais; Careier, Mirabeu, Saint Beuve; el dios Hugo, Lamartine, Chateaubriand.

Acerca de la relación entre Montalvo y Montaigne, encuentra que esta es más de forma que de fondo, esto es más en el egotismo, la digresión y su método asistemático. En efecto Montalvo mismo hace patente su admiración. “Egotista desafortado, ese gascón sin escrúpulos pasa con admirable desparpajo de la historia romana a sus enfermedades personales, de la cumbre del Parnaso a las ocurrencias de su casa” (El Espectador). Agramonte en el mismo trabajo distingue entre filósofos de sistemas y filósofos de problemas y situaciones vitales, entre los que incluye a Montalvo. “Es un filósofo a la española, como Unamuno”, concluye.

En este cuaderno a más de los escritores franceses ya reseñados arriba, ocupan lugar destacado, Housaye, Lefevre, Auber, Voltaire, (en Letras Persas). Rousseau, Hoffman traducido por Henri Egmont, Gaulais (un periódico), etc.<sup>89</sup>

El Dr. Roberto Agramonte en su magnífico prólogo de los Siete Tratados, escrito especialmente para Letras de Tungurahua, recuerda también la invitación de Montalvo al lector a llorar, porque se encuentra en el destierro “sin libros”, asunto dice que parece increíble si se piensa que sin embargo escribió en esas circunstancias su obra magna. Quizá a falta de bibliotecas le habrá llegado en las alforjas alguno que otro libro, que no son explicación suficiente. Y él añade: “Pero en su maleta de cuero sí que está aquel grande cuaderno de pasta negra donde están anotadas por él pensamientos, giros gramaticales, anécdotas históricas, que tuvimos en nuestro poder”.

Es una suerte haber dado con ocho cuadernos luego de una búsqueda paciente y esperanzada, que sin duda son de igual contenido y estilo de aquel al cual alude; y una obligación darlo a conocer, porque siguiendo al mismo maestro cubano pensamos que:

“Suele ser costumbre publicar las meras apuntes o notas que sirvieron a los escritores y artistas de guiones para sus obras mayores. Así se ha hecho

89 Ya para cerrar esta edición, el profesor Gabriel Judde, nos ha hecho llegar una traducción de este cuaderno revisada por él.

con Leonardo, con Miguel Ángel, con Martí, recientemente. De Montalvo se conservan unos cuadernos de cubierta negra -según he visto descritos- y las apuntes que tomó fueron voluminosas. Aquí ofrecemos una mera ilustración de ese tipo de documentos literario-históricos. Son reveladores de su profunda cultura” (“Páginas Inéditas”).

Ambato, agosto 16 de 1987.

Publicado que fuera este trabajo en Diario “El Heraldó” de Ambato, y difundida su noticia a nivel nacional, recibimos la voz de estímulo que reproducimos a continuación.

Y tal si hubiésemos tenido alguna comunicación con el mayor erudito ecuatoriano, Alfonso Rumazo González, al conocer que se encontraron nuevas páginas inéditas de Montalvo, se pronuncia en el mismo sentido, desde Caracas, lugar de su residencia:

“Muy bien estará que se editen todos cuantos originales inéditos de Montalvo hayan sido localizados. Que se llegue en buena hora a los 23 volúmenes de las Obras Completas del escritor gigante. De un autor de empinadísima lumbre -el mayor del Ecuador, en el diecinueve- hay que dar a conocer todo, absolutamente todo; aún los detalles de parva entidad fueron integradores de la personalidad montalvina”.<sup>90</sup>

## ORIGEN DE LOS CUADERNOS

En este acápite se me ha de permitir que para ilustrar las circunstancias del encuentro de los cuadernos, ponga algún acento personal.

A raíz de haber recibido el honroso nombramiento de miembro del Consejo Editorial de “Letras de Tungurahua” de parte del Alcalde de Ambato, señor Galo Vela Álvarez, (marzo de 1985), inicié la tarea de buscar minuciosamente en los archivos de la Casa de Montalvo, a más de en otras

---

90 “Revisión a fondo de Montalvo”. Diario “El Comercio” de Quito, del 29 de diciembre de 1987.

fuentes, cuanta página, carta, folleto o libro, tuviera relación con los escritos de “El Cosmopolita”.

Debido a los trabajos de restauración del edificio de esa institución, mediante convenio entre la Municipalidad y el Banco Central del Ecuador, la Biblioteca de Autores Nacionales de la Casa de Montalvo, había sido trasladada al local moderno y más funcional que ahora ocupa, y con ella manuscritos y libros de valor histórico que poseía, algunos de los cuales fueron guardados en casilleros del Banco La Previsora. En uno de los muebles celosamente custodiados por el personal de la biblioteca, hallé con otros papeles la correspondencia entre Montalvo y Lida en Niza, archivados bajo un grupo de cartas de Don Juan Benigno Vela, circunstancia que posiblemente determinó que pasara desapercibida durante muchos años.<sup>91</sup> Pocos días antes con la sorpresa y alegría que es de suponerse había encontrado en el mismo mueble, ocho cuadernos de apuntes montalvinos, los mismos que después de leerlos y establecer su condición de inéditos, se los hice conocer a mis compañeros del Consejo Editorial. Valorada que fue su importancia, se acordó trabajar en equipo para su publicación, de la manera que he descrito al comienzo de este trabajo introductorio.

A continuación trataré de establecer cómo llegaron tales cuadernos a la ciudad de Ambato desde París, donde sin duda los tenía Don Juan Montalvo, quiénes los conocieron y explicar algunas contradicciones.

El primer dato lo aporta ese otro gran ambateño, cronista oficial y vitalicio de la ciudad, amigo y secretario de Montalvo que fue Celiano Monge (1856-1940). En discurso pronunciado a nombre de la Sociedad Juan Montalvo, conformada por ambateños residentes en Quito, en un 13 de abril, (no menciona el año), él y el coronel Albornoz, hicieron la entrega de un obsequio excepcional al ilustre Concejo Municipal de Ambato que junto con otras autoridades, los recibió en una especie de Cabildo Ampliado. Consistió tal regalo en una pluma de oro dejada en Ipiales por el proscrito y un precioso cofre tallado conteniendo los más preciosos aún cuadernos de apuntes. De ahí que dijera Monge: “... él contiene los gérmenes prolíficos del espíritu; son en ocho cuadernos los pensamientos luminosos y las

---

91 Ver “Montalvo y Lida en Niza”. Ambato, 1987.



apuntaciones clásicas que iba desarrollando el Genio para encanto de los lectores de sus obras magistrales”.<sup>92</sup>

El trabajo de ebanistería fue obra del artesano ambateño, Sr. Enrique Holguín, quien tuvo el singular detalle de incorporar un fragmento del árbol secular de la Quinta de Ficoa, bajo cuya sombra Montalvo solía leer y escribir.

En el cofre en mención, tapizado interiormente en tela de seda, se destacan en una de sus caras el escudo del Ecuador, en la otra un escudo heráldico de España, alusión a la devoción montalvina por la lengua de Cervantes y a su hispanismo; en el tercer lado, un libro; y en los otros, bellos motivos florales. Pero lo más importante mirándolo desde un ángulo histórico son dos placas metálicas de plata, en las que se lee: “A Ambato, Homenaje de L. F. R” en la una,<sup>93</sup> y “Abril 13 de 1918”, en la otra. O sea que ésta fue la fecha y el año en el que los cuadernos llegaron a la ciudad.<sup>94</sup>

Celiano Monge en su intervención, añade que hace la entrega con ocasión de conmemorar el aniversario del nacimiento del escritor, vísperas de establecerse en la Casa de Montalvo la Biblioteca de su nombre. Pero esto no ocurrió tan de inmediato, pues se la fundó por decreto ejecutivo, recién el 21 de agosto de 1926 y su inauguración tuvo lugar el 12 de noviembre de 1927. Uno de los pocos estudiosos que conoció de la existencia de los cuadernos y los menciona al menos, es Oscar Efrén Reyes.<sup>95</sup> Otra persona que conoció la existencia de los cuadernos, es el eximio montalvista cubano, Dr. Roberto Agramonte, quien tuvo acceso al archivo de Don Roberto Andrade, según se desprende de este comentario: “En La Habana leí yo unas anotaciones, hechas de pensamientos de autores diversos -entre ellos Fray Luis de Granada- u originales de Montalvo, que serían muy interesantes para el filólogo que quisiera adentrarse en las fuentes de algunas ideas de Montalvo. En el inventario de Doña Marina aparece como Frases 109

---

92 “Relieves” por Celiano Monge, p. 268-271, 1936.

93 Posiblemente iniciales de Luis Felipe Borja, el gran jurista.

94 El cofre y por supuesto los cuadernos, se exhiben en la Casa de Montalvo. La pluma de oro fue lamentablemente sustraída hace más de una década.

95 En su biografía de Montalvo se puede leer: “Cuadernos íntimos de apuntes, pensamientos y memorias de Montalvo, ocho correspondientes a diversas épocas”.

páginas. Algunas de estas anotaciones del escritor -pocas- se transcriben en mi libro Páginas Inéditas de Montalvo”.<sup>96</sup>

Roberto Andrade, uno de los “barbiponientes” de la conspiración del 6 de Agosto de 1873 que culminó con el tiranicidio de García Moreno, inspirado por Montalvo, los tuvo pues también en sus manos, y a su muerte parece que fueron a las de su hija Marina.

La lista de ella que copia Agramonte, dice así:

“Jai voulu faire l’agreable en France (59 páginas). Seguidamente: Panfleto Testimonio solemne de Juan Montalvo (folleto de 28 páginas, escrito por Montalvo en Ambato, enero 10, 1879 (28 páginas). También Cicerón y sus obras (Cuaderno de anotaciones) (58 páginas). Sobre Cicerón hay mucho en mis Páginas Inéditas, t. II, XXVII, al lado de la polémica con Merchán, que escribió el artículo Cicerón en el Repertorio Colombiano, en noviembre de 1886, en Bogotá.

Más adelante hay esta anotación de Doña Marina: Comienza: El Liceo se toma por la doctrina... (68 páginas). Y aclara: Estas ocho obras completas (léase estudios completos) inéditas de Montalvo, son sobre grandes hombres, griegos, romanos, historia antigua, etc. (18 de agosto 1963, New York”.

Según se ve, pese a las discordancias en el número de páginas y a los títulos de los cuadernos que emplea Doña Marina Andrade, -en realidad la frase inicial-, son los mismos cuadernos de la Casa de Montalvo, no sólo porque habla de ocho, sino hasta por las palabras con las que comienzan. Por su cuenta Agramonte, en otra parte de su artículo dice que: “En una lista de temas ya publicados, aparece este título interesante: Euclide, en italiano (94 páginas”).

Desde luego, hay que advertir que sólo la primera página consta en tal idioma, intercalado con algo de francés y el resto en su mayor parte en

---

<sup>96</sup> Revista “Cultura”, Banco Central del Ecuador, Vol. VI, No. 16. Mayo – Agosto de 1983. “Recordando a don Roberto Andrade en su éxodo en La Habana por Roberto Agramonte”.

español y que también en el número de páginas se observa una diferencia.

El mismo Agramonte da una pista que pudiera aclarar el porqué de las discordancias que acabo de señalar, cuando al hablar de “Páginas Inéditas” dadas a luz por él, (en la edición de Letras de Tungurahua, se llama “Diario, Cuentos, Artículos” I y II), algunas de las cuales corresponden a las libretas montalvinas: “.. de ese libro póstumo, Andrade me dio sólo originales a maquinilla”. Lo que hace pensar que los cuadernos descritos por Doña Marina no hayan sido de pluma y letra de su autor, sino transcripciones mecanográficas.

La versión de Doña Marina Andrade y Agramonte adjudican a “Euclide” 94 páginas; a “J’ ai voulu ..”, 59; a “Cicerón..”, 58; a “El Liceo...”, 68, contra 187, 100, 110 y 184, respectivamente, contadas por mí, es decir casi siempre el doble. Lo cual podría explicarse, o porque Doña Marina tenía copias a maquinilla o porque cada hoja cantó como una y yo lo hice carilla por carilla, siguiendo la numeración que en casi todos los cuadernos colocó el propio autor.

Este asunto que puede parecer ocioso, no lo es si se trata de establecer si son los mismos cuadernos o no; y desde luego quiénes fueron los que tuvieron el privilegio de leer los apuntes de Montalvo.

Doña Marina habla también de poseer dos dramas inéditos de Montalvo. Este presunto teatro es una versión mecanográfica que lleva los títulos de “El Aparecido” y “La Actriz” y ahora están en el archivo de Plutarco Naranjo, quien tuvo la bondad de darme una copia. Luego de un estudio de los mismos se ha concluido que no son de Montalvo sino más bien de Andrade, asunto que lo abordé en mi trabajo “Montalvo, ¿cinco o siete dramas?”.

Otro punto que despierta curiosidad es saber cómo los obtuvo Andrade. La respuesta puede encontrarse en un papel que su misma hija dice poseer en carta al Dr. Agramonte: “...Documento dando poder amplio y bastante a mi papacito, Roberto Andrade, para publicar los documentos inéditos por Juan Montalvo. Muy importante, firmado en Octubre 26 de 1917”.

Efectivamente, yo también he tenido la suerte de leer tal documento en el archivo del Dr. Plutarco Naranjo,<sup>97</sup> el mismo que está suscrito por el nieto de Juan Montalvo, el señor Carlos Chacón Montalvo.

Con este dato es posible deducir cómo llegaron tan valiosos cuadernos a la ciudad de Ambato. A la muerte de Montalvo en París, sus apuntes junto con todos sus libros y papeles fueron entregados a Doña María del Carmen Montalvo Guzmán, hija única de Don Juan; y ella a su vez, lo habrá hecho a su hijo Carlos. Este fue quien se los dio a Roberto Andrade de acuerdo al documento arriba mencionado, quien, ya se sabe, durante su exilio en Cuba se los mostró a Agramonte y posiblemente entregó una copia o listado a su hija Mariana.

A poco de haberlos obtenido Roberto Andrade, el 26 de octubre de 1917, es de suponer que Celiano Monge y el coronel Albornoz le persuadieron a que se los diera a ellos, puesto que seis meses más tarde, el 13 de abril de 1918, lo entregaban en acto solemne al Municipio de Ambato, constituyéndose a partir de entonces la Casa de Montalvo en su guardiana.

De modo que para el 18 de agosto de 1963, cuando Doña Marina escribe al Dr. Agramonte, ya no debió, -no era posible-, tener los cuadernos de Montalvo, sino que como ya lo he dicho, en el baúl de papeles de su señor padre, debió haber quedado sólo un listado o tal vez una copia.

En el mismo año de 1918, siendo Director de la Escuela “Espejo” de Quito, Celiano Monge hizo una excursión escolar a su ciudad natal con el objeto de entregar a su municipio, el famoso “Libro Rojo”, documentos coloniales de Ambato. Este libro fue entregado según su relación junto con los alumnos Raúl Andrade y Benjamín Peralta,<sup>98</sup> futuros escritor y hombre público, respectivamente.

Finalmente como detalle complementario de estos inéditos añadiré que

---

97 El Dr. Naranjo me dio para “Letras del Tungurahua”, otros importantes inéditos montalvinos, recaudados del poder de Doña Marina. Ver mi estudio “Capítulos como obra de combate en textos conocidos e inéditos”. Coloquio Internacional sobre Juan Montalvo. Ambato, 1989.

98 “Relieves”, de Celiano Monge, pgs. 245-253.

Agramonte cuenta que pudo leer de Montalvo, en su isla de Cuba, tres artículos en francés: *Le Jardinier de Ficoa*, *Extravagance de la fièvre* y *Vous baissez messieurs, vous bal sez*, que lamentablemente se han perdido; y tampoco parece corresponder a uno de los cuadernos de apuntes, aquel Testimonio solemne de Juan Montalvo, por lo que deberá este último, ser también incluido entre los trabajos extraviados del escritor. Si pensamos que Montalvo confiesa haber destruido sus poemas compuestos en su juventud al estilo de Childe Harold de Lord Byron, aumentando considerablemente el número de trabajos perdidos, alguna satisfacción me cabe el haber preparado junto con mis compañeros estos ocho cuadernos, no exentos de deficiencias, para ofrecérselos al conocimiento público.

## CUADERNOS DE APUNTES DE MONTALVO II

El mayor montalvista extranjero, el Dr. Roberto D. Agramonte, dio a conocer las últimas páginas inéditas del escritor ecuatoriano, prologadas, traducidas y anotadas por él, en 1969, con las cuales parecían haberse publicado todos sus escritos.

Pero a los 22 años de tal descubrimiento, hemos tenido el gusto de contribuir con más papeles en forma de anotaciones, cartas, capítulos y folletos inéditos y desconocidos.

En el presente trabajo me refiero a ocho cuadernos o libretas de apuntes de puño y letra de “El Cosmopolita”, una tercera parte de los cuales están en francés más algunas líneas en italiano, -lengua que también dominó-, citas en latín y algunas palabras en inglés.

Tales manuscritos corresponden a un período aproximado a dos décadas: la de 1870 relacionada con su primer destierro a Europa; y la de 1880, con su exilio definitivo. De este último se leen fechas que van hasta mediados de 1888; páginas en blanco y la ausencia de datos de los últimos meses de este año y de los primeros días de 1889, incluido el de su muerte, confirman que en en este último período fue como se sospechaba, un año perdido: agobiado por la enfermedad no escribió casi nada.

Como es sabido largos años pasó Don Juan fuera de su patria y en varias temporadas, desprovisto de auxilios económicos, de amigos y de libros. “Sin libros”, exclamó él mismo en su destierro de Ipiales, ponderando su soledad y, ciertamente, nada más penoso y hasta trágico para un estudioso, para un intelectual, para un lector empedernido, vamos, para un escritor profesional, que encontrarse ¡sin libros!

La explicación que se ha dado a que sin embargo escribiera tan copiosa y profundamente, pese a no tenerlos a mano ha sido su portentosa memoria, que ha cobrado fama casi legendaria.

Sin pretender dudar de esta portentosa facultad, es evidente que sus cuadernos de anotaciones, nos demuestran que ellos jugaron un importante papel en su tarea de escribir, como auxiliares de su memoria. El inmenso acervo de datos que contienen, permiten saber o ratificar cuáles fueron sus fuentes de información, o en otras palabras, los libros, periódicos, bibliotecas o autores preferidos. Clásicos griegos y romanos como Sócrates y Cicerón; clásicos españoles, como Cervantes, Mariana, Rojas, Granada; y contemporáneos suyos, franceses, alemanes, italianos, ingleses. Aunque de paso debo nombrar al gran escritor y músico alemán Thodor Amadeus Hoffman, fuente de inspiración de los “Cuentos Fantásticos” de Montalvo, (los primeros cuentos del Ecuador), sobre los que no han reparado los estudiosos.

Dos lectores podrán también enterarse de aspectos menos conocidos como su afición por la música, la pintura y los grandes maestros de estas artes; del gran interés que demuestra por los hombres de ciencia, sus inventos y descubrimientos, al iniciarse en su época la revolución científica que transformará al mundo y lo hará progresar vertiginosamente en el siglo por venir.

Se enterará de algunos detalles desconocidos de su vida personal, de su actitud frente al matrimonio, al paso que ratificará otros, como su amor a los niños y sus conceptos éticos, políticos, religiosos y filosóficos. Porque no solamente que copia lo que varios autores dijeron y a él le interesan, sino que los va comentando y al hacerlo, recreando pensamientos nuevos, muchos de ellos profundos y originales, de lo que suele dejar constancia expresa. No fue un escritor a filosofado como se ha dicho, tratando de

restarle méritos, ni siquiera sólo un pensador teórico, sino que vivió con la sabiduría, modestia y virtud propias de un filósofo.

En su cuaderno titulado por el mismo autor “Cicerón y sus obras”, sobre el que parece quiso componer un tratado, se siente identificado con él hasta en sus desgracias hogareñas, por lo que afirma: “Siempre es un consuelo concurrir en la misma desgracia con hombres como Cicerón”. La admiración por el romano que combatió al tirano Catilina, tanto que llamó “Las Catilinarías” a sus demoledores dardos contra el dictador Veintemilla se encuentra a cada paso. En otra nota sorprende cuando copia en latín versos del emperador Adriano, despidiéndose de la vida, por la coincidencia con la escritora contemporánea nuestra, Marguerite Yourcenar, quien también reproduce iguales versos en su libro “Memorias de Adriano”. Luego Montalvo pasa como es usual en sus cuadernos al idioma francés, con “Diálogos de los muertos” de Fontenelle, réplica de los de Adriano, en un práctico bilingüismo.

La selección y abundancia de anotaciones revela que dispuso de una especie de fichero personal, logrado a través de muchas lecturas y esfuerzo, por lo que su enciclopedismo y su formación humanística, no aparecen como un don gratuito.

Un refranero de lo más castizo en lengua castellana, una serie de disquisiciones filológicas, serán un gran material para gramáticos y lingüistas.

Algunas citas sonarán al lector enterado como muy conocidas, indicándole que ellas fueron usadas en sus libros ya publicados. Y algunas apuntes que aparecieron en revistas francesas sin firma, comprueban su paternidad.

Pero no solamente el estudioso podrá disfrutar de su lectura, sino también el hombre corriente. Anécdotas de experiencias personales suyas contadas por él mismo; breves relatos de otros autores o personajes, sabrosa e irónicamente comentados, gustarán y son una prueba adicional de que no careció de sentido del humor.

En una preciosa veta, por lo rara y personal, se encuentra por ejemplo, la historieta de un pajarillo, ocurrida sin duda en la hacienda Puntzán de la familia Montalvo y en la que la niña protagonista es una de sus sobrinatas

(acaso Lucilita, su predilecta). El punto de partida de este relato es el amor del filósofo Pitágoras por los animales y aves de caza, que los compraba para darles libertad. El ecuatoriano le imita y cuenta como devolvió a su madre un pobre “avechucho” que una pequeña sobrina suya lo había conseguido, pero era tiranizado por un grupo de niños que lo convirtieron en su mascota. Fallido el ofrecimiento de dinero, para que se lo vendiese, tuvo que recurrir al “inocente ardid” de convencerlo de que sus pídidos eran de mal agüero.

Localizados que fueron los cuadernos, el primer trabajo del Consejo Editorial “Letras de Tungurahua” consistió en trasladar los manuscritos a su versión mecanográfica, identificando los no siempre claros rasgos de Montalvo, sobre todo cuando escribe a vuela pluma. Luego siguió la traducción de los párrafos en francés más una paciente y devota corrección a cargo de Oswaldo Barrera Valverde, quien llama a esta tarea “Viaje al Taller de Don Juan Montalvo”.

¿Dónde y cómo fueron encontrados los Cuadernos? Después de una minuciosa búsqueda en los archivos de la Casa de Montalvo en marzo de 1985 tuve la grata sorpresa de conocer la existencia de 8 cuadernos de apuntes montalvinos, los mismos que después de leerlos y establecer su condición de inéditos, se los hice conocer a mis compañeros del Consejo Editorial, Luis Pachano Carrión y Oswaldo Barrera Valverde.

Según he podido establecer fue Celiano Monge, amigo y secretario de Montalvo, quien conjuntamente con el Coronel Albornoz hicieron la donación el 13 de abril de 1926, al Concejo Municipal de Ambato, que lo recibió en una especie de Cabildo ampliado. Consistió tal regalo en una pluma de oro presuntamente dejada en Ipiales por el proscrito y un precioso cofre de madera tallada que contenía los más preciosos aún cuadernos. De aquí que dijera Monge: “...él contiene los gérmenes prolíficos del espíritu; son en ocho cuadernos los pensamientos luminosos y las apuntaciones clásicas que iba desarrollando el Genio para encanto de los lectores de sus obras magistrales”.

El trabajo de ebanistería fue obra de Enrique Holguín, quien tuvo el singular detalle de incorporar un fragmento del árbol secular de la quinta de Ficoa, bajo cuya sombra Montalvo solía leer y escribir.



## JUAN MONTALVO Y JUAN LEÓN MERA

En el mismo año de 1832, el 13 de abril Montalvo, el 18 de junio Mera, vieron la luz en la pequeña ciudad de Ambato y fueron acristianados con los nombres de Juan en la pila bautismal de la iglesia Matriz. Separadas sus casas por una cuadra apenas, su primera infancia recurrió por fuerza alrededor de la plaza principal en la cual se destacaban la Iglesia, la Municipalidad y la Gobernación; es decir los tres poderes: el clero, el pueblo y el poder político de inicios de la república.

Si se quiere añadir más coincidencias podría decirse que ambos escogieron el camino de las letras, practicándolo en la orilla izquierda del río que atraviesa la población; Montalvo en el bosque de Ficoa; Mera en la quinta de Atocha.

Ávidos de lecturas y escasos de libros usaron los mismos textos, en su mayor parte a préstamo. Otro ambateño que les llevaba una generación de ventaja, el futuro historiador Pedro Fermín Cevallos, quien residía en Quito, fue uno de los proveedores porque su condición de profesional del derecho le permitía comprar o conseguir algunos volúmenes, que los enviaba, primero a su compadre, León o Leoncio como lo llamaba cariñosamente a Mera y éste a su vez, concluida la lectura, cumplía la instrucción de pasárselos a Montalvo, estableciéndose una ronda ejemplar.

Coetáneos, vecinos y tocayos, la vida les unió en su juventud y diferencias políticas les separaron a partir de su adultez.

### LOS DÍAS DE LA AMISTAD

El tiempo en que los Juanes se llevaron bien son avaros en manifestaciones de amistad y en documentos.

Varias son las razones de esta casi indiferencia entre vecinos tan cercanos. La primera, el cambio domiciliario del niño Juan León del corazón de la ciudad a la población de Atocha, pues a los once años de edad pasó a ser un “quintero” que tuvo a los indios como sus compañeros de juegos. Allí Doña Josefa Vásconez de Mera ejerció de madre y maestra de su hijo ante el

abandono de Pedro Mera a su hijo y esposa, antes del alumbramiento. Mera sería pues de principio a fin, un autodidacto.

Montalvo, al contrario continuó viviendo en el mismo lugar y concurrió a la escolita del maestro Romero y más adelante concluyó su educación en Quito. Primero en el Colegio San Fernando donde aprobó los estudios de Gramática Latina y Castellana a los 16 años de edad; después cursó en el Seminario de San Luis que le confirió el grado de Maestro de Filosofía a los 19, con la calificación de tres A. Dispuso por lo mismo de las ventajas de una educación formal, una biblioteca, compañeros y títulos.

Tales diferencias explican de alguna manera los pocos encuentros de los dos jóvenes a lo que hay que sumar su tendencia a la soledad. Sea por razones de estudio, sea por su apego a la naturaleza lo cierto es que ambos poseyeron un temperamento huraño y proyectaron figuras solitarias, altas y delgadas. Cevallos vio pasar por las calles de Ambato a un joven de tan elevada estatura que marchaba semiencorvado y le pareció con un temperamento “incapaz de recibir sacramentos sociales”. Este muchacho era Mera.

Biógrafos y amigos coinciden igualmente en que Montalvo rehuía el trato con las gentes. Ambos dotados y hábiles para el manejo de la pluma no se lucían como oradores; así se explica la reticencia de Montalvo a actuar como diputado y senador en el Congreso Nacional. Los dos Juanes comenzaron a escribir en plena juventud y buscaron sacar sus composiciones hacia el público lector. Montalvo lo hace en el periódico hebdomadario “La Democracia” hacia 1852 y también en “El Iris”, en el cual lo hizo más abundantemente Mera. O sea que ambos iniciaron casi simultáneamente su aventura de las letras en el incipiente periodismo nacional.

En esta época Mera busca no solo publicar sus versos y fábulas sino que solicita la opinión de sus amigos y personas versadas como Cevallos, Riofrío, Zaldumbide y García Moreno, todos ellos con excepción de este último, amigos también de Montalvo.

Al producirse en 1857 el primer viaje de Montalvo a Europa, la comunicación continuó entre los amigos. Así Cevallos se propuso editar su obra en la capital francesa valiéndose de su paisano y amigo Montalvo.

“Dentro de mi carta incluí la que tuve de J. Montalvo, datada en Málaga (España) en la que me habla de que se hará el contrato de mi obra en París y en que se compromete a entenderse con las correcciones de la suya. Creo que si tal vez él suponga que también Ud. ha de remitir el dinero, y bajo este supuesto, instruido Ud. de ella, sería bien que le escriba en los términos convenientes”.<sup>99</sup>

Es de suponer que se trata de la “Historia del Ecuador” de Cevallos y un poemario de Mera.

Otra carta de Cevallos con una referencia al Dr. Montalvo (uno de los hermanos de Don Juan), permite deducir que hubo relaciones cordiales entre las dos familias.

El mismo año de 1859 hay más información de cómo va el asunto de la impresión de libros en Europa:

“Juan Montalvo se ha quedado otro mes en España, y a esta causa no tengo aún la carta que espero con ansia. Así que llegue ésta saldrán sus borradores para París: y si hasta entonces recibiera también Ud. contestación, sería bien que encaminara juntos con los suyos. Esperemos al 20 de julio”.<sup>100</sup>

La comunicación Montalvo-Mera alcanza el punto más alto de sus relaciones de amistad y paisanaje, con una carta, -la única que se conoce- de Juan Montalvo a Juan León Mera, fechada en París el 29 de julio de 1859:

“Mi estimado paisano y amigo:

Quizás habrá sabido Ud. hasta esta fecha que ya debo irme. Sin una desgraciada enfermedad que me tiene postrado, hacen ya dos meses que estuviera en mi país. Ahora mismo le escribo en la cama, razón por la que voy a ser muy corto, pues estoy mal acomodado. Si Ud. hubiera tenido la idea de publicar sus poesías aquí, un año antes de ahora, habría sido cosa muy buena. Pero qué quiere Ud. mi querido amigo, es preciso que me vaya. Si me fuera posible me quedaría sin otro objeto que el de poder servir a

---

99 Epistolario de Cevallos, carta a Mera. Quito, mayo de 1859

100 Epistolario de Cevallos. Carta a Mera. Quito, junio 22, 1859

Ud. y a nuestro amigo el Dr. Cevallos; pero no hay remedio, me voy el día que pueda pararme; y sólo la satisfacción que experimentaré al estrechar su mano, me recompensará un poco de mi sentimiento de no poder serle útil en esta ocasión. Más, es de esperar que en mejores tiempos seamos felices, y que yo mismo talvez tenga el honor de encargarme de una comisión tan agradable.

Su afm. Amigo.

J. Montalvo".<sup>101</sup>

La carta que viene a continuación establece la solidaridad de Montalvo con Mera, frente a la insolencia de dos sujetos del norte del país.

Las relaciones como se ve no podían ser mejores pero se nota claramente que el contacto entre Mera y Cevallos, revela mayor confianza. Esta comunicación basada en el rico y aún inédito epistolario de Pedro Fermín Cevallos arroja una luz casi insignificante, cual es una opinión desfavorable de Mera sobre una publicación hecha por Montalvo, que puede ser el síntoma de una diferencia seria entre los dos.

“Aunque muy brevemente, porque ahora mismo le escribo puesto en pie a causa del hígado, voy a hablarle de su novela, acordándome del consejo que me dio con respecto al artículo de J. Montalvo. No está bueno y no debe publicarla, porque comprometería la fama literaria del autor”.<sup>102</sup>

Por cierto que el simpático préstamo de libros y su eficaz circulación seguía en vigencia bajo la batuta de Cevallos, cuya figura y acciones debe ser revalorada.

Otra epístola habla de un nuevo envío de libros para Montalvo a través como siempre de Juan León, que hace comprender que ambos personajes se veían, hablaban y quizá hasta visitaban. Cómo no imaginar al enamorado y andariego Montalvo tomar el camino de la Banda hacia Ficoa y en lugar de seguir hacia el fundo de su padre, torcer hacia la quinta de “Los Molinos”,

101 “Vida Ejemplar y Obra Fecunda de Juan León Mera”. Víctor Manuel Garcés. Ambato, 1963

102 De Cevallos a Mera. Quito, julio 22 de 1862

en Atocha, a devolver los libros puntual y agradecido; y a su vez, el joven pintor y poeta llegar con su flamante esposa hasta la casa de los Montalvos a cumplir su encargo. Por poco que hablaran los dos, es de creer que lo hacían amistosamente y echaban de vez en cuando un palique sobre el enorme mundo de las letras. Por desgracia ningún documento existe que pruebe tales encuentros.

En 1965 Montalvo sorprende con la publicación del primer fascículo de su libro “El Cosmopolita”, que provocó comentarios favorables en el exterior y críticas mezquinas casa adentro, a pesar o precisamente por eso, de ser el precursor de la corriente modernista.

Uno de los que lanzó el primer rasguño fue José Modesto Espinoza, cubierto bajo el pseudónimo de Tomesdo Pisenazo. Igual hostilidad hubo para sus trabajos de juventud en “La Democracia” desde “El Sudamericano” de Quito y “La Patria” de Guayaquil. Luego, a los ataques literarios de García Moreno y de Espinoza, le siguió Juan León Mera.

#### LA ENEMISTAD.

Producido el primer encuentro alrededor de “El Cosmopolita”, entre su autor, Montalvo y las críticas de Mera y sus coidearios, el antiguo círculo de lectores se resquebrajaba con cada aparición de otro fascículo de “El Cosmopolita”. Y si bien los golpes iban contra los términos, los novedosos giros y el estilo de su autor, el fondo del problema era ideológico.

Se trataba en verdad de una lucha entre un Mera católico ortodoxo, que cumple rigurosamente los mandamientos de la Iglesia y partidario de la intervención del clero en la política y un Montalvo de “alma religiosa y pensamiento heterodoxo” que no practicaba todos los mandamientos, declaradamente anticlerical y por lo mismo opuesto a la participación del clero en asuntos de conducción del estado.

Cevallos, coideario de Montalvo pero compadre y entrañable amigo de Mera, colocado entre dos fuegos, trató de evitar el choque, moderando su “leoncito” y defendiendo a Montalvo, para lo que empleó la frialdad

del historiador y la ponderación del juez, ligadas a la respetabilidad que le concedían sus canas. Así le reprende a su amigo:

“Los impresos de Ud., según me dicen, son dos: el puesto con motivo de la circular de Montalvo, y el titulado “Resultado de las elecciones en Tungurahua”. El 1ro no pude verlo, pero me aseguraron que era muy duro; en el otro se metió a decir: “Entre un N. Mestanza y el Sr. García Moreno”, y creo y creemos todos, que Mestanza no es un N, sino muy conocido de todos tanto como el otro, y sin duda por justos merecimientos. Qué motivo tenía Ud. para zaherir así...que esto es salirse de la moderación”.<sup>103</sup>

El primer historiador de la república no pudo detener lo que se veía venir; a la postre fue arrollado por la lucha de los dos gladiadores y se vio atacado por el irreductible Montalvo; sin quererlo, quedose del lado de Mera.

Más tarde esta pugna tomó un carácter familiar, pues giró en torno al tío de Mera (quien hizo las veces de su padre), el Dr. Nicolás Martínez Vásconez. Esta íntima relación explica justamente la violenta reacción de su sobrino en defensa de dicho doctor.

El origen del disgusto fue el siguiente:

En 1961, García Moreno en funciones de Presidente de la República, nombró gobernador de la Provincia de Tungurahua al Dr. Nicolás Martínez, quien llegó a convertirse en hombre de su absoluta confianza, pues opinaba de él así:

“Martínez es el gobernador modelo, pues reúne todas las cualidades apetecibles, probidad, talento, instrucción, actividad, firmeza y al mismo tiempo dulzura de carácter. Martínez no tiene superior y pocos le igualan en la república”.<sup>104</sup>

Cualidades a las que debería agregarse su vocación por la naturaleza y sus ensayos y experiencias en cultivos, como la introducción de los primeros eucaliptos del Ecuador, producción de viñedos y premios internacionales

103 Epistolario de Cevallos. Quito, mayo 27 de 1868

104 “Polémica entre tres ambateños ilustres”. José R. Martínez Cobo. Coloquio sobre Juan Montalvo.

en las hortalizas de su quinta de “La Liria” vecina de la de Atocha.

En 1867, García Moreno pretendió haber sido electo Senador del Congreso, pero Montalvo le salió al frente y logró su descalificación: “Diputados comadreas, bien merecen que el gran mayordomo le pele a todos, les ensarte en su asador, y los haga reventar al fuego. En cuanto a ese senador, no debe buscar en el congreso un asiento que nadie le ha ofrecido... Yo no sé de donde le ha venido a este hombre el convencimiento de que la nación es propiedad suya; todo lo quiere, y todo lo quiere por la fuerza: si no fue electo senador, ¿por qué se empeña en ir al Senado? El Senado está en el deber de excluirlo de su número por conveniencia y por justicia... Vamos, caballeros, dejemos de ser esclavos, principiemos a ser hombres; dejemos de ser víctimas, principiemos a ser ciudadanos; dejemos de ser perros, principiemos a ser gente”.<sup>105</sup>

Fue esta una de las pocas veces que Montalvo habló públicamente en el Congreso y triunfó. García Moreno salió del recinto vociferando y amenazante; su contradictor, entre los aplausos del público.

Volviendo al Dr. Martínez, este pese a su posición conservadora, no participó del autoritarismo y otras ideas garcianas e incluso, una ocasión habría protegido a Montalvo de su furia.

“No me pesa que haya tenido Ud. consideraciones con Montalvo pero hágalo venir pronto irremisiblemente, pues el país quedará limpio esta vez o se perderá”.<sup>106</sup>

La noche del 9 de febrero de 1868 ocurrió un oscuro escándalo generado por unos colombianos que insultaron en la calle a D. Ignacio Holguín, padre político del Gobernador, lo que provocó a su vez la reacción violenta de los jóvenes ambateños. Tan grave se tornó el suceso que surgió una protesta diplomática de la República de Colombia iniciándose un juicio solicitado por el cónsul de esta nación, el Dr. Uribe, gran amigo de Montalvo.

El Dr. Martínez ganó el juicio y como agradecimiento a quienes le habían

105 “El Cosmopolita”. Estilo Familiar.

106 “Polémica entre tres ambateños ilustres”. Martínez Cobo. Coloquio Juan Montalvo. 1988

manifestado su solidaridad invitó a una reunión social en su casa, con la desdichada coincidencia de que dos días antes (17 de agosto de 1868), se había producido el terremoto que asoló Ibarra, en el norte del país.

Montalvo encontró entonces la oportunidad de golpear despiadadamente al gobernador de Tungurahua a través de un panfleto que tituló: “Bailar sobre Ruinas” que obligó a la respuesta de Juan León Mera con su “Defensa del Dr. Martínez”, a la que Montalvo contrarreplicó con su “Coronación del Dr. Martínez en Ambato y en que se ocupa este personaje”.

En fin que esto se tornó en una batalla de libelos cada vez más enconados.

Montalvo, siempre belicoso y un Mera irritable, como él mismo lo confesó, desataron un huracán. El primero escribió “Marcelino y medio” (Martínez era Marcelino y Mera medio Marcelino), “El búho de Ambato”, “Masonismo Negro”, “El Peregrino de la Meca”, “Vísperas Sicilianas”; el segundo dio a luz, entre otros: “La Facción Marcelina en Ambato”, “Juancho Ficoa”, “Novenario de Zurras”, “Fábulas del León y el Falderillo”, etc.

Lo peor es que circularon anónimos y pasquines con nombres supuestos. Mera fue acusado de abuso de confianza al haber colocado sin su consentimiento como autores de “La Facción Marcelina” a algunos miembros de la Sociedad Conservadora. Y Montalvo de haber negado ser autor de “Marcelino y medio”, que se había firmado con el pseudónimo de Rafael Villota.

Hubo más, algunos de estos pasquines que no salieron ciertamente de sus plumas, (debieron ser utilizados por enemigos de los dos), no respetaron ni el honor de las personas injuriando a Montalvo desde su raza, hasta asuntos estrictamente privados.

A continuación se transcriben fragmentos de algunos textos ilustrativos de la polémica que sostuvieron Montalvo y Mera, y un anónimo:

“Me apercibo de que tomo un triste objeto, pues Medio Marcelino, no puede ocupar la atención de un rojo entero, hecho y derecho, que no tiene viga en el ojo: digo medio Marcelino, no porque sea menos bobo que los demás; sino porque le falta algo de lo que suele sobrarles a los Marcelinos...pero



dejen que se despierte el león, y verán como no deja títeres con calzones. En este terrible caso los negros pediremos auxilio a su competidor Zandoval, que le tiene debajo desde que le dijo con tanto ingenio:

Poeta que llueves sentado  
Imitando a las mujeres,  
Dime tú, ¿qué decir puedes  
De los que llueven parados?”.<sup>107</sup>

Y J. L. Mera:

“Cansado de una larga correría  
Allá el león en su cubil dormía,  
Y un falderillo de menguada traza,  
Dizque quiso a la fiera darle caza.  
.....  
¡Y ladra el perro sin cesar! ¡Caramba!  
Dice al fin el león, pues ya castigo  
Merece este enfadoso animalejo:”.<sup>108</sup>

“Este híbrido y monstruoso engendro de razas malditas, nació en Ambato como el áspid nace entre los pétalos de una bellísima flor...

...Y, la verdad sea dicha, hay vientres que, por piedad divina, no han debido tener ni libertad de concebir...

Su talante infunde miedo a los niños, risa a los jóvenes y desprecio a los viejos: sus maneras son las de reír de teatro: habla en tono doctoral y tan lenta, cautelosa y acompasadamente como la serpiente sale de su agujero: cualquiera contradicción pone su semblante verdinegro, y hace aparecer en sus gruesos labios una espuma que debe ser más amarga que la del océano, porque es la secreción de la soberbia. La persona que tuvo la desventura de saborearla, debe tener la lengua calcinada, el corazón ulcerado y el alma rebozando en hiel. ¡Compadezcámosla, por ella y por sus hijos”.<sup>109</sup>

---

107 “Páginas Desconocidas”. Marcelino y Medio. Firma Rafael Villota.

108 “Fábula”, Juan León Mera.

109 Folleto “Juan Montalvo” por Unos Ecuatorianos.

Este último fragmento de tan vil folleto, se lo ha reproducido junto a otros dos: el uno firmado por Mera y el otro, atribuido a Montalvo y que podría ser de él, con el fin de hacer notar que el texto en referencia, ni por su contenido ni por su estilo corresponde a Juan León Mera. En todo caso, Montalvo lo atribuyó a su ex amigo y dio origen a su folleto “El Antropófago”.

“Han publicado contra mí un libelo infamatorio mis perseguidores: pues no quiero que esta sea cosa puramente mía, porque las concernientes a los individuos poco interesan a la mayor parte, sino es excelso el hombre a quien se acomete, o ilustre la víctima que se defiende. Así, en descuento del yo tan mal acomodado en boca de la modestia, haré porque el lector halle en mi escrito algo perteneciente a todos, y me perdone lo personal en consideración a las ideas y principios generales, tras los cuales desapareceré a menudo, envolviéndome en los holgados pliegues de la filosofía”.

.....

“¿Esos han publicado contra mí un libelo? Mevio, yo no soy Virgilio; Bacio, yo no soy el cisne de Mantua; ¿porqué a mí ese lodo? Buenos cristianos, augustos ciudadanos, hombres de pro deben ser los que publican cosas tales, que al fin de la lectura no hay bueno ni malo que no exclame: ¡infame!.....

Pasquino publica sus pensamientos estampándolos a media noche en las paredes de Roma, y no por eso es ilustre; pero cuando cae en poder de un juez acendrado, le cortan las manos y la lengua: León Mera, guárdate de dar en las de Sixto V”.<sup>110</sup>

Tan largas pero necesarias citas conducen a comprender lo que viene a continuación, esto es, el paso de una lucha con papeles escritos, apasionados, a veces ingeniosos y con sentido de humor, a un encuentro más primitivo y por lo mismo más brutal, el del enfrentamiento físico y como se verá más adelante, la amenaza armada.

No por ello se ha de perder de vista que el origen de sus diferencias, antes del asunto personal, fue diferencia de ideas, que en nuestro siglo se han acercado tanto que pueden formar una misma entidad.

---

110 “El Antropófago”. Páginas Desconocidas. Juan Montalvo.

Montalvo, si bien antes de viajar a Europa, ya tenía ideas de gobierno bien definidas, al retornar a su patria pudo comparar la distancia cultural, económica y política que separaba a los dos contendientes. De modo especial el atraso y la tentación de implantar gobiernos dictatoriales o tiránicos, el militarismo, residuo de la guerra por la independencia y la injerencia del clero en asuntos políticos.

En su última carta a su hermano el Dr. Francisco Javier, antes de retornar al Ecuador, Montalvo al reconocer la decepción de su hermano mayor, se pronuncia porque se retire de la vida política. Pero al arribar a Guayaquil, ante la noticia de los desafueros marciales, cambia de opinión e incorporándose sobre las muletas que lo postran, escribe su carta admonitiva y amenazante al Presidente, desde la Bodeguita de Yaguachi y toma el camino de la militancia liberal.

Mera, en cambio, da otro viraje. Desde el incipiente liberalismo de su juventud, cuando defiende la libertad irrestricta de prensa, se opone a la pena de muerte y otras acciones de esta línea, se decide por la conformación de un partido católico republicano, lo que lo coloca en brazos de García Moreno.

## DE LA SINGULAR BATALLA ENTRE DOS CABALLEROS QUE NUNCA SE SABRÁ QUIÉN GANÓ

La pugna entre los dos Juanes culminó en una pelea a bastonazos y apretones de garganta, en la bucólica Atocha, la misma que prescindiendo de anécdotas fabricadas posteriormente, se resume así:

“Era el 28 de julio (de 1868) por la tarde, (¿no es verdad amiguito?) volvía yo de mi quinta...cuando en un recodo del camino, ¡zas! Te me presentas, me gritas con voz retumbante: ¡ven miserable! Y echas mano a mi bufanda. Yo, que no me sorprende ni de tu voz ni de tu insulto, te contesto con una frase... (¿Te acuerdas cuál fue?) te agarro del cuello y te sacudo. ¡Aquí de mi rabia! Dices para ti; das dos pasos atrás, desnudas el estoque y me asestas un golpe. Yo, armado de solo mi bastón puedo evitar la estocada que alcanza

solo a romperme el ala de mi sombrero y antes de que puedas repetirla te caigo con un par de cañabrevazos”.<sup>111</sup>

Pero Montalvo lo cuenta de otra manera:

“Mire vuesa merced que este no es Rocabrana, ni gigante chico ni grande; es Juan león Tocho, el sacristán; vuesa merced va a cometer una muerte infructuosa en menoscabo de su conciencia”... “Tenía la lengua afuera el sacristán cuando Don Quijote le aflojó y le dijo: Os echáis una cadena con argolla a la garganta y candado al pie; dejáis que se os alongue la barba una tercia; revestís el más lúgubre traje; y con el pelo revuelto y bañado en ceniza, con el más humilde semblante, el paso más sometido tomáis el camino del Toboso”.<sup>112</sup>

Según Mera, su enemigo le retó a un duelo con revólver, invocando que ella era admitida en naciones más cultas pero le desechó argumentando sus ideas religiosas y morales. Es posible que esto sea verdad, pues existe un antecedente similar contra Julio Zaldumbide. Mas parece que el rechazo del poeta no fue inmediato y hasta pensó en aceptarlo, según comentario sobre el particular del Dr. Luis Cordero y otros de sus amigos que se enteraron del asunto.

“Procuraré instruir a Sotomayor acerca de la molestia de su costilla, y pedirle su parecer; mas, sin perjuicio de esto, convendría que se hiciera ver con Cazares, tan buen médico como aquel, porque siempre vale más el examen personal y local del paciente. A mi ver, es el resultado de la fuerza que empleó en ambas luchas, y no más; es un insulto pasajero.

Cuán extraviado me parece el concepto de atribuir a Montalvo el papel suscrito por Villota. En todo ve Ud. a los Montalvos, y sin embargo, así por el Masonismo Negro como por el impreso suscrito por Pancho, que lo habrá leído, se convencería que el papel titulado “A los Marcelinos de Ambato” no era obra de ellos. El que en papel público dice no hemos tenido parte en tal publicación, tiene derecho a ser creído. J. Montalvo hasta se ha presentado

111 “Novenario de Zurras Medicinales”. Mera.

112 “Capítulos que se le olvidaron a Montalvo”. Montalvo.

con moderación, y más por esto que por su mérito literario, ha sido bien visto aquí”.<sup>113</sup>

Es hora de contar con otro testigo epistolar del deterioro que venían teniendo en sus relaciones la pareja Montalvo-Mera y su encuentro en el puente de Atocha.

La de Cordero echa más luces sobre aquello del duelo con “armas aristocráticas”, y reconoce a pesar de su despectivo “don Juancho”, el talento de Montalvo a la par que hace una invitación a la sensatez.

“El hecho de haberse roto ya las hostilidades entre usted y El Cosmopolita me causa mucho sentimiento; pues temo que pasen ustedes a mayores y tengan, talvez, algún solemne disgusto, especialmente cuando usted me da a entender que se halla resuelto a aceptar el uso de armas aristocráticas. Yo desearía, mi amigo Don León, que persistiese usted en su resolución primera, es decir, en la de no aceptar desafíos disparatados y limitarse a una enérgica defensa, en caso de ser agredido”.

“He leído la “Primera Zurra Medicinal”, con agrado naturalmente, porque lo tengo siempre que veo alguna producción de usted. Me place que, aunque se encuentre irritado, sea justo, y sostenga que Montalvo tiene un noble talento; pues asegurar lo contrario, sería adoptar el sistema vituperable de algunos enemigos vulgares, que no encuentran en su adversario prenda alguna de recomendación deprimiendo así, no solamente al individuo sino al país”.<sup>114</sup>

## LA PRODUCCIÓN DE MONTALVO EN EL EXILIO Y LA DE MERA EN AMBATO

Este período de las relaciones Montalvo-Mera se inicia a partir de la toma del poder por García Moreno por lo que Montalvo, que lo había venido

---

113 Epistolario de Cevallos. Carta a Mera. Quito, julio 28 de 1868

114 Carta de Cordero a Mera. Cuenca, enero 5 de 1869

combatiendo abiertamente no tuvo más opción, que la de salir al exilio, que entre Francia, un brevísimo paso por Perú y después Ipiales en Colombia, se prolongó casi por 7 años.

Literariamente fue muy fértil, pues aquí escribió “Siete Tratados”, “Geometría Moral”, parte de “Capítulos”, “El Libro de las Pasiones”, “El Regenerador” y piezas de combate.

Mera, desde su propia tierra, escribió “Poesías”, “La Virgen del Sol”, “Los Novios de una aldea ecuatoriana”, “La Monja de México”, “Ensayos Biográficos”, “Cumandá” y otras de polémica.

Durante este largo lapso, Montalvo no fue olvidado ni por Mera ni por Cevallos, pendientes de cuanto hacía el desterrado.

En 1874 el sistema político vigente sufrió un golpe inesperado cuando García Moreno fue asesinado por un grupo de jóvenes admiradores de Montalvo y lectores de sus obras, como que invocaron el puñal de la salud en el más puro estilo montalvino. Por lo que, si bien no fue él un brazo ejecutor, sus panfletos tuvieron que ver con aquel desenlace. Ciertamente que su pluma lo mató.

Como para ilustrar lo que sabían o pensaban de Montalvo, sus ex amigos y ahora adversarios, se da a conocer algunas cartas de Cevallos dirigidas a Mera:

“Ya había visto el original del artículo de la “Revista de Colombia” que me la mandó el Dr. Jn. Enríquez, y que, aún creo, la llevó él mismo a la prensa para que la reimprimieran en “La Estrella”. Soberbio artículo para Ud., en primer lugar, y luego para Ambato y para el Ecuador”.

.....

“Juan Montalvo ha pasado a Europa en junta de Veintimilla, según el aviso puesto en la “Crónica Mercantil de Panamá”; aviso en que le hacen un gran elogio como a literato de REPUTACIÓN YA CONTINENTAL” (son palabras propias de ese periódico).<sup>115</sup>

---

115 Epistolario de Cevallos. Carta a Mera. Quito, julio 17 de 1869

En otras se da cuenta del folleto de Montalvo contra Mestanza, Espinel, Manuel Gómez, Modesto Espinoza y “compañía”, uno de los más enconados, se dice y se pronuncia en contra de una “aclaración”, que a este respecto ha hecho Mera.

Más tarde, después de la muerte de García Moreno se percibe un ambiente de revolución que Mera lo teme, pero que Cevallos lo descarta, pues piensa que no hay más de “cuatro o seis Montalvos”.

En cuanto a Cumandá opina así: Espero con ansia el “CUMANDÁ” para leerlo y haré cuanto U. me recomienda con respecto a nuestra estéril Academia. Por hoy me anticipo a decirle que convendría hacer GRAVE ese nombre, porque los indios casi carecían en absoluto de voces agudas. Tan bien sonará Cumánda como Cumandá”.

Desaparecido García Moreno, Montalvo preparó un regreso triunfal y apoyó la candidatura de Antonio Borrero, más como no quisiera derogar la Constitución Garciana, Montalvo le declaró la guerra, y se produjo la revolución que se robó Veintemilla, según Roberto Andrade.

Cevallos se engañó pues cuando supuso que Montalvo permanecería tranquilo “junto a las musas”.

Otro asunto en que Mera estuvo pendiente fue lo de la Academia Ecuatoriana de la Lengua fundada y dirigida por Cevallos. Y es que temían el ingreso a ella de Montalvo. Una página desconocida es que también en Ecuador se lo negaron, según el presente documento epistolar:

Se transcribe a continuación sobre cómo se produjo la eliminación de Montalvo de la Academia Ecuatoriana de la Lengua:

“En efecto nos reunimos los académicos el domingo en casa. Procedimos al nombramiento del Director, censor y secretario y resultaron nombrados el que habla, el Dr. Herrera y el Dr. Espinoza. Luego se resolvió aumentar el número de los miembros de la Academia, y fueron nombrados, en Quito, los Dres. Miguel Egas y Carlos Cazares, y en Cuenca los Dres. Antonio Borrero y Arízaga, y el Sr. Rafael Borja, y en Guayaquil el Dr. Francisco J. Aguirre. De seguro que, al ver el nombre de Borrero, habrá sentido U. que

su sangre corría con mayor precipitación; más parece a contemplar que es uno de los pocos escritores con quienes puede contarse para los trabajos académicos, y disculpe el nombramiento. Además, en cambio, Montalvo que fue propuesto por Julio, no fue aceptado, a pesar de la razón aludida de que la Academia Española recomienda se prescinda de todo y en todo de las opiniones políticas de los miembros de ella”.<sup>116</sup>

Diez años más tarde comentaban cosa parecida sobre la ausencia de Montalvo en la Academia Española, Cevallos y Cordero. Lo siguiente es lo que comentó el historiador:

“En efecto, está ya desmentida la noticia de que la Academia le hubiera nombrado su miembro (Montalvo), cuando no se le ha apuntado en el librito que da todos los años esa Corporación. Si no es de número, pudo haber sido al menos de los académicos correspondientes extranjeros o de los honorarios, y nada hay de esto”.<sup>117</sup>

#### ACERCAMIENTO IDEOLÓGICO MONTALVO-MERA

La actividad política de Montalvo y la de Mera, aún contra el desacuerdo de Cevallos, que deseaba se dedicara sólo a las letras, llegó a tanto que hasta se habló de un triunvirato integrado por Pedro Carbo de Guayaquil, Pedro Moncayo de Imbabura y Juan Montalvo del centro del país, asunto que este último lo tomó a broma.

Mera por su parte, poco más tarde, conoció que se hablaba de él como candidato a la Vicepresidencia de la República, formando un binomio con el Dr. Luis Cordero.

Montalvo para entonces había iniciado su batalla contra Veintemilla a través de sus periódicos “La Candela” de Quito y “El Espectador” desde Ambato, este último camuflado bajo la dirección del tercer Juan, Benigno Vela.

---

116 Epistolario de Cevallos. Carta a Mera. Quito, mayo 5 de 1875

117 Ibid. Carta a Mera. Quito, abril 22 de 1885



El Dr. Cevallos se dio cuenta al momento de que su autor era Juan Montalvo y así lo dice repetidas veces a Juan león Mera:

“En los N.N. 6 y 7 de “la Candela” está patente la pluma de Montalvo. ¡Cuánto decir y de qué modo!”.<sup>118</sup>

Y a la par que censura algunos artículos también aplaude otros de “El Regenerador”:

“Me alegro que haya visto ya “El Regenerador”. El autor hasta cierto término se ha regenerado, y hoy ya no se habla tan mal de él, sino que hasta se le celebra por muchos aspectos...lástima que un hombre de tan buen entendimiento y tan envidiable memoria no se acuerde en sus escritos de lo que ha dicho en otros anteriores. Al fin y al cabo honra con sus producciones a nuestro techo, Ambato”.<sup>119</sup>

Por esta misma época, Cevallos siempre tan ambateñista, hizo gestiones para que los artículos de los ambateños Mera y Montalvo, en defensa de Bolívar de los ataques que el peruano Palma hizo contra el Libertador, se publicaran juntos, a lo que Mera no se opuso. Por lo visto iban asomando puntos de contacto.

Montalvo, desterrado por segunda vez, ahora por su ex aliado Veintemilla a Panamá, dijo que estos seis meses fuera del país le dolieron más que los 7 años de García Moreno y comenzó a preparar “Las Catilinarías” y ante el peligro que corría su vida, salió en su tercero y final destierro.

Mera, también inició su oposición al tiranuelo, escapó de ser tomado preso y deportado y consignó su nuevo credo político.

¿En qué consiste el acercamiento ideológico? En que el Mera de “La Dictadura y la Restauración” al dejar constancia histórica de aquella época nefasta que le tocó vivir, la de la tiranía del general Ignacio de Veintemilla debía ser derrotada, con lo que llega a sostener lo mismo que Montalvo pensaba de García Moreno.

---

118 Epistolario de Cevallos. Carta a Mera. Quito, marzo 31 de 1878.

119 Ibid. Quito, marzo 10 de 1877.

La médula de la doctrina mereana se encuentra en diez cartas dirigidas al periódico “Las novedades de Nueva York”, con el objeto de hacer conocer en el exterior la tristísima situación de la República y alertar al pueblo que se prepare a la guerra que se venía incontenible:

“El ejercicio del derecho a la insurrección, que en verdad es peligroso y terrible, es sin embargo el único medio que a veces le queda al pueblo contra la usurpación de todos sus demás derechos”.<sup>120</sup>

“La excomunión es pena de las grandes en todas las religiones: cuando los pueblos, cansados de padecer y tolerar, yerguen la cabeza y levantan el brazo en ese movimiento espantoso que se llama revolución, los malditos pierden el color y se ponen a dar diente con diente. Ese tribunal es inexorable: mentiste, engañaste, hiciste burla del pacto general y befa de la República: muere, perverso; condénate, impío”.<sup>121</sup>

“Tu primer magistrado o tu Gobierno, hechura de tu voluntad, ¿protege la formación de esas perversas leyes, rompe y huella las buenas y sabias?...

¡Oh! Si hace todo esto, levántate pueblo, sacude tu inercia, echa sin vacilar la mano a la espada de tu derecho, desnúdala, arroja del solio al miserable que así abusa de la potestad que le confiaste y labra tu desventura”.<sup>122</sup>

“Ecuatorianos, el troglodita que está sobre vosotros es el peor de todos, es el que designó el hombre injusto: derribadle, buscad vuestra salvación en el cumplimiento de las leyes divinas y humanas; de otro modo seréis los trogloditas del Nuevo Mundo, y os devorará el alma esa lepra que corroe a la del Jestas que tenéis sobre vosotros”.<sup>123</sup>

“El Congreso que elegiste, infiel y prevaricador, ¿te da leyes injustas, impías, vejatorias, opresoras?

---

120 “La Dictadura y La Restauración”. Juan León Mera.

121 “Las Catilnarias”. J. Montalvo.

122 “La Dictadura y La Restauración”. J. L. Mera.

123 “Las Catilnarias”. Montalvo.

¿Te da leyes que se atraviesen cual pesados y funestos estorbos en el camino de tu civilización y felicidad?

Levántate, requiere de la espada de tu derecho, ahuyenta del santuario de la Legislatura a tus Diputados y Senadores indignos, desgarras su obra inicua, quémala y arroja al viento sus cenizas”.<sup>124</sup>

“Van a dar leyes y no tiene rudimentos del Derecho; a prescribir reglas de justicia, y son injustos. El legislador es sabio como Solón, austero como Licurgo: hez de cuarteles, gente de campo, soeces taberneros, vagos vagamundos, ¿qué constitución, qué leyes?”.<sup>125</sup>

¿Para qué más?, “La Dictadura y la Restauración” se unió a “Las Catilnarias”, igual que conservadores y liberales se unieron en montoneras para derrocar, y lo consiguieron, a la dictadura de Veintemilla. Con razón opina, Rafael Quintero que Mera se distancia críticamente de la ortodoxia católica que practicaba y por primera y sin duda única vez, proclama el derecho a la subversión popular contra un gobierno.

Por fin en este último destierro de Montalvo las cartas de Cevallos a Mera siguen contando con su imprescindible paisano para bien o para mal; sea para destacar la filosofía de “Siete Tratados” y la inminencia de su excomuniación; sea para alegrarse sin decirlo, que no aparecía constando en la Real Academia de la Lengua Española igual que en la del Ecuador. Vaya paradoja, quien reunía los mayores méritos para honrarla, tuvo que conformarse con existir fuera de la Academia.

## LOS ÚLTIMOS DÍAS Y LA ACTITUD DE LOS FAMILIARES

Las reacciones frente a la muerte de Montalvo de parte de sus adversarios fueron diversas según el temperamento de cada uno.

---

124 “La Dictadura y La Restauración”. Mera.

125 “El Cosmopolita”. Montalvo.

“Ha visto entre tantas necrologías de Dn. Juan Montalvo la publicada en Los Andes por no se quién? Paréceme que es la única imparcial y acertada, ya que si celebra mucho el talento y gracia del escritor, condena su satánica soberbia, y dice que odió a todos, despreció a más y no amó a nadie. Curiosas están las dos cartas de los Sres. Ballén y Yerovi relativas a la muerte de Dn. Juan. A mí me las han leído en La Nación de Guayaquil, y esta las he tomado de la Idea de Ambato que no conozco”.<sup>126</sup>

“Sobre Montalvo no he escrito artículo ninguno, sino un corto párrafo en una de mis cartas a “Las Novedades de Nueva York”; sin duda lo tomaron de aquí para La Bandera Nacional que no conozco...”

Creo haberte dicho que pienso escribir sobre Montalvo, no un artículo, sino un opúsculo; y lo haré con toda serenidad de ánimo y con entera imparcialidad, fundando mi juicio en documentos y aplicándolo a todo mi examen una lógica de acero”.

Sin embargo, las ideas de los dos Juanes sobre la muerte y la eternidad eran las mismas en su desprendimiento de la fama y de la gloria.

“...dudo que algo le aproveche su estatua de bronce al que en vida fue infeliz, y con todo su talento y su grande alma, devoró el hambre acosado por la maledicencia. La tumba es templo oscuro, impenetrable: la luz, el ruido del mundo no tienen entrada en ella: muertos no ven sus mausoleos, sus bustos, sus estatuas; no oyen los panegíricos que pronuncian los oradores, no sienten alegría ni placer a las oraciones en que se les alaba”.<sup>127</sup>

Mera por su parte pensaba y filosofaba de modo muy cercano:

“Las glorias siempre sirven para algo en el mundo; fuera de él son pura miseria, nada; y por eso las veo yo con un desdén soberano. A la familia le son convenientes, y más a la patria, porque una y otra viven más que el individuo. El sepulcro no admite sino el cadáver de este, desnudo de toda

---

126 Epistolario de Cevallos. Carta a Mera, Quito, marzo 24 de 1889.

127 “Capítulos”. J. Montalvo.

gloria; la eternidad solo admite nuestras virtudes. Ve ahí mi filosofía en esta materia”.<sup>128</sup>

Montalvo en París, recibió la noticia de la muerte de Julio Zaldumbide, su amigo de juventud, con quien después se disgustó y no volvió a hablar con él. Más aún, creó en “Capítulos” un personaje para satirizarlo e igual que a Mera, le propuso resolver sus diferencias con un duelo. Hombre tierno y apasionado, generoso y violento, se derritió al saber que el poeta ya no existía y ordenó quemar el texto:

“La muerte de Zaldumbide, por otra parte, inutiliza muchos capítulos del Quijote; pues ya comprenderás que la sátira a la tumba no cabe en un corazón bien formado y una naturaleza como la mía tanto más cuanto que me ha dolido vivamente la temprana desaparición de ese antiguo amigo mío, que fue, sin duda, el más querido de mi juventud. Los odios están muertos, las discusiones concluidas: no quiero hacer recuerdos que aflijan a los que lloran, ni que me apoquen a mis propios ojos. Quema pues todo eso...”<sup>129</sup>

En el Ecuador, Mera fue quien despidió al poeta Julio Zaldumbide, amigo de los dos Juanes y no desistió nunca en su afán de velar por la conversión de su viejo compadre Pedro Fermín Cevallos. Este dotado siempre de buen humor, decía que no era malo disfrutar de la vida y se ofrecía a pronunciar el discurso necrológico de Mera, apostando a que lo sobreviviría. Sólo falló por dos años.

El fuego de las pasiones comenzaba pues a extinguirse con el paso del tiempo y el testimonio de los amigos que pasaban a otro mundo. Hijos, amigos, sobrinos y más parientes de los Juanes, incluido Juan Benigno Vela y Juan Bautista Luis Alfredo Martínez, tomaron las cosas con ponderación y nobleza.

Adriano Montalvo Sevilla, el más querido sobrino de “El Cosmopolita” salvó a León Mera de caer a manos de Veintemilla y con ello, del destierro o de la prisión. Así lo anotó el beneficiado en su Diario. La actitud de

---

128 “Epistolario íntimo de J. L. Mera”. Carta a su hijo Trajano. Atocha. Dic. 25 de 1889.

129 “Cartas de Montalvo a su sobrino Adriano”. París, sep. 20 de 1887

Juan León Mera, hijo, fue de igual generosidad, pues se interesó más que nadie en la ejecución del monumento a Juan Montalvo en carta dirigida al Gobernador de Tungurahua:

“...solicité en Quito del cuerpo directivo de la Escuela de Bellas Artes, un informe respecto de los varios proyectos presentados para la estatua del insigne Dn. Juan Montalvo... También traté de acuerdo con José Ignacio y el Ministro de Instrucción Pública, con el Sr. Valente, profesor de Escultura, para que trabajara en yeso el busto de Dn. Juan, a fin de que pudiera darle todo el parecido posible... Mañana regreso a Quito y como siempre tendré mucho gusto de ocuparme con este asunto, desearía una lista de personas que hubiesen conocido a Dn. Juan, y fuesen competentes para dar las indicaciones precisas del parecido y la expresión del semblante...”<sup>130</sup>

J. G. Navarro, yerno de J. L. Mera y Director de la escuela de Bellas Artes, interesado también en la fidelidad y excelencia de la estatua de Montalvo, dirigiéndose a Mera Iturralde, critica la falta de expresión y vulgaridad del proyecto, cuando estaban en vigencia innovadores como Rodin y Bistolfi, autores de estatuas como las de Balzac o Víctor Hugo, que tratan de retratar más a la obra que al hombre.<sup>131</sup>

En cuanto a los Martínez, primos de Mera, no compartieron el conservadorismo de Mera, tanto que Nicolás Augusto, calificábase de “rojillo”, Anacarsis tendía hacia el socialismo y Luis fue más allá, al definirse como anarquista. Definitivamente, los tiempos eran otros y los dos Juanes pueden ya reunirse juntos en un mismo estudio.

## BIBLIOGRAFÍA

Epistolario de Cevallos. Cartas a J. L. Mera.  
Vida de J. L. Mera. Víctor Manuel Garcés.  
Vida de J. L. Mera. Darío Guevara.  
Coloquio sobre J. Montalvo.  
Las Catilinarias, J. Montalvo.

---

130 Periódico “El Cosmos”. Ambato, junio de 1908

131 Ibid.

La Dictadura y La Restauración, J. L. Mera.  
Vida de Juan Montalvo, Galo René Pérez.  
Cartas de Montalvo a su sobrino.  
Memorias de la Academia. Cartas de Luis Cordero a Mera.  
De las cartas de Mera.  
Periódico “El Cosmos” (1908, Ambato).  
Cartas Íntimas, J. L. Mera.  
Páginas Desconocidas, J. Montalvo.  
Capítulos Inéditos, J. Montalvo.  
Zurras Medicinales y Juancho Ficoa, J. L. Mera.

## ENSAYOS SOBRE MONTALVO Y MERA

“Ensayos sobre Montalvo y Mera” de Jorge Salvador Lara, editado por la Comisión Nacional de Conmemoraciones Cívicas, reúne en el año de 1992, V Centenario del Descubrimiento de América, a las dos cifras mayores de la literatura tungurahuese.

Hispanistas ambos, en cuanto fueron cultores de la lengua de Cervantes y herederos de la cultura española, sin perjuicio de poner la impronta americana en sus escritos, la publicación de estos ensayos hispanoamericanos a los cinco siglos del viaje de Colón que completó el mundo, adquiere mayor dimensión y simbolismo mestizo.

Pero en el ámbito provincial hay otra faceta que es necesario destacar, cual es la de que, en ellos consta también aquella especie de hermano mayor de los tres juanes, el historiador y primer Director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, don Pedro Fermín Cevallos; y en el liminar, Juan B. Moreno Valdez, Secretario Perpetuo del Instituto de Cultura Hispánica de Ambato, apasionado admirador de Montalvo y entrañable amigo, desaparecido prematuramente. Fue él precisamente quien reconoció ya en 1971, a Jorge Salvador como a un “Auténtico ambateñista”.

Reunir en un mismo volumen a dos personajes tan diferentes en su carácter; tan irreconciliables, -de acuerdo a las ideas del siglo pasado- en política: el uno liberal anticlerical; el otro, conservador favorable a la participación del clero en la conducción del Estado; cuyas disensiones llegaron a ofensas de carácter personal, tanto que hasta se dieron de bastonazos en el puente de Atocha, podría parecer audacia o cuando menos imprudencia.

Décadas atrás, así se habría juzgado. Recuerdo que el discurso de Jorge Salvador Lara en octubre de 1961 titulado “Ambato, ciudad de castizo espíritu y cristiano corazón”, cuando presidía el ICH de esta ciudad, fue motivo de polémica y mandobles literarios de parte de un montalvólatra ambateño.

Pero no en vano ha corrido tanta agua bajo los puentes rivales de Ficoa y Atocha, como que el uno conduce a la Quinta de Montalvo y el otro a la de Mera, que las pasiones han cedido a estudios más profundos y objetivos, a



los testimonios documentales y a las investigaciones serias, que hoy no sólo son bien traídos los estudios Montalvo- Mera, sino que aparecen necesarios para tener un mejor conocimiento de la historia nacional.

Estudiar conjuntamente a los dos escritores de prestigio nacional e internacional, nacidos los dos en Ambato en 1832, protagonistas y testigos de los comienzos de la República del Ecuador, a pocos años de la independencia, es ciertamente una necesidad, pues ambos son complementarios.

Preciso es recordar o enterarse de que los dos escritores jóvenes estuvieron ligados no sólo por relaciones de paisanaje sino también de amistad. En carta que Montalvo dirige desde París el 29 de julio de 1859 a Mera le trata de “estimado paisano y amigo” y se lamenta no poder servirle en la impresión de sus libros y los del Dr. Pedro Fermín Cevallos.

Por su parte la extensa correspondencia del historiador a su compadre “Leoncito”, como lo llama cariñosamente, confirma tal inconveniente y revela que entre los tres coprovincianos se prestaban los libros, pudiendo establecerse que compartían lecturas comunes.

Los ensayos del Dr. Salvador transcurren así entre el ya mencionado “Ambato ciudad de castizo espíritu y cristiano corazón”, que comienza con el recuerdo de la Quinta de Mera y sus preclaros hijos y termina en la Casa y Mausoleo montalvino, para los que reclama un retrato de García Moreno y una cruz.

Luego viene “Libertad o muerte”, consigna del Himno Nacional, el “Ideario de Juan León Mera”, “Bandada de Palaciegos”, “Mera y la acción política”, tomada de ese libro capital y aún poco conocido que es “La Dictadura y la Restauración”, en los cuales vibra el cantor de la Patria.

En este punto cito unos párrafos, de Mera y de Montalvo para la consideración de los lectores:

“El ejercicio del derecho de insurrección, que en verdad es peligroso y terrible, sin embargo el único medio que a veces le queda al pueblo contra la usurpación de todos sus demás derechos”.

“¡Oh! Si hace todo esto, levántate pueblo, sacude tu inercia, echa sin vacilar la mano a la espada de tu derecho, desnúdala, arroja del solio al miserable que así abusa de la potestad que le confiaste y labra tu desventura”.

“La tiranía es tiranía, bien descienda del trono, bien suba de la democracia”.  
(La Dictadura y la Restauración de Juan León Mera).

“Cuando los vicios invaden el pecho de los jóvenes en edad temprana, todo está perdido para un pueblo; pero donde hay un muchacho que alza la cabeza y exclama: ¡Tirano, yo no soy de los tuyos! La esperanza palpita en el seno del pueblo”.

“Tiranía es monstruo de cien brazos: alárgalos en todas direcciones y toma lo que quiere: hombres, ideas, cosas, todo lo devora”.

“Ecuadorianos, el troglodita que está sobre vosotros es el peor de todos, es el que designó el hombre justo: derribadle, buscad vuestra salvación en el cumplimiento de las leyes divinas y humanas...”.

He aquí expuesto el acercamiento político-ideológico Mera-Montalvo. Ambos están en contra de la tiranía, ambos consagran el derecho a la insurrección, ambos convocan al pueblo a derribar al malhechor. Y ambos censuraron también el procedimiento del Delegado pontificio, Monseñor Mario Mocenni, imprudentemente favorable a la dictadura del general Veintemilla.

A través de las cartas de Montalvo a su sobrino Adriano, se observa que el escritor sigue con ansiedad desde París, la lucha heroica de su hermano y sobrinos, enrolados en el famoso “Escuadrón Sagrado”, para derrocar al Dictador. En La Dictadura y la Restauración, en cambio, el cronista Mera, desde su propia patria, narra el alzamiento de las montoneras liberales y conservadoras y recoge, entre otros actores, a los miembros de la familia Montalvo.

Pasamos ahora a los ensayos sobre “Introducción a la poesía de Montalvo”, rastreamiento sagaz de la vena poética de “El Cosmopolita”, dispersa en varios volúmenes. 16 poesías numeradas por el investigador ponen al descubierto esta faceta negada por muchos estudiosos. “Sus conocimientos

poéticos, sus propias producciones (como las que acabamos de enumerar) y el amor que manifestó siempre por la poesía llevaron a Montalvo a considerarse poeta y anhelar que le tuviesen como tal, doliéndole la postergación ante Mera en este campo y no perdonando a García Moreno los sonetos satíricos que le dedicó, por considerarse ofendido con ellas en su propio terreno”.

Celebro y aplaudo entusiasmado esta investigación montalvina de Jorge; acepto que los sonetos marcianos de la detracción ambateña y montalvina son un modelo de sátira política, pero no conozco pruebas de que “El Cosmopolita”, se hubiese dolido por ellos hasta el extremo de no perdonárselo.

Continuando con tan apasionante como amena lectura, se encuentra “Homenaje a Juan León Mera en su Quinta de Atocha”, en la cual, a esta hora en la que el río Ambato agoniza a la manera unamuniana, Mera es en definitiva su máximo cantor:

“¡Oh Ambato! ¡Oh claro río/en cuya fértil margen/  
De mi existencia vuelan/ los rápidos instantes!  
¡Oh cómo al ver tus ondas/ mi espíritu se expande/  
¡Cómo al oír tus voces/ de amor mi pecho late!”

A continuación, cambia de orilla, cuando su dominio de la lengua le conduce a su estudio de “Poesía e idioma en Juan Montalvo”, artículo que hace juego con el anterior; sigue “Epistolario montalvino”, en el que destaca el aporte generoso del Dr. Eduardo Román Montalvo, sobrino-nieto del escritor y la publicación por Oswaldo Barrera Valverde de “Cartas de Montalvo a su sobrino”. Siguen el artículo “Reflexión cristiana sobre la pobreza”. De “Juan León Mera y el indio”, anoto su afirmación de que Cumandá no solamente inicia la novela ecuatoriana, sino su indigenismo, al poner por primera vez al indio como tema preponderante de la literatura nacional.

El libro avanza con “Mera y la juventud”, “Mera y la Historia”, “Mera a siglo y medio de su nacimiento”. Hasta que nos encontramos con el historiador de la República en “V Edición de la Historia de Cevallos”, de Letras de Tungurahua, que la asesora Luis Pachano, Oswaldo Barrera y este servidor.

Esta sección incluye “Ruptura de Montalvo con el Dr. Cevallos”, “...el gran Remingo Vulgo”, y “Un filósofo antiguo que reza el Padrenuestro”.

Quisiera comentar, aunque sea de paso, que en la correspondencia Cevallos-Mera, a la que me referí al comienzo de estas páginas, el historiador, antes y después de la ruptura, mantiene un equilibrio y ponderación admirables. Así trata de convencer a su compadre que Montalvo no es autor de unas hojas volantes en contra de Mera y del Dr. Martínez, su tío; y más tarde, cuando Montalvo le dispara una saeta en Las Catilinarías: ¿Ha visto ya usted la zurra que me da Montalvo en su 8va. Catilinaria? Pues el hombre tiene genio para ridiculizar a cuantos quiere, y se ha lucido conmigo. ¡Dios le perdone!. Adiós, mi compadre. Siempre suyo. Cevallos” (Quito, Dic. 4 de 1881).

Después de unos anexos unamunianos, vuelven “26 rue Cardinet, París”, “Mera, cóndor caudal”, “Juan Montalvo, ese desconocido” y “Nueva Biografía de Juan Montalvo”, análisis crítico de la obra de Galo René Pérez.

Las 220 páginas del volumen están exornadas con 38 ilustraciones, entre otras unas plumillas del artista ambateño Hernán Castillo y algunas inéditas, que amenizan de suyo el atractivo del libro, por su soberbia prosa, en la que se percibe el ritmo oratorio que el autor imprime a su lectura.

Como último comentario sobre los acercamientos Mera-Montalvo, vale la pena recordar la posición de los dos sobre la muerte. He aquí el primero después de la muerte de Montalvo:

“Creo haberte dicho que pienso escribir sobre Montalvo, no un artículo, sino un opúsculo; y lo haré con toda serenidad de ánimo y con entera imparcialidad, fundando mi juicio sobre documentos y aplicando a todo mi examen una lógica de acero” (Epistolario íntimo de Juan León Mera. Atocha, julio 31 de 1889).

He aquí el segundo después de la muerte de Zaldumbide:

“La muerte de Zaldumbide por otra parte, inutiliza muchos capítulos del Quijote; pues ya comprende que la sátira a la tumba no cabe en un corazón bien formado y una naturaleza como la mía: tanto más que me

ha dolido vivamente la temprana desaparición de ese antiguo amigo mío, que fue, sin duda, el más querido de mi juventud. Los odios están muertos, las disensiones concluidas: no quiero hacer recuerdos que aflijan a los que lloran ni me apoquen a mis propios ojos” (Cartas de Montalvo a su sobrino. París, septiembre 20 de 1887).

Los descendientes de Mera, por su parte, cumplieron un importante papel en el levantamiento de la estatua de Montalvo en el parque de su mismo nombre. Juan León Mera, hijo, en comunicación dirigida al Gobernador de Tungurahua, al darle cuenta de sus gestiones dentro y fuera del país, le llama “el insigne Don Juan Montalvo”; le hace conocer que ha solicitado “una lista de personas residentes en Quito que hubiesen conocido a Don Juan...”; y que ha solicitado informes de los proyectos presentados a la Escuela de Bellas Artes, dirigida en aquel entonces por Don José Gabriel Navarro, su cuñado. (Aparecida en el periódico “El Cosmos” de Ambato y fechada en Atocha, el 14 de junio de 1908). No en vano el venerable Dr. Víctor Manuel Garcés, autor de la biografía “Vida ejemplar y obra fecunda de Juan León Mera”, pedía que se unieran las celebraciones de los grandes ambateños.

Las celebraciones sesquicentenarias de sus nacimientos lo hicieron ya durante la alcaldía de Luis Pachano Carrión y Jorge Salvador Lara lo confirma con el libro suyo que será de gran utilidad para los lectores en general y para profesores y estudiantes en particular. Disponer de un libro tan valioso, tan bien escrito y con tan variados temas, profunda y amenamente tratados del fogoso Cosmopolita y del bardo de Atocha, es un verdadero homenaje a nuestra ciudad.

Para quedarnos con un buen sabor en la boca, pongo punto final con este párrafo del libro “Ensayos sobre Montalvo y Mera” del ambateñista Jorge Salvador Lara:

“Venir a Ambato es, siempre, encontrar un remanso para el espíritu: así suele haber ciudades bendecidas por la Omnipotente mano, sea con la gracia de las campiñas, con el rumor de los ríos, con la profundidad de los cielos, el vuelo de los poetas y sus prosistas, o ese no se qué al que se deben carácter y ambiente, inconfundible personalidad”.

## MONTALVO Y MERA EN LA CULTURA HISPÁNICA

(FRAGMENTO)

Si alguien atraviesa la plaza Cristóbal Colón en Madrid, podrá leer unas rocas talladas que revelan como antes de que se descubriese la tierra soñada, había profecías de la existencia de la futura América.

Así de uno de los textos ideográficos de los mayas se extrajo esta adivinación de la fonética:

A la distancia de un grito, a la distancia de una jornada están, ¡Oh padre! Recibid a vuestros huéspedes, los de Oriente, los hombres barbados que traen la señal de Ku, la deidad. (Chilan Balan de Chumayel).

Del lado conocido de Europa se lee también el texto de un filósofo estoico nacido en España, que hizo este anuncio:

Vendrán los tardos años del mundo, ciertos tiempos en los cuales el mar océano aflojará los atamientos de las cosas, y se abrirá una grande tierra y un nuevo marinero como aquel que fue guía de Jasón y que hubo de nombre Tiphys descubrirá el nuevo mundo y ya no será la isla de Thule la postrera de las tierras (Séneca).

Afirmaciones que se transformaron en un diálogo cuando los incas, por su lado, responden con la noción grabada en su memoria colectiva, de la existencia de unos hombres blancos y barbados que se fundían o unimismaban con el dios Viracocha.

La otra etapa fue después de una lucha desigual la aparición de una nueva raza, producto de la fusión o choque de dos pueblos. Los representantes de ese mundo que así se gestó, ambos personajes de letras y diferentes en sus concepciones políticas vamos a presentarlos como hispanistas.

Juan Montalvo, que llamábase él mismo “El Cosmopolita”, destacando su vocación de hombre universal, vivió largos años fuera de su patria en condición de desterrado. El otro, Juan León Mera, apegado al río de su tierra y a los indígenas, nació en el mismo año y en el mismo pueblo de

Montalvo. Tuvieron sus diferencias mas hubo algo que los unía, y este fue la Lengua Española y con ella una especie de unidad con la madre Patria y ambos se consideraban, hijos de los Andes Ecuatorianos.

Montalvo particularmente habíase prendido de la figura universal de Don Quijote de la Mancha y de su autor, al punto de escribir “Capítulos que le olvidaron a Cervantes”.

En lenguaje nadie ha podido imitar al de Cervantes ni en España, y no es bueno que un americano se ponga a contrahacerlo decía. Bonito es el hijo de los Andes para quedar airoso en lo mismo que salieron por el albañal ingenios como Calderón y Meléndez.

Es decir que la unidad y devoción de los escritores ecuatorianos fue una sola: la lengua española.

Si él llegare a caer por aventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un Quijote para la América española, y de ningún modo para España.

Hemos visto también como Montalvo lleva sus Siete Tratados al que él puso el título de “El Buscapié” y cuyo objetivo fue anunciar la creación de un libro de Don Quijote y de paso conocer también cuál fue la opinión de otros escritores.

Montalvo había tomado contacto con personalidades de las letras en su primera permanencia en París donde desempeñaba la función de Secretario de la Embajada Ecuatoriana, y fue allí cuando recibió cartas del poeta Lamartine y de Víctor Hugo.

Posteriormente vinieron los destierros refugándose en Ipiales, Pasto y Panamá.

Empezaron a surgir luego personalidades de nuestro continente, entre los que podemos mencionar a Julio Carcaño, Rubén Darío, Rafel Merchán, Manuel de Palacio, José María Samper, Vargas Vila, Salvador Camacho Roldán, Ricardo Palma, etc.

A ellos le siguieron Leopoldo Aldás quien dice: “Llamo aquí españoles a todos los que hablan en Castellano”: P. Gaspar Núñez de Arce, opina: “Leo con particular predilección los escritos del ilustre autor de los Siete Tratados”; Emilio Castelar dice por su parte: “Le quiere mucho a ud. de antiguo y antes de conocerle su amigo del alma”; Juan Valera, J. A. Carrillo y Navas, y Alberto del Solar, que opina: “Ponerme delante “El Espectador”, abrirlo yo, quedarme con él y leérmelo sin dejarle un momento de las manos fue obra de algunos minutos”; le sigue Rafael Álvarez Sereix; y J. A. Betancourt: “Siete Tratados son mi deleite provechoso”.

Un personaje especial es Don Juan Valera quien manifiesta con toda franqueza que “Lo que ud. escribe aumenta a mi ver la gloria de España y de sus letras”.

“En mi sentir se ha desatinado mucho al hablar de Cervantes y del Quijote. Yo he escrito sobre el Quijote también claro está que no he desatinado”.

Este criterio merece un corto comentario y es que el ecuatoriano en realidad hizo otra creación:

Personajes más penetrantes descubrieron cual fue en realidad lo que logró Montalvo, al apoderarse de la lengua hispana y superar su manejo:

Así lo comenta el hispanista francés Noel Salomon:

“En realidad lo que se define en él como “casticismo” fue una reivindicación de los valores culturales atesorados por la clase dominante de la época colonial como si fuera su propiedad exclusiva. El escritor ambateño nacido en “la clase media” se los apropió literalmente. Al escritor bien el zambo Montalvo demostró que podía hacerse dueño de un modelo cultural que hasta la fecha había sido de los amos blancos, y que incluso podía él, superarlos por el refinamiento”.

El escritor Enrique Rodó del otro lado del mar, el Atlántico, destaca de modo parecido la pulcritud de escribir en el Ecuador.

“Allí la pulcritud del lenguaje escrito ha sido estimado como pudiera serlo una nota de limpieza de sangre”.



Y el argentino Ánderon Imbert:

“La prosa de Montalvo es una de las más ricas del siglo XIX español. Acaso la mayor y más asombrosa expresión de energía de Montalvo, haya sido el haberse inventado en un rinconcito de América una lengua propia, lengua amasada con el barro de muchos siglos de literatura y alentada por el amor. Tenía un extraordinario don de acuñar frases, de desviarse del camino trillado y encontrar una salida portentosa, de evocar una realidad con mínimos toques de prosa imaginativa. Por ese interés en retorcer y complicar la expresión logró, con más frecuencia que sus contemporáneos de lengua española, fragmentos estilísticos de primer orden”.

Al comenzar este trabajo nos referimos a varios escritores que se habían manifestado admiradores de nuestro escritor y ahora lo hacemos sobre el hispanista Luis Carreras.

Así nos enteramos que él había comprendido en toda la profundidad la categoría de Montalvo y su hispanismo.

He aquí algunos fragmentos:

“Quien ha obtenido en esto mejores y más sólidos resultados es el gran prosista americano D. Juan Montalvo en su libro *Los Siete Tratados*, done hay verdaderas maravillas de tal género.”

“Todo literato debe aplicar los principios del arte de componer, según le inspire su propia naturaleza. El filósofo no debe hacerlo como el poeta, ni el orador como el novelista, ni el escritor brillante como el analítico, ni el vehemente como el templado; sino que cada cual tomará un camino particular. Melo, Granada, León, Cervantes, Calderón, Margall, Montalvo y algún otro componen magistralmente.”

“Posible será que algunos hispano americanos me pregunten si la prosa de D. Juan Montalvo reúne con respecto a América las condiciones que llevo dichas. Hasta cierto punto no les puedo responder categóricamente, por faltarme el conocimiento práctico de aquellos países; pero me parece indudable que la prosa de Montalvo tiene un sello especial, derivado en línea recta de la fisonomía americana. En dos periódicos de Barcelona,

muy importantes me preocupé del estilo de este autor, refiriéndome a sus dos últimos libros en *El Diluvio* y *La Ilustración*, voy pues, ahora a resumir lo que dije, desenvolviéndolo y completándolo. Constan los estados americanos del antiguo elemento indígena, que no es contado; y del antiguo elemento español, más o menos cruzado, que es quien da tono y dirección a la sociedad.”

Cuando Montalvo pasó de Francia a España sintióse feliz y al ser invitado por Castelar dijo entre otras cosas:

“Brindo, señores, a las glorias de España y a sus esperanzas: con hijos como Castelar y otros grandes españoles, no habría nación que no tuviera derecho al triunfo, al más alto lugar entre los pueblos” Y un último fragmento de este gran español, dice lo siguiente:

“El Sr. Montalvo merece, sin embargo, lugar aparte, porque es prosista de veras, y quizá el único grande que ha producido la América española”.

Y Doña Emilia Pardo Bazán gran amiga del escritor con quien mantuvo una nutrida correspondencia, con enorme confianza y franqueza hasta por estar en desacuerdo con Montalvo en el Naturalismo, lo que no les impidió unirse al ecuatoriano y a la española en su devoción por la lengua.

“Y qué lengua, la de hablar con Dios: la lengua muda del éxtasis de Santa Teresa: la de la oración hablada en San Juan de la Cruz; la de la elocuencia eclesiástica de Fray Luis de Granada; la de la poesía en Fray Luis de León, Herrera y Rioja; la de la Historia en Mariana; la de la novela en Hurtado de Mendoza; la de la Política en Jovellanos; la del amor en Menéndez Valdez; la de la risa en Fígaro; qué lengua la de la elocuencia profana de Castelar; qué lengua”

Y las cuerdas de la hispana Dña. Emilia:

“Oh lengua de miel en Fray Luis de Granada, de luz en el de León, de fuego y llama en Santa Teresa, de marfil en Juan de Valdés, de oro en Cervantes, de bronce en Ercilla, de nata en Garcilaso, de plata filigranada en Rivadeneyra, de dúctil cera en Quevedo. Música cien veces más regalada y sonora que las sinfonías de Mozart y Wagner, oh verbo, encendido por el hálito de una raza varonil. ¡Lengua, lengua castellana!

## NOTAS SOBRE DON JUAN TENORIO

Pocos personajes de la literatura universal más apasionado y apasionante que Don Juan Tenorio. Se diría que el embrujo misterioso que ejerció sobre las mujeres se hubiera cambiado por el asedio de los críticos, aunque para llegar a conclusiones no sólo divergentes sino de franca controversia.

Don Juan Tenorio no es uno sólo sino que cosmopolita y viajero impenitente, ha dejado en sus andanzas una numerosa descendencia, que arrancando del Burlador de Sevilla de Tirso de Molina. “anegado en teología”, ha continuado con el de Zorrilla, aquejado del mal romántico del siglo, el Incrédulo de Molière, el semifauístico de Goethe, el musical de Mozart, el idealista e inauténtico de los pueblos del norte, el americano y tropical Don Juan de Flor de Montalvo, en fin el “Man and Superman” de Bernard Shaw, en el que la comedia se vuelve tragedia. En todos ellos patente, la fuerza dramática del amor. Y hasta podríamos contar una vez que ha sido rehabilitado con Don Miguel de Mañara, que acaba de subir a los altares.

El sujeto proviene de una antigua leyenda española que se la reconoce también en toda Europa y luego trasladada a América, que trata de un joven que tropieza en unos casos con un esqueleto, en otros con una estatua, en todo caso alguien ya muerto; al que con gran valor y desparpajo, -hay que reconocer para la época-, les invita a comer. Los convidados aceptan, se presentan a la hora convenida y muy cumplidos devuelven la invitación con una cena en el más allá.

Paralelamente a este tema, existió tal parece desde siempre, el tipo del veleidoso e insaciable conquistador de mujeres. El mercedario Gabriel Tellez, que ha pasado a la historia y a la fama como Tirso de Molina, funde las dos leyendas en un drama teológico; emparenta al audaz joven que irrespeta a los muertos con el burlador profesional y nace así en tierra cristiana y española, un personaje demoníaco, un verdadero ángel rebelde, al que bautiza con los nombres y apellidos de Don Juan Tenorio.

Es pues una invitación sacrílega a un difunto lo que llenó de horror y admiración a quienes asistieron a su primera representación teatral. Y

por eso mismo el nudo del problema se resuelve con la condenación del protagonista.

## TEOLOGÍA Y SATANISMO

Hay un antecedente literario próximo a nuestro héroe en otro drama del mismo Tirso titulado “El condenado por desconfiado”, que aborda el tema de la salvación.

Paulo, un ermitaño que lleva una vida ejemplar de privaciones, llega a conocer que su suerte será la misma que la de Enrico el criminal, que es un contumaz pecador.

Paulo piensa entonces que da lo mismo ser bueno que malo ya que todo está predestinado; desconfía de la misericordia divina (parece que era de los que exigen pruebas) abandona su vida eremítica y a la hora de la muerte, juzgadas y pesadas que han sido sus obras, es condenado.

Enrico, por su parte, en medio de la vida pecaminosa que lleva, dedica su solicitud a su padre; y cuando muere ajusticiado por los hombres, la providencia menos severa, encuentra el mérito de que aunque publicano no era fariseo, por lo que los ángeles salvan su alma.

El dilema es pues la predestinación o el libre arbitrio. ¿Debe el hombre confiar descuidado en la misericordia divina, ya que su porvenir ultraterreno está marcado por el destino? o ¿debe labrar su suerte futura mediante la continua práctica de su virtudes?

Peto hay una tercera incógnita: ¿Se debe aplazar hasta último momento la reconciliación con Dios? Su respuesta es la que se desarrolla en el Burlador y su convidado de Piedra.

Cuando a Don Juan Tenorio le recuerdan la necesidad de arrepentirse

porque hay infierno y gloria, el galán piensa que aquello está muy lejano y responde burlescamente con una muletilla: “Tan largo me lo fiáis” o “Largo el plazo me ponéis”.

Cómo no ver a continuación la réplica americana en la figura de aquel fraile disoluto y nocheriego que solía escalar las tapias de su convento de San Diego rumbo al Panecillo, luego de esguazar más que una quebrada, en donde le aguardaba una o más irremplazables Evas. Y que al descender, alzándose la sotana, utilizaba sin escrúpulo ni cargo de conciencia como peldaño, el hombro llagado de un Cristo de la imaginería quiteña. Según es fama, el sufrido y paciente crucificado con voz admonitiva que equivale a recordar la salvación o condenación eterna, solía preguntarle: ¿Hasta cuándo padre Almeida? A lo que el franciscano cínico y temerario, desafiaba al cielo utilizando una variante del tan largo me lo fiáis, que reza: ¡Hasta la vuelta, Señor!

He aquí en reproducción casi literal del español, el primer Don Juan del Ecuador, bajo la figura de un fraile que alarga el tiempo de su conversión. Sólo que el padre Almeida al retornar del mundanal ruido con el sopor del alcohol asiste en lugar de a una cena fúnebre, a su propio entierro. Aterrorizado con la visión de su muerte cercana, se arrepiente a tiempo y se salva. A lo mejor fue menos malo que Tenorio o es que el de América se acerca más al seductor romántico de Zorrilla.

“Mas es justo, quede aquí / el universo notorio / que, pues me abre el purgatorio / un puesto de penitencia, / es el Dios de la clemencia, / el Dios de Don Juan Tenorio.

Sobre sus poderes ocultos sin duda demoníacos, los autotes coinciden en el poder de fascinación que ejerce sobre el bello sexo, en una especie de embrujamiento o hechizo de amor. Zorrilla exalta poéticamente esta facultad pero otros hacen notar como las mujeres se enamoran de él, como por obra y gracia del Espíritu Santo, sólo que es cosa del diablo. Aún la más desdeñosa, cae al fin víctima de la vanidad de ser su última y definitiva amante.

“Sevilla a voces me llama / el Burlador y el mayor / gusto que en mí puede haber / es burlar a una mujer / y detalla sin honor”.

La esencia del mal, el pecado satánico según dicen, es el pecado intelectual. Y en Don Juan lo que le empuja no es la tentación de los sentidos, el querer comer la manzana prohibida, cuanto el pretender ser como Luzbel, el que desafía a Dios.

Pero Don Juan, extraña paradoja lleva en sí una tarea latente que más temprano que tarde le hará caer y es el sentimentalismo.

Por su satanismo, su mismo padre Don Diego, le repudia:

“No; los hijos como tú / son hijos de Satán”.

A lo que el rebelde, quiere descargarse de responsabilidades:

“Allá voy. / Llamé al cielo y no me oyó / y pues sus puertas me cierra, / de mis pasos en la tierra / responda al cielo, y yo no”.

Se cuenta la historia de una niña inocente que un buen día dice estar encinta de Don Juan Tenorio. La madre, que es la amante del sevillano se horroriza, pero luego se aplaca cuando comprende que es sólo la imaginación de su hija, luego de haberse sentado en la butaca todavía caliente de Tenorio.

En todo caso, flota en el ambiente el mal aire de su presencia.

Otros parangonan al Don Juan con el Fausto de Goethe, el hombre que vendió su alma al diablo, a cambio de la juventud, en cuanto uno y otro solicitan a la vida goces imposibles y se obstinan en traspasar así en la esfera de los sentidos como en la de la inteligencia, los límites de la naturaleza humana. Por eso dicen que estos ángeles rebeldes, lo son doblemente: en la carne y en el espíritu.

## SOBRE SU BIOLOGÍA Y PSICOLOGÍA

El Dr. Gregorio Marañón, médico al fin, hace la autopsia de Don Juan Tenorio: lo despoja de su ropaje literario y filosófico y encuentra que bajo su faz atildada, hermosa y lampiña y su aire fachendoso hay una desarmonía de la naturaleza que encubre un mito sexual, porque su presunta virilidad es fisiológicamente falsa. Hasta el punto que su misma vida sexual, debió ser harto precaria. Porque el hombre que no tiene más oficio, habilidad o hobbies que amar, desde el más primitivo hasta el más actual “play boy”, es varón a medias. Viril en su criterio es el asceta, el trabajador, el que mejor vence a los hombres y no el que se burla de las pobres mujeres, naturalmente predispuestas a dejarse engañar.

Y sigue cortando con su escalpelo para extraer del organismo de Don Juan, sus glándulas y fluidos hormonales que le permiten ubicarlo en la misma línea de contacto de las diferenciaciones sexuales, donde el varón colinda con su tipo homólogo femenino. De allí sus rasgos delicados, su rostro sin sombra de barba, feminoide en definitiva, cuando según el decir popular, “el hombre cuanto más oso, más hermoso”.

El padre de la Endocrinología, clasifica según su tipología en tres grupos al sexo masculino: el tipo intelectual, el emocional y el instintivo.

El primero se sublima en la amistad pura, asexual. El segundo, se acerca al término medio, pero debajo del tercero, sólo queda la atracción dinámica de las bestias.

Encuentra que Don Quijote de Cervantes y Fausto de Goethe son el prototipo de los amadores intelectuales; Werther también de Goethe, el de los emotivos y Otelo de Shakespeare, de los instintivos. No ubica expresamente a Don Juan, pero queda claro dadas las premisas de su clasificación, que a éste lo ve más debajo de Otelo.

Con semejante lastre biológico, y el modelo que tomo es el de Zorrilla, Don Juan resulta ser un inmoral libertino, que revela en su conducta los vestigios de una gran desviación sexual; ejemplares que deben haber sido abundantes

en Sodoma y Gomorra antes de ser purificadas por el fuego. Porque en virtud del principio indefectible de la fusión de los contrarios, Don Juan aparentemente tan hombre, tiende a la homosexualidad por su conducta.

Marañón le asigna también una baja condición mental, una estructura moral muy deleznable. En otras palabras, es un rufián sin inteligencia ni interés, un irresponsable, un caso para la patología de la mentira, que invierte la natural atracción que el macho siente por la hembra. Así lo comparte también el filósofo José Ortega y Gasset, para quien es un “rufián zorrilesco”, que habría que meter en la cárcel.

Para Unamuno, hombre también muy casto, Don Juan no es inteligente y su conversación insoportable. Se dedica a cazar doncellas para matar el tiempo y llenar el vacío de su espíritu. Como el encanto es huidizo, es un peregrino que sigue su camino sin detenerse. Siempre solitario, no hay porqué envidiarle su suerte con las mujeres, sino mejor compadecerle.

En cuanto a los dogmas, Don Juan jamás dudó de su doctrina porque precisamente nunca pensó seriamente en ellos.

José Ingenieros ensaya un bosquejo de la conducta del seductor y lo estudia por contraste con Werther y otros personajes literarios. Así Werther, el pesimista incurable, termina en el suicidio. Mereció, -dice Ingenieros-, su destino, pues nadie tiene derecho a no tomar una mujer (Carlota) que se le entrega. Como dirá en el siglo XX ese hedonista primo hermano de Don Juan, que se llama Zorba, el Griego.

“...aquel que pudiendo acostarse con una mujer, no lo hace, comete un gran pecado. Si una mujer te invita a compartir su lecho y tú te niegas a satisfacer su deseo, ¡pierdes el alma! Esa mujer lanzará un suspiro el día del gran juicio de Dios, y el suspiro de esa mujer, seas tú quien fueses y por más que abonen en tu favor las acciones más meritorias, sí, ¡el soplo de ese suspiro bastará para echarte de cabeza al infierno!”.

Werther, cuya actitud ya no es pureza sino timidez que se convierte en miedo, exhibe una psicología típicamente femenina; tiene miedo de amar y



prefiere (según lo que se desprende de sus cartas no franqueadas), dejarse morir de un amor que no ha podido conquistar y para el que no sabe vivir. La exhuberancia de su imaginación llega a paralizar ante el todopoderoso instinto, que sirve de base a los remordimientos.

Don Juan por el contrario, es el optimista incurable, cuya psicología típicamente masculina se deja llevar por el instinto y pone los derechos de la naturaleza por encima de los de la sociedad.

Incapaz de amar, mujeriego sin corazón, nació así en las sociedades feudales, que hacían gala de execrar el amor.

Siempre en oposición a Werther, Don Juan es la chispa, ella el combustible; por eso mientras aquel se enamora paulatina y morosamente, éste las flecha como Cupido. Para Montalvo, hablando de Don Juan Goethe: “Werther es el principio; el Dr. Fausto es el fin del poema; la vida de Goethe, gnomo de la Selva Negra, convertido en Dios del Olimpo, es un poema”.

Claro que la sociedad execra a tal sujeto y compadece a las víctimas, pero el médico-literato, filósofo y psicólogo argentino, estima que en el fondo, él y ella, están satisfechos.

Ingenieros discrepa con su colega Marañón en esta singular junta médica e identifica a los seductores como tipos llenos de vigor, de temperamento sanguíneo, mas bien que nerviosos o biliosos. Dueños de gracia, audacia, elocuencia y astucia, cualidades propias del típico héroe, que unidas a su poder de adaptación, son irresistibles.

Para Alfredo Musseter, el punto de equilibrio sería la ternura pesimista de Werther y la hombría pesimista de Don Juan. Pero qué remedio, Tenorio es un anormal.

Este hombre irresistible es el otro polo de Don Quijote, ya que mientras el caballero andante sueña con un amor irreal, con una pareja inexistente, Don Juan a la misma hora hace el amor con una mujer de carne y hueso. Tanto la locura de Don Quijote por Dulcinea, como la pasión histérica de Santa

Teresa por Cristo, uno y otro místicos sentimentales, según los freudianos, revelan que padecían también de un eróstomos insano.

La sensualidad y la castidad son anomalías según estos psicólogos. Finalmente un amante extraordinario como es el de este caso, carece de función social; es un simple fenómeno individual. Y va por los caminos del mundo, cumpliendo su destino y hay quienes han llegado a contarle un mil y tres mujeres; sólo que si llega la mil cuatro se enamora de ella, traicionándose a sí mismo, porque entonces dejará de ser, y se convertirá en un tranquilo, sedentario y honrado burgués.

## ESTIRPE Y NACIONALIDAD

Pese a los lances y actitudes caballerescas del conquistador, sus biógrafos no han querido concederle títulos nobiliarios ni blasones. Al contrario su estirpe la consideran plebeya, en cuanto no se fundamente en la inteligencia sino en los sentidos. Su árbol genealógico no tiene más antecedente que el de un anónimo sujeto de las literaturas populares de la Edad Media.

Muy al contrario pues de los pergaminos del hidalgo Don Quijote, que al fundamentar su origen en el corazón, ya es como su nombre lo dice, hijo de algo o de alguien.

Y más distante aún del príncipe danés Hamlet, que torturado en el dilema filosófico del ser o no ser, en el castillo de Helsinfor, desciende en línea recta del aristocrático cerebro.

En cuanto a la nacionalidad y aunque los intelectuales españoles no están precisamente orgullosos de tenerlo por su coterráneo, como parentela y paisanaje no se escogen, parece que conjuntamente con el castísimo Quijote, Don Juan Tenorio, es lo más representativo del alma nacional de España.

Pero antes trataremos de rastrear su origen más remoto, siguiendo el

magnífico estudio de Pérez de Ayala, al respecto. Según este autor, al paso que el amor caballeresco como el del ilustre manchego, es de pura cepa occidental y cristiana y hunde sus raíces en la antigüedad greco-latina, el donjuanismo es de oriundez oriental y semita. El pueblo hebreo necesita ver con los ojos a su Jehová, resplandeciente e iracundo, orquestado por truenos y relámpagos; pero efímera como toda imagen, se olvida de él por un becerro de oro. Con lo que nos quiere decir, que de este pueblo sensorial e inconstante, viene la sangre que nutre a nuestro héroe. De otro lado, el ser más vil y despreciable del Viejo Testamento es la ramera —“sacerdotisa del amor”, la cual según el poeta Eclesiastés “es como el estiércol de los caminos que pisan los viandantes...”.

En tanto que el griego Platón llega a Dios por la vía intelectual y la ramera de Atenas, es la hetaira, la cortesana por antonomasia, la “flor de la feminidad”, “cuerpo adorable, compañía deliciosa”, solicitada por filósofos y estadistas.

Juan Montalvo, el autor de Don Juan de Flor, nos cuenta de Aspasia, una cortesana griega, a cuya casa iban los renombrados filósofos, a ilustrarse no en la prostitución, sino en la sabiduría: “Pericles aprendió de Aspasia la elocuencia; Sócrates tuvo en mucho su amistad, y no sacó poco provecho de sus filosóficas visitas”.

De este y otros tópicos trata en su artículo titulado: “La Mujer” en el mismo que hace la apología de ella. (El Cosmopolita).

Como es conocido el Judaísmo dará origen a las dos grandes religiones monoteístas: la una, el Cristianismo que apartándose de la maternidad oriental, se inscribe en occidente y hace su cultura; y por eso hace nacer a Dios de la carne de una mujer que concibe sin pecado y sin obra de varón.

La otra hijuela, el mahometanismo reproduce en cambio la línea semítica de menosprecio a la mujer, en la que ve sólo una hembra para su harén y la causa del pecado original. Según la teogonía persa, que parece recoger, como que el hombre es el bien absoluto o sea Ormuz; la mujer, el mal también absoluto, es decir, Arimán.

Conclusión: cuando algunos aseguran que Don Juan debe ser español y más precisamente sevillano, aciertan. Pero no es por aquello de “alabancioso y alborotado”, cantador de saetas en su región y exponente del “tropicalismo” en América, sino por su concepto mahometano-semítico del amor. No en vano los moros dominaron España por más de siete siglos y Andalucía misma procede del árabe Al Andaluz. Seguro que en las venas de Don Juan corría sangre mora y judía...

Don Miguel de Unamuno en cambio piensa que Don Juan Tenorio más que sevillano debe haber sido gallego, coincidiendo con Víctor Said Armesto que encontró en la tradición oral española, una vieja leyenda en romances gallegos y leoneses, en los que aparece esbozado El Burlador. Unamuno precisa que su apellido original sería Tenorio y vecino de la aldea de Tenorio, no lejos de Pontevedra y que más tarde se habría trasladado a Sevilla.

#### VARIACIONES DEL MISMO TEMA

La versión más conocida y famosa de Don Juan Tenorio, más europea y menos fuerte que la de Tirso, es la de Don José Zorrilla. En ella Don Juan permanece un tanto al margen de la inquietud metafísica y trascendental, lo que se explica si conocemos que su procedencia viene del francés Alejandro Dumas (1836) padre, y del español Antonio Zamora, en su obra “No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague” (1714).

En el drama de Zorrilla, el galán no va a los infiernos como el de Tirso, sino que románticamente se salva por el amor. Doña Inés, la novicia inocente y cuyo padre es asesinado por Don Juan, ora por él desde ultratumba, con lo que tambalea, se arrepiente y va a la eternidad sólo a purgar sus culpas.

Con él se inicia la transición del inhumano sevillano hacia el hombre enamorado, en el que yacía un rasgo de bondad. Paradójicamente una vez más, lo que le salva del satanismo es el sensualismo. En este drama se plantea que “un punto de contrición da a un alma la salvación”, insinuando que la Providencia juzga también la intención, por lo que la esperanza se

estira hasta el último momento; en tanto que la historia, representada por el Comendador que exige hechos, obras, no perdona porque su lema es “ahora o nunca”.

“Pues podré saber por ti / si hay más mundo que el de aquí / y otra vida en que jamás / a decir verdad, creí”.

Un autor encuentra que este Don Juan se equilibra entre dos pecados: el egotismo y el egoísmo. En otras palabras, entre el orgullo y la concupiscencia y por eso dice que “el orgullo es la nave y la concupiscencia, el cargamento”.

Zorrilla, además de las fuentes que se le señalan, parece que fundió también en su teatro, modificándolo, la célebre historia, no leyenda, del caballero sevillano Don Miguel de Mañara. Este Don Juan no tendría que ver con el verdadero Tenorio y se refiere a un clásico seductor, perteneciente a una distinguida familia sevillana, que en uno de sus lances amorosos da muerte al padre del que será su postrero amor. Mañara, que no tenía las entrañas ni la desafiante agresividad de su homólogo para invitar a cenar al difunto, se arrepiente, da un giro total a su vida, se hace ermitaño y posteriormente ingresa al convento de Carmelitas Descalzos. Su fortuna, muy grande, la invierte en el mantenimiento de un hospital y la otra mitad, la reparte entre los pobres. En el convento, sigue la historia, castiga su cuerpo pecador con apretados y puntiagudos cilicios, se alimenta sólo con raíces sin sal y para tener siempre presente que tenía que morir, cambia su cama por un ataúd más pequeño que sus dimensiones físicas. Y para castigar su orgullo, el cocinero del convento le propinaba cada día una sonora bofetada.

El profesor Gerardo Nicola, de quien tomo estas líneas, relata además que en la puerta del hospital que fundó, recibía a los menesterosos, besaba sus manos, lavaba sus pies, curaba sus pústulas y mendigaba limosna para los pobres. Cuando murió en señal de humillación se negó a sí mismo, haciendo colocar un epitafio a la entrada del convento de la Caridad con la inscripción siguiente:

“Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo”.

Al cabo de algunos siglos y de una larga odisea y algunos milagros, el proceso de canonización culminó y ha sido llevado a los altares. El lector sabrá decidir si le venera o no.

Sigamos adelante. El Tenorio clásico no busca la felicidad sino el placer del momento; nunca llega a enamorarse y en esto se distingue de otros similares como el caballero Don Luis Mejía, por ejemplo, que en algunos episodios pretende emularlo y desafiarlo. Naturalmente el insensato, es despojado por Don Juan de la mujer amada por Don Luis y que para El Burlador no es más que otra apuesta que ha ganado.

“Porque siempre serán / las mujeres de Don Juan / y Don Luis de las mujeres”.

También hemos dicho y reafirmamos que el verdadero Don Juan, (opuesto al de Molière), no es ateo, pero como es un hombre poco dado a elucubraciones del intelecto y está tan absorbido por su pasión a las mujeres, no tiene tiempo ni para dudar ni para creer. Sus apetitos desordenados, acota alguien, no le dejan pensar en la expiación que le aguarda.

Y cuando invita a comer a la estatua del Comendador, su Convidado de Piedra, no lo hace por escepticismo, sino por soberbia.

Ramiro de Maeztu aporta con otro dato interesante. El 2 de noviembre, día de difuntos, es cuando en España se celebra el misterio de Don Juan Tenorio, al escenificarse el drama.

Recuerda como en el siglo XVI solían ocurrir verdaderas orgías en las iglesias, cuyos altares servían de aparadores para los platos de comida y las jarras de vino, con las que se hacían brindis sacrílegos a la memoria de los muertos, que yacían en las capillas vecinas. A continuación soñaban que a la medianoche, la hora de los antiguos fantasmas, los difuntos celebraban otro banquete en correspondencia a la macabra broma de sus parientes vivos.

Y en el siglo XVII, las familias españolas aún acostumbraban a poner unos cubiertos en la mesa, para los muertos, en determinados días del año, como

si los lugares vacíos hubieran de ocuparlos invisibles, los jefes de la casa desaparecidos.

Y aquí el paralelismo con nuestros antepasados indígenas compartiendo sus viandas con los muertos el 2 de noviembre, sus libaciones y responsos en una ceremonia pagano-cristiana. Quién sabe si tales actos tenidos por nosotros ecuatorianos, como una tradición ancestralmente india, hunda en realidad sus antecedentes en la península europea.

O será que todos los pueblos hacen parecidas ceremonias de honras fúnebres, comprobando la unidad del género humano. En todo caso no deja de ser decidor que el mismo Día de Difuntos se haya escogido para representar el drama de Don Juan Tenorio; simbolismo según el cual se anudan una vez más Eros o el Amor que engendra vida con Tánatos o la muerte.

Y una última nota para cerrar este capítulo. Tanto Tirso como Zorrilla y según sus comentaristas españoles, como que dudan de ambientar abiertamente las aventuras de su Don Juan en España y lo hacen viajar a Roma, Nápoles, Sicilia y otros lugares extranjeros. Circunstancia que aprovechan algunos de sus coterráneos para desacreditar sus éxitos con las mujeres españolas, arguyendo que éstas, salvo en casos muy excepcionales, no se han dejado nunca engañar por Don Juan. Por la sencilla razón de que en la práctica en su patria, los hombres están sometidos a las mujeres, porque ellas son frías o cerebrales y ellos tienen en cambio, el corazón ardiente.

En otras palabras se concluye que Don Juan no ha existido, ni existirá nunca más que como un mito; Don Juan es un fantasma literario, igual que lo fueron Don Quijote y la Celestina.

## LOS SENTIDOS Y EL EROTISMO

Pérez de Ayala descubre que Don Juan carece de los sentidos llamados superiores, esto es, la vista, el oído, el olfato.

Huérfano del sentido de la vista que los griegos querían que fuera el sentido estético, Don Juan no hace distinción de hermosas y feas; carece del oído y por lo mismo de susceptibilidad musical, en razón de que no escucha los trágicos gemidos ni las imprecaciones de los ofendidos (padres, maridos, hermanos), que claman venganza al cielo; ni del olfato, pues Tisbea por ejemplo una zahareña pescadora, no debía oler muy bien que digamos.

Desdeñoso de las tres antenas más sensibles, las compensa con el ejercicio infatigable de las dos que le restan, superdesarrolladas por supuesto: la del gusto y la del contacto.

Dicen que el amor está en los seres naturales, preñados de conciencia y que el acto es inocente y su finalidad exclusiva: la perpetuación de la especie.

Pero Don Juan, enorme paradoja, a más de la escasa masculinidad que le diagnostica Gregorio Marañón, sería un garañón estéril y, tan es así, que nadie le menciona que hubiera tenido hijos.

En la dinámica de los sexos, la civilización occidental cristiana sustenta su equilibrio girando alrededor del sol de la hermosura que es la mujer. En el concepto oriental del amor, el centro se desplaza hacia el elemento masculino y la hembra gira a su alrededor a la manera de un satélite. Heliogábalo quiso llevar a Roma desde su Oriente, el culto a la sagrada piedra lunar de perfil cónico, “ruda simulación del falo”, que los semitas imaginaron ser el eje de la rueda del universo. Tenorio que como ya sabemos procede de Oriente, es la realización de esta estética.

Nuevamente el animador del Tenorio Americano, refuerza esta idea cuando nos relata que la noche de los desposorios de Abdul Motaleb, padre del profeta Mahoma, con Amnisa, doscientas muchachas árabes se suicidaron de celos y desesperación. Montalvo confiesa sinceramente que si el Tenorio Lord Byron le quitó el sueño con la fama de sus conquistas amorosas, éste árabe ingenioso, valiente y hermoso, le ha muerto de envidia: “¡Diablos de árabe!, ¿qué hechizo ponía en juego para ser amado de todas las mujeres?”.

Weiniger desarrolla una original teoría según la cual ningún individuo tiene



una definición sexual completa. En efecto todas las particularidades del sexo masculino se encuentran en cierta medida, (débilmente desarrolladas), en el sexo femenino y viceversa.

El resultado es obvio e inquietante: no hay hombre totalmente masculino ni mujer completamente femenina.

Como la ley de atracción sexual tiende a la unión de un hombre completo (H) y una mujer completa (M), teniendo en cuenta que en H y M se hallan repartidas en proporciones diferentes en cada uno de los individuos diversos, podemos suponer que un sujeto X es  $\frac{3}{4}$  varón y  $\frac{1}{4}$  mujer; su complemento ideal será entonces una persona  $\frac{3}{4}$  mujer y  $\frac{1}{4}$  varón.

Según esto, ¿cuál sería entonces la que correspondería a Don Juan, a quien parecen convenir todas las proporciones imaginables de la feminidad, como que las atrae y enamora a todas? Para explicarnos será de suponer contrariando a Pérez de Ayala y Marañón, que su masculinidad es absoluta y por lo mismo a él sólo le convendría un tipo de feminidad también absoluta.

Así se explica el por qué no logra procrear hijos. Excepto y ya es hora de decirlo, Don Juan de Flor de Montalvo, según lo veremos más adelante.

La neutralización recíproca del individualismo exige que el grado de masculinidad del uno corresponde al grado preciso de feminidad de la otra, y de esta suerte las dos naturalezas unilaterales se anulan exactamente. El hombre más viril busca la mujer más femenina e inversamente.

¿Qué clase de hombre es Don Juan que todas las mujeres buscan? La especificación absoluta de la masculinidad y complemento teórico de todas las feminidades.

Según Aristófanes en la antigüedad existieron en los seres humanos tres grupos sexuales; a saber: hombres, mujeres y andróginos. Pero todos tenían cuerpos dobles (dos cabezas, cuatro brazos, cuatro piernas, etc.). Pero los dioses preocupados al observar su peligrosidad y soberbia, les castigaron

dividiéndoles en dos y desde entonces, cada cual anda por el mundo en búsqueda desesperada de su otra y cara mitad.

Por eso que subsisten tres linajes de amor: el homosexual (de hombre a hombre o el lésbico); el de hombre a mujer y el de mujer a hombre. A éste último linaje pertenecía el amor donjuanesco. Otros griegos creían que habían dos variantes de amor: el platónico la más sublime metafísica del amor y el socrático, que persigue la belleza por la belleza, por lo que a veces parece transigir con un tipo de amor sospechoso. Tal aberración para Goethe y lo dice con la audacia propia de los genios, viene de que estéticamente el hombre es más perfecto y hermoso que la mujer. Reconoce afortunadamente a tiempo, que semejante aberración contra natura está en la naturaleza, pero que el sentido moral se ha sobrepuesto al instinto y la civilización que debe conservarse por todos los medios.

En cuanto a la vida sexual de la pareja, un deslenguado anglo-sajón, partiendo de la realidad biológica de que la mujer es sexual en todo momento y el hombre con intermitencias, dice que la mujer se consume y realiza íntegramente en la vida sexual para cumplir su papel de esposa y madre. Por la misma razón, el hombre es también sexo y algo más...

Forzosamente el hombre limita su sexualidad y deviene según su inclinación, en un asceta o en un Don Juan. Pero ya sabemos que tanto la castidad como la lubricidad desenfadada tienen un eróstomos insano.

Anudo el tema con la parte más arriesgada de la teoría machista de Wagner para quien los principios de una sana moral se reducen a: exalta los gérmenes masculinos que haya en tu organismo y ahoga los femeninos. De aquí a afirmar como lo hace, que sólo el varón es susceptible de la genialidad, no hay más que un paso. El fenómeno lógico y el ético, unidos formalmente en un valor supremo de concepto de la verdad, constriñen a admitir la existencia de un Yo inteligible o sea de un alma, esencia que posee una realidad hiperempírica.

Pero tratándose de un ser como la mujer que carece del fenómeno lógico y ético, cuya reacción se entiende es génito-afectiva, especula que faltan

razones suficientes para atribuírsele un alma. Juan Montalvo cuestiona este punto con el siguiente comentario: “y entre sus desvergüenzas, ninguna más digan de castigo que el haber sujetado a votación el alma del bello sexo. ¿Pero lo tenían los que discutían y votaban? Si la mujer no tiene alma, no hay porque la tenga el hombre, pues dijo el Criador “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y el Criador lo entendía del hombre y la mujer, o de la especie humana”. (El Cosmopolita).

La mujer resulta así desposeída de toda personalidad suprasexual. Los chinos, Aristóteles, los Padres de la Iglesia (Tertuliano y Orígenes), -no hay porque escandalizarse, entonces, sostuvieron en su tiempo igual teoría que Weiniger.

Aprovechamos este momento para contar que Weiniger fue judío y que en su dichoso libro, los judíos salen peor parados que las mujeres.

Yo, dice Pérez de Ayala, muy precavido “como perteneciente a la gran comunión de la estupidez ario-cristiana, venero a la mujer y le envío sahumeros desde el ara de mi corazón”. Yo por mi parte con mi cuota mestiza me adhiero fervorosamente a él, doblo la página y paso al siguiente tema.

## EL VARÓN DOMADO

Don Juan para los estudiosos es una caja de sorpresas. Y he aquí que según quienes le van siguiendo sus pisadas, a la postre resulta que de cazador pasa a ser la presa; de victimador a víctima, de dominador a dominado y de burlador a burlado, aun cuando él crea lo contrario.

Lord Byron autor y Don Juan al mismo tiempo, sostiene en su obra la tesis de que la débil Eva, domina al hombre por la estratagema amorosa. Y es la heroína una mujer de origen árabe, de mayor edad y experiencia que el héroe, la que al iniciarlo en el amor, le marca para siempre con un complejo de inferioridad.

Otro escritor de habla inglesa, el humorista Bernard Shaw, en su comedia titulada “Man and Superman”, los protagonistas Tanner (Tenorio) y Ann (Ana), hacen una expedición fantástica al infierno y en deformación tragicómica del Burlador, la mujer Ann hace la cacería amorosa de Tanner, el Tenorio.

Según el mismo autor, “la mujer necesita de él, no estando por sí sola capacitada para llevar a cabo la obra más apremiante de la naturaleza”.

Aunque si se mira bien, Don Juan no es imprescindible, estéril como se ha revelado.

Para Schopenhauer el único amor que existe es el sexual. La mujer ama más desde el punto de entregarse a un hombre para la conservación y multiplicación de la especie. El hombre en cambio, como que sufre un enfriamiento. De aquí concluye el angustiado filósofo, la fidelidad conyugal es natural en la mujer y artificial en el hombre. De modo que Don Juan cuando va de mujer en mujer, como las mariposas sobre los cálices de las flores, chupando su néctar, no hace sino estar de acuerdo con la naturaleza.

También es idea de Schopenhauer que la naturaleza, animada como está por una voluntad constante de perduración, incita al hombre empleando como sebo a la mujer. Pero ésta no es más que sexo, inferior en todo al hombre, menos en los estratagemas del amor, es la que finalmente vence.

Bien se ve esta filosofía si así puede llamársela, crea el mito del varón o sea a Don Juan. Sólo que la literatura o mejor los poetas que suelen llevar de la mano a aquella, se adelantaron una vez más y el mito literario se llama Don Juan Tenorio.

Como buen hispanista, Montalvo no podía sustraerse al embrujo de Don Juan Tenorio, que es la otra faceta del genio español, conjuntamente con Don Quijote.

A la par que imita al caballero andante, idealista heroico, enamorado abnegado, triste de figura y de temperamento, loco sublime, procedente de la severa Castilla, traza su versión del mozo aventurero, del calavera y frívolo, del sensualista desbordado nativo de la alegre y luminosa Andalucía.

Pero hay otro elemento que tomarse en cuenta. Don Juan Tenorio, personifica a un ángel rebelde en el ambiente religioso de su patria y de su época, aureolado más tarde con el espíritu liberal propio del romanticismo. Don Juan Montalvo, rebelde y liberal, -se había levantado contra la Jerarquía Eclesiástica y la Dictadura republicana-, habrá mirado con cierta simpatía a aquel, aunque sus preceptos morales más afines a los de Don Quijote, le restrinjan. Antes de proseguir hagamos una advertencia. No se ha de confundir al donjuanismo, fenómeno individual con el machismo, fenómeno colectivo por el que el hombre está obligado constantemente a probar su masculinidad. El machismo es común a España como al nuevo continente y en el maridaje de los caracteres de la Conquista, lo indígena pasó a ser por su pasividad lo femenino y la actividad del ingrediente europeo la masculinidad. El machismo ausente de problemas trascendentales o sentimentales coincide más con el instinto del sexo que con el amor; de aquí que el simple garañón no es tema de la literatura universal. Ni tampoco las modernas versiones que podrían suponerse donjuanescas de los famosos “play boys” de la sociedad capitalista.

Montalvo naturalmente tomó como motivo de su estudio el vasto tema del amor en lo que llama “Geometría Moral”, acaso por ese imperativo ético que le llevó constantemente a ordenar los actos humanos, acaso porque su devoción por los clásicos le hacían pensar que el conocimiento de la ciencia geométrica era necesaria para dirigir a los pueblos. Tanto que Platón dicen que puso a la entrada de la Academia, esta inscripción: “No entre nadie que no sepa Geometría”.

En esta obra el filósofo que hay en Montalvo trata según Agramonte de ahondar el tema del destino en esa conexión misteriosa que aproxima a las almas por vías no conocidas. A la relación del hombre con la mujer, aplica la ley física de que polos del mismo signo se repelen y los de signo contrario se atraen.

Juan de Valera confiesa que rehuye entrar al fondo de la Geometría, en la que el autor se protege a ratos con cierto hermetismo, y se queda en una hermosa pero lúcida carta-prólogo: “Es el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX”.

Dubitativo anduvo mucho tiempo Don Juan de Valera, tocayo de los Don Juan, en escribirlo y fue menester que el cónsul ecuatoriano en España, Leonidas Arteta, le hiciera llegar para decidirlo, una carta franqueada desde el Purgatorio.

Valera contesta amparándose en su enfermedad, y ofreciendo que tan pronto cuente con salud, humor y unos tres días, daría cima a su empresa, que el demonio había demorado: “No lo dude usted; si Montalvo fuera un escritor como los demás, buenos o medianos, mi prólogo estaría escrito hace tiempo; pero Montalvo es una esfinge y yo disto mucho de ser un Edipo”.

Montalvo comienza diseñando su concepción de Don Juan Tenorio, y coincide y hasta se adelanta a otros estudiosos que hemos mencionado a lo largo de este trabajo, al identificarlo como figura del libertinaje y del amor y su condición cosmopolita que lo hacen ciudadano del mundo. “Tú eres de un extremo del mundo; yo soy del otro”, le dice a Lida, supuesto amor francés.<sup>132</sup> Y a su amor español: “Catalana, ven acá y dime ¿porqué trastruecas y confundes las cosas y sus nombres?...Una mujer perdida es una mujer pública que profesa el vicio; “perdida” puede ser por su amante la mujer más honesta y virtuosa del mundo. Eloísa se perdió y no fue una perdida, ni Abelardo un perverso como quieres que yo sea. Margarita se perdió y no fue una perdida, sino la muchacha más pura e inocente de la tierra. Un seductor, como estaba protegido por el diablo, fue si un

---

132 “Montalvo en su Epistolario”. Agramonte. Página 87

perverso”.<sup>133</sup> Destaca por lo demás el prestigio infernalmente satánico de Don Juan en el sexo femenino y sus aproximaciones y diferencias con el Fausto de Goethe, el héroe impío que también hace fisga de la muerte.

Pero Montalvo no se limita a Don Juan sino que compone todo un tratado del amor, que según ahora se cree fue concebido originalmente como el séptimo, en tanto que “El Buscapié”, su libro por él más estimado, formó parte integral de “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”. A última hora, Montalvo substituyó su Geometría por el Buscapié.

Utilizando pues una ciencia pura, a la que los griegos le dieron una supuesta estética y el americano le añade una ética, recorre las líneas geométricas del amor universal, en una serie de figuras simbólicas y cabalísticas.

Así el corazón de César, el emperador romano, es la augusta y misteriosa –no podía ser menos-, forma de un triángulo, “cuyos lados son las tres pasiones preponderantes de este héroe: amor, sed de gloria y ambición”.

Es el de Alejandro Magno, la esfera girante, que apenas se apoya en la tierra para rodar hacia el espacio.

El corazón de Napoleón, el guerrero, no puede ser sino el cuadrado, fórratelas inexpugnable, en la que sus enemigos se estrellan irremediabilmente.

Los corazones de Lord Byron y Goethe son una parábola, cuya curva es abierta como la de los cometas, porque sin dejar de ser curva, jamás se vuelve al principio.

Los de Chateaubriand y Lamartine, los asimila a una elipse, figura de dos focos, en uno de los cuales brilla el amor divino, al paso que en el otro está ardiendo el amor humano.

Explorando siempre la ciencia de Euclides, encuentra contactos misteriosos con el Dios Apolo o mejor con el amor.

---

133 “Montalvo en su Epistolario”. Agramonte. Página 226

El “sí” de las niñas es la línea recta de la Geometría; el “no” una curva llena de quiebros, “una fementida por la que no podemos salir a ninguna parte”.

¿Y la de Don Juan Montalvo?

Sagazmente Valera anota en otro párrafo que su persona jamás se oculta en el libro; en cada página, en cada período, en cada sentencia, está presente de continuo. Aunque habría que precisar que hay que saber encontrarlo. Acaso no sea, opina, obra terminada y completa, acaso se trate de apuntes desordenados, alusiones a personas reales y sucesos verdaderos, a los que no pudo darles una última mano. Criterio con el que coincide Leopoldo Benítez Vinuesa.

Es posible, aunque bien pudo ser intencional para que un lector cómplice, como se dice ahora, saque sus propias conclusiones y haga su interpretación individual.

Revisando el episodio “Safira”, aparecen nítidamente rasgos autobiográficos del fabulador, que llega un día a una pequeña ciudad de Nueva Granada y se establece en ella sin ruido ni aparato. (Montalvo desterrado a Ipiales). El extranjero “para unos un masón, hereje, condenado en vida; para otros religioso, virtuoso, varón justificado”. (La problemática de Montalvo “alma religiosa, pensamiento heterodoxo”). Herculano que así se llama el solitario, es amigo de la naturaleza, tiene la mano y el corazón abiertos para el pobre, ama a los niños y a uno de ellos le confía que viene del sur (su manera de ser y procedencia). Fijado que ha sido el medio, el argumento continúa teniendo como telón de fondo, la lucha entre conservadores y liberales.

Obviamente Herculano es liberal y caballerosa y heroicamente ayuda a las víctimas de las soldadesca goda. Safira, la mujer hermosa del episodio, es salvada en varias y sucesivas acciones prefabricadas, de corte folletinesco. En final melodramático, Safira cae rendida a los pies del héroe o mejor ante su corazón.<sup>134</sup>

---

134 “Parece escrita al ritmo de emociones sentidas por un espíritu enamorado de la belleza, ardiente y fogoso, que rememora acaso los encantos de un amor vivido; que siente nostalgia del pasado que fue la juventud, alegrada por esa corriente de vida que circula por las arterias con la sangre encendida por el amor y los afectos, aunque no exenta de



La versión del tenorio Montalvino, Don Juan de Flor, es definida por él mismo: “Don Juan de Flor no es como Don Juan Tenorio, sino más feliz, más sincero, menos veleidoso y mucho menos pícaro. En cuanto a enamorado, su vida ha sido amar, amar en todo tiempo, en toda forma y en forma; porque este sí que ha amado con el corazón, ha amado con el amor, no con la vanidad como los necios; ni con codicia como los ruines”.

Como se ve en Montalvo, el drama se vuelve ensayo y la acción, reflexión y retórica.

La vida del de Flor, es todo un universo: Amor de alma bienaventurada, de aplomo, de águila, león, serpiente, céfiro, bóreas, flores y hierbas, monte, valle, abismo, mar.

Don Juan de Flor, ora se aproxima, ora se aparte del Don Juan tradicional, así como Don Juan Montalvo, a ratos aparece nítidamente y en otros se oculta con el velo de la ficción, en un movimiento pendular.

Difiere del de Tirso, pues carece de preocupaciones teológicas y el tema de la muerte. Afincado en la ciudad terrestre más que en la celestial, deja correr su vida sin el epílogo final de la tragedia y a diferencia del Burlador de Sevilla, él también se entrega con toda su pasión a la causa del amor. Está pues aún por eso de romántico, más cercano al personaje de Zorrilla.

El Don Juan americano sería clasificado por Marañón en el grupo de los emotivos como Werther, por lo que José Ortega y Gasset no propondría enviarlo a la cárcel a hacer compañía al “rufián zorrillesco”.

Anormal como buen Tenorio, Ingenieros lo juzgaría un fenómeno individual

---

dolores y tristezas, que suele propinar la adoración a la mujer, a las almas sensitivas y las naturalezas ardientes”. (Geometría Moral – Carlos B. Sevilla).

Para el estadista, orador y literato español José Alcalá Galiano, conde de Torrijos: “La Geometría Moral de Montalvo es una verdadera joya literaria, es uno de los libros más estupendos, originales, intensos que he leído. Es una maravilla de estilo, de riqueza, de centelleo mental. Escribiré algo sobre esa obra por más que me siento inferior al asunto y enano junto al gigante”. (Montalvo ante sus admiradores extranjeros. Monge y Moscoso, página 30).

desprovisto de significación social. Igualmente carece de los sentidos superiores: vista, oído y olfato; y absorvido por su pasión insaciable de mujeres, no tiene tiempo para dudar ni para creer.

Pérez de Ayala reconocería en algunas de sus venas andaluzas, una ya lejana sangre semítica y árabe, transfundida por otra india americana. Quién sabe si por esta vía de procedencia asiática u oceánica, confirmaría la oriundez oriental de todos los Tenorios del mundo.

“Lo que hay de sangre española en mis venas me viene de Andalucía”, nos confiesa el autor de Don Juan de Flor. Por lo que Agramonte se lamenta que no haya precisado de cual localidad, pues encuentra una vena humorística, satírica, pero puede que venga de Córdoba; “y entonces descubriríamos la gravedad, la seriedad, el estoicismo y el senequismo cordobés –la austeridad del hombre y la mujer de Córdoba-.”

A diferencia de los modelos europeos en cambio, el Don Juan americano ama sin medida y por eso se destruye como figura mítica; en cambio deja huellas de sus pasos y al prolongar las células germinales en sus hijos, adquiere la inmortalidad biológica.

Los autores de Don Juan Tenorio y sus comentaristas, cicateros y despreocupados, no nos han dejado su retrato. De Don Juan de Flor, podemos tener el suyo si tomamos prestado el que su padre literario hiciera de sí mismo, impulsado por esa “comezón del egotismo”.

Sabemos entonces que era un mozo más bien moreno, tostado por el sol ecuatorial y que sin ser precisamente un Adonis, “no hemos sido tan cortos de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, mientras que los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad”.

¿Y su estatura? “...tuvo él acaso la estatura excelsa con la cual ando yo prevaleciendo? Algunos le atribuyen un caminar cojitranco, apoyado en rodrigón.

¿Su cabeza?: “esta cabeza que es una continua explosión de enormes anillos de azabache”.

¿Y los ojos?: “estos ojos que se van como balas negras al corazón de mis enemigos, y como globos de fuego celeste al de las mujeres amadas?”.

¿Barbado o lampiño?: “Esta barba...Aquí te quiero ver escopeta. Dios en sus inescrutables designios dijo: A este nada le gusta más que la barba, pues ha de morir y vivir sin ella”.

¿Y el temperamento?: “Mi temperamento es bilioso-nervioso”.

Este juego de espejos entre Montalvo y su criatura Don Juan de Flor, puede causar más de una confusión.

Hay que saber entonces distinguir entre su autor más bien quijotesco, ascético y moralista y el personaje imaginario, que en cierto modo es su imagen invertida.

Oímos a un escritor decir: “Consintió mucho a las tentaciones de la carne, porque se sintió vacío y buscó excitantes que la magullaron en las bastardías del instinto. Ninguna mujer pudo encarcelarlo entre los brazos. Bucanero del sexo estuvo atento sólo al reflejo de los nervios que desconocen la razón y la moral”.<sup>135</sup>

Este no es Don Juan Montalvo, tal vez sea Don Juan de Flor.

Aunque admitimos lo que el mismo Cazorla dice más adelante: “Sólo los eunucos y puritanos pueden encontrar escándalo en las tendencias lascivas de San Agustín, de Tolstoi, de Montalvo...”.

Pero es mejor que escuchemos al mismo autor en sus cartas íntimas: “Yo he estado cerca de la virtud; entre un ángel caído y un demonio triunfante, hay un lugar para el bien de los desgraciados”.

---

135 “Metanoia de Juan Montalvo”. J. I. Cazorla.

“Yo no soy un bandido de Schiller ni un pirata de Byron”.

“Yo no me creo incapaz de cometer un crimen, de cometer algún grande y bello crimen, pero no nací para engañar y la cobardía me es imposible”<sup>136</sup>.

“Debo decir a Ud. que mis funciones están perfectamente arregladas y que mis hábitos y costumbres son de anacoreta”.<sup>137</sup>

“Es difícil que para un hombre honrado la honestidad y rectitud morales, no se conviertan en una religión”.<sup>138</sup>

Y a Clotildina, la hermosa y célebre artista catalana: “A la vida importa poco que yo descienda a la muerte pero muero mil veces antes que entretenerme con mentiras y promesas”.

Clotilde Cerdá y Bosh, cuyo nombre artístico fuera Esmeralda Cervantes, con el que le bautizó se dice el “dios” Hugo, que quiso reunir en ella a la protagonista de una de sus obras, “Esmeralda” y a su admirado Cervantes, asoma ya en el Tratado del Genio de Don Juan Montalvo:

“...: Esmeralda Cervantes tiene genio para la música; el arpa es su genio. El genio para la música encarnado en una joven que es toda poesía, cuyo espíritu está echando afuera con los ojos, empapada en un caudal de amorosa inocencia; cuyos labios componen a cada instante la firma con que las almas puras se prometen a Dios, esto es esa sonrisa de lineamientos divinos que hieren los corazones; cuyos miembros rebosan en voluptuosidad involuntaria, la cual si despierta deseos no aconseja temeridades; el genio de la música encarnado en una mujer de éstas, digo, por fuerza da golpe en cualquier parte, el golpe que dio la Esmeraldita en las naciones cultas de Europa, esas que tienen la más delicada porción de la cultura en el oído, Strauss, Lanquebach se quedaron mudos de asombro cuando la oyeron a la bella catalana y, triunfantes, la pasearon por las cortes de más rumbo,

136 Montalvo escribe esta carta con el pseudónimo de Lautar. “Epistolario de Montalvo”. Agramonte. Páginas 87 - 88

137 “Epistolario de Montalvo”. Agramonte. Página 96. Carta al médico Dr. Ramón Toledo.

138 “Epistolario de Montalvo”. Agramonte. Página 443.

presentándola a las testas coronadas. Viena, Berlín, París, en qué gran ciudad no mostró su linda cara la española, su cara musical, de cuyas facciones se levantan con sólo mirarla sombras de armonía que vuelan dando ayes apasionados, pero mudos?...”.

Las frases del escritor dieron en el blanco y la “Esmeraldita” le dirá en su carta: “Pon mi retrato en paraje que lo veas siempre. La dedicatoria es muy sencilla, una J. y una C. enlazadas, nadie lo comprenderá y sólo tú verás la idea. Adiós. Clotildina”.<sup>139</sup>

Montalvo mismo define su verdadera posición frente al amor, opuesta a la del Burlador: incapaz de mentir, de engañar, de burlar. Qué duda cabe, Montalvo es moralista.

Aunque según la condesa Doña Emilia Pardo Bazán: “La moral es una cosa diabólica. Se nos impone cuando no media un impulso más fuerte; cuando éste llega, deshace en dos minutos, con risa mefistofélica, los argumentos del contrario...”.<sup>140</sup>

Intuitiva y realista como toda mujer, Doña Emilia Pardo descubre en Montalvo al gran idealista: “En amor mismo, los grandes idealistas son hombres”.

En el fondo Montalvo piensa como el filósofo español Ortega y Gasset del Donjuanismo: “A nosotros pundonorosos amantes y fieles nos cabe la honra de entregar al verdugo al infame Lovelace<sup>141</sup> y la satisfacción de ver su cuerpo columpiándose en la horca”.

El escritor ambateño clasifica los amores de Don Juan de Flor, en amores de primera, de segunda y de tercera clase, que van desde amores ínfimos, amorzuelos que no lastiman el corazón, pasa por aquellos “gigánticos que ya saben lo que es padecer” y nos ponen dice, hablando en primera persona;

---

139 Ver “Siete Cartas”. Rodrigo Pachano Lalama.

140 “Montalvo en su Epistolario”. Agramonte. Página 323.

141 Lovelace: el Tenorio inglés de Richardson.

y llega a los que por su cetro y corona, los llama príncipes coronados; de laurel si dichosos, de espinas, si desdichados.

Amor éste de primera clase; alto, profundo, ciego, fuerte, sutil, alado, atrevido, voraz, insolente, santo y satánico.

Don Juan de Flor, hombre de facultades sensitivas, no puede amar sin ser correspondido. “Sólo el objeto varía; el amor es siempre el mismo”. El objeto obviamente es la mujer. Y por su vida desfilan Aloysia, cervatillo vivaz; Lucrecia, que responsabiliza por su vida a Don Juan: la aristocrática alemana Laida Von Krélin, que cae subyugada por el desprecio del soberbio hijo del Nuevo Mundo, con lo que nos ratifica que este Tenorio americano es hijo del Sol.

“Y tan delicada, tan sensitiva criatura, que un día que el hijo del sol se había derribado el pelo, montón revuelto de sortijas negras y relucientes, Laida, sorprendida, como aterrada exclama: “¿Qué habéis hecho de vuestra cabellera? ¿No me amáis ya?”.

Pero en la vida real, más dramática y novelesca que la ficción, Laida es Lida, su amor alemán y Clotildina la que quiere enviarle su cabellera y no él. Don Juan Montalvo, galantemente no lo acepta: “Ámame, pero no sacrifiques tu cabellera; soy un dios malo que no merezco ofrenda semejante”.

Así el señor Don Juan Montalvo, como le llama Víctor Hugo, se acerca y se aleja una vez más, rítmicamente de Don Juan de Flor.

Y si no oigámosle confesar su amor en su nutrido epistolario: “para mí, vivir es amar; para mí, amar es vivir”.

“Cuando en nuestras vigiliás se oye la resonancia de un péndulo en medio de esta carta y el terrible silencio de la tierra, pregúntale si no es un astuto sacerdote el que se pasea de madrugada por tu cuarto, o acaso un perverso que ha robado a las Musas su lenguaje para engañar mejor la joven imprevisión”.<sup>142</sup>

---

142 “Montalvo en su Epistolario”. Agramonte. Páginas 86 - 88

Y otra vez proyectándose en su obra literaria, asoma también en su pieza dramática “El Descomulgado”, donde Mauricio (Montalvo difuminado), seduce a Cornelio, pero cerca de caer el telón la pide en matrimonio, acorde a sus principios.

En definitiva que en Don Juan de Flor, invención de Montalvo, de “resonancias autopsíquicas” repetiremos siguiendo al maestro Agramonte, sin ser él mismo, sale a flote su personalidad.

La sinceridad de sus actos que en el amor se traduce por un freno moral, lo hace incapaz de la inescrupulosidad y traición del Burlador profesional y tradicional.

Las relaciones entre Montalvo y Lida que aparecen fugazmente en la “Geometría Moral” y en otros libros de Montalvo, delatando la honda huella que dejarán, pero de manera especial sus cartas inéditas en francés, permiten comprender mejor la posición del escritor frente al amor.

Se trata de las relaciones entre una “joven bella, honorable, rica, noble”, con un extranjero, un desconocido americano, considerado en Europa, donde “el corazón está cansado y viejo a fuerza de vivir”, como un orgulloso salvaje o bárbaro, al que si le faltan “plumas sobre la cabeza y dientes de tigre en la garganta para amar, no le falta audacia para pedirle que ella le lleve a vivir en su selva. “...estaré donde tú vayas, aún en el infierno; mañana, crecerás en mi amor?”

“Si no hay amor en las alturas, allá no deseo llegar. Si existiera amor en los infiernos, allá iría yo de voluntad, porque un infierno donde se ama, eso debe ser un paraíso”.

“Si tú quieres el triste paraíso de mi amor, si tu quieres salvarte en este cielo terrible, entonces lánzate, entonces tiembla, entonces vuélcate en mi pecho, piérdete en este dulce abismo”.

“A veces no se pueden evitar los precipicios; está uno asustado, sin embargo se lanza: el corazón enamorado suele ser un héroe”.

“Mi corazón es monstruo bello y poderoso; él va a devorarte: No soy Fedro, no temas: este fuego en que ardo purifica a los ángeles; es la castidad en llamaradas”.

El ardoroso y poético amante como que está atado y se frena: “Ah, no vengas Lida, no vengas! Es preciso que regreses a casa con tu pureza; es necesario que abrasces a tu madre con un corazón sin mancha. Si hemos resistido hasta ahora, no respondo más de mí ni de ti, si nosotros nos encontramos solos y a nuestro gusto. El amor no ve. La soledad es un elemento de desgracia; la noche es cómplice de muchos delitos. En ti, esto sería una falta que te haría desdichada toda la vida; en mí, esto sería una crueldad, más aún, una mancha que dañaría mi alma con un eterno remordimiento”.<sup>143</sup>

A más del forzoso ostracismo en el que transcurrió gran parte de su vida, es verdad que no tuvo vocación para el matrimonio, (“cadena pesada, orinecida, crujiente”, dice) sacramento que sin embargo lo cumplió por el imperativo moral que le obligaba para con la madre y con el hijo.

Por eso se puede ver en su “Carta de un padre joven”, que suscribe con el anagrama Juan Enrique Tomanvol (Montalvo), como la pasión una vez más traiciona a nuestro héroe, cuando resume amor y odio, ternuras infinitas e ímpetus de muerte, “arrullos de paloma y rugidos de tigre”.

En él predominaron por sobre los sentidos y el sexo, el corazón y el cerebro, acercándose al amor no sólo caballeresco tipificado en Don Quijote, sino también en el aristocrático o cerebral del príncipe Hamlet.

“Alma religiosa y pensamiento heterodoxo”, como lo define certeramente doña Emilia Pardo Bazán, no se consumió sin embargo entre la religiosidad y la heterodoxia a la manera de Unamuno, con su lucha entre el cerebro que dice que no y el corazón, que sí, porque nunca supo de la negación.

---

143 “Cartas Inéditas de Montalvo”. Esta correspondencia originada en Niza y escrita en idioma francés, ha hecho pensar que se trata de un amor francés de Montalvo. Pero las investigaciones que he realizado permiten concluir que fue alemana y que se llamó posiblemente Laida von Krelin, como se lee en su Geometría. Su estudio pormenorizado corresponde a otro trabajo.



Mientras tanto el cortejo de mujeres de Don Juan de Flor continúa con Flora, apasionada y bella: Estrella, buena y santa hasta el punto de morir de amor y que amenaza con victimar a su tierna hija, si Don Juan deja de amarla. “Esta pobre mujer vive todavía en un hospicio de locas”, nos enteramos.

Y todas aquellas que en nutrida correspondencia, el amasador las recuerda y revive al leer sus palabras, sus borrosos perfiles. Se pone pensativo, suelta una lágrima, da una soberbia calabazada en el aire, y sigue. Una de ellas le amenaza con echarse al río, pero él no se inmuta y abre la siguiente carta que habla de política, por lo que muy sensatamente la aladea y pasa a la de Eufrosina que le solicita dinero y a la de Inés, que le pide que le lleve consigo.

Beatriz por su parte, le acusa de olvido, sí, de “ingrato olvido”.

El narrador acaso habrá recordado a Rosaura Montalvo Hidalgo, bella mujer a la que dice el “Cosmopolita”, prometió casarse a su regreso de París.<sup>144</sup>

En una carta de Montalvo fechada en París, noviembre 29 de 1882, se puede leer, entre otras frases:

“Con que te acuerdas de mí, guanera hermosa? Si eres mi prima, si eres mi tía, no sé; sólo sé que eres mi amiga, porque mereces mi estima y mi cariño; y quieran los cielos que nunca los vengas a perder.

No será por el parentesco con nosotros por lo que tanto les visitan a ustedes en Quito, según dices, será por los méritos mismos de ustedes. Pero ya que te llamas Montalvo, chiquilla, mira como no vengas a deslustrar este nombre. Cásate, y cástate bien; que harto hay en ti con que hagas la dicha del más pintado”.

Al menos por este texto, no parece ciertamente la carta a una prometida. En cambio es evidente que sus inclinaciones y preferencias son para Estela;

---

144 “Raíces de Juan Montalvo”. Dr. Fdo. Jurado Noboa. Página 50

a ella es a la que pide que no le olvide y promete volver. Y en la misma carta a Rosaura le dice: “Estela, mi bella Estela; tú que la conoces; ¿dime si no tengo razón para quererla? Si alguna vez la ves, cuando vayas a tomar duraznos, dile que no me olvide; pues al fin y al cabo he de volver”.

Estela por lo tanto no es una Montalvo Hidalgo, sino una amiga, a cuya huerta iban sus parientes a tomar duraznos, y entre ellas, Rosaura.

Y sigue la carta:

“Primero a tus padres, después a tus hermanos, más de mil abrazos. Dolores debe estar buena para princesa, y Zoila para reina; y tú para ángeles y serafines.

No me olvides a Julia; y todas juntas, adiós. JUAN”.<sup>145</sup>

El poder infernal de Don Juan de Flor hace efectos y estragos en Delfina, cuya madre le implora y le inquiere: “Que poder es el suyo, hombre infernal, sobre las mujeres”.

Otra le notifica que la han desterrado al Cuzco, al convento de Carmelitas: “Dicen que si dentro de diez y ocho meses doy pruebas de arrepentimiento y juro olvidar, concurrirán por mí. Yo no juraré eso; lo que juro es no olvidar: Fruela”.

Finalmente se lee la conmovedora de Aifosa que le da la noticia de que su hijo Cipariso, el hijo de los dos, que criaba para Alejandro Magno, está

145 “Es posible que Dolores sea la misma bella Dolores, a que Montalvo se refiere en una carta cuyo facsímil se tiene en la lámina 7 de la carta 81” acota Roberto D. Agramonte. “Montalvo en su Epistolario”. (página 193). Pero los nombres a los que alude Montalvo en esta carta, corresponden a sus sobrinas segundas, con la sola excepción de la bella y misteriosa Estela. Ellas son Zoila (nacida en 1856), Rosaura (1860), Julia (m.s.), y Alegría Dolores (1862), Montalvo Hidalgo, todas ellas originarias de Guano, al igual que su padre, Marcos.

En consecuencia, la Dolores de esta carta no parece ser la “bella Dolores”, que quiso agregar al harén de Don Juan de Flor. Esta mujer era posiblemente quiteña a juzgar por sus referencias a “Huápulo” y el “Egido” y a ella nos volveremos a referir al final de este trabajo.

herido por la enfermedad de los dioses, la epilepsia. Conociendo la afición de Montalvo por los anagramas, bien se puede descifrar Cipariso por Parisino, acaso una reminiscencia de su hijo Jean, nacido en París.

O más bien Don Juan de Flor, ahora representa el drama romántico conyugal de su creador. Montalvo deja salir de su subconsciente en la tragedia de Aifosa, la mujer abandonada y su hijo Cipariso, la suya propia, la de su mujer de Ambato, María Aurelia Adelaida Guzmán y su hijo Alfonso, que parece un “cicerón” o tumorcilo y que muere prematuramente. El nombre mismo de Aifosa, es un juego de sílabas de su primogénito Alfonso.<sup>146</sup>

A aquella Adelaida, ratificando lo de C. B. Sevilla sobre su nostalgia de la juventud que se revela en su Geometría, Don Juan Montalvo le hace unos versos inspirados según hace constar en Baños, a orillas del Ulba:

Llegas entonces, y descubro todo / Ser amor y no más, Adelaida.

Huye los labios, que si el fuego salta / De los míos allá, los prendería /  
En devorantes llamas que no aflojan / Hasta que forman un montón de ruinas.

Siempre, siempre fui así, pecho tan hondo / Ya encendido volcán, ya tumba fría.

Y utilizando casi las mismas palabras de su Geometría, se leen estos párrafos apasionados:

“Rompió el silencio y dijo: ¡Aurelia! Vuelve a escuchar, ¿qué dice ahora?; ¡Alfonso!, dice, y se cubre el rostro con las manos, y gime por su querida y por su hijo ternezuelo”.

“Te amo como león, te amo como tigre, te amo como águila, te amo como paloma, te amo como tórtola viuda”.

146 “Páginas Inéditas”. Montalvo (página 241). La afición de Montalvo por los anagramas hace sospechar a Agramonte del artículo “Sobre la amistad” de “Páginas Inéditas”, en que aparece un tal Giovanni de Monteculi, posible versión italiana de Juan Montalvo.

“Seré tal vez capaz de un crimen: de un proceder inicuo, jamás”.

“...; y el porvenir, ¿no es un hermoso niño que se cría para rey?”. (Carta de un Padre Joven, Juan Enrique Tomanvol).

Según se ve Don Juan de Flor es un personaje aún más complejo que lo intuido por su ilustre prologuista español. Extraña criatura híbrido de un ser fantástico con otro histórico, es una quimera literaria. El mismo autor o creador nos advierte que “Si el carácter de este hombre no estuviera dentro de la jurisdicción de la naturaleza, imposible hubiera sido imaginarlo”.

Valera comenta las aventuras del Don Juan montalvino: “pero ninguno de estos casos, ora históricos, ora imaginarios o novelescos, puede equipararse con los de un seductor ecuatoriano, cuyo vivo retrato Montalvo nos ofrece, y cuya peregrina historia nos cuenta. También se llama Don Juan, pero deja atrás, muy atrás a su tocayo Tenorio y merece llamarse Don Juan Espantoso.

No es un mortal cualquiera, es un volcán encendido, un Sangay, un Tungurahua, un Cotopaxi de pasiones eróticas”.

No hay exageración. Tal engendro satánico, íncubo o súcubo, pues casi no reconoció la inocencia. “A los siete años de edad ya era familiar con los ensueños, los devaneos, las esperanzas y las pesadumbres del amor. Desde entonces hasta hoy, pues vive el monstruo, no se acuerda de haber pasado dos meses sin amores, un día sin delirios, ni una hora sin tormentos ni júbilos”.

Sobre su precocidad, heredada sin duda de su padre espiritual, leemos acerca de Montalvo:

“En la escuela tuvo sus primeros amores –cuya sublimación está condensada en las páginas de Geometría Moral (o Tratado de Amor) –con aquella condiscípula, “la más turbulenta y revolvedora de las alumnas”.<sup>147</sup>

---

147 “Páginas Desconocidas”. Montalvo. Palabras liminares de la 1ra edición. Agramonte.

A este Don Juan de Flor, Don Juan Montalvo le asigna (¿o se asigna?), una figura nueva: "...su corazón grande, sonoro, espacioso pero irregular, de figura no enseñada por la geometría". En él están trazadas, incluidas y rebasadas todas las figuras. Por eso dirá: en su Tratado del Amor:

"El otro, poeta en ciernes, principio de filósofo, línea o punto de una figura complicadísima veinte años después, ese espectador mudo y algunas veces víctima inocente de eso que siendo tierna Dafnis...".

Y otra vez el de Flor diverge abiertamente del de Tirso o Zorrilla, que analizados biológica y socialmente por Marañón y Ortega, le atribuyen la calidad de un semental contradictoriamente infecundo. El americano por el contrario, violando la tradición del donjuanismo europeo, es fértil como su continente, tanto que procrea hijos y hasta parece amarlos.

Paralelamente, en aquel movimiento pendular tan simbólica y precisamente escogido por Montalvo, una abundante correspondencia epistolar de su vida real, permite seguir también las oscilaciones de su corazón enamorado.

Así las frases de la condesa Doña Emilia Pardo Bazán, aunque no tan abiertamente expresivas, que las de Esmeralda Cervantes o las de Lida, hablan más allá de sus palabras en los puntos suspensivos, en sus interrogaciones y hasta en lo que calla.

Si otros romances fueron amores de los sentidos a lo Don Juan Tenorio, o del corazón como los del Hidalgo Don Quijote a Dulcinea, éste fue el amor hamletiano que reclaman los intelectuales.

Ella dice:

"No diga U. que es apetito desordenado de comunicación con tan insigne escritor".

"Ya lo sabe U.: no acepte otros convites para el sábado ¡verdad?". "A pesar de la pena con que me he marchado y la soledad con que llegué, y crea Ud.

que acaso crece con ella mi afecto, más sincero y hondo de lo que U. se puede imaginar, y aún de lo que permitiría razonablemente la duración de nuestra amistad, nacida ayer”.

Pero del afecto, de la amistad sincera hay sólo un paso hacia el amor y Doña Emilia intuitiva y realista como buena mujer, lo sabe; y sin duda ante una galantería de Don Juan, le replica: “No ponga usted en ningún altar a esta pobre pecadora. Quédese eso de los altares para los bienaventurados. Pero acuérdesese U. alguna vez de mí, eso sí que tengo derecho hasta a exigirle, si la palabra no parece muy gruesa y descomedida”.

Le cuenta minuciosamente su vida diaria y le deja entrever su necesidad de compañía, necesidad de tenerle junto a ella. Y experimenta una viva fantasía: ¡Cuánto me alegraría que U. pudiese asomarse, por arte fantástico al salón del Ateneo aquella noche. Sé que leería mejor y con más fuego y realce”.

“Y a la noche algún teatro o casa de amigas. Aquí tiene U. mi odisea diaria. ¿A que usted no puede contar toda la suya?”.

Ella ha lanzado el guante, pero no sabemos cómo habrá salido el galán de semejante trance. A lo que parece él ha dicho que siente necesidad de comunicación y le ha hablado de su soledad, de su desconsoladora soledad.

Por eso leemos en la siguiente misiva:

“Por lo demás estas cartas son la única salida que he encontrado a fin de conciliar lo que imperiosamente me pedía el alma y lo que me decía la razón al salir de allí. ¡Le sirve a U. de solaz, de consuelo acaso? Pues entonces...yo muy contenta. Y las de U. a mí...”.

A esta samaritana le ha gustado eso de la soledad, y se lo confiesa paladinamente en unos rasgos finos y aristocráticos, letra y decires de mujer al fin, que sugieren y retroceden, que incitan y detienen.

“A veces al escribirle, y aún en esa, al fijarle hora y día para sus visitas,

le confieso que me cohibía y desagradaba la idea de romper quizás en su existencia hábitos adquiridos, serie de ocupaciones, lazos y ligaduras que ni yo podía conocer ni me era lícito dejar de respetar y presumir. No tengo en realidad más antecedentes de U. que la lectura de sus libros y lo que U. mismo ha querido decirme. Mi recelo era harto fundado y natural.

Excuse U. el egoísmo con que celebro su aislamiento y hasta casi su destierro...”.

Pero semejante comunicación espiritual por asidua y puntual es siempre insuficiente para dos seres que necesitan cada vez más estar físicamente más cerca. Y él le ha enviado su retrato, ya no literario sino revelado con sus luces y sombras, acaso con pretexto de ilustrar alguna publicación. Ella lo ha examinado con minucia femenina y lo encuentra retocado e impersonal: “Su fotografía de U. no puede venir más a tiempo; y sin embargo, yo lo acuso de atenuar muchísimo el carácter de la cabeza inteligente y amiga que siempre vi. No crea U. que gana un hombre (máxime si es moreno) con que la fotografía le suavice los rasgos y le pula y arregle el cutis. Al menos para mi gusto. Todas estas circunstancias, para en que Ud. me agrada más que el retrato, y ¡que ese otro que ha de hacer U, para mí expresamente que no quede en proyecto!”.

Y por lo que vemos más abajo ha insistido en querer saber más de la intimidad de su vida, sobre todo aquello de su soledad.

“La parte que en mí se alegra de su destierro de U. es mala y egoísta; la otra le desea a U. toda clase de felicidades, aunque la condición de ellas será que deje tal vez para siempre Europa”.

Nuestro héroe le ha ratificado que no tiene lazos ni ligaduras y Doña Emilia feliz, ya sueña con salir con él de paseo, apoyada en su brazo:

“Esta noche de triunfo, según la frase consagrada, ha sido de desasosiego e insomnio ¡qué bien me hubiera venido un paseo por el boulevard!

¿Quiere U. darme el brazo y que nos vayamos al Alcázar o a cualquier teatrillo semejante, donde nos envenenen a pretexto de cobrarnos tres francos por barba? ¿Sí? Pues vámonos”.

Hasta que finalmente a Doña Emilia que ha ido deslizándose insensiblemente del papel timbrado con escudo heráldico a otro más sugestivo membretado con una palomita que lleva en su pico los mensajes desde La Granja o La Coruña hasta París, deja salir a flote lo que guardaba en su subconsciente y habla de “algo” que ocurre en ese su mar interior.

“A medida que los días pasan, por un procedimiento semejante al de un claro que se hinca más, creo que se arraiga en mi alma el afecto despertado por la breve temporada parisiense. Y no es ilusión causada por el sentimentalismo de la ausencia. No. Es algo sereno y firme que no necesita hablar sino hallar apoyo y reciprocidad para tener un carácter definitivo. Mi alma tiene algo de esas grutas donde la gota de agua que cae se convierte en estalactita de piedra”.

Don Juan al leerla, habrá recordado lo que escribiera diez años atrás a Lida: “...pero no se necesita de siglos para tomar forma: no es la estalactita petrificada al golpe del agua: el amor nace de pronto; es un genio hecho de un sólo trozo, y por eso es fuerte, grande, superbo”.

Para Alejandro Carrión Aguirre, Montalvo, el primer maestro de Rubén Darío, amó la palabra:

“LA POMPOSA FRASE: Montalvo, todos lo sabemos, es un voluptuoso. Como tal, gusta de la elocuencia de la retórica y la palabra henchida y retumbante, matriz de la frase suntuosa, opulenta, pomposa. Esto lo sabe Rubén más que nadie: eso, que es la debilidad de Montalvo, es también su fuerza. Si Montalvo no hubiese tratado voluptuosamente la palabra, no la habría amado tanto. Para él la frase es una fuente de deleite sensual, lo mismo que la hembra, que el majar, que la bebida capítosa, que el perfume. Falso puritano, diablo que quiere meterse a anacoreta, don Juan es, por sobre todo, un gozador, un hombre de sentidos hambrientos que piden ahitarse y por ello se tiende a gozar de la palabra y de la frase en plenitud de sentidos. Por ello necesita palabras y frases gordas y sonoras, opulentas, pomposas, como Rubén necesitaba a las mujeres. Y por haber así conseguido su palabra, por haber así edificado su frase es que logró su obra y pudo llevar a completa ejecución su estilo...aun cuando los que no han llegado a comprenderlo pierden el tiempo reconviniéndole estérilmente



por retórico. Rubén lo comprendió al primer envío: allí está enumerada “la pomposa frase” como el cuarto elemento de la obra montalvina”.<sup>148</sup>

Volvamos ahora al último amor del que tenemos noticia del amador montalvino, acaso también el primero: Las cartas de Aifosa (Adelaida o Alfonsa) vienen fechadas y premonitorias: marzo 15, 20, 28, 30. Don Juan las abre:

“Este paquetito de orilla negra, ¿qué será? Es un diario. Ella..., ella..., la más amada de todas, mi verdadera, mi única querida, la madre de Cipariso, mi Cipariso, ése que se está criando para Alejandro Magno. Veamos qué nos dice Aifosa”.

En una de ellas le da cuenta que Cipariso está ya en el cielo como ángel que era. La última esquela fechada un 2 de abril trae una sola nota, deshuesada y trágica: “Murió Aifosa”.<sup>149</sup>

La obra ha culminado. Cae el telón. Don Juan dice Montalvo, se cubre el rostro con la estatua de Niobe, la esposa del rey de Tebas, cuyos hijos fueron muertos a flechazos por los dioses; y queda petrificado como la estatua del Comendador, toda la noche.

Pero Don Juan de Flor, que lleva la impronta y el destino de todos los Tenorios de raza, arrastrado por una fuerza ciega e irresistible, tiene que seguir sin parar.

En las dos últimas líneas de “Geometría Moral”, nos enteramos:

“Si dios amanece y brilla el sol, ¡quién sabe si no tendrá amores nuevos? Todo es posible”.

---

148 “Rubén Darío y Ecuador”, Homenaje Ecuatoriano, Edición de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1968. Reproducida por el Núcleo de Tungurahua en abril de 1982, No. 25.

149 Hay una variante en la cronología de las cartas de Aifosa a Don Juan de Flor, en los manuscritos montalvinos (sin duda un error del autor por la tachadura que allí se ve). En los textos impresos: marzo 15, 20, 28, 30 y abril 2. En los manuscritos: marzo 15, abril 20, marzo 28, marzo 30 y abril 2.

Acaso pensaba añadir el de Dolores en una carta sin fecha dirigida a su amigo Roberto Andrade:

“Dígame, ¿sería posible, en cualquier tiempo, agregar a la hermosa Dolores al séquito femenino de Don Juan de Flor? La vi una vez y fue para mí como el sueño de un poeta. Si vuelve a hablar con ella dígame a mi nombre, que jamás se irá de mi memoria la noche de tempestad del elegido, cuando volviendo yo de Huápulo me guarecí en su casa. Realmente es bella y digna de campaar entre las apasionadas muchachas de esotro Tenorio imaginario. Dígame, sí, dígame que soy su admirador loco. De locuras y tonteras se compone la felicidad, si es tontera el morir por una hermosa. Y mire usted, ese nombre de Dolores me ha hecho falta en mi vida; siempre he andado suspirando por una Dolores, sin hallarla: ¿será esa? Adiós y carta larga”.

J.M.<sup>150</sup>

Ha caído el telón de una representación más de Don Juan. Hemos visto desfilar entre otros personajes al Burlador “anegado en Teología” de Tirso de Molina, al romántico Don Juan de Zorrilla y he ahondado un tanto en el Don Juan de Flor americano.

Hemos escuchado lo que muchos autores han dicho sobre su biología y psicología, su estirpe y nacionalidad y encontramos curiosas coincidencias, abismales divergencias y “resonancias autopsíquicas”.

El Don Juan de Flor montalvino no desafía a la muerte ni cena con ella el 2 de noviembre ni se condena; como dice su mismo autor es más feliz, menos veleidoso y mucho menos pícaro.

El Don Juan de Flor, cuyos caracteres rozan también lo patológico e inverosímil, no es un personaje real, sino más bien otra versión de una figura literaria universal.

¿Y su autor?

---

150 “Montalvo en su Epistolario”. Agramonte. (Página 141). En su Quijote, Montalvo habla de una tal Doralice, cuyo nombre propio es , dice, Dolores Fernán Núñez. (Capítulo XLIII).

Don Juan Montalvo definitivamente no es Don Juan Tenorio. Sólo ha querido en su Geometría, fabricar una tela literaria a la manera de ese “geómetra perfecto” que dice es la araña, y lograr en la sutilidad de sus hilos, el equilibrio entre la fantasía literaria y su irrenunciable convicción moral.

Concedemos que Montalvo es un Don Juan, sí, pero de la palabra escrita, porque a ella la amó, buscó y persiguió hasta su muerte. En esa aventura no quiso eludir el insoslayable tema del amor ni ese algo de Tenorio que habita en todos los hombres y quiso hacer en su tratado del amor, el contrapeso entre el moralista que era él y el Don Juan que su fantasía de escritor le dio paternidad. Y para que fuera más auténtico y no un humanoide, lo construyó con vivencias, sueños, recuerdos y amores de su propia vida.

## MONTALVO Y LIDA EN NIZA

### PRÓLOGO

El célebre escritor español, don Juan Valera, refiriéndose a la obra inédita de Montalvo: GEOMETRÍA MORAL, decía: “El inimitable estilo, tan propio de Montalvo, las galas y las riquezas de lenguaje, la asombrosa erudición y la abundancia de imágenes, de historias, de anécdotas y de personajes, fingidos o no fingidos, pero bien evocados y trazados, todos muestran que la tal Geometría es digna hermana de los Siete Tratados anteriores. Pero si de cualquiera de ellos me siento yo capaz de extraer y de presentar al público una teoría, en este último tratado hallo harto más difícil la tarea”.

“Ocurre con él lo que ocurre cuando se visita y examina un espléndido museo de pinturas, esculturas y otros objetos artísticos, antiguos y modernos: se arma gran confusión y tumulto en la mente de quien va mirándolo todo. De aquí que tal vez no perciba yo lo más substancial que hay en el fondo de la Geometría; tal vez no logre yo ahondar y tocar las raíces y me quede por las ramas”.

Según parece la “Geometría Moral” debió constituir uno de los SIETE TRATADOS pero que, por razones que no vienen al caso analizar en este momento, fue reemplazado por otro capítulo. Quien sabe si siguiendo el patrón de los otros capítulos: “De la nobleza”, “De la belleza’ debió este capítulo haberse denominado “Del amor’ En efecto, Geometría Moral, es un tratado sobre el amor.

Cuántos ensayos, cuántos bellos poemas, se han escrito sobre el amor, antes y después de Montalvo. Uno de los ensayos más recientes es el de Ortega y Gasset. Para nuestro Cosmopolita el amor es uno de los parámetros infaltables que, junto a otros sentimientos, pasiones y virtudes conforman la personalidad humana. De las incontables páginas de la historia y literatura universales escoge algunas personalidades paradigmáticas para estudiar su comportamiento y su ética frente al amor. En Julio César, por ejemplo, encuentra que la ambición, la sed de gloria y el amor, que son los parámetros de sus triunfos y tragedia, forman un triángulo, cuya base es la ambición.

“El corazón de Napoleón por la inversa, dice, nos parece un cuadro formidable: amor, ambición, delirio de la guerra, sed de conquista, son los soldados gigantescos que están formando la figura, en cuyo centro no hay sino incredulidad, vacío, nada tenebrosa”.

En un tratado sobre el amor no podría faltar la célebre figura de Juan Tenorio. ¿Cuál es el criterio de Montalvo sobre este novelesco personaje? Digámoslo: “Don Juan Tenorio es la figura del libertinaje y el amor inicuo, esta oleada de pasiones y corrupción que va destruyendo por el mundo inocencia, reposo y honra. Anegadas se encuentran las mujeres en sus propias lágrimas, cuando despiertan del pérfido sueño que las estaba engañando con la sombra de felicidad; sombra, pues siendo tan volandera, no siquiera es cosa real y positiva...”.

“El héroe de los placeres reprobados es al mismo tiempo impío; ni podía ser otra cosa un ladrón de honras, estafador de corazones, a quien ni conmueven lágrimas ni contienen desventuras. Hace víctimas y se ríe de ellas; mueren por él, y se burla de la sepultura. Incrédulo atrevido, convida a comer a las estatuas: la estatua viene por la noche, llama a su puerta: el burlador tiembla pero no huye: Don Juan puede afrontarse con Satanás en persona”.

En contraste con este Juan Tenorio, el del amor inicuo, relievamos el verdadero amor, personificándolo en Lord Byron. Dice: “Poeta, y ¡qué poeta!, armado de un cuchillo de dos filos, rompe el pecho y se va a herirle al corazón en su santuario. Si ruega, ama: si se queja, ama; si llora desengaños, ama: si acaricia esperanzas, ama: ama si ofende, ama si amenaza, ama si aborrece; todo él es amor”.

El capítulo final de Geometría Moral está dedicado a su propio Don Juan, es Don Juan de Flor, antítesis de Tenorio. Lo que en éste es libertinaje y amor inicuo, en Don Juan de Flor es amor puro, altruista y noble. Don Juan de Flor ni roba honras ni se vanagloria de placeres reprobados.

El mismo Juan Valera vislumbró ya que el personaje del capítulo final de Geometría Moral, no era otro que el mismo Don Juan Montalvo, pero

presentado en forma críptica, si se quiere cabalística, difícil de comprender y desentrañar los misterios de sus amores.

La obra que nos entrega Jorge Jácome, entusiasta y devoto estudioso de Montalvo, devela un hermoso y recóndito capítulo de la vida del Cosmopolita; faceta de su accidentada vida de proscrito, que pone a las claras sus principios morales, su actitud ética, su fortaleza de ánimo, para no mancillar la pureza de un gran amor. Si condenó los excesos de Veintimilla, no iba él a seguir el mismo camino licencioso, convirtiendo un amor puro y elevado en una vulgar aventura de alcoba.

Nadie ni en ningún tiempo está libre de las acechanzas de Cupido. Una mirada, una sonrisa, pueden constituir destellos de un nuevo cielo. Cupido puede inclusive lanzar sus flechas y encender la pasión, el amor. Pero cuando hay fuertes principios éticos, esas poderosas flechas pueden ser detenidas a tiempo. Montalvo no fue ajeno a las flechas de Cupido, pero supo comprender la calidad de las mismas y nos habla de sus amores de primera, de segunda y de tercera. Los amores con Lida, fueron de primera!

Jorge Jácome, con especial dedicación, ha seguido las pistas de una olvidada correspondencia con la cual nos deleita, en el presente libro, en el cual ha agregado las necesarias notas, de carácter histórico, geográfico y de otra índole, a fin de que se pueda seguir sin oscuridades, el hilo del ovillo de un inolvidable amor de Montalvo; amor grande, sublime, pero amor imposible, amor que debía terminar en forma gallarda y noble.

La correspondencia de Montalvo con Lida aclara buena parte de los misterios y aspectos difíciles de comprender de la vida seminovelesca de Don Juan de Flor.

La correspondencia mencionada y la obra de Jorge Jácome no tienen sólo el sabor de las cosas secretas, el atractivo de las intimidades de ciertos personajes, tienen el mérito de presentarnos un jirón de vida del gran escritor y sobre todo de ofrecernos sus confesiones íntimas sobre el amor y la dignidad humana, temas que nunca se volverán obsoletos.

Plutarco Naranjo.

## CRONOLOGIA DEL SEGUNDO VIAJE DE MONTALVO A EUROPA

IPIALES.- El 16 de enero de 1869, el Dr. Gabriel García Moreno, da un golpe de estado en el Ecuador y Don Juan Montalvo tiene que expatriarse a la población colombiana de Ipiales, para escapar de su venganza. Se inicia en esta fecha un largo y penoso destierro, al alejarse de su patria y de su familia. No abandonó pues a su esposa ni a sus hijos, como tampoco es verdad que no volvió a acordarse de ellos, pues existen varias referencias que demuestran lo contrario. Salió del país forzado por las circunstancias y sólo pudo regresar después de seis años de proscripción que templaron y fortificaron su carácter.

En Ipiales permaneció hasta el mes de abril, pues escribió al Cónsul General de Colombia en Ecuador, el Dr. Cayetano Uribe, haciendo alusión a un posible viaje al Perú, que sin duda no llegó a efectuarlo sino a su regreso del Viejo Mundo, en 1870. Pero se conoce con certeza que desafiando a la epidemia de fiebre maligna que infestaba a Barbacoas, logra embarcarse hasta Panamá, en donde conoce a Eloy Alfaro. Allí, en el istmo obtiene el dinero para continuar viaje a Europa, posiblemente hacia el mes de mayo.

“Navegando a Europa en 1869” se puede leer en “Las Catilinarías” y aquella aventura audaz más que viaje, estuvo llena de penurias y zozobras, anticipo de las dificultades económicas que tendrá en el Viejo Continente.

PARÍS.- Una carta fechada en París el 19 de julio de 1869 y dirigida al mismo Dr. Uribe, nos revela que Montalvo está ya por segunda vez en la capital de Francia.

“Que aventurón dirá Ud.; el Cosmopolita en París? Sí señor, en París en la capital de Francia, nada menos: audacia, audacia y más audacia, y nada más. ¿Vamos a ver, vivir o morir arrastrado por esos ruines pueblos, hambreado y embrutecido? No es peor que venir a buscar aunque no sea el hambre en el mundo de la luz? Tal vez he hecho una tontera; pero tontera de mucho talento”.

En París no pasó una buena temporada ni menos la mayor parte de su viaje; posiblemente en esta primera escala sólo se radicó por un mes (agosto).

ALEMANIA.- Unos días más tarde, Montalvo habrá dejado París y se traslada a la ciudad balneario de Wiesbaden. ¿En qué me baso para hacer esta afirmación? El mismo Cosmopolita contesta:

“Viajando por las orillas del Rin en 1869, me tocó hallarme en Wiesbaden cuando el rey de Prusia vino a esta ciudad, de Coblenza, en donde estaba con la reina Augusta” (“El Espectador”).

Los motivos de su estadía en Wiesbaden (Pradera de Manantiales), ubicada en las estribaciones meridionales de los montes Taunus y famosa desde tiempos de los romanos, por las bondades de sus aguas, fueron posiblemente los de salud. Conocida es la afección reumática que el escritor padecía y las virtudes curativas de las aguas salinas y radioactivas para la curación de tal enfermedad.

Según el Dr. Agramonte, Montalvo tomará en 1870 las aguas minerales y sulfurosas de Baden-Baden, en la Selva Negra, pero no he podido encontrar alguna prueba de ello.

El Dr. Agramonte anota también que Montalvo iría de fijo (en Wiesbaden) al edificio llamado Friedrichsbad, que son baños para hombres solos. En todo caso su residencia en la ciudad fue en el Hotel “Victoria”, según leemos en el mismo artículo al que aludí más arriba:

“Hallábamos a la mesa los extranjeros del Hotel Victoria, cuando el maestresala, asomándose a una de las ventanas del comedor, gritó: ¡El rey!” (“El Espectador”).

Para efectos de la cronología he fijado provisionalmente la presencia de Montalvo en Alemania, a principios de septiembre.

NIZA.- Una carta de fines de septiembre dirigida desde esta ciudad por Montalvo a su gran amigo y excelente patriota, Rafael Barba Jijón, revelan



que Montalvo para esta época ya estuvo en Niza. Lo confirma otra del diplomático colombiano José María Samper del 24 de octubre de 1869:

“Hablando de cosas menos ingratas, o mejor dicho enteramente gratas, mucho me ha complacido la última carta de Ud. Página dedicada exclusivamente a la poesía. Nada extraño es que haya encontrado Ud. a esa bella diosa de las almas melancólicas, por allá a orillas del Mediterráneo, a la vista de los Alpes y en la patria de Garibaldi, ese gran poeta de la espada, cuyas odas son asaltos, cuyos poemas son revoluciones de emancipación, y sus estrofas combates heroicos. Deben de traer las ondas azules, a la ribera del Niza, suspiros misteriosos o voces inefables escuchados en las rocallosas riberas del Caprera”.

Y más abajo añade:

“Pero si allá tiene Ud. la poesía de Otoño, que es tan melancólica y profunda, porque es de lo que cae y muere para renovarse y rejuvenecer la vida de otros seres...”.

El ilustre colombiano parece haber percibido que la sonrisa de la Provenza, el encanto de Laura, la sombra de Petrarca y la soledad de Valclusa, en otros términos el embrujo del amor, ha tocado a Montalvo en la ciudad de Niza.

Mientras en París Montalvo ha pasado un mes, una quincena quizá en Wiesbaden, en Niza se establece por siete meses, desde fines de septiembre hasta marzo seguramente, en que retorna a París y de allí hacia el mes de julio, se embarcó otra vez para América, en donde continuará su exilio.

¿Qué hacía Montalvo en Niza?, es la pregunta que voy a tratar de contestar. Si recordamos su afección reumática que ya le aquejó en su primer viaje y que este segundo le ha llevado a Wiesbaden y el atractivo que siempre ejerció en su persona el Mediterráneo, podría pensarse que viajó hasta la Costa Azul evitando el frío, la humedad y la niebla del norte; o sea que la razón lógica sería la búsqueda de un clima más benigno o apropiado para su salud.

Pero si se prefiere una respuesta literaria, yo diría que Montalvo llegó hasta esta región, siguiendo el rastro de Petrarca. Imitador del poeta italiano que dedicó todos sus versos a una mujer desconocida que se supone se llamó Laura, Montalvo encontró a una joven a la que llama amorosamente “Lida, mi bella Lida”. Bien parece haberlo intuido Samper, atribuyéndolo a Garibaldi, cuando habla de “algo como la queja de un león herido, que lame su herida sin rugir”.

Doce cartas en francés y un episodio en español que he podido ubicarlo con posterioridad, tienen que ver con esta bella y misteriosa historia de amor. Dos de ellas y el fragmento de una tercera, están publicadas por el eximio montalvista cubano, Dr. Roberto Agramonte, en su obra “Montalvo en su Epistolario”. Estas cartas le han sido suministradas por el Dr. Rodrigo Pachano Lalama, en cuyo archivo he podido ver las copias. En cuanto a las demás y al episodio en referencia son absolutamente inéditas y las iré dando a conocer en artículos sucesivos, con algún comentario pertinente. La traducción del francés se debe al trabajo paciente y esforzado de Oswaldo Barrera Valverde, la misma que ha sido revisada por el profesor de francés de la Universidad Central, Dr. Jorge Aguilar Paredes, por lo que expreso a ambos caballeros, mi agradecimiento.

## LIDA A MONTALVO

Montalvo que según él mismo dice, pecó en francés, tentado estuvo de escribir en ese idioma que dominó a plenitud y es justamente en este exilio, cuando más páginas escribe en francés incluido su “Diario” y sus cartas de amor con Lida. Por tanto si lo que en ellas habla está en ese idioma y ocurre en una ciudad francesa, es lógico que se haya supuesto que Lida fue durante este período, su gran amor francés. Pero no, Lida, si el amor tiene nacionalidad, fue su amor alemán, y posiblemente se llamó Laida von Krélin, a menos que él también como Petrarca, hubiese utilizado su nombre como una “senyal” para ocultarla. Para demostrarlo utilizaré un resumen de los propios textos montalvinos, en donde Lida o Laida se encuentra fugazmente (“Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, “Páginas Inéditas” de Agramonte, “El Descomulgado”);

más ampliamente en “Geometría Moral”, en su “Diario” y por supuesto con detalles muy reveladores en sus cartas de amor de Niza (1869-1870).

Niza, la antigua Nicea romana, fundada por los colonos focenses de Marsella, invadida por los árabes y sarracenos en la Edad Media, fue incorporada a la Provenza en 1388 y a Francia en 1860.

Situada en la bahía de los Ángeles, en la Costa Azul, su fama de centro veraniego se inició en el siglo XIX, cuando la benignidad de su clima y la belleza del paisaje llamaron la atención de los viajeros extranjeros, especialmente británicos, tanto que una de sus principales avenidas se llama “El paseo de los Ingleses” (“La Promenade des Anglais”).

Montalvo la describe al referirse a los amores de Don Juan de Flor, su Tenorio imaginario con Laida von Krélin, de la siguiente manera; “Después de ésta, poseyó el corazón de Laida von Krélin, doncella alemana de las nobles familias de Silesia; pues Don Juan de Flor en sus viajes, cansado de tanto andar y tanto ver, se había detenido, como para vivir para siempre, en aquella ciudad de los Alpes Marítimos, orilla del Mediterráneo. Llámase el jardín de Europa esa comarca: toda es un sólo bosque la ciudad de Niza.

Entre el verde claro de los olivares, sotos de naranjos cargados de gruesos pomos completamente maduros, hacen la más agradable figura y pintoresca que uno pueda imaginar. Las casas de recreo son palacios, que están resplandecientes de blancos entre la primorosidad de mis huertos que la circunvalan: las quintas son mansiones de hadas, cuyos pies besan las mil y mil flores que forman sus jardines. Colinas verdes donde la aceituna se está ofreciendo a la cosecha, sirven como de nudos o lazos primorosos en el peplum de esta ciudad infanta. El cielo allí, las tardes de verano, es un cardenal vestido de púrpura: pelotones enormes de nubes rojas se mueven lentamente, como peñascos encendidos que el pirofilacio hubiera esculpido el firmamento. La luz, casi palpable como polvillo de diamante, llena el horizonte cuando el sol se está poniendo.

El mar es un espejo infinito donde se mira el Creador en los instantes más bellos de la naturaleza, la cual está amando apasionadamente el ser invisible

que la viste y la mantiene, al paso que convida a los mortales a que suspiren de amor y echen ayes de felicidad”.

Demás está decirlo, en esta relación, Don Juan de Flor, el Don Juan Tenorio americano es Don Juan Montalvo y Laida von Krélin es Lida. En cuanto al marco geográfico de Niza en ambos casos, que concilia el espíritu y la forma en el más puro estilo de Provenza; el bien, la verdad y la belleza, valores contenidos en esta página de “Geometría”, ciertamente no desentonan con los sonetarios del poeta florentino, Petrarca. En tan paradisíaco lugar de Francia, Lida, una muchacha extranjera, conoce al sudamericano Montalvo y ambos se enamoran.

La primera carta es de Lida, esta bella y misteriosa mujer, en la que no consta ni el lugar ni la fecha. La he situado relacionándola con las demás, en Niza, a principios del mes de noviembre (10 o 12 de noviembre).

En su carta, define lo que para ella es el amor:

“LIDA A M...

El amor constituye el fondo del carácter de una mujer; el amor dulce debe llenar toda su existencia: su vida es amor. Comprendo un amor dulce, bien inspirado, bien sentido, bien sufrido. Es preciso que ella cumpla sus deberes con amor, puesto que nos perfecciona a nosotras las mujeres, y nos vuelve fácil la misión que Dios nos ha dado sobre la tierra.

Él ha querido que las facultades del hombre fuesen más grandes, tanto las del alma como las del cuerpo. Pero lo que el hombre puede hacer por la fuerza de la inteligencia, la mujer lo hace por la fuerza del amor. El amor es la alianza de dos sexos; en la travesía por la vida, el amor es la fuerza que los salva”.

Quiero hacer notar que aunque esta carta ha sido copiada del original por

el mismo Montalvo, con su puño y letra, con el evidente propósito de velar a su corresponsal, las ideas y estilo que aquí constan, son de otra persona. Joven, inteligente y de nobles sentimientos, son suficientes estos párrafos, para concluir que no se expresa con igual desenvoltura y alarde literario que Montalvo, como podrá observarse en sus respuestas.

Más abajo Lida continúa:

“Por desgracia hay quienes miran al amor nada más que como una distracción pasajera, como un juguete que lo desechan tan pronto como los ha entretenido un poco. Esas gentes pisotean el sentimiento más hermoso que Dios ha puesto en la naturaleza del hombre, y por eso mismo son duros de pedir perdón, por lo desdichados que son. Para mí el amor es otra cosa; el es serio, es el elevado, él es santo; es algo que no puedo decirlo; así es como yo lo siento en el fondo de mi corazón”.

“Es preciso que yo conozca al hombre que debo amar, pues no tendrá mi amor si no tiene antes mi estimación; y una vez que yo lo haya encontrado digno de mi, lo amaré con todas las fibras de mi corazón, con todos los recursos de mi pensamiento”.

“No hay dicha sin amor, no hay amor sin estimación; desdichado el hombre que desprecia a la mujer; desventurada la mujer que no aprecia a su esposo”.

“Por débil necesito ser fortalecida: él será mi sostén; él me conducirá por los senderos de la vida; él me salvará de los peligros; él es mi árbol, árbol fuerte, árbol grande: yo me apoyo en él, me abraza con sus ramas, me da su sombra. Ya que él me ama y me protege, quiero amarle en la medida que le debo”.

“Esposa fiel, madre tierna, la mujer es todo para el hombre: no hay aflicciones que amengüen las caricias del hombre que ha llenado el corazón de una mujer entregada a él, y feliz a su vez, si ella puede despejar las negras sombras de su frente!”.

Sería suficiente la serie de cartas dirigidas por Montalvo a su hermano Francisco Javier, en su primer viaje a Europa, para explicar su partida de la capital francesa hacia las orillas del Mediterráneo. La vida agitada de las grandes ciudades no era para un espíritu como el suyo, amante de la naturaleza. La cíclica llegada de la estación invernal con su frío y humedad, no le sentaban a un hombre como él, ecuatorial y andino, acostumbrado a un clima suavemente temperado durante todo el año, Y por experiencia sabía que el mal tiempo, afectaba a su enfermedad artrítica.

Expresiones como: “Se puede decir lo mismo de todas las capitales de Europa, lo mismo que yo digo de París: el primer día, uno se aturde; el segundo, uno se cansa; el tercero., uno aborrece”. “Para el que ha nacido y vivido bajo el sol de Ambato, esto es el infierno, esto abate, enferma”. “No pierdas de vista que no puedo salir y que estoy clavado en mi silla”, dirigidas a su hermano Francisco Javier, me relevan de insistir sobre este punto.<sup>151</sup>

Pero aún hay más para comprender la presencia de Montalvo en Niza. Si en su primer viaje pudo subsistir estrecha pero decentemente con un sueldo o medio sueldo (por renuncia voluntaria de la otra mitad), con su trabajo de Secretario de la Legación Diplomática Ecuatoriana, ahora es un exiliado que carece en absoluto de dinero. Y sus compatriotas, residentes o desterrados en París como él, pero con una situación económica holgada, no fueron solidarios ni camaradas de una lucha común. Al contrario, la colonia ecuatoriana se mostró egoísta y avara con él, lo que le hirió en su amor propio. Con la finalidad de completar el marco histórico del primer exilio de Montalvo en París, he aquí sus nombres: Manuel Gómez de la Torre, Ignacio de Veintimilla, Mariano Mestanza, Julio Castro, el Arzobispo Checa y Barba, Juan Aguirre, Palacios, Lavino Baquero, y Rafael Barba Jijón, entre otros.

Esclarecedoras son las frases de Montalvo sobre sus relaciones con tales personajes, en carta escrita desde Niza, en septiembre de 1869 a uno de sus pocos amigos, tal vez al único que le tenía confianza, Rafael Barba:

---

151 Cartas inéditas del primer viaje de Montalvo a Europa.

“Rafael, querido amigo: ¿Me harás el favor de leer solo esta carta? A mis compatriotas les tengo miedo; a mis amigos horror. Dios sabe cuánto me cuesta la resolución que al fin me ha sido preciso tomar de dirigirme a ti mismo. Tal vez con mi repugnancia te he hecho alguna ofensa; pues se necesitaba haber enterrado la sensibilidad y no vivir sino del egoísmo, para llevar a disgusto confidencias como la que voy a hacerte. La última peseta me la he comido ya; ¿qué le diré al dueño de la casa el día de la próxima cuenta? Nunca había yo pensado que el destierro tomase tan horrible forma: mientras haya hombres, un hombre no debe llegar a este trance; los amigos deben repartirse el hambre y la comodidad como hermanos; para los proscritos de la misma patria cada uno de ellos debe ser persona sagrada. Pero no lo entiende así el duro corazón del ecuatoriano; habiéndome dirigido casi con ternura en París al que yo tenía por el mejor de todos, salí mal: ¿si el hijo de Jesucristo obra con esa misericordia, qué serán los impíos” (Referencia a Monseñor Checa).<sup>152</sup>

No es pues aventurado decir que Montalvo dejó París, huyendo de los suyos, la mayor parte coidearios, lastimado en su legítimo orgullo, dispuesto a esconder su pobreza allá en el Sur, en una ciudad pequeña, en donde de seguro, nadie le conocería ni habría rastro de ecuatoriano alguno. El Dr. Gustavo Vásconez Hurtado en su libro “Pluma de Acero”, es muy concluyente y duro en estos asertos:

“Por otra parte sus relaciones de amistad con sus compatriotas han empeorado por completo. Los continuos pedidos de dinero a lo que se añade la altanería de su carácter, le han creado un ambiente hostil desagradable, decide pues alejarse de ellos”.

Pero tal si la vida hubiera querido compensarle ofreciéndole un lenitivo para sus penas, y cuando Montalvo menos se lo esperaba, al llegar el otoño, conoce el amor en la hermosa ciudad de Niza.

En mi comentario anterior me referí a la primera carta de Lida dirigida a Montalvo. En la presente me place entregar su poética respuesta fechada en Niza el 16 de noviembre de 1869:

---

152 “Pluma de Acero” de Gustavo Vásconez Hurtado.

“Sí, Lida, es necesario amar. Tú comprendes la naturaleza, tú comprendes al hambre. La ley es siempre una lucha; pero si hay ley suave, ésta es la del amor: ley de felicidad, ley de placer, pero, por desgracia, ley del dolor también.

Este yugo no es duro de soportar; se lo busca, se le ofrece el cuello; y cuando uno está cautivo, es el cautiverio de los ángeles. ¿No es cierto que se ama en el cielo? Es justo que los seres divinos amen, puesto que son felices. Si no se amara en las alturas, yo no quisiera ir allá; si reinara el amor en el infierno, yo iría voluntariamente a él, ya que un infierno donde se ama, debe ser el paraíso.

El amor impera sobre el mundo: las estrellas se aman! ¿No has visto como ellas parpadean en la noche; intercambiando los dulces rayos de su luz? Tienen ellas un lenguaje que nosotros no comprendemos: es una armonía luminosa que resuena en la bóveda azulada y que se pierde en los aires, antes de alcanzar nuestros oídos. Escuchad el amor de las estrellas y habréis escuchado poesía.

La poesía no es sino el amor, el amor puesto en música, no es esa vulgar melodía que se escucha en un salón, sino es esa música inefable que se oye por doquiera en la naturaleza.

La tortilla que arrulla durante el crepúsculo en la espesura de un árbol, hace poesía; el viento que en medio de un gran silencio susurra entre las flores: hace poesía; todo eso es poesía, Lida, todo eso es amor.

Quieres amar, ¿no es cierto? Pues bien, haz tu poesía: arrulla como la tortilla, suspira como el céfiro: esas quejas y estos suspiros hacen la felicidad del alma.

El amor que triunfa a primera vista no es el más feliz. Faltan los sufrimientos, las lágrimas son necesarias; si tú no sufres, si tú no lloras, ten la seguridad de que no amas de verdad. La felicidad es una comarca contradictoria a donde no se llega sino por caminos difíciles y peligrosos; a veces casi no se pueden



evitar los precipicios; le invade el susto, pero uno se lanza en él. El corazón enamorado es un héroe...”.

Posiblemente en otra carta o esquela, ella le ha llamado fraternalmente hermano y Montalvo se conmueve:

“La triste verdad amiga mía. ¿Te llamaré mas bien hermana mía? Esta dulce palabra resuena aún en mis oídos. ¿Quién te enseñó que eres tú mi hermana? ¿Por qué deseas ser hermana mía? Hay también en la naturaleza del hombre un misterioso sentimiento que llamamos instinto; es como un sexto sentido con el cual vemos lo que no es visible, oímos lo que no puede ser escuchado. Con este sexto sentido, tú has visto que eres mi hermana. Este delicado sentido es privilegio de las almas de élite y enseña muchas cosas ignoradas por el vulgo”.

A continuación Montalvo habla del dolor del cual dice ser partidario, pero no quiere hablar de sí mismo y más bien le pide que sueñe:

“Pero que esto no te impida soñar en las desventuras de los demás. Tu cielo es límpido, azul, sereno; pero yo no veo el mío a causa de las espesas nubes que lo cubren...”

Hay momentos en los que estremezco. La oscuridad inmensa se acerca. Tú no eres la tormenta, eres el arco iris en el cielo. Déjame a mi en la oscuridad, pero tú, brilla.

Niza, noviembre 16 de 1869”.

En el Epistolario del Dr. Agramonte, hay un fragmento de esta carta, fechado en 1870; pero debe ser un error de cálculo, ya que en el original que he podido disponer, el mismo que contiene el texto completo de esta carta, consta muy claramente la fecha arriba indicada.

En esta carta, la única de Lida que lleva fecha, corresponde a noviembre 19 de 1869 y cronológicamente es la tercera. De su lectura se desprende que Lida se rinde al amor de su corresponsal y se deducen datos interesantísimos para la identificación de los protagonistas:

“Hermoso el cielo! Límpido el cielo! ¿Lo creerías tú ahora? Yo sabía que el amor me traería un gran mal, que él me abrumaría de penas, lo temía y huía de él. Al mismo tiempo estaba orgullosa al constatar que ningún hombre podría decir: ¡Ella me ama! ¿Dónde está pues el orgullo?”.

Si abrimos la “Geometría Moral”, en el mismo capítulo dedicado a los amores de Don Juan Flor con Laida, leemos:

“Altiva, orgullosa, Laida von Krélin nunca pensó que pudiera amar a un desconocido, cuya sangre no sabía si fuese de Girones de España o de Alencastres de Portugal. “Sabed que soy noble de Alemania” le dijo a Don Juan con ira, una vez que éste fundado en la larga conversación, se había adelantado a tocarle con la punta de los dedos. Desde entonces, este soberbio hijo del Nuevo Mundo aprendió, no solamente a estarse quedo, sino también a callar, y con profundo silencio. Laida, subyugada por esa naturaleza imperiosa, sintió el desdén, y allí fue el rugirle el corazón como león herido”.

Como se ve, insiste en la nacionalidad germana de Laida y en aquello del león herido (tomado de Samper), en el orgullo, en el amar a un desconocido hijo de América, tópicos comunes a los dos textos: “Geometría” y las Cartas de Lida.

Anoto también otro dato, en referencia con lo que ella le dice en esta misiva:

“¿En qué ha venido a parar todo esto? Tú has cambiado totalmente mi fortaleza, rodeándome con tus miradas. Cuando te ví, te creí. No te encontré hermoso, pero cuando me atreví a mirar a tus ojos, me estremecí.

Había en ellos todo un abismo de desdichas para mí, y en medio de ese abismo, creí distinguir cierto vago resplandor que quiero tomarlo como una esperanza”.

Recordemos que Montalvo se autoretrata así:

“Consolémonos, oh hermanos de Esopo, con que no somos fruta de la horca, y con que a despecho de nuestra antigenteleza no hemos sido tan cortos de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, mientras los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad. Esopo he dicho: ¿Tuvo él acaso la estatura excelsa con la cual ando yo prevaleciendo? ¿esta cabeza que es una continua explosión de anillos de azabache? ¿estos ojos que se van como balas negras al corazón de mis enemigos, y como globos de fuego al de las mujeres amadas? (“Siete Tratados”).

Pero volviendo a Lida, hay una frase que es muy decidora de su parte y es esta:

“¿Habría yo encontrado en un país extranjero lo que no me fue dado encontrar en mi patria? ¿Estaría un desconocido destinado para decidir de mi suerte? Eso es. La verdad es que no hay sino tú que merezcas ser amado. Imposible no amarte después de haberte conocido”.

Estas palabras son la prueba de que Lida era extranjera y no francesa, pues de haberlo sido, no se expresaría así: Lida y Montalvo, ambos, son extranjeros y se enamoraron en Niza. En un principio parece que ella no lo conocía físicamente, de donde se deduce que la primera relación debió ser epistolar.

Acerca de su nacionalidad, que Montalvo al describir a Laida von Krélin, la define como una doncella alemana, de las familias nobles de Silesia, iremos encontrando más correspondencia con Lida, según avancemos en este estudio.

Haré una breve digresión al respecto. Lida se prefigura en “Geometría” a

propósito de Don Juan Goethe, el poeta alemán, en el personaje Margarita de su famoso “Fausto”:

“Puesto que el insigne bardo de Weimar nos ha salido al paso y que de amor estamos tratando, natural es que Margarita sea de los nuestros. Goethe no ha descrito esa pasión en términos tan vehementes, sino porque del mismo modo la experimentó en su pecho; y experimentándolas supo infundirla en el ajeno. Margarita, seducida por el Dr. Fausto, mediante los buenos oficios del diablo, disfrazado de amigo, no es sino la joven plebeya a quien el poeta amó y sedujo, no como Lovelace, mas antes con la pasión sentida y comunicada por arte mágico. El dibujo de Margarita arrepentida, por Augustus von Kreling, nos está haciendo ver cuan puro había sido el corazón de la víctima, cuan austeros los sentimientos de su ánimo, cuan castas sus inclinaciones; y con todo, sucumbe: es que el amor cae sobre esas blancas aves y las devora: castidad, honra, timidez: débiles cisnes que no ponen resistencia al águila hambrienta que les echa garra”.

Continúo ahora con las palabras de Lida:

“Cuanto bien me has hecho, cuanto mal con tu tremenda carta! He llorado toda la noche, de rodillas ante Dios. En medio del gran silencio de la naturaleza dormida, he levantado mi corazón hacia Él y le he pedido una gracia: que me permita encontrar esa alma que busco tanto tiempo, aquella que hace falta para mi vida; o que Él me libere de esta inquietud que amenaza llegar a ser una grande y ciega pasión”.

Y continúa más abajo:

¿He podido ocultar este sentimiento que se ha manifestado de repente en mí? Ha bastado un día para lo que no habían podido hacer tantos años de juventud, tantas ocasiones de amor, tantas oportunidades de felicidad. Era preciso que yo estuviera orgullosa de mi soledad, hasta que te encontrara. Apenas te conozco y no sabría vivir lejos de ti. Te ví ayer y soy tuya para siempre!

Pero esto me basta para amarte; necesito tu corazón. Sí, lo necesito, y para

alcanzar esta noble ambición, es preciso que yo lo merezca. ¿Sería una dicha demasiado grande para mí? Dios quiere humillar mi orgullo. Él me castiga por este desprecio con que he mirado al hombre. Debido a la turbación en que me encuentro es mucho poder decirte esto. Lee primero mi corazón, si no estás lejos de amarme por completo.

L. Noviembre 19 de 1869”.

## MONTALVO A LIDA

Esta carta al igual que las que vienen a continuación, son todas de Montalvo a Lida y está registrada el 24 de noviembre de 1869. Como se observará hay una diferencia entre la carta última de Lida y la que contesta Montalvo, de apenas 4 días, lo que confirma que ella se encuentra en la misma ciudad. En Niza Montalvo estuvo ocupando un modesto alojamiento, según él mismo lo confiesa a Rafael Barba Jijón: “Que vivo con la modestia que exige mi situación, ya te lo imaginas. Pues bien, lo más barato que se puede estar en Niza es 40 frs. (francos) redondos en mi humilde villa, morada casi campestre: no vayas a pensar que me estoy paseando en los Palacios del Paseo de los Ingleses. Mi temperamento allá me lleva, pero, mi fortuna, amigo, ¡qué demonio!; ponle ahora los indispensables gastitos extraordinarios, y dime si te sería posible ofrecerme los mil pesos que te pido. Restituídos te serán mi querido Rafael, aún cuando yo muera por aquí: escribiré a mi hermano, y en cualquier tiempo recibirás algo más que mi gratitud”.

La temática y hasta las palabras que emplea el escritor en esta misiva a Lida, son las mismas que utilizará más tarde, para contar la relación entre Don Juan de Flor y Laida, en su obra “Geometría Moral”.

“Yo esperaba encontrarte como siempre, alta, serena, orgullosa, en esa actitud de reina que te viene tan bien; no había notado aún ese ligero estremecimiento de tu mano, cuando tú me la extendiste”.

“¿Pero sabes tú a quién amas? Apenas me has visto ayer y no sabes de dónde

soy. Ni siquiera has preguntado mi nombre. Y tú, joven, bella, honesta, rica, noble, ¿te entregas a un extranjero, a un desconocido? ¿Sabes tú si no soy un aventurero?, un corsario?, un malvado?...”.

Tales son estos breves párrafos que copio de la carta a Lida. Ahora leamos en su Geometría y relacionemos los dos textos:

“Don Juan de Flor extranjero, gustaba ver cosas nuevas y compararlas con las de su patria. Él, de suyo, es propenso a la melancolía, y hombre tan raro a veces, que de buena gana trueca un día de ventura por uno de negra aflicción, durante el cual la duda, el pensamiento agudo, le desgarran las entrañas. Llámase desgraciado, y suspira por un amor, cual si nunca la hubiese tenido; y entonces mismo ya está debajo de su yugo esa que ha de morir por él, hija del Norte, en cuyo pecho se dilata el fuego de la zona tórrida. Altiva, orgullosa, Laida von Krélin, nunca pensó que pudiera amar a un desconocido...”.

En ambos casos como se ve, se refiere a los amores de una bella, noble, orgullosa y extranjera joven, que viene a enamorarse de un desconocido extranjero en la ciudad de Niza.

Transcribo a continuación lo que contesta el enamorado escritor americano, a la carta que ella le enviara, aceptando su amor.

“Cuando me diste a leer esa página de amorosa filosofía, no me atrevía a convencerme que ella haya sido escrita intencionalmente para mí; sin embargo lo dudaba, y no menos emocionado que sorprendido con semejante felicidad, te contesté con toda la discreción aconsejada por la decencia y el respeto debidos.

Mi corazón no se oculta, él no puede callarse; él gira en un océano de ternuras; este pobre corazón responde al menor murmullo de amor: tiene una pasión general por lo bello, por todo lo puro, por todo lo noble. Mi naturaleza es el amor. Si la desdicha lamenta tímidamente, allí aparte, en un rincón estoy yo, allí dejo correr mis lágrimas. Si la inocencia se oculta en un amable ruido, allí estoy. Mi suspiro y mi sonrisa también están allí, porque,

como tú lo sabes, el amor es un don divino que ocasiona fracasos en los corazones, de los cuales se ha convertido en amo”.

“A los hombres no los quiero; pero los niños, pero los pájaros, pero las flores, pero las estrellas, todos son objetos que llenan el vacío de mi vida.

¿Y las mujeres? me preguntas. A las mujeres, Lida? yo las amo desde el momento que tú perteneces a ese sexo, cuyo regazo nos suaviza las durezas de la existencia; sus lágrimas nos refrescan el alma, sus desgracias hasta son alegrías para nuestro egoísmo.

Creí no haber dicho nada, no haber hecho nada que pudiera producir en ti, este feliz cambio del que te quejas, del que yo mismo he sido el feliz testigo...”.

Montalvo al referirse a ella dice que no tiene importancia saber ni su nombre ni de dónde viene, refiriéndose a su nacionalidad, con estas palabras:

“Qué importancia tiene saber tu nombre? ni de dónde eres? Me basta con saber a dónde vas. De aquí en adelante, tu meta es la mía. No quiero seguir otro camino sino el que tú seguirás. El pasado no representa nada para mí. La vida, el mundo, la eternidad están en el porvenir; y yo te veré en todas partes donde vayas, aún en el infierno. Ahora, ¿creerás en mi amor?”.

“Yo reconocí quién eras al ver tu noble frente. Tu alma se manifiesta en tu mirada tranquila, luminosa, melancólica, como el suspiro de Dios. Desde que te ví, no escuché ni una sola palabra que no se relacionara contigo, en primer lugar por la estimación, luego por la admiración, y al fin por el amor. Esto no viene desde mucho tiempo atrás, lo sé bien, pero no necesita siglos para su formación. No es una estalactita que está petrificada en la gruta. El amor nace de golpe; es un genio hecho de una pieza, y por eso es fuerte, grande, superbo”.

Al continuar el análisis de sus palabras, se concluye que ella aún no le ha querido decir su nombre, guardándose celosamente en un intrigante doble secreto: el de su identificación personal y el de su nacionalidad.

Finalmente Montalvo asume el papel de bárbaro americano frente a una civilizada mujer europea:

“Y bien, bárbaro, yo no deseaba tu nombre sino para tener el placer de pronunciarlo a cada instante, para endulzar mis labios con esa dulce palabra, para acariciarme la garganta con ese sonido cadencioso, melódico, delicioso.

Hijo del Nuevo Mundo, piensas que yo no puedo amar en medio de la antigua civilización, donde el corazón está viejo y cansado a fuerza de vivir. Tómame como el Señor salvaje, que, a mi entender, todavía soy bárbaro. Si faltan las plumas sobre mi cabeza y los colmillos de tigre en mi garganta para amarme, llévame pronto a la selva, pues en cuanto a coraje, siento hervir en mi pecho, un corazón tan grande que no dudo, llega a rayar en la temeridad.

Tu reloj da las doce de la noche. Duerme mejor que tu desdicha, L... y que Dios sea contigo.

Noviembre 24 de 1869”.

En su Tratado de Amor (“Geometría”), Montalvo hablando de su Don Juan, dice también que él es hijo del sol y que es un Señor Salvaje, utilizando la misma figura que esta comunicación personal, para afirmar su orgullo de saberse americano.

Esto del Señor Salvaje, no es solamente una expresión literaria o retórica, sino toda una teoría sociológica montalvina, a la que me referiré más adelante.



Fecha en Niza el 20 de noviembre de 1869, no sé por qué razón en el cuadernillo manuscrito de Montalvo consta en este orden, es decir, primero la del 20 y luego la del 16; en todo caso, he respetado esta secuencia porque me parece más lógica.

LAS HUELLAS DE LIDA

Hasta antes de esta carta, es decir en las cuatro anteriores, he ido confrontando párrafos de sus cartas de amor con las de “Geometría Moral”, que está considerado justamente como su Tratado del Amor u Octavo. Ahora invito al lector a seguir las huellas de Lida en otros textos literarios de Montalvo como son “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” y El libro de las pasiones”, en su drama “El Descomulgado”.

Dice el escritor en esta carta:

“Puedes amarme, Lida, pero echa un vistazo al porvenir. El amor deja huellas profundas en el alma. Es un ángel luminoso, cuyos destellos a veces duran largo tiempo. Si eres tan capaz de sufrir como de amar, ámame sin menospreciar los sinsabores de la vida.

Es una desgracia tener que amar. ¿Comprendes? Es una pena que tengas que amarme; y es una pena mayor no amar. Yo no llevo la felicidad a las mujeres. Ellas se ven marchitar, languidecer, caer con mi aliento. Las heridas de mi corazón, ¿exhalan para ellas algún veneno sutil? ¿Mis pensamientos pesan sobre los seres que se acercan a mí y los aplastan? ¿Hay algún terrible secreto, ignorado por mí mismo, en la oscuridad de mi alma? No lo sé; pero si sé que no soy feliz, y que amarme es una infelicidad, Lida. Si quieres el triste paraíso de mi amor, si quieres salvarte en este cielo temible, gime, tiembla, apóyate sobre mi pecho, y piérdete en este dulce abismo.

Niza, noviembre 20 de 1869”.

Se me permitirá una breve digresión. Es evidente que Lida fue uno de los más grandes amores del “Cosmopolita” y las huellas que dejó en su corazón, se encuentran en algunos libros como advertí desde el comienzo.

Así en “Capítulos”, en el correspondiente al número XLII, “Donde se da cuenta del baile de Doña Engracia de Borja, y se delinean algunas de las damas que a él concurrieron”, y en el cual añadamos, el protagonista es Don Quijote, tras el cual y sus aventuras, el autor suele disimular y ampararse, aparece lo siguiente:

“Lida Florida, señora de Cambalú, sigue a Lipa de Boloña en este coro de ángeles femeninos”. El autor la nombra en el catálogo que realiza de las hermosas damas que concurrieron a dicho sarao, y lo hará también más adelante.

El Dr. Roberto Agramonte por su parte, hace notar como en su drama “El Descomulgado”, “de muchas aunque no totales resonancias autosíquicas de la vida íntima de Montalvo”, según sus palabras, el personaje Sebastián Irigoyen, hermano de Cornelia, seducida por Mauricio (“Montalvo difuminado”), pero que al final de la obra, pide matrimonio a Cornelia, exclama:

“ESCENA 2  
SEBASTIAN

Pobre muchacha! ¡Me encolerizo, yo sé lo que es amar! Cuando el corazón se da vuelo, no para hasta el abismo... Cornelia... algo hay de Lida... ¡Mi adorada Lida! ¡Esa mirada! Qué más quería el monstruo? debiera haberse casado con ella”.

Aparte de que este parlamento está fuera del diálogo y de la acción que tiene lugar y sólo se explica como una fuga del subconsciente del escritor ambateño, hay algo más.

“En “El Descomulgado”, escrito en Ipiales en 1872, es decir a su regreso de su segundo viaje a Europa y con la imagen de Lida aún fresca en su

memoria, ella vuelve a aparecer. El protagonista Mauricio que en la obra es amado por dos hermanas, que son Cornelia y Rufina, aunque él sólo ama a una de ellas, Cornelia, pronuncia unas palabras que coinciden exactamente con el último de los párrafos que he dado a conocer de esta carta:

“MAURICIO

Yo lo he conocido. ¿Qué veneno sutil sale en mi aliento? Lo que lo recibe lo marchita, se muere”.

“¿No es verdad que son los mismos pensamientos y hasta iguales las palabras? No traigo dicha a las mujeres...” (Carta).

“Yo no llevo felicidad a las mujeres” (El Descomulgado).

“Las heridas de mi corazón, exhalan para ellas algún veneno sutil?” (Carta).

“¿Qué veneno sutil sale en mi aliento?...

...las heridas de mi corazón exhalan para ellas algún veneno sutil?”. (El Descomulgado).

“Ellas se ven marchitar, languidecer, caer, con mi aliento”. (Carta).

“Ellas se ven marchitar, languidecer, caer con mi aliento”. (El Descomulgado).

Un último comentario: Montalvo empieza a advertir a Lida del enfrentamiento con un amor imposible y de los riesgos de amarle; no quiere pues engañarle y vale la pena traer aquí un párrafo de su carta anterior:

“Ah, esta vez sé bien quien soy, sé bien lo que siento, amo al que me salva o a quien me condena. Quisiera amar como la tortolilla, arrullando dulcemente

sobre la rama de un olivo pero esto no es todo; densas y sombrías nubes se acumulan sobre mi corazón, diviso ya los rayos que atraviesan el horizonte; la tempestad será terrible. Mujer callada, tímida, casi fría como te has imaginado, anida un león en su pecho; mi corazón es un monstruo bello y poderoso que quiere devorarte.

Yo no soy Fedro; no me tengas miedo. El fuego en que ardo, purifica a los ángeles. Es la castidad en llamas”.

“Qué has leído en mis miradas? Bajo este melancólico orgullo, a través de esta misteriosa profundidad, hay quizá una gran desdicha, tal vez un crimen, ¿y es el poder del mal lo que te facina?

Oh, no, Lida. Para que este desconocimiento de mí tenga el amparo de tu corazón, es preciso que el mío no esté manchado, que mi sangre corra orgullosamente en mis venas, que mi alma esté, si no límpida y transparente como la tuya, grandiosa en sus sombrías proporciones, y como una columna sólida para lo supremo del dolor, de las desdichas, tanto como tú quieres. Maldades tal vez, perfidias no, cobardías jamás”.

#### MONTALVO A LIDA

Esta carta a la que voy a referirme, parece ser cronológicamente la sexta. Ha sido traducida del francés y publicada por el Dr. Roberto D. Agramonte en “Juan Montalvo en su Epistolario”, tomada del archivo del Dr. Rodrigo Pachano L.

“A LIDA

30 de noviembre de 1869

Para mí, vivir es amar; para mi amar es vivir. Mira pues si esta virtud me ha hecho falta en la coyuntura más difícil de mi existencia: exiliado, aislado,

desconocido, y ¿quién sabe todavía qué más?, y amado, y por sobre todo amado. ¡Oh que mi estrella brille de ese tu lado! Su dulce titilar me aclare el alma, me acaricie el corazón y me toque las más suaves armonías. ¿No es cierto que uno no es jamás completamente infeliz? Siempre el dolor tiene un contrapeso, y si el fuerte enemigo carga con lágrimas uno de los platos de la balanza, en el otro plato aparecen dulcemente tímidas sonrisas.

Pero ¿qué vamos nosotros a hacer con esta pasión, Lida? He aquí que estás turbada, arrasada en lágrimas, sufriendo vigiliass, temerosa de peligros. ¿Comprendes nuestra situación? ¿Qué importa que tú conocieras ya mi nombre, si no sabes quién soy yo? El amor es harto atrevido. El amor es un valeroso niño que se convierte en héroe de un día para otro. No necesita de años para hacerse anciano, ni los años tienen nada que ver con la juventud, con lo fresco, lo bello y lo fuerte de él. Él es el más amable de los pillos, pues él da vueltas que encantan. Ello le añade gracia. Ataja ese travieso; no lo dejes retozar en tu corazón, que él hará calaveradas de las que tú pagarás los daños.

Tú eres de un extremo del mundo; yo soy del otro.

.....

Yo no me creo incapaz de cometer un crimen, de cometer algún grande y bello crimen, pero no nací para engañar, y la cobardía me es imposible. Si tú quieres un amor sin aureola, ámame; pero la esperanza, mi amiga, eso no nos conviene. ¿Sabes que la esperanza es la aureola del amor? Un amor destrozado es un monstruo terrible. El amor sonríe algunas veces, pero se burla como un demonio: sus malicias son dulces, pero de un gran alcance: por sobre su ligera capa de dulzura, hierve a borbotones la amargura: las lágrimas desecan el alma: su humedad se van con la corriente del dolor, y cuando ello se percibe, uno está enfermo, frustrado, infeliz. Uno mira el mundo sin movimiento, el cielo sin azul, el sol sin luz, la tierra sin horizontes, el corazón, ¡ay! el corazón sin esperanza, te reitero, ¡sin su aureola!

Cuando tú invocas a tu madre, para que te defienda, me siento sobrecogido de respeto. Ella te salvaguarda, ¡mi tierna amiga! Tu ángel de la guarda no te

abandonará: Tú llegarás a amarme; tú no sabrás ser infeliz; y si en medio de la tormenta tú fueras a sucumbir, la vida mía, si ella algo valiese, no bastaría para reparar esta pérdida.

.....

Lida, mi bella, mi dulce Lida, tú mereces no amarme más. Tú lo ves. Yo soy malo sin saberlo. Cuando en nuestras vigiliass se oye la resonancia de un péndulo en medio de esta carta y el temible silencio de la tierra, pregúntales si no es un astuto seductor el que se pasea de madrugada por tu cuarto, o acaso un perverso que ha robado a las Musas su lenguaje para engañar mejor la joven imprevisión.

Pero yo te suplico, si tienes esta sospecha, que remuevas los hilillos que yo he tendido, y las palabras azucaradas que yo te he proferido con la esperanza de que yo traidoramente he hecho nacer en tu pecho. ¡Nada, nada, es verdadero! ¡Nada! Tus sentimientos están puestos en guardia tu corazón ha dado un salto, tu alma ha cogido vuelo, a pesar mío, tal vez. Porque si yo hubiera querido disgustarte, yo hubiera estado satisfecho con tu estimación y tu benevolencia.

.....

No podemos conversar más; escíbeme pues.

Mi nombre de amor es

LAUTARO

Niza, 30 de noviembre de 1869”.

El Dr. Agramonte destaca cómo para esta relación amorosa, Montalvo adopta el pseudónimo de Lautaro, tomándolo del héroe indio de “La Araucana”, con lo que reafirma su orgullo de sentirse americano. En la carta IV, en la que Montalvo habla de que es un Señor Salvaje, advertí que desarrollaría más extensamente este tópico:

En efecto el autor argentino Dr. Arturo Andrés Roig en su obra “El Pensamiento Social de Montalvo”, dice que Montalvo refleja el conflicto

entre quienes veían en lo europeo, el modelo absoluto de civilización frente a una barbarie también absoluta de América. Pero que Montalvo admirando al primero por sus luces y virtudes, no las alaba en todo como hacen ciertos viandantes de menor cuantía. (A propósito se puede ver esta actitud de nuestro escritor en las Cartas a su hermano Francisco Javier).

En esta relación barbarie-civilización, Montalvo creía en una filosofía de la historia según la cual, las naciones que han llegado al cenit de su civilización empiezan a descender otra vez, estado en el que, estaría entrando Europa. De tal manera que suponía una contradicción entre la barbarie europea (decadente) y la barbarie americana (ascendente), que él prefería.

Por eso es que Montalvo se proclama bárbaro americano en varios de sus textos y Roig nos recuerda un libro que había proyectado darlo a luz con el título de “El bárbaro de América en los pueblos civilizados de Europa” (Poema en verso, desgraciadamente perdido) en el que no debe escaparse al lector, que lo emplea en un sentido irónico y para proclamar una vez más su orgullo de americanista. Lo que dice pues en esta carta de amor, al llamarse Lautaro y lo del Señor Salvaje de la anterior, es una prueba suplementaria de esta teoría sociológica y de la perspicacia y profundización en el pensamiento montalvino, del Dr. Arturo Andrés Roig.

## MONTALVO A LIDA

La presente epístola, publicada por el insigne montalvista cubano Dr. Roberto D. Agramonte y Pichardo, registra el año de 1870, que presumo será enero y le he puesto el número 7.

Se produce en este momento una especie de vacío invernal, alrededor del cual pueden hacerse algunas especulaciones: ¿Montalvo y Lida, se separaron brevemente en su relación sentimental? ¿Será que uno de los dos o ambos dejaron temporalmente Niza? ¿Acaso Montalvo siempre siguiendo las huellas de Petrarca, buscó un retiro cerca de Valclusa? O más prosaicamente hay cartas que no fueron escritas o copiadas o están definitivamente perdidas?

Cuando Petrarca se recogió en Valclusa, la lectura de las “Confesiones de San Agustín” lo impresionaron. Pero su deseo de perfección no pudo ser alcanzado, y sus humanas contradicciones, le impidieron renunciar al amor de Laura y sus deseos de gloria literaria.

Montalvo acerca de la gloria literaria, también se confiesa, en estos términos:

“¿Lo confesaré? Una de mis irremediables flaquezas ha sido el deseo de renombre, y una de mis más constantes pesadumbres el no sentirme en capacidad de conquistarlo. Si se confiesan las flaquezas y las pesadumbres ¿por qué no se han de confiar las verdades? (“Día por Día”, Páginas Inéditas).

Me referiré ahora a una nota que el Dr. Agramonte pone en la carta anterior. En ella transcribe unas frases del Diario de Montalvo, correspondientes a un artículo suyo que trata de la guerra franco-prusiana: “Lida,... que será de mi pobre Lida? Ahora es cuando ha de llorar! Sus dos hermanos son de los húsares del rey, y morirán probablemente, lo mismo que el viejo coronel, su padre”.

El montalvista cubano al relacionar este párrafo con Lida, la de las cartas de amor, deduce: “Sin duda ella y sus hermanos son defensores del rey francés, Napoleón III, al que alude antes”, porque supone obviamente que como la relación Montalvo-Lida, tiene lugar en Niza, la joven es francesa.

Pero resulta que es al revés: ella y sus hermanos, alemanes como son, lucharán no en favor de Napoleón III, sino en su contra. Cuando Montalvo habla de que son húsares del rey, lo son sí, pero del rey prusiano, Guillermo I de Alemania.

Para hacer esta afirmación me baso no solamente en lo que he venido mostrando hasta estas líneas, como aquello de que Lida era al igual que Montalvo, ciudadana extranjera en la Costa Azul de Francia y que al hablar de ella en “Geometría”, donde consta como Laida, Montalvo dice que se trataba de una doncella alemana. Me reafirmo también que en ese texto, su



autor protagonista, repite la misma frase de su Diario que estoy analizando y es categórico en cuanto a su nacionalidad y la de su padre y hermanos: “Los hijos, dos jóvenes oficiales de la Guardia del Rey, habían salido a campaña *contra* el emperador Napoleón II” (“Geometría”) (La letra cursiva de la palabra *contra* es añadido mío).

Hecha esta aclaración, vuelvo a la carta VII, que debe ser sólo un fragmento, y la transcribo en versión del Dr. Agramonte:

“A LIDA

1970

Si hubiera un medio, yo te escribiría muchas veces, Lida. Recibí tus dos cartas de esta semana. Y me ha sido imposible contestarte. La primera vez que vino T., yo no lo esperaba. La segunda vez que vino, no tuvo que aguardar. ¿De qué te quejas, mi querida amiga? ¿De que yo quisiera que nos equivoquemos? ¿De que yo no quiero para el futuro un amor que se imposibilita? De nada vale atarnos por un juramento, una promesa de amor, que no tiene ni siquiera la esperanza de cosas que puedan realizarse; o mejor de que efectivamente puedan realizarse. Si tú tienes de continuo los ojos del uno en el otro, si no podremos mirar juntos el deslizarse de los años y los acontecimientos, nosotros no podríamos aceptar que tú confiases en el futuro, ya que, en efecto, si bien es cierto que no hay imposibilidad para la naturaleza ni para el destino, también lo es que la gente sensata y honesta no ha menester anudar lazos indebidos.

¿Crees tú que en verdad debo yo hacerte una promesa? Es difícil que para un hombre honrado la honestidad y la rectitud moral no se conviertan en una religión.

Pero puedes ver que yo soy un hombre que ha estado y está aún al borde de un abismo, sin saber con certeza del modo como orillararlo sin hundirse en él, pero su acción sería no sólo estúpida, ya que no sólo su situación y su estado se lo impide, sino que también sería un crimen. Si tú, por tu parte, fueras rica, tanto peor; ésta sería una grande dificultad, porque en medio de

sus desgracias, conserva íntegramente un orgullo que no opaca la equidad de su corazón. Exiliado, desconocido, privado de todo, este sería un estado ventajoso para comprometerse con una señorita de la nobleza y que brilla en su persona. No me creas tonto, Lida; pero sobre todo, no me creas malo. Yo no creo que hayamos hecho un voto que nos impida ser feliz, ni que estemos obligados a ser perjuros. Pero créeme Lida, que el tiempo hace milagros y que no se ha de aprovechar con malicia la virtualidad de las víctimas. Debo y tengo que ausentarme. Ello es obvio”.

El Dr. Agramonte advierte que la inicial T., debe corresponder a un mensajero. Y posiblemente sea también por su causa que la correspondencia anterior se había vuelto irregular, conforme anoté al comienzo, ya que nos enteramos, que ella enviaba dos cartas por semana. No se le escapará tampoco al amable lector que Montalvo advierte sería, honrada y lealmente a Lida, la imposibilidad de este amor y por primera vez, le anuncia su próxima partida. Quizá porque esta sea en verdad inevitable, quizá también como una manera elegante de dar fin a un amor imposible. Nótese como para Montalvo, el hecho de que ella fuera rica, es otra dificultad, aunque para un hombre vulgar en su misma situación de exilio, abandono y pobreza, esta objeción, sería una tontería.

En cuanto a otras razones que invoca: no hacer falsas promesas de amor, no perjurar, casi no hace falta comentarlas. Lo que en esta carta arguye el Cosmopolita, es muy claro:

“Es difícil que para un hombre honrado, la honestidad y la rectitud moral no se conviertan en una religión”.

#### MONTALVO A LIDA

Esta misiva, fechada en Niza el 16 de Febrero de 1870, continúa la correspondencia interrumpida en su frecuencia, según la queja de Lida en su anterior. Es una de las más breves, pero más reveladoras de la personalidad montalvina en torno al amor. He aquí sus palabras:

“Ah! no vengas, Lida, no vengas! Es preciso que regreses a casa con tu pureza. Es preciso que abrases a tu madre con un corazón sin mancha. Si hemos resistido hasta ahora, no respondo más de mí ni de ti, si estamos solos ya nuestro agrado. El amor no ve nada; la soledad es un elemento de infelicidad; la noche es cómplice de muchos agradables delitos. Esto para ti sería una falta que le haría desdichada toda la vida; en mí, esto sería una cobardía que pesaría sobre mi alma con un remordimiento eterno.

Quiero guardar de ti un recuerdo profundo, una memoria divina. El dulce atolondramiento en que tú quieres caer, no debe convertirse en una turbación que podría perdernos. En cuanto a mí, ¿en qué medida me afecta? Yo soy hombre que estoy dispuesto a morir sea por la gloria, sea por el honor, hasta por un capricho. Pero tú Lida, no pierdas tu vida, no te obligues a vivir deshonrada, perdida sin remedio. El orgullo de tu nobleza, la austeridad de tus costumbres, la indignación de tu familia gritarían contra ti y te alejarían sin misericordia de esta sociedad que perdona a menudo los crímenes de los malvados, pero jamás las faltas de los buenos.

Tu madre, tu pobre madre no desearía buscar el silencio y la obscuridad de la tumba para ocultar allí su afrenta y su dolor? La peor de las enfermedades para una mujer honrada es la infamia de su hija. Para una dama de alta sociedad, que añade a la virtud el orgullo de la raza, ¿qué significaría esto? No vengas, Lida, ah, no vengas!”

Sólo un hombre con profundos valores ético-religiosos; sólo un filósofo que hizo del amor platónico su principio rector en la Provenza, puede exclamar: “No vengas, Lida, ah, no vengas!”.

Por eso el mismo escritor ecuatoriano escribirá a propósito de Petrarca:

“Yo presumo que un hombre que hubiese vivido veinte años amando, deseando y siguiendo a una mujer, si alcanzara al fin correspondencia; si esa mano fugitiva viniera al fin a caer en la suya; en plena posesión del objeto apetecido tanto tiempo, se retiraría a meditar triste en su memoria, andando por entre sus recuerdos como por entre las ruinas de una ciudad famosa.

Petrarca no hubiera querido, sin duda, que Laura viniese a ser suya al borde del sepulcro, después de treinta años de amor y constancia: la poesía estaba requiriendo que el poeta muriese con su pasión nunca satisfecha, y a la vejez llorase a su casta amada, dormida en la sepultura veinte años había”.

Antes de que se publicasen algunas cartas de Lida en Juan Montalvo en su Epistolario, por el Dr. Roberto Agramonte, el único biógrafo que hace alusión a ellas, es Dn. Óscar Efrén Reyes, cuyas palabras también las recoge el Genealogista Dr. Fernando Jurado Noboa, cuando habla de “Alida, opúsculo erótico en francés”.

Se ve que el ilustre historiador no tuvo tiempo de revisarlas porque en realidad no hay en ellas el menor indicio de amor sexual exacerbado, que es lo que caracteriza al erotismo. Y tampoco es un opúsculo, sino un cuaderno de cartas de aproximadamente 30 por 20 centímetros.

## LAS HUELLAS DE LIDA

Aprovecharé este momento para, apartándome de las cartas, dar otras noticias de Lida y ¿por qué no?, especular un tanto acerca de sus características físicas, en busca de extender su dimensión literaria.

Lida, como creo que lo vengo demostrando, no es un personaje que aparece exclusivamente en unas cartas de amor, sino que es una constante en la obra montalvina, lo que indica cuan hondamente se encarnó en su memoria y corazón.

¿Cómo habrá sido físicamente Lida? ¿No habrá por allí algún retrato? De acuerdo a mi teoría de que es la misma doncella alemana de las nobles familias de Silesia, presente en “Geometría Moral”, puedo decir que debió ser una típica belleza nórdica: blanca, rubia, de ojos claros y elevado porte.

Mas por si algún lector desconfiado o un crítico implacable me censure

porque estoy fantaseando o se queje porque mi descripción es muy general, voy a ofrecer una pintura más viva de alguien que sí la conoció de cuerpo presente. Hela aquí:

“Lida Florida, señora de Cambalú, sigue a Lipa de Boloña en este coro de ángeles femeninos. En otra cosa consiste su belleza que en lo rico de su mirada y lo activo de sus manos; sus ojos son azules, cargados de tan poética melancolía que hasta dan a conocer una tierna pesadumbre. Deslumbran la blancura de la tez, si no acudiera la sangre a sus mejillas y las pusiera como bañadas en rosa. Cuando se ruboriza esta joven, una llama divina desciende del trono de las Gracias y la hace arder en las más delicadas sensaciones”.

Este retrato literario de Lida Florida, melancólica y llena de una tierna pesadumbre porque sin duda está soñando en un amor imposible; de activas manos, que temblaron ligeramente estremecidas y con aquellas mejillas que cambiaron súbitamente de colores en Niza, se lo encuentra en el Capítulo XLIII de los que se le olvidaron a Cervantes “DONDE SE CUENTA DEL BAILE DE DOÑA ENGRACIA DE BORJA, Y SE DELINEAN ALGUNAS DE LAS DAMAS QUE A ÉL CONCURRIERON”.

Demás está decirlo, el autor protagonista de este suceso quijotesco, que así describe a Lida, es el propio Don Juan Montalvo.

#### MONTALVO A LIDA

Igual fecha que la anterior, o sea Niza 16 de febrero de 1870, en todo caso es obvio por el contenido que es posterior a la que ya se dio a conocer.

“He visto que tu pasión no tiene límites; he visto ese gran coraje capaz de poner en peligro todo el porvenir por un instante de felicidad. Locura deliciosa que perdería a los seres divinos, si fueran capaces de pecado.

Después de haber remontado ese tierno peligro, no lo busquemos de nuevo.

Es una gran necesidad ser honradamente prudente más de una vez. Quizá tendría que arrepentirme de una severidad que me habría privado de repetir el alcance de una felicidad que sería recordada en mi vida como siglos de felicidad. No vengas, Lida, ah, no vengas!”

Su contenido es tan claro que casi no necesita comentario. El personaje que aquí puede apreciarse no es del héroe de una novela romántica, es un hombre, valga la redundancia, profundamente humano.

Aunque está profundamente enamorado, pide, aconseja, ruega a la mujer que ama, que no venga, consciente de que no podría resistir como él mismo lo dice, los malos consejos de sus sentidos. Hay un momento que llega al más amoroso y dulce reproche:

“De dónde te vienen esas inspiraciones temerarias? Cómo ¡tú tan tímida, tan heroína, y no precisamente de la virtud? No te sonrojes, no es un reproche. Aléjate enamorada. No puede haber en ti solución deshonorosa; pero si no puedes cambiar, entonces sucumbirás ante las malas sugerencias de mis sentidos. No vengas, Lida, ah, no vengas!”

A fin de persuadirla, hace unas reflexiones éticas sobre su futuro y el de ella, porque el hombre como dice Ortega y Gasset, es él y su circunstancia:

“Cuando te veo, yo me creo bastante fuerte para resistir las llamas de ese bello infierno que ruge en mi corazón. Veo cuanto de tu parte me sería imputado, tanto por Dios como por los hombres. Veo el cúmulo de desgracias en que me sumergirá tu familia. Veo la vida dolorosa que soportarás después de tu caída. Veo tu porvenir ennegrecido, empapado de lágrimas. Veo un fantasma a mi lado que no te abandonará jamás y me grita al oído: ¡bárbaro, perverso, ruin!”

Continúa luego con una hermosa visión introspectiva y encuentra que no puede reconocerse en su alma ni en su corazón, empañados por el riesgo de faltar a sus creencias y principios que informan y sostienen toda su vida, y siente un virtuoso miedo:

“Yo miro hacia adentro, veo mi alma tormentosa y no me reconozco en ese espejo que reflejaba tan nítidamente mi imagen. Tomo mi corazón en mis manos y no lo encuentro tan cortés, tan bien hecho, tan altamente estimado por mí mismo. Si tú vienes, Lida, veo todo esto delante de mí y tiemblo con un miedo realmente virtuoso”.

Ella no parece estar dispuesta a detenerse ante ningún obstáculo; y en un arranque de pasión, le replica que aun si supiera que él es un corsario, lo seguiría amando y mucho más. Esto es lo que ella le responde, cuando él trata de desanimarla, haciéndole notar que acaso no conozca quién es en realidad la persona a la que ha entregado su corazón.

“Crees saber todo de mí y piensas amarme sin inconvenientes; pero aunque ya no me manifiesto ante tus ojos como un malvado, es muy posible que no dudes en amarme.

Mi lógica no está muy clara para mí mismo; para ti debe ser muy posible desde el momento en que me has dicho con esa elocuencia tan apresurada: **MAÑANA, TÚ, UN SER TAN HERMOSO, PODRÍAS SER UN CORSARIO; PERO SERÍA DEMASIADO TARDE: YO NO TE AMARÍA SINO MUCHO MÁS**”.

Por lo que de nuevo Montalvo, le hace confesión más de amor, pero termina siempre con su conocida imploración de no vengas!

## LAS HUELLAS DE LIDA

El capítulo XXII de Don Quijote en América, que Montalvo llamó de los que se le olvidaron a Cervantes, anuncia así su contenido: “Que da a conocer a donde fue a parar D. Quijote después de la aventura en que ganó el cuerno de Astolfo”.

En él se trata de una finca cuyo dueño es un caballero principal, llamado

D. Prudencio Santibáñez y su mujer Doña Engracia de Borja, pareja que son la réplica de los Duques y el Castillo del Quijote cervantino. “A Doña Engracia le sonaban mal los nombres raros y extravagantes, y no hubiera consentido jamás, dice Montalvo, que un niño que se llamase Pompeyo ni Flora, Damia o Laida, criatura del sexo femenino. Todos los hijos de Eva habían de ser Manuel, Mercedes, Carmen y cuando más consintió en que a una se le pusiera el nombre de Nieves, contemporizando con sus hijos, quienes se empeñaban en que se llamase Niobe”.

En otro párrafo Montalvo que las está oficiando de Gide Hamete Benengeli, y por lo mismo es el autor de esa crónica, añade: “Hay nombre más apacible, melifluo, numeroso que Dolores?”.

Y en otro: dirigiéndose al hermano lector: “Si en todo caso no quieres ser vulgar, he aquí estas suaves y dulces denominaciones: Luz, Delfina, Laura, cuando no llamamos Elvira a la mejor, para tener un lucero en tu casa. Desde la hija del Cid, la que se llama Elvira ha de ser bella y de tierno corazón. Hasta música encierra este hermoso nombre: “Elvira”. Si hay ángeles femeninos, se llaman *Elvira, Lida, Estela*”. (La letra cursiva es de quien escribe esta nota).

Y continúa más adelante este catálogo de los nombres: “Las hijas de Doña Engracia tenían los más comunes, que justamente son los más cadenciosos y sonoros. Una era Isabel, otra Juana, ésta Rosaura, esa Adelaida y por gran condescendencia, permitió una vez que la última tuviera el de Victoria, pero encerrándola entre María y Purificación, a fin de cristianizarlo por todas partes”.

Recordemos a propósito que en un drama “El Descomulgado” escrito en Ipiales en 1872, frescos aún sin duda los recuerdos de Niza, habla de Lida, como lo mencioné ya. Pero aún no había dicho que al estudiar el manuscrito de este drama, encontré que originalmente consta como Elvira. Es seguro que ésta haya sido la denominación primera, cambiada posteriormente por el de Lida. En todo caso Elvira o Lida, tienen la misma agradable eufonía.

En cuanto a Estela, Montalvo pregunta muy interesado por ella a su prima



Rosaura Montalvo y dice: “dime si no tengo razón para quererla?. Dile que he de volver”. (Carta a Rosaura, publicada por Agramonte en su Epistolario).

En cuanto a Isabel, Juana, Victoria, son los nombres de hermanas y otras parientes de Montalvo, y Adelaida, el nombre con el que era conocida su esposa María Adelaida Guzmán.

Y para concluir, los nombres de Lida, Elvira y Laida, que parecen corresponder a la misma persona, reminiscencias autobiográficas como son, vienen repitiéndose en sus obras y no sólo en sus cartas. Por lo mismo se puede deducir que recuerdan a personajes históricos o reales y no a simples personajes de ficción.

#### MONTALVO A LIDA

Esta carta lleva anotada en el margen superior, simplemente “Le 19”, es decir, 19 de febrero de 1870.

Por ella nos enteramos que Lida había tomado la resolución de ir a visitar a Montalvo, pese a sus súplicas en la casita en la que residía en Niza, pero el viaje se ha frustrado para alegría del escritor.

“Estoy feliz, Lida, de que ambos hayamos tenido el mismo pensamiento! Sabía que tú regresarías pronto a la sensatez y que la virtud se sobrepondría a la pasión. Escuchaba ya el rodar del maldito coche que debía llevarte a tu desgracia, y temía por ti y por mí mismo, ya que es terrible manchar un amor, matar un alma”.

También en esta misma comunicación, él reafirma que su partida y por lo mismo su separación se encuentra próxima, en los siguientes términos:

“Es preciso que yo deje este país, pues siento una gran necesidad de cambio, ya que no es aquí donde puedo dejar mis huesos.

Vamos, tomo el mundo en mis manos y parto sin saber a donde, y desde donde ha de cambiarse de sitio, mientras se sepa que es imposible vivir. El reposo no pertenece sino a la muerte, el trueno retumba en un confín y va a extinguirse en el otro; el pájaro herido atraviesa el aire y va piando sin saber donde caerá. Yo partiré pronto y tú partirás también; una dicha que se desvanece con una estación, no es sino una encantadora broma de la suerte”.

Montalvo que en su tratado del amor, “Geometría Moral”, habla de las figuras geométricas y su misteriosa relación con el amor, se muestra subyugado por aquella inmensa y ominosa parábola que describen los cometas:

“Siguiendo nuestro paralelo geométrico, bien pudiéramos decir que el corazón de Goethe, gira en un vasto pecho describiendo una parábola, esa figura que, sin dejar de ser una curva, jamás vuelve sobre el principio, o ha menester millones de años lo que sería eclipse portentosa. Cometa visto por la primera vez, ese mortal privilegiado va describiendo en su arrebatada carrera una órbita casi infinita; si se aproxima a los demás, éstos sufren horribles alteraciones”.

De los cometas habla también en los siguientes párrafos de su carta:

“Parece que la tristeza fuera un lastre indispensable de la vida y que la felicidad sin dolor fuera contraria a la naturaleza humana. ¿Conoces alguna flor que no desmaya en su color, que no se marchita, un perfume que no se evapora? La alegría del corazón es aún más frágil que todo esto. La felicidad no dura largo tiempo, y parecida a la más suave esencia, se disipa y se pierde en el mundo del olvido.

Tú has amado a esta sombra que te encontró por casualidad en la vida; la sombra va a desaparecer; plegue al cielo que hubieras amado a un ser más conocido y más constante; los cometas se dejan ver sólo un instante; son cuerpos siniestros a los que hay que temer. No son la estrella más propicia que no desaparece y brilla con fulgor propio.

Que pena voy a darte; Lida, tú vas a llorar mucho. Has derramado ya muchas lágrimas que no merecen amores tan fugitivos”.

Luego habla también de la próxima partida de ella y quien quiera saber algo más de este asunto, no tiene sino que remitirse a la despedida de su idealizada Laida; dice en “Geometría”:

“En cumplimiento de esta orden, Laida, más muerta que viva, se embarcó, y Don Juan, devorando con los ojos el buque desde una colina sobre el mar, vio alejarse y la siguió hasta cuando la nave iba perdiéndose allá por la altura de la isla de Córcega”.

Ahora, por un momento suspendamos la poesía del poeta, para tocar un hecho prosaico pero profundamente humano que se relaciona con un episodio doloroso de su vida y que fue su falta de medios para una decorosa subsistencia.

Al iniciar estos comentarios relacionados con su segundo viaje a Europa, señalé como Montalvo tuvo que exiliarse intempestivamente y salir de Europa con el auxilio de su copartidario Eloy Alfaro; y lo hace provisto sólo de “audacia, audacia y más audacia”, simplemente porque prefirió morir de hambre en Europa antes que en las cercanías de su patria.<sup>153</sup>

En su Diario que registra algunos días de su permanencia en el Viejo Continente, hay datos muy decisivos al respecto, como el que copio a continuación y que fuera escrito originalmente en francés y traducido al castellano por el mismo autor:

“Estaba yo escribiendo, y tenía los ojos húmedos de lágrimas, al momento que entró B. Él respetó esta dolorosa situación, y no me preguntó nada. Un poco después, tímidamente, me invitó a comer. Monté en cólera. ¿Cómo? - le dije. Me invitas porque sabes que no tengo que comer? ¿Ustedes creen que lo que me hace falta son las invitaciones a base de que uno pueda vivir comiendo una vez al mes? Son ustedes todos unos cobardes, que me dejan perecer aquí, ¿y vienen con vuestras idiotas benevolencias? Nunca me invitaste a comer cuando yo tenía que comer. El se quedó turbado, ¡el pobre! Lejos de haberse dejado llevar por la emoción, me mostró dulzura, se aplacó, y terminé yendo a comer en el restaurante Peters”.

---

153 Carta de su primer viaje a Europa.

El personaje signado como B., corresponde a Barba, su entrañable amigo. Este mismo artículo vio la luz en “Páginas Desconocidas”, y allí consta su nombre completo: Rafael Barba Jijón.

Pues bien, retornando ahora a su carta,, ocurre que Lida se ha dado ya cuenta de la difícil situación por la que atraviesa su enamorado y quiere ayudarle, pero éste rechaza su generoso gesto, con su característica dignidad y altivez:

“Qué dices? Yo te defiendo airadamente de no tentar nada, de no decir nada sobre ese VIL CAPÍTULO y declaro que no aceptaré nada más que tus recuerdos. Así todos tus pedidos serán inútiles. Lo que yo podría recibir de la Baronesa sería un préstamo que lo devolvería tarde o temprano. Pero tú no puedes pensar en socorrerme, sin humillarme. Deja que mi destino se cumpla. Es mucho más cómodo morir honrada y altivamente, que vivir cargado de tan humillantes compromisos. Donde se introduce el dinero, el orgullo desaparece, y donde no existe el orgullo, creo firmemente que la dignidad no ha alcanzado la cumbre.

¿Qué clase de gestiones quisieras intentar? ¿Vas a contraer deudas por casualidad? ¿Quieres pedir para mí? Sé bien que no te sería difícil obtener lo que quisieras del buen viejo; pero ya te he dicho que eso sería una locura y te pido fervientemente que renuncies a ello. Ya que los ruegos no bastan, es preciso que te lo repita otra vez. ¿Me oyes, Lida? te lo prohíbo, te lo repito”.

Montalvo pues en toda circunstancia supo mantener incólume su orgullo y procede siempre con el estoicismo de un filósofo. Ni siquiera admite la compasión, antes bien, la rechaza, como leemos a continuación:

“Yo no atribuyo una importancia tan grande a mi vida, porque pienso que debo vivir según mis posibilidades. ¿Y tú, podrías amar a un hombre cuya vida fuera miserable? ¿Para quién esta mísera existencia esté ante todo? ¿Antes que la dignidad? ¿Antes que el orgullo? ¿Antes que la comodidad de espíritu? ¿Qué no se encuentra a gusto sino cuando no se ha hecho nada criminal, bajo ni estúpido?”

Pide a Dios que haya en Europa una Gran Guerra donde tu amante pueda terminar con gloria, y no trates de hacerle vivir en condiciones indignas de un filósofo. ¿Piensas que sin la tierna confianza que el amor nos ha dado, y sin tus constantes y dulces ruegos, habrías conocido jamás mi situación? Lo que el hombre puede ceder ante la desgracia extrema, es hacer un préstamo o solicitar un empleo. Lo que no puede tener lugar entre personas ligadas por relaciones secretas, que jamás serán legítimas.

Yo no quisiera salvar mi vida a cambio de una complacencia inspirada en un sentimiento de desprecio para mí cuando el tiempo y la ausencia hayan cumplido su deber. Ni siquiera deseo que me llores. Estímame, ámame: este es tu deber.

En este mundo nadie tiene derecho para compadecerse de mí. Yo grito, no lloro, y si mis lágrimas corren a veces, no se dirigen a alguien”.

Al continuar el comentario de esta carta, debo empezar recordando que Montalvo habla de los personajes que podrían ayudarle con un préstamo: el uno, es un buen viejo, y el otro, una Baronesa, siempre y cuando Lida no interviniera con sus buenos oficios, ya que obviamente tiene influencia sobre ambos, y él se opone a su intervención.

Ahora bien, ¿quién puede haber sido la tal Baronesa?

Creo saberlo: la tía de Lida o Laida von Krélin, la Baronesa de Schuningfeld. El artículo de Montalvo que he citado ya en otra oportunidad, titulado “Guerra franco prusiana”, fechado el 19 de julio de 1870, cuando posiblemente él ya estuvo embarcado y viajando de regreso a América a su exilio de Ipiales, evoca algunos recuerdos de la manera siguiente:

“Oigo que por allá en Alemania, se están muy tranquilos; pelearían tranquilamente los soldados, pero si Napoleón tercero entrase en Berlín, llorarían amargamente los prusianos. La baronesa de Schuningfeld, anciana de 79 años, no podía contener las lágrimas cuando en Niza, contaban la invasión de los franceses, y tenía fresca, imborrable la imagen del Gran

Emperador, que ella lo pintaba como un hombrecillo enjuto, pálido, de mirar extraordinario, caballero en un cascudo blanco”.

La anciana se refiere seguramente al Emperador Napoleón Bonaparte que luego de vencer a los prusianos en Jena, el 14 de octubre de 1806, entró en Berlín el día 27. En aquella época, la Baronesa debió contar 15 años.

Pero sigamos adelante. Algo más abajo, en el mismo artículo, Montalvo anota el célebre párrafo que nos ha permitido confirmar la nacionalidad de Lida:

“Lida... que será de mi pobre Lida? Ahora es cuando ha de llorar!

Sus dos hermanos son de los húsares del rey, y morirán probablemente, lo mismo que el viejo coronel, su padre”, párrafo que se complementa o aclara aún más con el de Geometría, a propósito de Laida:

“Los hijos, dos jóvenes oficiales de la Guardia del Rey, habían salido a campaña contra el emperador Napoleón III”.

De esta manera se establece definitivamente que Lida y la Baronesa son alemanas; mas, ¿dónde se prueba que esta última fuese su tía? La misma “Geometría” nos da la pista, hablando de Laida:

“La Baronesa de Schuningfeld, su tía, incapaz de contener ese torrente, ni con ruegos ni con amenazas, escribió al padre de la señorita: “Laida se pierde: enviad a vuestros hijos sin tardanza”. Los hijos, dos jóvenes oficiales de la Guardia del Rey, habían salido en campaña contra el Emperador Napoleón III: el anciano estaba solo, y contestó: “Sacadla de allí, volando”.

Por cierto que en carta venidera confirmaré este aserto.

Queda pues aún un personaje incógnito que es el buen viejo: “Sé bien que no te será difícil obtener lo que quisieras del buen viejo”, reza su carta.

Podría aventurarse la hipótesis de que se trata del padre de Lida, el viejo

coronel, aunque la presunta carta de la Baronesa, su tía, dirigida a él, indicaría que no estuvo en Niza con ellas.

Continuaré ahora con la carta. Al final de esta misiva, Montalvo anota un asunto intrigante:

“(MP. me cree siempre enfermo porque él jamás se porta bien ni consigo mismo).

(Yo estaba quieto en la alcoba. María entra corriendo, y poco faltó para que al verte no lanzara un grito, teniendo en el fondo un fantasma de pie. Ella me reconoció, mas bien por una suposición que por verme, y desapareció velozmente”).

Surge de inmediato la pregunta ¿Quién es María? Creo haberla identificado aun cuando sólo consta su nombre: María, y digo que era sin duda la sirvienta de ella, María Kluber.

A este interesante personaje lo encontramos en el prólogo de Laida en “Geometría Moral”:

“Señor:

En sus últimos instantes, mi ama, la señorita Laida von Krélin, me ha ordenado escribiros, comunicandonos su fallecimiento. El señor Conde, tan luego como llegó su hija a Coblenza, la mandó encerrar en un castillo casi arruinado, sin verla ni oírla. A gracia tuvimos que él consintiera que yo acompañe a mi querida señorita, y a dicha tengo yo el haberla cerrado con mis manos los ojos. Según la pesadumbre de mi corazón, pronto voy a seguirla a la eternidad. Rogad por ella, vuestra amiga, y por mí, vuestra criada.- María Kluber”.

En cuanto al personaje, que lleva las iniciales M.P., prototipo de un hombre conflictivo, no ha sido posible identificarlo.

Terminaré ahora con otro párrafo de la carta, que tan bien nos da una proyección del noble y rebelde carácter del escritor. Grave, gravísima, es la situación por la que atraviesa, pero ni siquiera en tales circunstancias admite la compasión. Antes bien, la rehúsa con altivez:

“Yo no quisiera salvar mi vida a cambio de una complacencia inspirada en un sentimiento de desprecio para mí, cuando el tiempo y la ausencia hayan cumplido su deber. Ni siquiera deseo que me llores. Estímame, ámame, ámame: éste es tu deber.

En este mundo, nadie tiene derecho para compadecerme. Yo grito, no lloro, y si mis lágrimas corren a veces, no se dirigen a alguien.

Si la suerte es tan ciega, tan ruin, tan burlona, ¿debo aún hacerle reír con mis sollozos? A quien me golpee, yo lo golpearé también con mi desdén. Si Dios se mezclara inmediatamente en nuestros pequeños problemas, pienso que me extendería su mirada; pero Dios no es jamás la suerte, ni la fortuna, ni el destino, ese algo indeciso que está más cerca del verdugo que del juez.

Si la Baronesa mantiene su palabra, tanto mejor; si no guárdate de formular alguna pregunta, que en fin de cuentas no sería sino una tierna y dulce tontería de tu parte.

Abrázame y recibe este beso muy fuerte para que no dudes de mis energías. Te estrecho entre mis brazos, te levanto al cielo, te ahogo en mi amoroso aturdimiento. ¿Estás contenta con ello? ¿Lo estarán también tus labios? Quiero arrancarte el alma mediante una aspiración inmensa. Quiero poseerte sin perderte. ¿Me amas, Lida, bella, adorable Lida?”.

## RECAPITULACIÓN DE LOS HECHOS

Es el momento de hacer una pausa en los comentarios de la relación epistolar de Montalvo y Lida y pasar a una breve recapitulación de lo que hasta aquí



se ha dicho, en lo que hace relación a la identificación de los personajes, nacionalidad, marco geográfico e inserción histórica.

Ha quedado establecido que Lida, la de las Cartas de Amor y Laida von Krélin, la de “Geometría Moral”, son la misma persona; que Don Juan Montalvo el escritor y Don Juan de Flor, su creación literaria, animada por detalles autobiográficos, desempeñan parecido papel, que los sucesos ocurren en un mismo lugar, que es la ciudad de Niza, y de hecho corresponden a su segundo viaje a Europa, entre 1869 y 1870. Exilio tan penoso y tan cruel, que debió soportar estoicamente premiosas necesidades, que parece no fueron comprendidas o sabidas, ni por sus seres más íntimos.

De modo parecido, al relacionar otros párrafos, ha sido posible descubrir a otros personajes; así la tía de Lida, es la Baronesa de Schuningfeld; María, la fámula de Lida, es María Klúber, la empleada de confianza de Laida; los hermanos de ella, son los Húsares del rey prusiano y un anciano coronel o conde, su padre.

Es oportuno recordar que Lida o Laida se prefigura en el retrato de Margarita seducida por el satánico Dr. Fausto, realizado según Montalvo por Augustus von Kréling, siendo esta la primera vez que aparece el apellido. Tal descripción se la encuentra en “Geometría”, a propósito de los amores de Don Juan Goethe, que de acuerdo a la aseveración que hace el mismo Montalvo, si ha podido describir la pasión amorosa en términos tan vehementes, es porque habiéndola experimentado en su propio pecho, supo infundirla en el ajeno.

También hago notar que el bardo alemán de Weimar, es autor de un poema dedicado a “Lida”, que disfraza su amor a Carlota von Stein. ¿Lo habrá conocido Montalvo? ¿Acaso tomó de aquí el nombre, para a su vez, ocultar el suyo?

A las denominaciones de tales personajes habrá que añadir lugares citados por el escritor, como Coblenza, Weisbaden, el Rhin, y detalles históricos como la guerra franco-prusiana, fragmentos todos, que permiten reconstruir esta especie de rompecabezas histórico-literario.

Pero aún hay más si hurgamos el pensamiento de Montalvo sobre tópicos alemanes, que no son raros. La verdad es que sintió mucha simpatía por el rey prusiano Guillermo I, debido a su espíritu democrático y humanitario. En su artículo “El Emperador de Alemania”, se encuentra lo siguiente, acerca de Guillermo I, rey de Prusia y futuro Emperador de Alemania:

“Dicen que este anciano guerrero, cuando desde la cumbre de una colina estaba contemplando la batalla de Sedán, pálido, atento, honró al enemigo con su admiración, y al género humano con las lágrimas que corrían por su rostro en medio de la victoria.

Las cargas de la caballería francesa le llenaban de asombro. ¡Qué muchachos, decía; qué muchachos tan valientes!”.

“Viejo lleno de virtudes, no podía carecer de la que más eleva a los monarcas, que la magnanimidad. Triunfar de los franceses, ya fue mucho; destruirlos, no ha querido”.

.....

“Dentro de quince minutos llegó la carroza del rey sin dragones de a caballo, sin alabarderos ni maceros, sin precaución ni etiqueta de ninguna clase. Venía el anciano vestido de casaca de paño blanco bordada de oro, descubierto, el casco en la mano, saludando al pueblo. La barba cana, el espeso bigote, ese porte marcial de toda su persona infundían respeto verdaderamente, produciendo a un mismo tiempo, una como exaltación misteriosa en el ánimo de los circunstantes. La seguridad de los reyes no está en los ejércitos; el amor del pueblo es su verdadera guardia. Después han atentado contra la vida del emperador; Dios sabe que no ha sido por odio ni por motivos personales. Los sistemas políticos, las pasiones públicas son como los dioses de los druidas, quieren sangre...”.

A los lectores familiarizados con un Montalvo educado y amante de Francia, de la Latinidad entera, les podrá parecer extraña, esta simpatía o relación germana del escritor ecuatoriano.

Sin contradecirlos, me parece que quizá no se ha puesto atención en que “Cosmopolita” al fin, por sobre las nacionalidades y las razas, amaba las virtudes, la sencillez, la heroicidad, el respeto al pueblo de los gobernantes, donde quiera que estas se encontrasen. Como él mismo lo declara admiró a quienes honraban al género humano. Y en un artículo “España” (XXV), en las “Páginas Inéditas”, se puede leer:

“Ninguna ocasión más afortunada para hablar del Emperador Guillermo, que esta, donde la celsitud de su carácter y la mansedumbre de su temperamento acaban de conjurar la tempestad que estaba rugiendo sobre Europa. La guerra con España, inminente ya, se ha evitado gracias a la cordura de ese viejo omnipotente”.

“El porte de Alemania, en el presente caso, es digno de alabanza: así es que imperios y repúblicas se han unido para aplaudir la conducta del Emperador”.

Hay que advertir sin embargo la evidente y conocida devoción que Montalvo tuvo por Francia, su cultura, su lengua: al pueblo francés no se diga, pues lo amó intensamente, como que en París vivió muchos años, formó familia y murió allí mismo. Admiró también el genio de Napoleón el Grande, pero no se sintió ciertamente favorable a su descendiente, Napoléon III, esposo de la belleza andaluza Eugenia de Montijo.

Como se sabe detestaba la pequeñez, la falta de carácter, la impopularidad. Dentro de este contexto se puede decir que mientras sintió gran simpatía por las virtudes de Guillermo I, no la tuvo en absoluto por las debilidades del rey francés. He aquí unos párrafos:

“Mil veces había yo visto al emperador de los franceses, ya en la Gran Ópera, ya en las carreras de Longchamps, y siempre con la más fría indiferencia. La guerra de Crimea, la campaña de Lombardía estaban a su favor; mas el porvenir derramaba sobre su frente la sombra de Sedán, y ese poderoso monarca no acertó jamás a despertar en mí ni admiración ni simpatía”. (El Espectador).

Qué diferencia, con la exaltación que hiciera de Francia en su favor de la libertad de Italia:

“... ella, la Francia, la noble Francia, noble cuando pelea por la libertad, se ha encumbrado sobre los Alpes, como un águila que es, y ha caído sobre los enemigos de la Italia con la presteza de un rayo”. (1)

Para cerrar el presente artículo, copio para los lectores el poema de Goethe a su Lida:

“El único ser, Lida, al que tú puedes amar,  
lo quieres entero, y no te falte razón.  
No temas nada, es totalmente tuyo;  
desde que te pertenezco, el movimiento tumultuoso  
de esta vida rápida sólo se me aparece  
como una cortina transparente,  
a través de la cual veo sin cesar  
tu dulce imagen que flota como entre nubes.  
Su sonrisa fiel brilla para mí,  
de la misma forma que a través de los rayos en movimiento  
de las auroras boreales, vemos temblar el fuego de los  
astros eternos”.

## EL EPISODIO EN ESPAÑOL

El 13 de abril de 1986, en conferencia pronunciada en el salón de la Ciudad de Ambato, di la noticia de las Cartas de Amor a Lida, que aparecieron después fragmentariamente comentadas en “Pizarrón Cultural” de diario “El Heraldó”. Dije entonces que se trataban de 12 cartas manuscritas en francés.

Posteriormente a esta fecha tuve la fortuna de localizar un documento nuevo, que es un episodio en español, el mismo que doy a conocer en esta entrega.

Al estudiar uno de los cuadernos de anotaciones de Montalvo, que es parte de su Diario, encontré de pronto un breve pero interesantísimo relato que tiene que ver con el mismo asunto de sus cartas de amor con Lida.

Episodio que se encuentra entre dos pensamientos de Montalvo, el uno en español y el otro en francés, ambos con una advertencia puesta por el mismo, de que se trata de ideas originales suyas.

“El que no respeta las canas, no tiene derecho a los fueros de la vejez”, escribió el filósofo que hay en su personalidad y más abajo, anotó esta breve aventura que le ocurriera en Niza y que confirma datos y conclusiones ya conocidos anteriormente y lo que es más importante, nuevos detalles.

A fin de que se comprenda mejor el sentido y alcance de esta página íntima que cronológicamente parece encontrarse entre las cartas X y XI, haré un breve resumen de los amores de Montalvo y Lida.

Según se deduce, Montalvo conoció a dicha joven en Niza, a su arribo de Wiesbaden (Alemania) y se enamoró de ella. En qué lugar y en qué circunstancias, no lo sabemos; quizá en el Paseo de los Ingleses que solían frecuentar los extranjeros; quizá visitando las ruinas romanas que están cerca de la ciudad, a las que tan aficionado era el escritor, o tal vez en la bella playa. Él le dirigió una carta sin que ella lo conociese aún físicamente. Posteriormente siempre a juzgar por lo que hemos leído, los dos se vieron y se enamoraron, sin saber sus nombres y procedencia, y continuaron una correspondencia epistolar. Su frecuencia se entiende que llegó a ser de dos cartas semanales, por lo que es obvio que faltan muchas cartas, especialmente de Lida a Montalvo. Semejante carteo no es de extrañar, dada la época y la inclinación romántica del ambateño, como lo prueba su descripción de Niza, página de exultante romanticismo que nos explica además el género epistolar que utiliza.

En efecto, el movimiento romántico, fue como se ha dicho “desesperadamente literario”, tanto que los grandes románticos en medio de los avatares que vivieron, amaron y lucharon, jamás dejaron la pluma. De su vocación por el Yo, sentimientos, pasiones, ideales, características típicas del movimiento romántico, se comprende la proliferación de Memorias, Diarios, Recuerdos, Correspondencias, en la vida y en la literatura.

El estudio del romanticismo destaca como tales escritores suelen tratarse a

sí mismos en sus obras de ficción; tales por ejemplo Lord Byron un poco en “Childe Harold” y un mucho en “Don Juan”. Alfredo de Musset, en “Confesión de un hijo del siglo”; la escritora George Sand en “Lelia”. A los que debería agregarse Juan Montalvo con su “Diario” y sobre todo con su “Geometría Moral”.

Allí suelen relatarse los hechos trascendentes de los cuales han sido actores, espectadores o testigos presenciales, preocupados por la opinión de la posteridad.

Pero la edad de oro de género romántico fue el epistolar, sobre todo el que toma el género amoroso. Se diría, dice un estudioso, que no se contentaban con amar y sufrir, sino que necesitaban perpetuarlas, fijarlas en el papel, confiarlas.

No importa que los enamorados hayan pasado la noche juntos, añade otro autor, a la mañana siguiente se cruzan las misivas; y no se diga con ocasión de viajes, ausencias, rupturas, reconciliaciones.

La esencia romántica es tal que André Maurois afirma que las novelas de la Sand, son inferiores a sus cartas.

Y si no lograron hacer una obra de arte, al menos lo intentan, dice Ortega y Gasset, dejándonos la imagen admirable del romántico amor “hecho todo de alma, sin mezcla grave de cuerpo ni de espíritu”.

Montalvo, devoto imitador de los clásicos, pero de naturaleza romántica e idealista a la manera platoniana, no escapó a su influencia y nos ha dejado sus cartas, que aparte de su intrínseco valor literario, sirve además para reconstruir o mejor construir un capítulo desconocido de su biografía.

Como se recordará, Lida insistía en las cartas anteriores en ir e visitar a Montalvo en su casa, lo que no llega a producirse. En cambio, y esto es lo que revela este episodio, es Montalvo el que lo hace.

Según se nos revela, Montalvo solía visitar en su casa a Lida, donde tenía alguna familiaridad con la tía de la muchacha, al tiempo que María se había convertido en aliada de la pareja.

En el descanso de una escalera, Montalvo oye de pronto un leve susurro que le llega por la otra escalera y es ella que se le echa en los brazos, para luego quedar desmayada.

Montalvo teme que en ese momento llegue la Baronesa, cuando súbitamente una mujer la rescata y se la lleva.

Es la fiel M., o sea según mi teoría, María Kluber.

En el zaguán efectivamente escuchaba ya que viene la Baronesa de Linz. Como se ve en este episodio, el único en español, Montalvo cambia el nombre de la Baronesa de Schuningfeld de “Geometría” y su “Diario” por el de Baronesa de Linz. En todo caso, ambos nombres siguen siendo de la lengua alemana. Finalmente Montalvo cuenta como la tía de Lida, se ha dado cuenta de la turbación del enamorado, por lo que exclama: “Qué os pasa? Lívido estás como un cadáver”.

He aquí la transcripción del manuscrito montalvino.

“Al llegar al descanso, oí un susurro de abeja por la otra escalera; y antes de que pudiese yo enterarme de su motivo, vi una sombra que bajando veloz se me echó en los brazos.

Asustada, pálida, trémula, la pobre L. me estrechaba fuertemente contra su seno. Era una convulsión nerviosa que acabó inmediatamente por un desmayo. Teníala yo suspendida, mirando el instante en que la baronesa abriese la puerta y viese tan extraño espectáculo, cuando una mujer se precipitó de arriba, y tomando en sus brazos a la niña inerte, voló escalera arriba, como si no llevase más que una pluma. Era la fiel M. que acudía a salvarnos. No bien hube llegado al zaguán, el cuchicheo de la baronesa de Linz la anunciaba por el jardín”.

Esta carta, la undécima de la serie, sin contar con el capítulo en español, no señala lugar, pero se sobrentiende que fue expedida como todas las demás, en Niza, y su envío está marcado en 21 de febrero de 1870.

Él le hace saber que tiene reunidas las cartas que le ha escrito a partir del 16, pero que no se las ha enviado en atención al estado de enfermedad en que se encuentra ella y que espera que se reponga.

¿Qué es lo que ha ocurrido?: un equívoco, unos celos propios de un alma enamorada. Montalvo que no se ha sentido bien en la noche última, según le cuenta, se ha privado de concurrir a su cita con la bella alemana. Tal ausencia es interpretada mal por Lida y ha sufrido un golpe moral. Cuando al otro día el escritor concurre a verla en su casa, encuentra que ella está postrada y casi sin sentido, a pesar de lo cual le llama por su nombre, sin darse cuenta que él estaba a pocos pasos de ella.

“Lida:

Tan pronto como te sientas mejor, tendrás las cartas que yo te he escrito a partir del 16 de este mes. Hoy las tengo en mi poder. Pero en el estado en que te he encontrado, no debo enviártelas. Qué golpe, Lida, qué golpe! ¿De dónde te viene esto? Ah, dilo pronto, a fin de que si soy culpable de esta desgracia, me arranque este corazón bárbaro y estúpido que no fue capaz de advertirme lo que te sucedía”.

.....

“No me sentía bien la noche última: tosía y sentía dolores; es por esto que me ví obligado a quedarme en casa. Tú en cambio me habías esperado y no me viste llegar. Tú no habías pegado los ojos en toda la noche; habías estado inquieta, preocupada, oprimida; y he aquí que todo terminó con un horrible golpe! Bien, es esta la causa, querida, amable Lida? ¿O es que esta caída ha tenido otros motivos? En todo caso, esto ha sido para mí una



sorpresa. Tenía el corazón revuelto y salí pálido de tu casa. Cuando entré en mi pieza, mi pecho se redimió de su inmensa opresión, mediante un torrente de lágrimas.

Qué imagen, Dios mío! ¿Qué es lo que ví? Tú Lida, tú misma, extendida como un cadáver? Y sin embargo, adivinas que yo estaba allí; escuchas mi nombre que nadie había pronunciado, recobras tus sentidos y me llamas sin saber que yo estaba a dos pasos de tí”.

Naturalmente él trata de reanimarla amorosa, tiernamente, al comprender la intensidad de su amor y preocupado como está por su bienestar:

“Me amas pues, más allá de todo? Pero tú me asustas, me desalientas, me matas de pena, ¿qué hacer por tanto en tan lamentable situación? Lida, es inútil hablar. Déjame que te oprima contra mi pecho. Déjame que te devuelva la vida y la salud con mis halagos, que una mi alma a la tuya y que muera, si Dios quiere llevarte de mi lado. ¿Es necesario decirte que si no te repones, yo enfermaré malamente? No quiero que tú sufras, no lo quiero, ¡no!

Insiste en que primero debió averiguar la causa del impedimento que tuvo para no concurrir a la cita y rechaza con desagrado, la posibilidad de una infidelidad. Estas palabras son las que nos permiten comprender que Lida, en sus celos, ha pensado que puede haber otra persona de por medio:

“Antes de caer enferma, debiste haber enviado en pos de noticias mías; habrías sabido si yo tenía o no impedimento. Pero dejarte llevar así por un dolor inmenso, no es prudente, Lida.

Si tú has osado concebir sospechas sobre mí has cometido un grave error, con lo que me has causado un tremendo daño. Si me crees capaz de una detestable infidelidad, o de una tonta insensibilidad, o de una vil ingratitud, te aseguro que no estás en lo cierto”.

Insiste y se remite a la opinión del médico, que la repentina causa de su enfermedad, debe estar asociada a una causa moral, como así es en efecto.

“El vivo dolor que experimento desde que te ví hoy día, sería bastante para convencerme de mi amor por tí, se desconocía esto desde hace largo tiempo. El modo como el Doctor me habló de tu caída me hace creer, en efecto, que una causa moral no ha sido extraña a esta enfermedad tan repentina y terrible a la vez”.

Esta carta bien pudo ser la última, pues aunque sus palabras ratifican que él también le corresponde a su amor y le duele todo lo que le pueda ocurrir a ella, y está consciente del dolor que sus palabras le van a ocasionar, sus expresiones son también la ratificación de un adiós definitivo. Es pues un mensaje de amor y despedida.

En otras cartas que Montalvo le ha enviado, -y es una lástima que no dispongamos de ellas-, le ha dado los motivos de su alejamiento. No los conocemos con exactitud, mas podemos imaginarnos a través de lo que ha dicho antes, las razones que habrá argüido.

“¿No terminaremos nosotros en un triste romance?, pregunta el escritor.

En un triste, no, en un bello romance sí. Al retornar y parangonar lo de Petrarca y Laura, podemos decir que la poesía estaba exigiendo que no tuviese un final ordinario.

Un amor imposible al que su protagonista se ha referido más de una vez, su incapacidad de engañar, sería la razón fundamental, que le habrá dado.

Algún lector curioso o poco avisado, acaso insista que expliquemos aún más porqué no llegaron a feliz término los amores de Montalvo y Lida. Trataré de responder a riesgo de invadir rincones sagrados de la intimidad.

Montalvo había contraído matrimonio en Ambato con María Adelaida Guzmán el 7 de octubre de 1868. Matrimonio por la iglesia católica que era el único que entonces existía en el Ecuador, y por lo mismo, indisoluble.

La revuelta de García Moreno en 1869, como ya hemos dicho, le obligó a

exiliarse en Colombia, pues su vida corría peligro. No es pues cierto que abandonó a su mujer e hijos y no volvió a acordarse de ellos. Sólo me remitiré por ahora a la misma carta que desde Niza dirigiera a su amigo y confidente Rafael Barba: “tengo hijos, dos niños que no cuentan con más porvenir que su padre; sin ellos este infame mundo no se regalara ya conmigo y de buenas o de malas le hubiera arrancado sus secretos a la eternidad” (Niza, Spt. de 1869).

En estas condiciones, para un hombre de los principios de Montalvo, su amor con Lida era imposible y por eso sacrifica su porvenir en aras de su convicción ética. Pero podemos suponer que en un rincón de su corazón, la siguió amando silenciosamente hasta la tumba.

Otras razones secundarias, pero que también deben haber influido en su decisión de poner fin a sus amores con la joven alemana, serían sin duda su precaria situación económica y dura condición de exiliado, mientras que por contraste, Lida era rica, joven y noble; sobre todo rica, asunto que para Montalvo era un obstáculo, como ya lo destacamos en el análisis de otra misiva.

“En las cartas de las que te he hablado, verás los motivos de mi partida. Ahora te prometo no irme de aquí sino lo más tarde, y esto porque no es posible obrar de otra manera. ¿Crees que te dejaría jamás si estaría en mí no abandonarte? Pero no hablemos todavía de alejarnos. Cuando llegue ese desdichado momento, hablaremos de volver a vernos, si Dios no quiere en este mundo, en aquel otro donde todo es amor y felicidad, sin este fondo de amargura que envenena la vida. Lo más importante es restablecerse. Ya que tú eres adorada de tu amigo, no le des el dolor de verle sufrir.

Hasta mañana, Lida, bella, amable Lida”.

La que viene en el cuadernillo de Montalvo, serie de 1870, continúa a la anterior sin solución de continuidad. Pero la despedida que el lector recordará de la anterior: “Hasta mañana, Lida, bella, amable Lida” y el tema nuevo que aborda, nos indica que estos renglones corresponden a otra carta, la duodécima.

Hemos llegado entonces a la última epístola, así mismo sin lugar ni fecha, que pueda corresponder a los últimos días de febrero o las primeros de marzo, ya en la estación de Primavera. En ella Montalvo filosofa y poetisa sobre la fugacidad del amor y le explica que no fue casualidad, sino búsqueda a propósito, que M. Le hubiera entregado personalmente la carta de ella. Como es sabido M. es la inicial de María Kluber. Hace una sincera confesión de sus sentimientos, de su remordimiento de saberse amado por ella, sin poderle corresponder, por lo que generosa, noblemente, le desea que el ser que Dios le haya destinado para que sea su compañero, sepa apreciarla tanto como él. Lo que hasta ahora ha ocurrido y ocurrirá en el futuro, lo atribuye al destino o mejor al “*fatum*” de los griegos, como admirado que era de ellos.

“Ya sabes, por qué casualidad M. me envió personalmente tu carta. Pero como habrás comprendido, esta casualidad fue buscada por mí mismo, preocupado como estaba por tu tardanza; y sin otra finalidad que la de estar cerca de ti, así no fuera sino por un instante.

¿Eres presa de un hondo sufrimiento, mi querida Lida? ¿Por qué infelicidad he podido inspirarte una pasión que no puede estar seguida de la felicidad? Tu corazón, tu pureza, tu condición, merecían otro hombre menos incapaz de hacerte feliz.

Tengo el remordimiento de verme amado tan tiernamente por ti, como de verte tan sufrida, tan desdichada, cuando tú deberías alcanzar la meta de tus anhelos, por lo mismo que son legítimos y provienen de un alma tan inocente como la tuya. El destino mi bella amiga, ah, el destino, esta cosa tan ruin que tiraniza a los hombres, está entre tú y yo y esta vez el destino se llama imposibilidad”.

Se refiere después a una escena de una dama inglesa que ella le ha relatado, pero no es posible saber ni deducir de qué se trataría.

Pero de repente el último párrafo de esta carta, contiene un pasaje insólito, que lo copio a continuación:

“Tu tía te oprime y se admira de mi frialdad? ¿puedo ser agradable cuando ella es tan cruel contigo? Ella cree que me amas y sin embargo se muestra dura con un ser tan dulce como tú. ¿No es esto perseguir a una tortolilla porque ella arrulla en la tristeza?

Grandiosa la proposición que me ha hecho! Ella quisiera que yo me fuera a Rusia, país, según ella, donde el mérito es pronto coronado. Habiéndole preguntado qué iría yo a hacer en Rusia, me respondió que a la vuelta de tres años yo sería general. Héme aquí convertido en soldado, de la noche a la mañana. No sería posible engrandecerme de otra manera?, díjele. Yo, hijo del Nuevo Mundo, víctima de la tiranía por mi inclinación liberal, adorador de la libertad, ¿iría a servir al despotismo?”.

.....

He aquí como después de tan tiernas y apasionadas efusiones de amor, según las cuales Montalvo amó tan puramente a Lida como el Petrarca a Laura, sus cartas nos devuelven al Montalvo “contestatario”, como se dice ahora, o mejor batallador y heroico.

Se muere literalmente de hambre, va a perder una mujer bella, noble y rica, va a dejar su nido de amor en Niza para siempre; le han sugerido la posibilidad de un futuro promisorio en un país que reconoce los méritos. Pero él soberbio y orgulloso como siempre, declina esa manera de engrandecerse y escoge la pobreza, la soledad y el olvido.

Repasemos otra vez sus palabras finales, digno epílogo de sus cartas:

“Yo, joven del Nuevo Mundo, víctima de la tiranía por mis pecados liberales, adorador de la libertad, iría a servir al despotismo?”.

Tenía razón José María Samper: había algo aquí del león herido que lame su herida sin rugir, o es que sesteaba nada más a orillas del Mediterráneo en aquella sin par Provenza.

Y por eso mismo Samper se despide, diciéndole cuando aún Montalvo no había sido consagrado: “Entre tanto, créame Ud. su muy sincero amigo y estimador, que ve en U. uno de los más distinguidos compatriotas de la gran familia americana, y muy digno de merecimiento en la de las letras”.

Y añade; en otra carta:

“Bien que no tuve de manera alguna el menor deseo de contrariar a U. u ofenderle en la cosa más leve, casi me alegro de haber, sin quererlo, provocado su enojo, puesto que éste le ha inspirado una carta en la que U. se muestra tal cual es: con toda la energía de su carácter, la santa cólera de sus convicciones y un alto sentimiento de dignidad”.

Las tías de Lida, la orgullosa anciana teutona, Baronesa de Schuningfeld, ha provocado su santa cólera y ha recibido una lección de dignidad del “bárbaro” joven americano.

Podría pensarse que la invitación a Rusia es una ficción. Mas guardando coherencia con el contenido que he analizado en estas cartas, donde lugares, hechos y personajes tienen una identidad histórico-geográfica, y con ello quiero decir, verdaderos y reales, también lo tiene que ser este último episodio.

Recordemos que Laida von Krélin, es una doncella de las nobles familias de Silesia, región germana ubicada en el extremo S. O. en el río Oder y en aquel período, limitaba con el imperio ruso, desde luego que Polonia había sido absorbida por las potencias vecinas.

En la actualidad y luego del reordenamiento que hicieron los vencedores de la segunda guerra mundial, Silesia fue entregada a Polonia y una de sus ciudades principales, Breslau a orillas del río Oder, ha sido rebautizada como Wroclaw.

Pero allí por los años 1869-1870, Silesia era una región fronteriza del Imperio Ruso dominado por los Zares, gobernantes y estilo nada desconocidos para la tía de Lida.

El Zar de Rusia, Alejandro II, que gobernó de 1855 a 1881, que incluye el período del segundo viaje de Montalvo a Europa (1869-1870), cuenta la historia que inició su reinado, como hombre liberal e ilustrado, pretendiendo reformar el anacrónico sistema de gobierno de su país. Pero la insurrección polaca de 1863 y el primer atentado contra su persona en 1866, provocaron un cambio de su actitud; la censura de prensa se volvió más rigurosa y se prohibieron algunos periódicos. Tales hechos son sin duda, las razones por las que Montalvo lo considera un déspota.

Montalvo estaba padeciendo justamente por el amordazamiento de la prensa en Ecuador; él estaba sufriendo en carne propia lo que era el despotismo; él, eterno enamorado y luchador por la libertad, tenía que repudiar como lo hizo, al despotismo de los Zares. Ni era lógico que encontrara progreso en cambiar el despotismo de García Moreno, por el de Alejandro II.

#### LA BELLA POLONESA<sup>154</sup>

Aún hay un dato más que viene a ser el antecedente de esta reacción del quiijotesco Montalvo, contra la tiranía europea que le recuerda la de su país, que debo comunicarlo a los lectores.

En una antigua libreta de notas que fue el borrador de su “Diario”, he podido encontrar un asunto relacionado con la sojuzgación de Polonia por parte de Rusia. Este apunte en idioma francés hecho unas pocas páginas antes del que tiene que ver con Lida, en lengua española, indican que debió haber sido hecho hacia la misma época (1869, en París o en Niza).

Los protagonistas son un barbado y retraído ruso, un compatriota

154 Este artículo forma parte del volumen “Nuevas Páginas Inéditas de Montalvo”, de la Biblioteca Letras de Tungurahua”.

ecuatoriano, una bella muchacha polaca, cuyas identidades acaso ya no será posible conocerlas nunca. Y desde luego el propio Montalvo que cuenta a alguien lo ocurrido y que bien podría ser la misma Lida. He aquí la parte que tiene que ver con nuestro asunto:

“Es una pena que no hayas venido ayer; el ruso ha reído, ese monstruo de silencio ha reído entre sus barbas sin mirar a nadie. Qué otra cosa podía hacer? Mi excelente compatriota nos había dado novedades como estas: Hubo mucho viento, muy mucho!, pero la música del concierto ha sido muy bella y muy espantosa”.<sup>155</sup>

Entonces el arisco moscovita comprende pues algo del idioma: estamos sobre su pista. La bella polonesa está al desesperar por sus augurios: no le ha salido más que espinas y sal; sangre y lágrimas. Es lógico me ha dicho ella cuando subíamos las gradas: mi felicidad sería un absurdo; el destino de mi país recae sobre todos sus hijos: mi hermano, mis tíos, mis primos, ¿acaso no están todos en Siberia? ¿Cómo podría yo ser feliz, cuando Polonia está esclavizada y mis parientes están condenados a los trabajos perpetuos de las minas?

En diciendo esto se enjugó una lágrima que me ha llenado el corazón de amargura; pobre y bella criatura! Aún el destino es cómplice horrendo de los tiranos de la patria.

Esta lógica la conozco bien lastimosamente!”.

## EPÍLOGO

PARÍS 1870.- Esta historia de amor ha concluido. Montalvo se encuentra nuevamente en París, a donde debe haberse dirigido posiblemente en el mes de marzo (a finales), porque otras noticias que se tienen de él, proceden de esa ciudad a partir de junio.

155 Parece que Montalvo ironiza sobre el deficiente manejo del francés de su compatriota, lo que ocasiona la risa del ruso.



Es improbable que Montalvo luego de dejar Niza haya viajado como se ha pensado a otro lugar de Francia o a Baden-Baden en Alemania; la razón fundamental es a mi modo de ver, la penuria económica por la que atravezaba.

Una carta suya correspondiente a este período, dirigida a la condesa Valentine de Cesia, sobrina del poeta Lamartine, está fechada el 10 de junio de 1870 y en ella da a entender las dificultades que experimenta. El Dr. Agramonte en “Montalvo en su Epistolario”, afirma: “El desterrado, en aquellos instantes, para poder comer, tiene que apelar venderle a la condesa las cartas autógrafas que él poseía del excelso poeta y autor de Los Girondinos, y le reitera su veneración por todo lo que concierne a ese gran hombre”.

La última de sus noticias es una carta de la misma condesa fechada el 12 de Junio.

Por su parte en su Diario, las anotaciones van del 10 de junio al 10 de junio por la noche; de donde se deduce que debe haber dejado París después del 12 de este mes.

El 18 de julio de 1870 o sea un mes más tarde, se declaraba la guerra franco-prusiana; mas para entonces, el escritor ya no estuvo en Francia. Pero al arribar al Nuevo Continente, la situación de Montalvo no cambia nada. En Ipiales, ciudad fronteriza colombiana, sólo le aguarda el hambre, el frío y la proscripción. El poeta Julio Pazos Barrera ha captado de manera admirable este momento de la vida de Don Juan:

#### “EL SOLITARIO

Juan Montalvo viaja por el sur de Colombia  
sin un centavo.

En su cafetera pone agua y panela,  
sus manos frías son más seguras.

Volver o callar. Partir; en París el hambre  
no es menos hambre que en Barcacoas.

Juan Montalvo no gusta de coristas,

no fuma ni bebe.  
La ira le circula en las venas,  
el insulto se le cuaja en la lengua,  
pero a las diez de la mañana  
busca los chaparros que se dejan en todo pueblo,  
cruza las manos sobre la frente y llora”.<sup>156</sup>

LAS HUELLAS DE LIDA.- En la carta III hay una pista acerca de la edad que debió tener Lida, cuando conoció a Montalvo. Ella le escribe:

“Ha sido suficiente un día para aquello que no había podido hacer en tantos años de juventud, en tantas ocasiones de amar, en tantas coyunturas de dicha”; lo que da para pensar que si bien se trataba de una joven mujer, no fue precisamente una adolescente.

Pero en una carta posterior, la IX, Montalvo a su vez, dice:

“Dónde está aquella altura que te transformaba en reina; aquel juicio que te hacía madura a pesar de tu edad?”; lo que parece en cambio, contradecir la especulación anterior.

Por estas razones provisionalmente se podría calcular su edad en alrededor de los 25 años. Montalvo por su parte, cuando la trató, frisaba los 37 años de edad.

Creo haber logrado descifrar en gran parte el misterio de la bella Lida y sus amores con nuestro compatriota Juan Montalvo. Es evidente que quedan algunos cabos sueltos, debido a que en la correspondencia cruzada entre los dos, faltan algunas cartas y otros datos que hubieran permitido reconstruir fiel y completamente este capítulo desconocido de la vida íntima del gran escritor, por lo que pudiera ser que en el futuro algunas premisas, pudieran ser rectificadas o ratificadas.

Estoy diciendo entonces que este trabajo, el primero que se ha hecho

---

156 “Levantamiento del País con Textos Libres”. Julio Pazos Barrera.

sobre este tema, es una propuesta de interpretación sujeta a cualesquiera sugerencias, indicaciones, ampliaciones o cuestionamientos.

Antes de concluir quisiera parangonar lo que Montalvo escribiera en Florencia, cuando caminaba a lo largo del río Arno, recordando al poeta Francisco Petrarca y a su amor Laura dé Noves:

“Qué rumor es aquel que de tiempo en tiempo se percibe como un acento entrecortado? Parece que desciende de los árboles, o que viaja sobre las olas silenciosas.

¡Laura, Laura! Me dijeron que tu sombra vagaba suspirando por estos tus queridos sitios. Un extranjero ha venido a sorprender tantos secretos; pero ese extranjero tiene un corazón y bien puedes perdonarle” (Páginas Inéditas).

Y un último recuerdo de aquella su inolvidable Niza:

“No sé si el buen señor me enviaría un cartel de desafío, si supiera que una de sus hijas (niñas de cinco y seis años), la más bonita, la más despejada, me dio una bella unión: tomándola de su mata, no; ya iba a mentir: fue de las que vienen de Niza, porque los jardines de París no dan flores en invierno”. (El Espectador, Las Patinadoras).

.....

El resultado del presente estudio viene a ser producto de un trabajo en equipo de quienes conforman el Consejo Editorial “Letras de Tungurahua”, designado por el I. Municipio de Ambato, durante el período alcaldicio del señor Galo Vela Alvarez. No habría podido realizarlo sin la colaboración de Oswaldo Barrera Valverde, el mismo que hizo la traducción del francés de las cartas originales de Montalvo, sometiéndolas a la revisión del catedrático Dr. Jorge Aguilar Paredes.

Por su parte, Luis Pachano Carrión, intelectual y hombre público, ha estado

presente en estos afanes, con sus opiniones y sugerencias e hizo posible el acceso al archivo de los herederos del Dr. Rodrigo Pachano Lalama, donde pude conocer copias de las cartas a Lida, ya publicadas por el Dr. Roberto Agramonte.

Con la traducción, estudio e interpretación de estas cartas que han permanecido inéditas por más de una centuria, hemos querido contribuir al mejor conocimiento de la vida de Montalvo en su destierro a Europa (1869-1870), y que singularmente se refiere a uno de los más nobles sentimientos del hombre y del escritor: el amor.

## CRONOLOGÍA DEL EPISTOLARIO

**1869**

- I.- De Lida a Montalvo (aprox) 10 o 12 de noviembre de 1869
- II.- De Montalvo a Lida (aprox) 16 de noviembre de 1869
- III.- De Lida a Montalvo 19 de noviembre de 1869
- IV.- De Montalvo a Lida 24 de noviembre de 1869
- V.- De Montalvo a Lida 20 de noviembre de 1869
- VI.- De Montalvo a Lida 30 de noviembre de 1869
- VII.- De Montalvo a Lida 30 de noviembre de 1869

**1870**

- VIII.- De Montalvo a Lida (aprox) Enero de 1870

IX.- De Montalvo a Lida 16 de febrero de 1870

X.- De Montalvo a Lida 16 de febrero de 1870

XI.- De Montalvo a Lida 19 de febrero de 1870

El Episodio en español (aprox) mediados de febrero de 1870

XII.- De Montalvo a Lida (aprox) febrero de 1870 última semana

XIII.- De Montalvo a Lida (aprox) febrero última semana o marzo de 1870 primera semana

## CUENTOS Y NARRACIONES DE MONTALVO

### LOS PRIMEROS CUENTOS FANTÁSTICOS ECUATORIANOS

#### 1.- PANORAMA DE LOS INICIOS DE LA NARRATIVA NACIONAL

Rodrigo Pachano Lalama afirma tajantemente: “El origen del relato en el Ecuador, hay que buscarlo en Ambato”. Y destaca a continuación la literatura criolla de Juan León Mera con estas palabras: “La vida moviéndose en sus propios colores, los hombres con sus propias ilusiones y angustias, desplazándose, cómodos, en teatro propio, cabe ya no el abedul ajeno y sí la sombra del capulí entrañable, donde el tomillo forastero ha sustituido la yerba buena fragante y la menta insustituible, y nuestras Juanas y Antonias en lugar de las Cloris y Filis, usan no el Tajo o el Duero para sus abluciones diarias, sino el Pumancuchi o el Huapante”.<sup>157</sup>

El escritor lojano Ángel Felicísimo Rojas asienta por su parte: “La Novela en el Ecuador empieza con Juan León Mera”. “La primera obra novelesca de Mera se llamó **Los novios de una aldea ecuatoriana**, ensayo de novela de costumbres, publicada en parte solamente como folletín de **La Prensa** de Guayaquil, y un tanto libre y descocada, de lo que se arrepintió después. No quiso acordarse más de ella. Le había pasado el fervor liberal de su juventud”.<sup>158</sup>

En otro acápite Rojas destaca con gran lucidez la presencia de Montalvo en los orígenes de la narrativa ecuatoriana “No sabemos a qué se deba el desvío con que ha sido tratado Montalvo en cuanto autor de obras de ficción, a pesar de su libro **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes** y sus novelas cortas como **La Flor de Nieve** por ejemplo. Y más adelante: “Las muestras que nos ha dejado Montalvo revelan el narrador que tenía dentro de sí. Es una lástima grande que no haya espigado más morosamente en ese campo. Tenía condiciones para ser uno de los excelsos novelistas americanos”.<sup>159</sup>

---

157 Rodrigo Pachano. Prólogo de “Novelitas Ecuatorianas” de Juan León Mera. Edición de 1952.

158 Ángel Felicísimo Rojas. *La Novela Ecuatoriana*. México, 1948, p. 49.

159 *Ibid.*

Hernán Rodríguez Castelo renocoe la existencia de dos figuras “que alcanzan a ver con precisión los límites que separan el artículo de costumbres –de moda en el periodismo del tiempo- del cuento; ellos son José María Espinoza y Juan León Mera, fundador de todos los géneros y subgéneros del relato ecuatoriano. A más de la novela romántica y psicológica –ésta en esbozo y poco feliz- de la novela corta realista, Mera tentó el cuento, acaso sin mayor éxito, pero con ideas muy claras de sus exigencias compositivas. El lector atento advierte que Don Juan León se sabía escribiendo un artículo de costumbres, un simple cuadro o un relato con pretensiones de cuento”.<sup>160</sup>

Sobre Montalvo manifiesta: “Juan Montalvo escribe en su última etapa relatos preciosistas, en la línea del primer Flaubert y los integra como ilustraciones a obras mayores. En los **Siete Tratados** damos con **La flor de Nieve**, **El otro monasticón** y **El Cura de Santa Engracia**; en la Geometría Moral, **Safira**. Los cuatro cuentos se han recogido en un tomito, con el título Episodios”.<sup>161</sup>

El mismo crítico se ratifica en “MONTALVO, EL NARRADOR”. Yo me atrevería a decir que las más hermosas páginas de Montalvo son de narración, no por supuesto las más vigorosas y plenas, que pertenecen a su prosa polémica”... “Allí están sus historietas de delicioso grotesco de Las Catilinarias, de personajes bufos como Veintemilla y Borrero; las ilustraciones narrativas de Siete Tratados –La flor de Nieve, El Otro Monasticón, El Cura de Santa Engracia –o la Geometría Moral- Safira. Y, está por encima de esas pequeñas muestras, la más hermosa obra del ambateño, sus Capítulos, que son narración”.<sup>162</sup>

“Sin embargo de haber sido notadas aquí y allá las facultades de Montalvo para narrar, y hasta la delectación con que se ha entregado a contar, apenas sí se ha estudiado con métodos técnicos y sentido crítico su arte narrativo, deslindando de él lo que pertenece al estilista y lo que hay que poner a cuenta del narrador –aspectos que en Montalvo son diferentes, y hasta se estorban a las veces”.<sup>163</sup>

160 Rodríguez Castelo. Prólogo del Cuento Ecuatoriano del siglo XIX. Colección Ariel.

161 Ibid.

162 Rodríguez Castelo. Prólogo a “Capítulos”. Colección Ariel.

163 Ibid.

Benjamín Carrión concede también el mérito de la primera novela a Juan León Mera, producto de “un romanticismo caduco y valetudinario” y dice de Montalvo que “Esconde el panfleto en el ensayo, en el drama, en el relato, Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes es un panfleto terrible”.<sup>164</sup>

Acerquémonos ahora al cuento a través de Juan Valdano, que con más plenitud y en forma sistemática, incluidos los Cuentos Fantásticos, los estudia. Plantea los inicios vacilantes del cuento ecuatoriano con estas palabras: “Si la novela tuvo en el Ecuador un inicio rotundo y definitivo con **Cumandá**, no sucedió lo mismo con el cuento que, al contrario, conoció un período inicial de indeterminación y titubeo”. Pone como ejemplo de ello el hecho de que J. L. Mera haya dado el título de **Novelitas** a narraciones que en realidad son cuentos y fija el año de 1872 como “La fecha en la que nace el relato literario entre nosotros”. Y agrega: “Otras narraciones como **El alma del Dr. Moscorroffio, Cuando Dios quiere dar** y otros recogidos en su libro póstumo **Tijeretazos y Plumadas** “de buena gana y haciendo ciertas concesiones, podríamos llamarles cuentos”.<sup>165</sup>

La inseguridad o desacierto en el empleo de una adecuada terminología en lo que tiene que ver con dicho subgénero narrativo, podemos resumirla en las siguientes causas señaladas por el crítico:

- Mientras en Norteamérica y Europa con autores como Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, principales definidores del cuento moderno, éste se afirma como un género narrativo diferente de la novela, tal fenómeno no ocurre en el Ecuador, en donde dichos autores fueron conocidos tardíamente (a comienzos de este siglo).
- La tradición literaria en la que se basó Mera, fundador del cuento y la novela ecuatoriana fue el relato español de la primera mitad del siglo XIX (Estebanez Calderón, Mesoneros Romano, Larra y Cervantes, principal responsable de la confusión cuento-novela, con sus *Novelas Ejemplares*.
- La insuficiencia en el idioma castellano de palabras para designar a los

164 Benjamín Carrión. “El Nuevo Relato Ecuatoriano”.

165 Valdano. “Panorama del Cuento Ecuatoriano”. Revista Cultura No. 3. Banco Central, 1979



matices de las diferentes formas narrativas, al contrario de lo que ocurre en las lenguas alemana, francesa e inglesa, coadyuvó a la definición cuento-novela. En nuestra lengua más bien existe una conotación negativa y una reputación innoble (Castellano de los siglos XVI y XVII); y en nuestra patria, suele equivaler a chisme de comadres.

- La primera etapa del cuento ecuatoriano no nació de la imitación de modelos extranjeros sino de las formas más simples de la narración y popularizada en los artículos de costumbres.

Planteando de esta manera el inicio del cuento ecuatoriano, hay que esperar una segunda etapa, para que alcance sus características completas. “Si nadie le discute a Juan León Mera el hecho de ser el fundador del relato corto entre nosotros, sin embargo es necesario poner de manifiesto que el cuento moderno tal como hoy lo entendemos, sólo aparece en Ecuador con **Un hombre muerto a puntapiés** de Pablo Palacio, obra publicada en 1927.

Sólo en una tercera etapa (años 60-70), aparecería el **Cuento Fantástico**: “Resulta por demás interesante observar que en la producción cuentística ecuatoriana de las dos últimas décadas ha nacido y madurado un género de narración que entre nosotros había sido más bien una rareza”.<sup>166</sup>

Con fines de tener una cronología provisional del cuento ecuatoriano en sus inicios, transcribo la realizada por Valdano.

|                                |                     |      |
|--------------------------------|---------------------|------|
| “Novelitas Ecuatorianas”       | Juan León Mera      | 1872 |
| “María Jesús”                  | Medardo Ángel Silva | 1919 |
| “Un hombre muerto a puntapiés” | Pablo Palacio       | 1927 |

## 2.- TEORÍAS DE LOS PRIMEROS CUENTOS FANTÁSTICOS

Sin ánimo de polémica nos proponemos completar, confirmar y si se nos permite rectificar algunos criterios emitidos hasta la fecha, sobre los inicios, autores y fechas de los primeros **Cuentos Fantásticos Ecuatorianos**, con las siguientes afirmaciones que pretendemos probar:

---

166 Ibid.

No es Juan León Mera el iniciador del cuento nacional sino Montalvo; el año de publicación del primer cuento nacional no es 1872 sino **1858**; tampoco hubo vacilación en el empleo del término cuento. Se lo publicó por primera vez en francés, su punto de partida no fueron artículos de costumbres ni autores españoles sino un escritor alemán y el cuentista Montalvo ejerció gran influencia sobre otros narradores de hispanoamérica.

Los comentarios reproducidos de Rojas, Rodríguez y Carrión, coinciden en que hay un Montalvo narrador, al cual a fuerza de admirarlo como ensayista y polemista, no se le ha puesto debida atención sobre sus cualidades y trabajos narrativos. Tan es así que no se ha reparado que ya en su primer libro **El Cosmopolita** asoma un cuento bajo el epígrafe de **Cuentos Fantásticos, Gaspar Blondín**, firmado en París, agosto 6 de 1858 esto es, catorce años antes que las **Novelitas de Mera** más una nota por demás interesante y reveladora: “He vuelto al castellano este primer cuento de una serie que escribí en francés, en París, bajo el influjo de una larga calentura. Cosas compuestas en la cama por un delirante, deben antes tenerse por ensueños”.

Titulados así como **Cuentos Fantásticos** (se han identificado dos de la serie), sin vacilación alguna, como no sea aquellos de una “larga calentura”, que suena a disculpa de un autor consciente de su atrevimiento, hay que buscar las circunstancias e influencias que mediaron en su creación. Mientras J. L. Mera no salió nunca de su solar nativo y sus lecturas predominantes eran autores españoles conforme lo establece Valdano, Montalvo desde su primer viaje a Europa (1875-1860), se pone en contacto con otros autores, especialmente franceses y con las traducciones de autores de Alemania y Norteamérica.

Se da entonces el caso de que dos narradores, ambos nacidos el mismo año (1832), en la misma ciudad de Ambato, con iguales lecturas en su juventud, escriben los primeros cuentos ecuatorianos, pero difieren totalmente en su manera de hacer literatura, como difirieron también en conceptos religiosos e ideología política.

El autodidacto Mera tuvo siempre una vocación nativista –poeta indiano–definiase – y lo demuestra con su amorosa recolección de Cantares del Pueblo Ecuatoriano, La Virgen del Sol y sus novelitas. Montalvo en cambio

tuvo una formación más escolástica y su visión más abierta hacia el mundo exterior, lo que le lleva como ya dijimos, a bautizar a su primer libro con el nombre de “El Cosmopolita” y su cuento Gaspar Blondín, la oportunidad de publicarlo en un periódico parisino.

La pista del mismo parece estar en lo que cuenta en una carta inédita enviada a su hermano Francisco Javier Montalvo y fechada en París en julio de 1858. Dice así: “...entra M. Ledrú, me lo arranca de las manos y se huye con ellos”...

“Una vez una cosa en manos de una mujer, se lo lleva el diablo u obtuvo el mejor de los éxitos: así fue; pues no me han devuelto mi rasguito sino como tú lo verás en el periódico en la **bonne compagnie** de la alta sociedad”. Madame Ledrú es la esposa de su amigo francés Carlos Ledrú, el **rasguito** que dice Montalvo podría ser el cuento y las lisonjas son de **Larochefoucauld**.

Entre los narradores que Montalvo conoció y ejercieron influencia sobre sus cuentos, está el escritor alemán **Hoffmann**, quien gustaba mezclar lo fantástico con lo real: E.T.A. Hoffmann añadió a los nombres originales suyos de Ernesto y Teodoro, el de Amadeo, debido al entusiasmo que le inspiraba el músico Wolfgang Amadeus Mozart. Figura máxima del romanticismo alemán, -el más traducido al español además-, nació en Konisberg en 1776 y murió en Berlín en 1822. De personalidad multifacética fue poeta, músico, pintor y jurista. Entre sus cuentos más celebrados están **El hombre de la arena, La olla de oro, La princesa de Branvilla**. Se dice de él que es “Creador de un mundo de hadas y fantasmas, músicos, robots y animales parlantes en que el actor se recrea, desorienta y enmudece. En esos lugares misteriosos han aprendido y continúan aprendiendo los **Musset, Poe, Balzac, Wilde y Baudelaire** así como otros muchos escritores posteriores”.<sup>167</sup>

Como músico es autor de óperas, siendo su obra maestra la ópera mágica en dos actos Udine. Los musicólogos hacen notar como en esta obra la inspiración musical surge de la atmósfera literaria y el universo maravilloso marca el principio de la ópera romántico alemana.

---

167 Historia de la Literatura Universal. Edit. Oveja Negra.

Finalmente recordamos que Offenbach compuso la ópera “Los Cuentos de Hoffmann” con notable éxito en 1881.

A continuación ofrecemos algunas citas que hace Montalvo del autor alemán y de Poe, desperdigadas en varios de sus libros, lo que demuestra que conoció la vida y creaciones de dichos narradores:

“Luego se rió de una manera diabólica viendo por la ventana a la novia salir cojeando y llevando su pañuelo sobre su nariz magullada. Hoffmann. Traducción de Henri Egmont”.<sup>168</sup>

“A lo que él se dedicaba era a conocer la mezcla, la cocción y la sublimación de los elementos venenosos, en los cuales Glasser trabajaba para obtener real provecho, y él llegó al fin a componer este veneno sutil. Era **Elix**, maestro de **Sainte Croix**, amante de **Brinvilliers**”.

“Al menos, se ha constatado que ella hizo servir varias veces a sus huéspedes, pasteles de palomas envenenadas (La Brinvilliers): por puro entretenimiento e inclinación a envenenar a las personas, enviaba también panes al Hotel Dieu por lo que morían los enfermos (¡Qué broma!)”.<sup>169</sup>

Este siniestro personaje corresponde justamente a un cuento de Hoffmann La princesa de Branvilla.

“Edgar Poe, el joven inspirado, el gran poeta de los Estados Unidos del Norte, se andaba hasta ahora poco, arrastrado por las calles y tabernas, cubierto de lodo, tristemente despreciable: y ese cuerpo de borracho había sido el santuario de las Musas”.<sup>170</sup>

Dante Alighieri compuso ya la **Divina Comedia**, Balzac ha compuesto la **Comedia Humana**, Hoffmann, arriba en su cuarto piso y siguiendo el género de los mortales, pasaba al papel cuanto veían sus ojos en la calle”.<sup>171</sup>

---

168 Cuadernos de Apuntes, T.2, p. 247. Original en francés. Edic. Letras de Tungurahua.

169 Cuadernos de Apuntes, T.2, p. 246. Original en francés. Edic. Letras de Tungurahua.

170 “El Buscapié”, ps. 352-353. Edic. Garnier.

171 “Las Catilnarias” V, ps 219-220. Edic. Letras de Tungurahua.

“Hoffmann, gotoso, llagado de cuerpo, mortalmente dolorido, se hace arrastrar a la ventana para ver desfilan a sus ojos la comparsa de la comedia universal. Este al fin no fue tan desdichado: en medio de sus enfermedades incurables, sus dolores intensos, sus privaciones, le quedaba un bien: su esposa no le abandona ni le asquea; al contrario santamente enamorada, vierte sobre las úlceras de su corazón el bálsamo de las lágrimas, al tiempo que suaviza con benéficas unturas las dolorosas escoriaciones de sus miembros. Feliz mil veces el que puede decir: **Mi mujer** y descansar en su seno, y morir en sus brazos, oyéndola pronunciar juntamente el nombre de Dios y el de su marido, envueltos en lágrimas que el ángel de la guarda está recogiendo en ánfora invisible”.<sup>172</sup>

Montalvo conocía pues muy bien el arte y la vida de Hoffmann; lo prueba esta cita en la cual es también evidente que el ecuatoriano pone sus sentimientos íntimos de por medio y, envidia la felicidad conyugal del escritor alemán.

Conoció por lo demás suficientemente cómo se estructura un cuento fantástico, bebiendo en las fuentes de un especialista, a través de traducciones del alemán al francés. Y en esta línea defiende sus propias creaciones.

“Los cuentos fantásticos de Hoffmann no se fundaron en la imaginación puramente. Casi todos ellos se levantaron sobre teorías respetables o hechos reales y positivos”.<sup>173</sup> Reflexión que la formula justamente, en medio de su narración **La Flor de Nieve**, en donde toma un hecho real para darle un toque de fantasía.

En cuanto a otros cultores de la novela corta o el cuento largo que conoció el ecuatoriano a más de los ya conocidos, debemos agregar los de Mariano José de Larra y Fernán Caballero (Cecilia Bolh de Faber), prácticamente creadora esta última del cuento folklórico, mencionados en *El Cosmopolita*, *El Buscapié* y *Cuadernos de Apuntes*.

En *Correspondencia Literaria con Doña Emilia Pardo Bazán* (*El Espectador*) Montalvo alude a Bécquer, Alfredo de Musset y Heine. Resulta interesante recordar este otro comentario respecto de influencias entre autores: “Así

---

172 “El Buscapié”, ps. 352-353. Edic. Garnier.

173 “Siete Tratados”. De la Nobleza, p. 53. Edic. Garnier.

como Hoffmann influye en la calenturienta prosa de Bécquer, así Heine influye en sus rimas” (Fitzmaurice-Kelly). Alrededor del cuentista alemán van pues enlazándose algunos contemporáneos de Montalvo. Y como si un nombre trajera a otro, pocas líneas más abajo en el mismo **Espectador**, el ambateño nombra a la Rochefoucauld.

En El Buscapié, prólogo de Capítulos, Montalvo habla de la novela, censura las obcenidades de las obras de **Boccaccio** y los **Cuentos Eróticos** de la reina de Navarra y Desperries más los de Meudon y Bouchet. A tales autores contrasta los que “ponen su ingenio” a las órdenes de las buenas costumbres, cierran con los vicios y los tienen a raya...”. Ellos son, entre otros, Teofrasto, Labrúyere, La Rochefoucauld y Vauvernargues.

Otros narradores conocidos por el ambateño son el francés **Guy de Maupassant** y lo que es menos sabido, un buen grupo de italianos como **Edmundo D’Amicis**, el autor de “Corazón”; **Alejandro Manzoni** con su novela “Los Desposados”; **Máximo D’Azeglio**, autor de “Héctor Fieramosca”, quien buscó igual que él sus motivos, en la historia. No está por demás recordar que Montalvo conocía muy bien el italiano. (Existen cartas en este idioma a Julio Zaldumbide).

En cuanto a los franceses gustaba de **Julio Verne** y de su novela “La Isla Misteriosa” y a **Chateaubriand** con sus “Chactas” y “Atala”.

Al grupo de los naturalistas **Flaubert, Goncourt y Zolá** junto con los que él llama romancistas italianos, como **Luigi Capuana y Giovanni Verga**, no los aceptó nunca. Se queja de “Madame Bovary” porque “Todos los personajes son bajos y perversos, **ni un solo carácter elevado**, menos grandioso ni sublime”.<sup>174</sup>

Ante la afirmación de un escritor parisiense de que el americano es todavía lector en pañales, Montalvo replica con unos juicios que revelan cuál fue su conocimiento de los escritores de Estados Unidos: “Y alude al americano del norte el que lee y comprende a **Edgar Poe**; el que lee y comprende a **Longfellow**; el que lee y comprende a **Cullent Briant**; al que lee y comprende a **Washington Irving**; el que lee y comprende a **Cooper**; al que

---

174 “El Espectador”. La Novela Italiana y la Francesa, p. 213.

lee y comprende a **Motley**; el que lee y comprende a **Homes**. ¿Qué dirían los franceses de los hispano-americanos, cuando el país que ha producido y sigue produciendo escritores como esos, es país de niños incapaces de comprender las grandes cosas del arte y la literatura? De mi sé decir que, aunque hijo de un pueblo en la cuna, comprendo las grandes cosas del arte y la literatura de Cuateubriand, Víctor Hugo, Saint-Beuve; las grandes cosas de Madame Bovary, no comprendo”.

Declaraciones como éstas provocan la reacción de su amiga, la escritora Emilia Pardo Bazán en su artículo “De la Literatura y otras hierbas”. Allí hace la defensa de Flaubert y opina que “Madame Bovary será libro clásico, si ya no lo es hoy, antes de dos lustros; y al lado de Manon Lescaut, de la Nueva Eloísa y de los novios de Manzoni, pasará a la posteridad”. Y sobre “El Espectador” de Montalvo: “El tomo encierra artículos de leer y releer, indumentaria es divertida hasta lo sumo: **Fray Miguel Corella** parece una de aquellas historietas italianas que cuenta Stendhal de tan sencillo y trágico modo”.

Tampoco pasaron desapercibidos los autores rusos: “La patria” de Pouchkine, Gogol, Tolstoy y Tourgenef, está alimentando en su seno, sin duda, los grandes escritores que harán de ella una Francia del siglo de Luis XIV”.<sup>175</sup>

En lo que tiene que ver con los narradores ingleses, transcribimos sus comentarios también en El Buscapié: “La novela es obra de arte. Para que sea buena el artista debe ser consumado. Ni **Golsmith** hubiera compuesto su **Vicario de Wakefield** ni **Fielding** su **Jonatan de Wield**, ni **Richardson** su **Clara Harlow**, ni Walter Scott sus **Aguas de San Ramón** sin su profundo conocimiento del corazón humano, las costumbres, los vicios, las miserias de sus semejantes...”.

Munido de este material, al día en la narrativa que estaba en uso en París, reproduce su cuento en El Cosmopolita a sabiendas de que era un desafío hacerlo en su propio país. Para suerte o desgracia suya, los críticos de su época se preocuparon más de encontrar pensamientos heterodoxos contra la Iglesia y el clero de la época o presuntos errores gramaticales, al paso que

---

175 Correspondencia literaria con Doña Emilia Pardo Bazán. “El Espectador”, p. 266. Edic. Letras de Tungurahua.

dejaron pasar casi ignorados sus revolucionarios cuentos fantásticos.

### 3.- ESCRITORES AMERICANOS SOBRE LOS QUE INFLUYÓ LA NARRATIVA MONTALVINA. ASTURIAS.

En **Las Catilinarias**, libro en el que el polemista alcanza su cima, también se encuentran valores narrativos y dramáticos. Tanto es así que algunas de sus chanzas contra Veintemilla, crean una deuda para con dicha obra del Nobel guatemalteco Miguel Ángel Asturias, en **El Señor Presidente**. Ambas obras toman una línea esperpéntica con el objeto de combatir a los dictadores: Ignacio de Veintemilla, el ecuatoriano; Estrada Cabrera, el guatemalteco.

Observemos unos párrafos comparativos de sus letanías:

“Estudiantes, jóvenes que ansiáis por ilustraros, llorad; se va Don Alfonso el Sabio, se va el Albucense: llorad. Se va Tritemio, se va Santo Tomás de Aquino.

Poetas, se va Mecenas, se va Augusto, llorad. Se va Cristina de Suecia, se va Luis XIV.

Llorad agricultores, se va Olivier se Serres, se va Enrique, el protector del trabajo y de la industria.

Maestro de escuela, llorad: se va el dueño de vuestras rentas, se va” **Las Catilinarias**. T. 1

“Todo el orbe cante”

“!Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Las señoras sentían el divino poder el Dios Amado. Sacerdotes de mucha envidia la incensaban. Los juristas se veían en un torneo de Alfonso el Sabio. Los diplomáticos excelencias de Tiflis, se daban grandes tonos consintiéndose en Versalles, en la corte del Rey Sol. Los periodistas nacionales y extranjeros se relamían en la presencia del divino Pericles” **El Señor Presidente** p. 110



En los párrafos que vienen a continuación, habla el esbirro:

“Como esa noche la mentira tuviese viento en popa, un general llamado **Cuero de Vaca** contó que en Paita había visto una cuna que se mecía sin necesidad de persona que tuviera cargo del parvulillo. “**Las Catilinarías**”.

“Un aplauso cerrado ahogó la voz de la **Lengua de Vaca**, como llamaba por mal nombre a la regalona que decía el discurso, y una serie de abanicos de vivas dieron aire al mandatario y a su séquito” **El Señor Presidente**.

Como para que no existan dudas de que Asturias cuando escribió *El Señor Presidente* recordaba *Las Catilinarías*, pocos renglones más abajo se puede leer en la misma obra “...la Patria se había quedado huérfana de padre y protector en manos de los que trabajaban en la sombra para herir el pecho de la Democracia, como dijo aquel gran tribuno que se llamó **Juan Montalvo**”.

## RUBÉN DARÍO Y SUS CUENTOS FANTÁSTICOS

Si partimos del hecho de que la literatura no es una reproducción al carbón de la realidad, sino más bien una ruptura de ella aceptaremos que esa quiebra será llenada por un fantasma o fantasía. De modo que, toda literatura es fantástica y no se diga los cuentos fantásticos en los cuales sus perfiles aparecen más acusados.

Enrique Ánderson Imbert plantea estos conceptos en un estudio sobre los cuentos de Rubén Darío de quien dice que son: “Cuentos de lo sobrenatural, sacados de la mística, el ensueño, la demencia y amasados con una literatura folklórica literaria.

Cuentos metafísicos, y metapsíquicos, mitológicos y alegóricos, feéricos y hagiográficos. Cuentos, en fin, que cuentan acontecimientos falaces. No siempre Darío los fraguó en su cabeza; pero cuando eligió acontecimientos reales los desnaturalizó o los desfiguró con interpretaciones extrafalarias, o las compuso en atmósferas misteriosas”.<sup>176</sup>

---

176 Enrique Ánderson Imbert. “Los Cuentos Fantásticos de Rubén Darío”. Revista

De entre estos cuentos darianos, uno que llama la atención del crítico argentino es “**Un Sermón**” escrito en 1892 donde evoca un hecho que ocurrirá el 1ro de enero de 1980, es decir en el futuro, en la Basílica de San Pedro, en Roma. El protagonista es un fraile agustino cuya fama ha repletado el enorme recinto.

Luego de describir con detalles su caudal oratorio, el narrador interroga a un concurrente: “¿Quién es ese prodigio? ¿De dónde viene ese adorable Chrysostomo?” –Como debéis saber, hoy ha predicado su primer sermón-me dijo- Tiene cerca de setenta años. Es español. Se llama Fray Pablo de la Anunciación. Es uno de los genios del siglo pasado. En el mundo se llamaba Emilio Castelar”.

Castelar, formidable orador político en la vida real cumple en el cuento una acción fantástica. Ánderson Imbert observa que la sorpresa de esta ucrónica apostasía se enriqueció inopinadamente cuando Castelar abandonó el mundo en 1899. “Si al principio el cuento fue una travesura, años más tarde Darío debió figurarse que había sido una premonición” –dice.

Tal vez no haya sido una travesura inocente, quizá se explica mejor si se toma en cuenta la vida casi ascética del célibe orador y político, al punto de que a raíz de su entrevista con el Papa León XIII corrió la especie que había tomado hábitos.

Otro hecho muy importante es que para la época en la que Darío escribe el cuento, se produjo una especie de apostasía política de Castelar, cuando de republicano liberal pasó a una posición monárquica y conservadora, que fue condenada por sus admiradores y correligionarios, entre ellos Montalvo.

Montalvo en un sabroso e irónico artículo titulado “Devuélvame mi Sombrero”, -pieza de paja de artesanía manabita- reclama su prenda que Castelar se la hizo regalar, porque: “¿Cuándo hubiera pensado yo que un ayunador, un devoto, un misacanto, se hubiera aprovechado de ello?

Vargas Vila por su parte en su artículo “Castelar” resume diciendo: “La patria perdonará al gran tribuno, la religión al filósofo convertido; pero la libertad no perdonará nunca al gran tráfuga”.

---

Mundo Nuevo No. 54, p. 31, Dic. 1970.

Darío, el poeta, fue en todo caso menos sensible a tal viraje político y escribió a la muerte de Castelar una bella pieza, en la que recuerda su cuento, que hizo sonreír amablemente al orador.

Un juego en el tiempo, muy parecido al de Darío y tan celebrado por Anderson Imbert, lo ejecuta también Montalvo, sólo que en sentido inverso.

En el artículo **El Jubileo** (ceremonia de indulgencia concedida por el Papa), que tiene todo el material de un cuento, Montalvo describe con detalles la que él llama ceremonia-política-religiosa, presidida por el Pontífice León XIII, en el que aparecen grandes personajes ecuménicos.

La acción transcurre el día de Año Nuevo, 1ro de enero de 1888 en Roma, ciudad a la que el narrador-protagonista ha llegado la víspera. Terminado el acto, visita los monumentos de la Ciudad Eterna y se traslada a Nápoles y Sicilia, con el objeto de hacer una ascensión al Etna.

“El compatriota del Cotopaxi, el Tungurahua y el Sangay, bien le debía una visita al Etna, palacio y fragua de los Titanes. De vuelta de esa excursión, visitamos las ruinas de Siracusa y embarcándonos en el Andrea Doria, dentro de poco dimos con el puerto de Marsella, para volver a la capital de Francia”. Pero al final nos confiesa que nunca estuvo en el Jubileo y que todo es “adivinación”. En cuanto a las descripciones expresa que “...es un real y verdadero portento de la naturaleza que ha echado raíces en nuestra memoria a despecho de los años” (Montalvo estuvo en Italia 30 años atrás, en 1858). La ascensión al volcán Etna, la visita a las ruinas de Siracusa. Los personajes históricos que él vio en el Jubileo, el buque Andrea Doria y más, son pura fantasía.

En el análisis de “Un Sermón”, Anderson Imbert, tampoco toma en cuenta el hecho de que este cuento de Rubén Darío está basado en el de Juan Montalvo, llamado **El Sermón del Padre Juan**. Una nota del escritor nicaraguense Ernesto Mejía Sánchez, sí lo confirma:

“Sobre la relación entre **Un Sermón** y la **Carta del país azul** c. F. La nota 3 a este cuento de la presente edición: ambos tienen la fuente en el Sermón del Padre Juan, de Juan Montalvo (El Regenerador 1878, p. 111

Letras de Tungurahua). He tratado con detenimiento este punto en **Darío y Montalvo** (Nueva Revista de Filología Hispánica, México, 1948, vol. 11 num. 4 pp. 365-367)”.

Resulta pertinente un breve análisis comparativo de los dos textos:

“Sermón del Padre Juan, Predicado en la Basílica de San Juan Mártir” 1878. Autor Juan Montalvo en El Regenerador. Reproducido en el periódico El Diluvio de Barcelona. Año 1886.

“Un Sermón”. Autor Rubén Darío. Año 1892

Los dos narradores utilizan la primera persona\_ “Hallándose en Roma el autor de estos opúsculos...” (Montalvo). “El 1ro de enero de 1900 llegué muy temprano a Roma...” (Darío).

Lugar; Iglesia de San Juan Mártir (Montalvo). Basílica de San Pedro (Darío).

Protagonista principal: El padre Juan o Juna de elevada estatura (Montalvo). Fray Pablo de la Anunciación, de pequeña estatura (Darío).

Fragmentos oratorios:

“!Tirano! gritó de repente el fraile en voz furibunda que causó estremecimiento en el auditorio; tú, con tu soberbia insensata, tu corazón empedernido, tu lengua envenenada, tus uñas largas, tus ojos inyectados de sangre, tu alma llena de lacras y costurones, tus palabras envueltas en mentiras, ¿tú, dices que amas a Dios? Y en esto se quedó el predicador mirando al concurso con unos ojos, una cara, una inclinación del cuerpo, una posición de los brazos, que eran sin duda los de Isaías apostrofando y amenazando al pueblo. Rodeado de sus cómplices, tornó a decir, se beben los tiranos las iniquidades como el agua. Bibut inquitatem quasiaquam”. (Montalvo).

“Terriblemente visionario como Isaías, con Jeremías lloró; le poseyó el **deus** de Ezequiel; Daniel le dio su fuerza; Oseas, su símbolo amargo; Amón el pastor de Tecua, su amenaza; Sofonías su clamor violento; Argeo

su advertencia, Zacarías su sueño y Malaquías sus **cargas** isíaticas. Mas nada como cuando apareció la figura de Jesús, el Cristo, brillando con su poesía dulce y altísima sobre toda la antigua grandeza bíblica”. (Darío).

Ambos autores utilizan la sorpresa, como el resorte que dispara el cuento, Rubén Darío, como ya hemos visto, una figura histórica; Montalvo, el adulterio descubierto, como se verá a continuación:

“Un grito agudísimo sonó tras de mí. Volví la cabeza y vi una señora que caía de espaldas. ¡Santísima Virgen! exclamó echándose sobre ella: ¡señora condesa! ¡señora condesa! La condesa estaba arrojando una espuma verdosa por los labios, un estertor de agonía le estaba hirviendo en la garganta. Luego perdió hasta la respiración; una lividez horrorosa se difundió en sus facciones y quedó muda en brazos de sus siervas. El predicador había callado. Echando de ver su golpe mortal, cortó el sermón, se caló la capilla, bajó del púlpito y desapareció”.

A manera de epílogo hace conocer el anuncio de una nueva prédica del fraile, esta vez en Nápoles a la vez que la noticia del fallecimiento de la señora condesa **Fedelina Mardinoff**, quien “No ha podido recobrase de la acesión que sufrió en San Juan Mártir y ha muerto ejemplarmente en el seno de Nuestra Madre Iglesia” Montalvo no podía privarse de disparar una saeta contra la hipocresía implícita en el último párrafo.

A continuación el ecuatoriano utiliza el mismo material que ya le dejó preparado al crear la expectativa de otra pieza oratoria, para un nuevo cuento: “Sermón del Padre Juan, predicado en el Templo de San Javier de Nápoles”.<sup>177</sup>

Menos literario, pero de mayor acción y más corto, utiliza eficazmente la sorpresa, y sirve para demostrar si el ecuatoriano sabía escribir cuentos.

El asunto gira alrededor de que todo el mundo quería viajar a Nápoles para escuchar al famoso orador sagrado. Gente adinerada, de la nobleza y de otra condición, incluido el autor-protagonista que relata en primera persona, se desplazan utilizando cualesquier medio de transporte. El conde ruso Meyendorf, dos polacos, dos franceses y el “bárbaro del Nuevo Mundo” (así gustaba de presumir Montalvo), lograr hacerse de una berlina.

---

177 “El Regenerador”, p. 147. Edic. Letras de Tungurahua.

Después de algunos relevos, cuando iban próximos a las lagunas Pontinas, cochero y viajeros escuchan que les advierten a gritos: **¡banditi! ¡banditi! signores francesi ¡banditi!** El ruso se previene sacando de su estuche un soberbio y alhajado winchester; los varsovianos y franceses, toman sendas pistolas y el narrador-protagonista confiesa: “Mi revólver no era malo, sino un migné de los más certeros”. Continúan sin embargo su carrera hasta cuando son asaltados por una decena de forajidos, entablándose una balacera. El ruso causa estragos con su arma, pero un bandolero se va sobre el mayoral y Meyendorf, lo que obliga al narrador testigo a apoderarse de un machete con el cual baja el brazo agresor.

Terminado este ligero incidente”, -dice-, que trepan a dos caballos y vuelan sobre ellos y no quieren perderse por nada del mundo el sermón.

Entonces “Llegando a Nápoles, la carroza del rey enderezaba hacia el palacio real, seguida de un destacamento de dragones: centenares de coches se dirigen por las calles, y miles de personas se iban desparramando por la ciudad. El sermón había salido hacía un cuarto de hora”.

Mejor no se puede entretener y engañar al lector.

De modo que, si se hace mención de E. Erkmann. R.L. Stevenson, Juan de Valera, Hoffmann y Poe, como los inspiradores de la literatura fantástica de Darío, con toda justicia, debe incluirse también en esta lista a Juan Montalvo.

#### 4.- LA NARRATIVA DE MONTALVO SEGÚN ÁNDERSON IMBERT.

Sobre el concepto que el mismo Montalvo tenía de su arte de novelar, el estudioso argentino reproduce estas líneas de Montalvo:

“Un crítico español –dice en ME 73- ha citado **El Otro Monasticón y El Cura de Santa Engracia** para insinuar el concepto de que hay tela en mí para un gran novelista”. La cita completa tomada de **Mercurial Eclesiástica** concluye con tres palabras: **“No lo creo”**.

Del cuento **“Las Ruinas”** (E.R., 81-88) opina “...presenta hábilmente un contrapunto entre el relato horroroso del epiléptico Alejandro y las voces de

cordura de los parientes. Hay, pues, dos puntos de vista en primera persona: el del narrador-testigo y el de Alejandro. El relato mismo, de atmósfera gótica y misteriosa, es rico en detalles impresionantes”.

A **Cuentos Fantásticos Gaspar Blondín** (EC 11, 100-104) la califica de historia horripilante. Quede constancia en todo caso, que es el único crítico que ha reparado en él.<sup>178</sup>

De **Fray Miguel de Corella** (EE 179-185) expresa que “Es la ampliación de un breve pasaje de crónicas contada en prosa directa, sobria, rápida y eficaz”.<sup>179</sup>

En contraste, -dice- a los tintes tenebrosos de otros cuentos (modelos de literatura gótica) hay otros en los que Montalvo pretende conmovernos con la exageración de emociones dulces (modelo de literatura lacrimógena). Tales serían *El cura de Santa Engracia* (ST 1 256-266), *Safira* (Geometría Moral). Censura la extrema digresión en **La Flor de Nieve** y encuentra que en las mejores ficciones montalvinas “hay vigor y agilidad en los trazos, movimiento, veracidad en la evocación; pero son más bien ejercicios aislados de una capacidad narrativa que no llegó a desenvolverse por entero.<sup>180</sup> En su opinión lo mejor que sabe contar son las anécdotas.

Sobre el Sermón del Padre Juan y su “secuela” en Nápoles, encuentra que a veces una crónica se dispara con escenas de cuento, en el que quizá se inspiró allí Rubén Darío, según conjetura de Mejía Sánchez.

Y sobre **Capítulos** a la que reconoce como novela, piensa que le salvan los ensayos intercalados y que más que su literatura lo que impresionaba de Montalvo a sus lectores contemporáneos, eran sus virtudes cívicas.

Confirma también las conexiones e influencias de importantes autores sobre Montalvo en el campo de los cuentos fantásticos:

“Montalvo escribió unos pocos cuentos con unidad en los que se advierte el gusto romántico por lo extraño y espeluznante. Citó a Poe y conocía los

178 Enrique Ánderson Imbert. “El Arte de la Prosa en Juan Montalvo”. La Narrativa.

179 Ibid.

180 Ibid.

cuentos de Hoffmann”. Y reconoce así mismo que los primeros en señalar el significado de Montalvo en la renovación de la prosa americana fueron los modernistas y que no hay duda sobre la fascinación que ejerció sobre Rubén Darío. Así Montalvo, por encima de concesiones y reticencias aparece como un precursor del Modernismo, la primera corriente literaria que produjo América, en una línea que en el cuento fantástico va de Hoffmann y Poe a Montalvo y de éste a Rubén Darío.

El hispanista francés Noel Salomon dio unas pistas sobre *Capítulos*, que nos devuelven a un Montalvo militante y que al seguirlos permiten reconocer a una novela política.<sup>181</sup> Conceptos que parece no los aprecia así el gran maestro argentino. Pero hay un reclamo suyo, con el que manifestamos nuestro total acuerdo:

“El arte de contar de Juan Montalvo sería más apreciable si algún editor, al recopilar sus páginas narrativas, facilitara su examen de una sola sentada”  
“Que alguien emprenda una edición total es mi deseo”.<sup>182</sup>

Desde el trabajo del español Don Luis Carreras “*Prosistas Contemporáneos en Madrid*” en 1866, en donde pone a Montalvo por encima de los escritores de su tiempo, no se ha hecho un estudio con tanta autoridad crítica como Ánderson Imbert, como no sean los trabajos del mayor exégeta de Montalvo, el cubano Roberto D. Agramonte. Se justifican así las numerosas citas que hemos consignado, todas en el capítulo de la narrativa, como esta con la que concluimos:

“Algunos de nuestros prosistas que hoy viajan entre el Estructuralismo y la Semiología experimentan con el lenguaje de otra manera, pero también repiten la actitud de Montalvo: sentirse un punto articulado de un vasto código. En este sentido Montalvo es un moderno. Ellos parodian; él imitaba. Tan buen artesano era que a veces a uno no le interesa lo que dice sino cómo lo dice”.<sup>183</sup>

---

181 “*Capítulos como obra de combate*”. Jorge Jácome Clavijo. *Coloquio de Ambato*, 1988, ps. 363-386

182 Ánderson Imbert. “*El Arte de la Prosa en Juan Montalvo*”. *La Narrativa*.

183 *Ibid.*



## 5.- PROPUESTA SOBRE LA CRONOLOGÍA DEL CUENTO ECUATORIANO, ANÁLISIS DE GASPAR BLONDÍN Y OTROS CUENTOS

Parece haber quedado en claro que el cuento fantástico de Montalvo “**Gaspar Blondín**” (parte de una serie) es la primera narración ecuatoriana y por lo mismo anterior a las de Mera. A su vez, hay cuentos de este autor, anteriores a **Novelitas Ecuatorianas**, escritas con un humor satírico que tampoco han sido valoradas suficientemente. Como botón de muestra allí están: **Aventuras de una pulga, contadas por ella misma**, muy atrevida, y **Los prodigios del Doctor Moscorroffio**. Algunos de estos cuentos fueron publicados por primera vez en **La Revista Ecuatoriana**, **El Fénix**, **El Amigo de las Familias** y otros, con los pseudónimos de Jenaro Muelan, las más antiguas, y Pepe Tijeras las posteriores. Algunos de los títulos citados, con una buena dosis de fantasía. En cuanto a la antigüedad, **Libros Prestados** apareció en 1862, es decir apenas tres años más tarde que los cuentos de Montalvo. Aunque nuestro trabajo se dirige a los primeros cuentos ecuatorianos, no podemos omitir el redescubrimiento de la novela del escritor lojano Miguel Riofrío, **La Emancipada** (1863), de audaz temática social.

Antonio Lloret Bastidas por su parte, reclama también un sitio para el relato histórico “**La muerte de Seniergues**” (1871) del cuencano Manuel Coronel.

Revalorizaciones o respetables opiniones que obligan a otra propuesta sobre la cronología del relato ecuatoriano en general y del cuento en particular.

### CUENTO

| TÍTULO                     | AUTOR          | AÑO  |
|----------------------------|----------------|------|
| <b>Cuentos Fantásticos</b> |                |      |
| Gaspar Blondín             | Juan Montalvo  | 1858 |
| Arabela y Rambothan        | Juan Montalvo  | 1858 |
| Libros prestados           | Juan León Mera | 1862 |
| Novelitas ecuatorianas     | Juan León Mera | 1872 |
| ¡Ya no se casan!           | Juan León Mera | 1885 |

|                              |                     |      |
|------------------------------|---------------------|------|
| Tijeretazos y Plumadas       | Juan León Mera      | 1903 |
| María Jesús                  | Medardo Ángel Silva | 1919 |
| Un hombre muerto a puntapiés | Pablo Palacio       | 1927 |

## NOVELA

### PRECURSORES

|                         |                |      |
|-------------------------|----------------|------|
| La emancipada           | Miguel Riofrío | 1863 |
| La muerte de seniergues | Manuel Coronel | 1871 |

### NOVELISTAS

|                       |                  |      |
|-----------------------|------------------|------|
| Cumandá               | Juan León Mera   | 1879 |
| Capítulos que se le   |                  |      |
| Olvidaron a Cervantes | Juan Montalvo    | 1895 |
| A la Costa            | Luis A. Martínez | 1904 |

## ANÁLISIS DEL CUENTO FANTÁSTICO GASPAR BLONDÍN

### ESPACIO

El espacio en el que se desarrolla la acción es una posada situada en el camino que atraviesa Los Alpes (entre Italia y Francia).

### NARRADOR

La primera sorpresa es que no se trata de un narrador omisciente ni en 3ra persona sino que el autor la inicia en 1ra persona para delegar el relato al posadero que lo realiza también en 1ra y en un texto entrecomillado.

### ARGUMENTO

Un día se aloja en la posada un extraño desconocido. A poca vienen tras él dos policías que penetran a su aposento, lo registran y para sorpresa de los espectadores, el sujeto ha desaparecido.

Se van los gendarmes profiriendo amenazas cuando reaparece el huésped misterioso, que de inmediato es aprehendido por sus perseguidores.

En una superposición de planos temporales, el posadero suministra detalles anteriores al suceso que está relatando, tales como que la gente atribuía al sujeto apresado cosas inverosímiles y un hecho probado: dio muerte a su esposa por culpa de su amante, que también se vuelve un personaje peligroso y liado en tratos con espíritus malignos.

## SEGUNDA SECUENCIA

El tambero o alojero sigue relatando como un día el uxoricida concurre a una cita con su querida Angélica, pero nadie responde en la casa en la que se citaron, un lugar lleno de brujas y demonios y en la que empieza a tener visiones. Gaspar, que así se llama el criminal, abraza a Angélica sólo para darse cuenta que no tenía a nadie entre sus brazos.

## TERCERA SECUENCIA

Una niña, hija de un campesino del lugar y al que Gaspar ha llamado Cornifiche, desaparece de su casa. Su padre de ella sospecha que ha sido raptado por Gaspar Blondín, de lo que se queja llorando, tanto más que dice nunca haberse llamado Cornifiche. Con este recurso diríase de humor casi negro, el autor pareciera haber querido aflojar la tensión narrativa.

## CUARTA SECUENCIA

Gaspar Blondín vuelve otra vez a casa de su amante donde está la niña raptada Aureliana, pero descubre al acostarse con su amante, que tenía en sus manos el cadáver ensangrentado de su esposa.

El tambero se dispone a concluir su relato, contando que desde cuando Gaspar fue capturado en su posada, no ha vuelto a verlo nunca más.

Se cierran las comillas con lo cual el lector se da cuenta que hay un retorno al espacio-tiempo inicial retomando el relato el narrador-testigo.

## SECUENCIA FINAL

Uno de los parroquianos anónimo interviene quitando la palabra de la boca al alojero, para hacerle saber que si no había vuelto a ver a Gaspar Blondín, era porque éste fue ahorcado por la justicia de Turín dos meses atrás.

El tambero se molesta por la interrupción, pues al parecer él también lo sabía, a lo que el anónimo parroquiano le ofrece la oportunidad de concluir la historia en los mejores términos. Se alza su sombrero auvernés de ala ancha, descubriéndose, y el tambero grita cayéndose para atrás: “!Blondín!... es él”.

Tres palabras son de un efecto maestro, pues toman de sorpresa al narrador y a los lectores.

La publicación como parte de Obras Completas de Montalvo de **“Diario, Cuentos, Artículos I y II”** que reemplaza a **“Páginas inéditas” I y II** y algún reclamo nuestro de poner atención en los Cuentos Fantásticos montalvinos, encontró eco en un grupo de alumnas de la Universidad Técnica de Ambato con un trabajo titulado **“Los actantes según Greimas en los Cuentos y Relatos Fantásticos de Montalvo”**.<sup>184</sup>

## OTROS CUENTOS FANTÁSTICOS

Entre otros cuentos de corte fantástico, además del ya citado Gaspar Blondín, se ha podido identificar uno de la misma serie que lleva el encabezamiento general de **Cuentos Fantásticos** (sin nombre específico) al que le identificamos como **Arabela y Rambothan**.

Siguen **Comunicación con los Espíritus I Carta de Francia y II Viaje al Purgatorio** (puesto por nosotros) en los que una pitoniza consultada que es, por ausencia de noticias del Don Juan en Francia, responde: “Murió en enero de 1865: rogad por él...”. Por cierto que la broma de su amigo Ledrú, es recogida por el escritor que responde con la noticia de un viaje a los infiernos a la manera de Orfeo y Dante, en cuyas regiones de castigos eternos encuentra a los tiranos Mourowieff, Rosas y García Moreno. Por cierto, éste aún vivía.

---

184 Obra Citada. Mercedes Caiza, Elsa Naranjo e Isabel Salazar.

Mencionamos a continuación a **Las Ruinas**, que hace juego con los dos primeros; **Sicard**, (Comentario, lo llamó su autor), que tiene como base a un tétrico personaje de la Revolución Francesa; los ya conocidos **Sermón del Padre Juan** (en Roma y Nápoles); **El Pintor del Duque de Alba**, historia trágica de amor; **Fray Miguel Corella**, terrible historia de celos, en la cual deja constancia su autor, de que su punto de partida es una crónica española del siglo XVI, a la que él dio “la extensión y el corte de novela”.

También pueden incluirse de alguna manera **Escenas Nocturnas I**, **La casa del Duende**, en cuya atmósfera de misterio, el argumento es absolutamente ecuatoriano. La siguiente, **Escenas Nocturnas II**, **Rústica Desdémora**, narración de celos indígenas, tiene ciertamente más de Artículo de Costumbres.

En este mismo género del cuento fantástico deben hacerse constar varios de **Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**. Como botones de muestra proponemos el XI, “**De la temerosa aventura de la cautiva encadenada**”, en el que uno de los protagonistas es el fantasma de una difunta, a lo que don Quijote, según sus palabras saca “...de las sepulturas, difuntos de veinte años...”, para hacerles justicia; y el inédito (Cap. IV en el manuscrito) que reza “**De la batalla aérea que dio nuestro caballero y de los enemigos invisibles que venció y destrozó en su nunca vista valentía**”, que como su nombre lo dice (invisibles y batalla aérea), existían sólo en la fantasía del caballero andante.

Por cierto que no todos los cuentos, fantásticos o no, están bien estructurados ni definidos como tales. Como lo han señalado algunos críticos hay una mixtificación con otros géneros: ensayo, epistolar, panfleto y aquellos característicos circunloquios y digresiones de su arte de escribir. Ni debemos esperar otra cosa tratándose de obras del inicio de la república, de sus primeros cuentos, en otras palabras, de una **Literatura de Fundación**.

## CUENTOS Y NARRACIONES CORTAS DE MONTALVO

| TÍTULO  | OBRA EN LA QUE SE ENCUENTRA             |
|---|---|
| 1. Cuentos fantásticos  |   |
| Gaspar Blondín  | El Cosmopolita                          |
| 2. Aventuras tenebrosas   | El Cosmopolita                          |
| El Dr. Acevedo en Jerusalén   |   |
| 3. Carta de un Padre Joven  | El Cosmopolita                          |
| Juan E. Tomanvol  |   |
| 4. Ansela   | El Cosmopolita                          |
| 5. Carta de Francia, Comunicación<br>con los espíritus  | El Cosmopolita                          |
| 6. Comunicación con los Espíritus,<br>Viaje al Purgatorio*  | El Cosmopolita                          |
| 7. Las Ruinas   | El Regenerador                          |
| 8. Los piratas del Guayas   | El Regenerador                          |
| 9. Bixio y Muso   | El Regenerador                          |
| 10. Antonio Robelli   | El Regenerador                          |
| 11. La Flor de Nieve o Ananké   | Siete Tratados                          |
| 12. El Cura de Santa Engracia   | Siete Tratados                          |
| 13. Eutropio  | Siete Tratados                          |
| 14. Sicard*   | Siete Tratados                          |
| 15. El Otro Monasterio  | Siete Tratados                          |
| 16. Arabela y Rambothan*  | Diario, Cuentos, Artículos              |
| 17. Safira II   | Diario, Cuentos, Artículos              |
| 18. La Leva I y II  | Diario, Cuentos, Artículos              |
| 19. La Casa del Duende  | Diario, Cuentos, Artículos              |
| 20. Rústica Desdémona   | Diario, Cuentos, Artículos              |
| 21. Hombre Práctico   | Diario, Cuentos, Artículos              |
| 22. Montécúli y Siniscalqui   | Diario, Cuentos, Artículos              |
| 23. Las Vísperas Sicilianas   | Diario, Cuentos, Artículos              |
| 24. De la tenebrosa aventura<br>de la cautiva encadenada  | Capítulos que le olvidaron a Cervantes. |
| 25. Del Formidable encuentro<br>que el bravo Don Quijote tuvo<br>con el gigante Rocabrúna (inédito) | Capítulos inéditos.                     |
| 26. De la Batalla Aérea que dio Nuestro   |   |

|     |  |                     |
|-----|--|---------------------|
|     | Caballero y de los enemigos invisibles<br>que venció y destrozó con su nunca<br>vista valentía | Capítulos inéditos  |
| 27. | El Conde Alfieri   | Capítulos inéditos  |
| 28. | Safira I   | Geometría Moral     |
| 29. | Don Juan de Flor   | Geometría Moral     |
| 30. | El avecita liberada*   | Cuaderno de Apuntes |
| 31. | El Pintor del Duque de Alba  | El Espectador       |
| 32. | Fray Miguel Corella  | El Espectador       |

\* Título puesto por el autor de este trabajo.

## MONTALVO EN COLOMBIA A TRAVÉS DE SUS CARTAS

Las cartas, género casi desaparecido en los tiempos que corren, han sido en otras épocas fuente de conocimiento y expresión artística de famosos personajes. Montalvo, ubicado en el siglo XIX, escribió y recibió abundante correspondencia; y aunque la mayoría fue destruida o está perdida, se han conservado una buena cantidad de tales documentos que permiten informarse de su vida cotidiana, de su temperamento, de sus amistades y malquerientes. Aún más, al no contar sino pocas veces con las respuestas, tales cartas parecen ser en ocasiones el diario de un desterrado.

La primera relación del escritor ecuatoriano con sus homólogos de Colombia, se produce a partir de la aparición de su primer libro, “El Cosmopolita” y sus primeros contactos son los lingüistas **Miguel Antonio Caro** y **Rufino José Cuervo**. El ambateño que venía siguiéndole la pista, apasionado por la pureza de un idioma común, con aquel celo característico de los países ribereños del mar Pacífico, tal si aquel fuese una nota de pureza de sangre, según lo vio el uruguayo **José Enrique Rodó** desde su orilla Atlántica, encontró en ellos su consonancia.

“He aquí la razón por la que he preferido autorizarme con juicios de esos hombres, cuyo dictamen no traerá consigo la sospecha de parcialidad y menos de ligereza; **Caro, Cuervo, Jorge Isaacs, el último de los santafereños,**

y otros distinguidos colombianos, de nombradía americana varios de ellos, que me han hecho la honra de dirigirse a mí, cual con sus cartas, cual con sus libros, son de verdad jueces más competentes que **ciertos** ecuatorianos”, dice Montalvo a manera de justificación.

He aquí algunos fragmentos de tan interesante como fructífera comunicación.

“Hallo en Ud. un estilo natural y riguroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada”.<sup>185</sup>

“Ilustre Ud. el majestuoso castellano, y tíreles la rienda a estos fogosos corceles sudamericanos, que se beben el viento y atropellan por todo, sin curar del estrago que hacen en los ricos y floridos campos de la lengua de Cervantes”.

Acto seguido, la irreverencia de quien está consciente de su dominio en el arte de escribir:

“El español se perderá en España, puesto que pocos estudian a **Capmani**, Clemencín, Galiano, etc. y supuesto que **Baralt**, nuestro benemérito compatriota, está olvidado allí. Y téngase por regla, que quien más cerca vive de París habla el peor castellano, verificándose una monstruosa hibridación”.<sup>186</sup>

Esta plática epistolar entre personas que sustentaban posiciones políticas opuestas: conservadores los colombianos; liberal el ecuatoriano, no fue óbice para que tuviesen un gran entendimiento que se extendió con Don Rufino hasta su última residencia en París.

Más adelante el diálogo asume matices políticos cuando el sureño ha dado más allá de las fronteras convencionales con un correligionario suyo, el **Dr. Cayetano Uribe**, quien jugará un papel fundamental en su primer exilio a Ipiales a partir del 16 de enero de 1869, al escapar de García Moreno, instituido en dictador del Ecuador.

El 19 de julio escribe al Dr. Uribe desde Europa: “Qué aventurón dirá Ud, ¿El Cosmopolita en París? Sí señor en París, en la capital de Francia nada menos: audacia, audacia y más audacia, y nada más. Vamos a ver ¿vivir o morir

---

185 Antonio Caro a Montalvo. Bogotá, 20 de marzo de 1867.

186 Carta de Montalvo a Caro.



arrasado por esos ruines pueblos, hambreado y embrutecido? No es peor que venir a buscar aunque no sea el hambre en el mundo de la luz? Tal vez he hecho una tontera; pero tontera de mucho talento”.

Meses después ya está en Niza según lo comprueban dos cartas del diplomático colombiano **José María Samper**, en las cuales la relación es mayormente literaria.

“... hablando de cosas menos ingratas, o mejor dicho enteramente gratas, mucho me ha complacido la última carta de Ud, página exclusivamente dedicada a la poesía”.

Pero en la segunda ha asomado esa ira que le hizo famoso:

“Bien que no tuve de manera alguna el menor deseo de contrariarle a Ud. u ofenderlo en la cosa más leve, casi, casi me alegro de haber, sin quererlo, provocado su enojo, puesto que este le ha inspirado una carta en la que Ud. se muestra tal cual es: Con toda la energía de su carácter, la santa cólera de sus convicciones y su alto sentimiento de dignidad”.<sup>187</sup>

Montalvo desengañado de este segundo viaje a Europa, retorna a establecerse en la que será su otra cuna, Ipiales, cuyo aire genera el epistolario de un desterrado: soledoso, triste, matizado con creaciones de gran aliento como **“Siete Tratados”, “Geometría Moral”, “El Libro de las Pasiones”** y violentos opúsculos de combate: **“La Dicitadura Perpetua”, “El Último de los Tiranos”** y otros que inspirarán a un grupo de jóvenes barbiponientes imitar al romano bruto en el idus de marzo; esto es, la libertad de un pueblo justifica el fin de su tirano.

El 28 de agosto de 1871 nos da el primer documento de su enemistamiento con la gente de Ipiales: el **señor Terán** y el **Dr. Ramón Rosero**, quien hacía frecuentes viajes a **Barbacoas**, lugar célebre por su riquísima producción aurífera.

“Aquí en la última confianza se admirará Ud. querido amigo, de que, a las puertas de mi patria y de mi familia, hubiese yo estado expuesto a perecer de necesidad sin **dos personas** que jamás me habían conocido. Muchas

---

187 Samper, París, noviembre de 1869.

amarguras he devorado, y Dios solo sabe lo que me espera, si es que no me hace el bien de alzar me antes de mayores padecimientos”.

Su correspondencia, en la que sigo un orden cronológico, sigue con una carta de consulta médica al Dr. Ramón Toledo de Quito a quien se confiesa como ante un sacerdote lo que es su vida en Ipiales: “... debo decir a U. que mis funciones están perfectamente arregladas y que mis hábitos y costumbres son de anacoreta”.

Una lucha por su dignidad le lleva a la ruptura con sus compatriotas Espinel y Avilés, cuya secuencia es una carta a la señorita Jesús Rosero y hermana, para que ellas certifiquen sus afirmaciones de que jamás se alojó en casa de Avilés sino donde un señor **Burbano**.

Igual certificación le otorga **Víctor Montenegro, gobernador de Obando**.

Si bien no se conocen cartas dirigidas a su esposa e hijo que quedaron huérfanos de su presencia en Ambato, su recuerdo aparece en la literatura autobiográfica en **“Geometría Moral”**. No hay sino que leer las que parecen cartas imaginarias de **Aifosa** y referencias a su hijo Cipariso, en la que ella le da cuenta de la enfermedad y muerte del niño, tal y como ocurrió en la vida real.

“Este paquetito de orilla negra, ¿que será? Es un diario. Ella..., ella..., la más amada de todas, mi verdadera, mi única querida, la madre de Cipariso, mi Cipariso, ese que se está criando para Alejandro Magno”. Fechadas en marzo 2, 28, 30 y abril 2, condensa en dos palabras el final de la tragedia: “Murió-Aifosa”. Aún hay un epílogo: “Cubrióse Don Juan el rostro, como la estatua de Niobe, y se quedó petrificado toda la noche.

A las cinco de la mañana dio un gemido profundo, atrás del cual sonaron estos nombres: “Cipariso, Cipariso!... ¡Aifosa!” Y algo como para el futuro: “Si Dios amanece y brilla el sol, ¿quién sabe si no tendrá amores nuevos? Todo es posible”.

Sobre su vida amorosa en Colombia, parte fundamental y natural de un ser humano durante tantos años de exilio, no se conocen desgraciadamente cartas; pero de modo parecido a las de Aifosa, Montalvo se expresa literariamente en el episodio **“Safira”**, también de **“Geometría Moral”**.

De tono absolutamente autobiográfico, el entorno, los personajes y la acción se ubican en Ipiales:

“Llegó un día un extranjero a una ciudad pequeña de la Nueva Granada y se estableció en ella sin ruido ni aparato de ninguna clase”. El personaje que se encubre con el pseudónimo de **Herculano**, viene del sur, es retraído y mientras los campesinos le llamaban Buen Señor, los muchachos mal enseñados de los clérigos le gritaban masón, hereje.

Su propensión y facilidad para tomar contacto con los niños, que contrasta con la actitud para con los adultos, también está presente, mientras como telón de fondo está la guerra entre liberales y conservadores o rojos y godos. En el capítulo final “**Herculano y Safira**” (hija de una persona importante de la ciudad) se hallan frente a frente, a medianoche, en una casa abandonada, sin testigos, si no es la más ciega de las pasiones”, cuenta Montalvo.

Otros ipialeños que aparecen en más misivas son **Avelino Vela**, quien en viaje a Ambato lleva una encomienda para Isabel, hermana de Don Juan seguida de otra fechada en “Orillas de río Carchi”, lo que indica que la expidió en algún lugar de la frontera misma o quizá Tulcán.

El 24 de diciembre de 1975 el desterrado inicia los preparativos para el regreso a su patria, luego de que Gabriel García Moreno ha muerto a consecuencia de un complot de jóvenes ecuatorianos, inspirados en sus vitriólicos folletos:

“... mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos, y sin ruido ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo”.

En el mismo texto “**La Dictadura Perpetua**”, dirigida en forma de carta al “**Star and Herald**” de Panamá rememora a Ipiales:

“Cinco años de destierro son para cualquiera cinco muertes: cinco años vividos en un destierro hermoso donde la mano de Dios está extendida sobre la Naturaleza y los pocos hombres que la habitan, me enseñaron a quererla a esta Colombia, heroica por sus hechos, libre por su querer, clara por sus luces, cuando al pie del Chiles y el Cumbal pasaba yo mis días tristes en esa felicidad misteriosa de que sólo son capaces ciertos corazones”.

Pese a su deseo de partir, una serie de circunstancias o imprevistos le demoraron algo como cinco meses.

La correspondencia o lo que queda de ella, ya que es evidente que faltan muchas cartas, se produce en este ciclo con los siguientes personajes.

Con **Adriano Páez**, diplomático y escritor de Colombia, director en París de la **Revista Hispanoamericana**, amigo entrañable del prócer cubano **José Martí** y adelantado en el proyecto de editar las obras completas de “**El Cosmopolita**”.

Con **Eloy Alfaro**, caudillo liberal residente en Panamá. Con **Nicanor Arellano del Hierro**, **David Martínez Orbe**, **Rafael Portilla**, **Rafael Andrade**, padre de Roberto, todos ellos sus correligionarios.

Lo que ha quedado escrito, además de asuntos muy precisos, enviados o recibidos bajo cubierta de otras personas (no se olvide que eran tiempos de conspiraciones y lucha a muerte) permiten entre otros detalles reconstruir la figura del viajero Montalvo, muy diferente de la archiconocida de levita y corbatín, descubierta la rebelde y rizada cabellera. Montalvo, gran jinete, (se ufanaba de ello) vestía poncho o **ruana**, zamarros hechos con piel de cordero, guantes de piel de ante y lucía coronado con un sombrero alón de los de **El Puntal**, que le protegían del frío y la lluvia que azotan en los altos Andes de América. Un invierno más riguroso que lo habitual aquel de 1875-76, le obligó a posponer como se ha dicho, el retorno del exiliado a su país. Con plena conciencia de su valía, se negó a retornar como un ciudadano común; puso condiciones tales como un recibimiento a su medida y hasta se preocupó de detalles como un piso alto en casa de una familia respetable para alojarse; y rechazó frontalmente la idea de un piso bajo por razones de salud o una casa para hombres solos. Quiso volver como vencedor de la tiranía y sobre todo contar con una imprenta, para ejercer su único oficio: el de escritor. Y seguro de la influencia del medio, comentó: después de 6 años de destierro, bien apastuzado debo estar.

En base a los documentos que hago referencia, propongo un listado provisional de sus amistades de Ipiales: El señor Terán, el Dr. Ramón Rosero y su hermano, en cuya casa vivió; el señor Burbano, en cuya propiedad también se alojó; Avelino Vela, Evangelista Burgos, la Sra. Mercedes Muñoz de Burgos, la señora Trinidad Albán, la señorita Jesús Rosero y su hermana.

Aunque anunció su regreso el 18 de enero de 1875 recién el 7 de abril de 1876 señaló su fecha de partida en carta a Rafael Portilla. Dice así: “Puesto que ustedes tienen por conveniente, iré; pero no me es posible salir antes del 1° de Mayo: el invierno es riguroso y los caminos están tan malos que sería imprudencia ponerse en viaje ahora mismo”.

Una vez establecido en su suelo nativo, continuará el carteo con Ipiales. Otros ecuatorianos ocuparán su sitio; uno de los primeros Roberto Andrade, refugiado desde la muerte de García Moreno en la hacienda de su padre, “**El Vínculo**”, en la provincia del Carchi, de donde ganaba con facilidad el territorio colombiano.

Aparte de Ipiales, Panamá, en aquel entonces parte integral de la República de Colombia, fue con Barbacoas y Tumaco, punto fundamental de las andanzas montalvinas.

Su segundo destierro decretado por quien el sagitario no le concedió nunca la categoría de tirano sino apenas de tiranuelo, fue justamente el istmo de Panamá. Destierro el más corto (aproximadamente cuatro meses), a la víctima dijo haberle dolido más que los siete años de García Moreno.

Fundado en la terrible experiencia que acababa de sufrir, habrá de convertirse en asesor de sus compatriotas, que corrieron igual suerte, pues conocía perfectamente el itinerario del viaje por tierra o por agua, por el páramo o la manigua.

A Roberto Andrade le dice: “Si a pesar de este parecer se resuelve usted irse, no necesita carta mía para Panamá: allí encontrará a Eloy Alfaro. Dígale quién es, y éste le abrazará como a hermano”.

“En Barbacoas pregunte usted por **Eladio y Sergio Pérez**, y preséntese con confianza. En Tumaco diríjase a **Don Gustavo el polaco**, y dígale que es mi amigo: esto bastará”.<sup>188</sup>

Para entonces la situación de Montalvo es tan mala con la presencia de un tirano sin ningún escrúpulo, que en su mente ya está de nuevo en Ipiales.

---

188 Ambato, julio 18 de 1878.

“De Guayaquil me instan vivamente porque me vaya a Ipiiales, parece que temen alguna mala acción del Gran Capitán o será otra cosa. Pero sucede que no puedo trasladarme, menos permanecer allí por cuatro o cinco meses”.

“Don Ignacio es un hombre que me puso un malvado atrás cuando me desterró a Panamá; sin los avisos secretos y las precauciones de mis amigos, no sé lo que hubiera sucedido. Tomó el pícaro su pasaje para Panamá, pero lo botaron en Esmeraldas, amenazándole con entregarle a la Justicia de Tumaco”.

Y en el último párrafo de la misma carta: “... pues ya ustedes advierten que no quiero ir oculto como de fuga, sino como quien quiere ver a sus amigos en Ipiiales”, asunto que da la pista de que el combatiente llevaba alguna misión secreta.<sup>189</sup>

## EL ÚLTIMO IPIALES

Después de haber combatido a la tiranía del general Veintemilla por intermedio de dos periódicos de pequeño formato “**La Candela**” y “**El Expectador**”, desde Quito y Ambato, respectivamente, poniendo entre dos fuegos a la Convención de su ciudad natal en 1878, la situación se volvió para Montalvo peligrosa para su vida, por lo que decidió refugiarse nuevamente en su **Tebaida**.

Una carta dirigida desde Ipiiales al Dr. Luis Miranda, el 26 de agosto de 1879 permite establecer que para esta época había dejado el Ecuador ya para siempre.

De la siguiente epístola dirigida a su sobrino **Adriano Montalvo**, transcribo un párrafo que ilustra su nueva situación:

“Por Pancho (su hermano) habrás sabido que mi viaje fue, no solamente sin peligro ni molestia, sino también lleno de comodidades, gracias a mis amigos de Imbabura.

---

189 Carta a Manuel Semblantes, Ambato, agosto 12 de 1887.

Supongo que habrás concluido los dramitas, aprovéchate de la primera oportunidad para mandármelos; aunque si no hay plena seguridad, esperarás la venida de Velasco”.<sup>190</sup>

Ante las advertencias de Roberto Andrade de que se cuide porque hay riesgos de que hayan enviado un sicario con la misión de asesinarle, le responde:

“Antes del aviso de U., diez o doce cartas habían venido ya, no solamente para mí sino también para varias personas de este lugar. Algunas de ellas parecen ser de mujeres. No hay duda de que veinte mil criminales y viciosos cavilan mi muerte, mas yo no creo que el asesino sea de allá; y cabalmente en esto está el peligro. No tengo el sobrino que U. dice para que me custodie; no son adecuados los míos para venir. Tampoco es necesario ningún hermano de U. De un asesinato aleve nadie le defiende a uno. Ni yo ni el compañero podríamos, por otra parte, aguantar el suplicio de no separarnos un instante. El Custodio invisible es el eficaz: mi Genio con nombre de ángel de la guarda, es el que me ha de salvar pues no me desampara; y la Providencia no deja de advertirme que no tema. En este concepto aún no tomo precaución ninguna: ando sólo y por el campo”.<sup>191</sup>

## COMENTARIO

El intento se produjo por cierto. El presunto asesino a sueldo era un apátrida de apellido **Casanova**, quien llegó hasta Ipiales, pero fue descubierto por la cocinera de su víctima y el pueblo lo corrió del lugar. A Casanova se lo vincula también con el envenenamiento del Obispo Checa y Barba.

Ocho días más tarde se lee la siguiente noticia:

“El de los Ipiales es golpe mortal para el Mudo, cuando este bribón estaba amenazando todavía con **cuatro mil colombianos, que están, decía, a mis órdenes**; le va a espantar el abismo que los colombianos han cavado y **están cavando** entre él y ellos. Hasta cuando yo pasé por Quito todavía nos

---

190 Supongo que Avelino Vela.

191 Ipiales, 1879, octubre 16.

amenazaba **con los cuatro mil colombianos**. Ya U. habrá visto que estos no le ofrecen sino darle cuatro mil palos y cortarles el rabo, pues supongo que habrán llegado a sus manos los ejemplares del papel-monstruo que le llevó un amigo. Hoy van los demás y no son para Ibarra todos sino para Quito; dé una prueba de su ardor y su puntualidad mandándolos inmediatamente a Quito por peón adhoc: mucho importa la circulación de ese famoso escrito, en el cual reconocerán ustedes la brujería del Canciller del imperio alemán. Le dije a U. que están cavando los colombianos, pues sé que en **Túquerres** están imprimiendo el tomo segundo de ese botafuego sublime y aún tengo especie de que en **Pasto** harán otro tanto. Lo tengo aquí al Mudo en estado de que si lo cogen lo degüellan; y digan que **no hay un hombre**, como suelen decir”.<sup>192</sup> (Ipiales y Pasto tenían fama de zona roja por su liberalismo).

La misma interesante carta da también una luz sobre la parquedad con la cual vivía el desterrado: “Soy del parecer que mis cuadernos no los traiga U. por el peligro que puedan correr, o es tomado por desgracia; hágalos con el peón que supongo tendrá U., pues aquí no tengo sino mi cama y U. ha de venir a mi casa, le tengo un cuartito muy bonito y estaremos solos en ella. Su cuartito antiguo está de oratorio: mejor es que esté sin aprensión de ninguna clase, pero que nadie sepa su venida, a la vuelta le perseguirían de muerte”.

A la cama, por supuesto, habrá que agregar la sencilla mesa que aún se conserva en poder del Dr. Rosero, descendiente del amigo de Don Juan, unos implementos para su aseo y algún otro menaje indispensable como un reverbero, unas velas y un recado con tinta y plumas.

A Rafael Portilla, a su vez le dirá: “Le doy las gracias por las cosas que me ha remitido, sintiendo las molestias que para esto le he proporcionado. El alcohol lo quería para el reverbero”. Enemigo jurado del alcohol, la explicación está de sobra. Por último un dato muy curioso: “Si los lee no se excuse de darme su opinión sobre ellos. Son siete cuadernos de esos, destinados a ver la luz del día en Francia con el título de **“Siete Tratados y Tres Musas”** Si “Siete Tratados” son harto conocidos, de “Tres Musas” nadie da noticia. ¿Los eliminó entonces?

La siguiente espístola dirigida a Rafael Portilla y amigos, hace referencia a

---

192 Ipiales, 1979, octubre 24, cartas a Roberto Andrade.



gritos sediciosos contra Veintemilla en Tulcán y pueblos circunvecinos y que: “Aquí en Ipiales ha habido también últimamente un terrible vocerío de vivas y ofertas calurosas...” Añade: “Desengañados del **liberalismo** del Mudo, no hay quien no quiera beberle la sangre. Fue el terrible papel que dieron a luz los liberales de Obando cuando llegaron las cartas del aviso, que fueron muchas y de diferentes personas; quizá usted no tuvo noticias de todas ellas, pues las había de mujeres también”.

Por la misma carta se conoce que a **Las Catilinarías**, su autor las llamaba también “La espada de dos filos”.

El período histórico de estas cartas está inmersa en el hecho de que una de las autoridades de Colombia quería aceptar el pedido de las de Ecuador para que Montalvo y otros, fuesen internados en el valle del **Patía**, asunto al que ni García Moreno se atrevió, según el perseguido. “Si mi posición en estos pueblos de Colombia hubiera sido dudosa, aquí tienen ustedes que el día de la libertad del Ecuador habría sido la de mis mayores trabajos pues no tengo comodidad para ningún viaje”. Agrega más abajo:

“En dicho cuaderno se halla un magnífico documento, y es la nota del señor **Ramón Cerón**, Jefe Municipal de Obando, al Ministro de Colombia en el Ecuador”.

De ese documento copio un párrafo: “En mi contestación a su nota oficial precedente dije a U. de la manera más positiva, que los desterrados y emigrados del Ecuador no amenazaban al actual orden de cosas de ese país, y que los enganchamientos denunciados a la Legación Colombiana eran de todo punto falsos”. Y sigue: “Cúmpleme decir a U., señor Ministro, que es tal la simpatía que el señor Montalvo goza en estos pueblos, simpatía fundada en su carácter y su comportamiento, no menos que su amistad declarada por Colombia, que una demostración contra él de parte de las autoridades, en todo caso habría ofendido altamente al público”.

Para esta época el refugiado tenía ya la resolución de ir a Panamá para utilizar su mejor arma: la pluma, y disuade a Andrade a viajar con él, por ser más útil a la causa, que se quedara en Ipiales.

“No hay que pensar en ese viaje. A Tumaco sí, no sólo acepto su compañía sino que la tengo por necesaria: gran imprudencia sería emprender ese camino

sin amigos ni vigilantes. Mis cartas escritas desde que llegué ninguna ha sido recibida en Panamá; probable es que el Mudo sepa mi salida de aquí. Véngase pues, como para Barbacoas por lo menos: conocerá Ud. el bello **Telembí**, y si hay con qué pasará Ud. a esa isla tan hermosa conociendo el mar y saludándolo. Como hay vaporcito en los ríos el viaje ya no es horrible como antes, sino hasta agradable”.

Continuando con el rápido espigar de estas cartas, hay otra <sup>193</sup> en la que cuenta: “He salido al campo más de ocho días. Por el correo entrante escribiré a U. nuevamente de Ipiales”. En ella alude también a un impreso que aún no lo recibe relacionado sin duda con su lucha contra Veintemilla y dirigido a los exiliados, algunos de los cuales parecen encontrarse en Pasto, Popayán y aún Bogotá.

Más adelante hace referencia a un libelo que Veintemilla ha hecho publicar en los Andes y lo atribuye al Dr. Castro, antiguo compañero suyo, con el que rompió y le dedicó el folleto “**Judas**”. En realidad el tal libelo titulado “**La Curarina, antídoto contra el montalvismo**”, fue obra del quidam colombiano Jesús Pérez Soto.

Llegamos a 1880 mayo 26, en la que una comunicación dirigida a su sobrino Adriano y fechada en Panamá, nos demuestra que por fin arribó al istmo por un período muy corto de tiempo.

“Yo estoy muy mal de salud: después de una fiebre, que por poco no es la amarilla, he quedado destrozado. Mañana me embarco para Tumaco en mi camino para **mi desierto de los Andes**. Así lo requieren la salud y la suerte”.

El 12 de junio del mismo año está en Tumaco: “De Panamá salí mal respecto de la salud; pero en esta isla me estoy recuperando prontamente. Tan luego como sea dable respirar **el aire de los países altos**, volveré a lo que soy por costumbre en buenos climas”.

En este punto conviene recapitular los detalles de este viaje fugaz al istmo, que ha pasado un tanto desapercibido, tanto que se confunde con aquel que hará más tarde utilizándolo como estación de paso a Europa. Recordaré como

---

193 Fechada en Carchi, 19 de noviembre de 1879.

disuade a Andrade de acompañarle y, que días antes de su viaje ha cruzado la frontera del Carchi. ¿Qué estoy insinuando? Pues que el viaje no tuvo como finalidad exclusiva la edición de “Las Catilinarias” sino algo de más acción y que requería secreto.

La próxima epístola levanta el velo del misterio y aparece una nueva y por lo mismo poco estudiada faceta de su vida, cual es la del **Montalvo revolucionario**.

Dirigida desde Ipiales a un grupo de amigos les hace conocer que “ayer no más vino un cabecilla de un pueblo belicoso a presentarme una compañía de 90 hombres”, pero que no quiere utilizar soldados de Colombia por razones obvias. Añade que de fuerzas propias está en capacidad de reunir hasta mil fusiles, que de Tumaco trajo pólvora para 50.000 tiros, etc. Pero que el cargamento de pertrechos está cautivo por falta de dinero para el pago de fletes y pisos, en fin y que “Ya ustedes sabrán que todas las noches gritan los tulcanes: ¡Viva Montalvo! ¡Muera el Mudo!”.

Y remata su arenga: “Queda al juicio y al corazón de ustedes el venirse o no: hambre de veras no tendremos; y si la tenemos nos la comemos con honra y con valor” Desafío heroico que se parece al de Pizarro en la Isla del Gallo y los Trece de la Fama.

En los siguientes envíos a Roberto Andrade y a su padre Rafael insiste en que para evitar las persecuciones emigre el primero de ellos a Ipiales, donde encontrará buenos amigos. Entre los adversarios les advierte contra dos sacerdotes: “**El padre Izas**, unido por los lazos del infierno con **el padre Bucheli**, le harían a U. una guerra a muerte, provocando al pueblo, o por lo menos a las viejas a un alzamiento”. El cura Bucheli de Pasto, según Andrade, sería el que le sirvió de modelo para el personaje de su “Capítulo que se le olvidó a Cervantes”.<sup>194</sup>

La última comunicación escrita en Ipiales el 8 de abril de 1881, permite enterarse, que su sobrino César Montalvo se encuentra con él, comiendo ambos el pan de destierro.

---

194 El montalvista colombiano Julio César Chamorro presentó y probó en este Coloquio que el origen de su Capítulo está en la antigua población colombiana de...actualmente en suelo ecuatoriano y bautizada como Urbina.

A partir de esta fecha la pista que dan sus letras hace posible seguirlo por la conocida ruta de Barbacoas, (en donde están otros desterrados), Tumaco y Panamá, a encontrarse con Eloy Alfaro y que un tal **Adolfo Reinel**, espía a sueldo del dictador, es quien ha robado sus cartas.

De septiembre 24 de 1881 hay una carta de Panamá y de diciembre 4 una de París a su sobrino Adriano, en la cual afloran la nostalgia del Cumbal de su tierra nativa y las fantásticas nubes verdes de Ipiales junto al paisaje y la gente: “Yo estoy suspirando por el cielo y el clima de Ipiales: son las tres de la tarde en este instante y necesito luz artificial. Las calles están llenas de una niebla espesa y fría; el cielo se ha ido a los infiernos. Una fogatita que tengo en mi chimenea me cuesta un peso fuerte por día. Nuestro bárbaro nuevo mundo ofrece más para la vida, la vida bárbara se entiende. Pero como no me falte sol y luz, yo de buena gana sería indio de Cunchibamba”.

Desde París sigue enterándose del éxodo de sus compatriotas a Colombia, perseguidos por la dictadura; a su sobrino César que de Ipiales ha emigrado al Perú, le sucede otro sobrino: Adriano; siguen Manuel Semblantes y su propio hermano, el Dr. Francisco Javier Montalvo, uno de los jefes de las operaciones militares de Imbabura. Para entonces liberales y conservadores habían unido sus fuerzas para terminar con la oprobiosa dictadura.

Aunque la mayoría emigró a la antigua Nueva Granada y de modo particular a la ciudad fronteriza de Ipiales, donde las autoridades recibieron nuevamente la orden de internarlos (de los que lograron escapar de alguna manera), otros emigraron a Nicaragua.

“Por unos señores de Nicaragua que vinieron a verme aquí en mi casa, supe que una partida de paisanos de Ambato habían llegado a esa República, desterrados. Cuando Pancho Moscoso ha sido desterrado, digo yo, ningún hombre de mi familia habrá quedado en casa. Probablemente Gabriel, Ricardo, Banda, andarán también padeciendo, y ustedes llorando en la soledad del día y de la noche. Qué suerte, Juanita, qué suerte!”<sup>195</sup>

---

195 Carta a Juanita Montalvo. París, noviembre 3 de 1882.

Estaban en el destierro además de los parientes de Montalvo: Constantino Fernández, Vicente Fierro, Manuel Yépez Terán, Francisco Moscoso, Juan Terán, Abel Sánchez, Agustín Nieto, Juan Benigno Vela y Adriano Cobo, coprovincianos y amigos suyos pero aún vendrán más.<sup>196</sup>

Finalmente quiero decir que Colombia durante esta época seguirá siendo para el revolucionario, ejemplo de patriotismo. Leamos un trozo de la llamada **Carta de Francia**: “Cosa que me admira es ver levantarse la revolución y tomar cuerpo en el centro de la República, en pueblos desarmados de los cuales nunca se ha esperado iniciativa ninguna. El patriotismo y la constancia hacen milagros y el valor y la audacia son dioses casi omnipotentes en la tierra. Catorce muchachos sin miedo dan el asalto a un cuartel de doscientos hombres, los sorprenden, los aturden, los desbaratan, los dispersan y se apoderan de sus armas: ¿no es esto heroísmo? Mucho me gusta ver entre esos valientes jóvenes a mis sobrinos y cuñados; y mucho siento no haberme hallado yo al frente de ellos.

Los colombianos que aprendieron a Mosquera en Bogotá alcanzaron inmediatamente los honores de la fotografía”.

Y añade: “Sarasti, el caudillo inesperado de esos combates y esos triunfos debe venir al frente del cuadro. Admiro su valor y constancia, y juzgo que su obra debe ser reconocida por la gloria que vale más que todo”.

## COMENTARIO

Se hizo el cuadro fotográfico del batallón, que había adoptado el nombre de “**El Escuadrón Sagrado**”, en donde están algunos de los sobrinos del escritor, en torno al general **José María Sarasti**, nativo de Colombia y más tarde candidato a la Presidencia de la República del Ecuador. En estos días de afanes integracionistas, aquella unión de ecuatorianos y colombianos en favor de la libertad, bien puede ser tomado como dichoso augurio.

---

196 Ver “La Dictadura y La restauración”, de Juan León Mera.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cartas de Montalvo - Revista Nariz del Diablo.  
Carta de Montalvo a su sobrino Adriano.  
Montalvo en su Epistolario - Roberto D. Agramonte.  
Epistolario de Montalvo - Jorge Jácome (En imprenta).

| ÍNDICE  | PÁG. |
|---|------|
| Introducción  | 5    |
| Presentación  | 7    |
| <b>Ensayos</b>  | 11   |
| Don Quijote en América  | 13   |
| Capítulos como obra de combate en textos conocidos e inéditos     | 37   |
| Breve historia de los capítulos olvidados por Montalvo            | 59   |
| Capítulos olvidados de Montalvo                                   | 70   |
| Apostillas a “Capítulos”  | 75   |
| Aproximación a Montalvo<br>(Comentarios de “Cartas a su sobrino”) | 81   |
| El escuadrón sagrado  | 107  |
| Joya literaria  | 122  |
| Los epistolarios  | 167  |
| Cuadernos de apuntes de Montalvo I                                | 177  |
| Cuadernos de apuntes de Montalvo II                               | 215  |
| Juan Montalvo y Juan León Mera                                    | 219  |
| “Ensayos sobre Montalvo y Mera”                                   | 242  |
| Montalvo y Mera en la cultura hispánica                           | 248  |

|   |     |
|---|-----|
| Notas sobre don Juan Tenorio  | 253 |
| Montalvo y Lida en Niza   | 294 |
| Cuentos y narraciones de Montalvo.<br>Los primeros cuentos fantásticos ecuatorianos | 361 |
| Montalvo en Colombia a través de sus cartas   | 386 |



TRAS LAS HUELLAS DE MONTALVO

Tomo I

Este libro de terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2007 en los talleres gráficos del Instituto Iberoamericano de Patrimonio Natural y Cultural IPANC, del Convenio Andrés Bello